

Jorge Herralde

El optimismo de la voluntad

Experiencias editoriales en América Latina

Texto introductorio de Juan Villoro



COLECCIÓN  TEZONTLE

Acerca del autor



Jorge Herralde, fundador y director de la editorial Anagrama, inició su carrera bajo la censura del régimen de Franco, en 1969. La editorial cumple en 2009 sus primeros cuarenta años con casi tres mil publicaciones en un catálogo que aspira a la excelencia, dedicado fundamentalmente a la narrativa y al ensayo, tanto en traducción como en lengua española, con un énfasis progresivo en la literatura latinoamericana reciente.

Herralde se ha hecho acreedor a varios premios españoles, europeos y también latinoamericanos, como el Reconocimiento al Mérito Editorial de la Feria del Libro de Guadalajara (2002) y el Gran Premio Provincia de Buenos Aires (2008).

Es profesor honorífico de la universidad chilena Diego Portales. Entre los libros que ha escrito en torno a su profesión figuran *Opiniones mohicanas* (2000), *El observatorio editorial* (2004), *Para Roberto Bolaño* (2005) y *Por orden alfabético. Escritores, editores, amigos* (2006).

**El optimismo
de la voluntad**
**Experiencias editoriales
en América Latina**

Jorge Herralde

Texto introductorio de *Juan Villoro*

Primera edición, 2009
Primera edición electrónica, 2010

D. R. © 2009, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001:2008



www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc. son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicana e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-0270-1

Hecho en México - *Made in Mexico*

*Para Lali Gubern, compañera de muchos viajes
Para tantos amigos y amigas en tantos países
Y para Paola Tinoco, “our woman in Mexico”*

Un optimista en la catástrofe

Los textos de Jorge Herralde son los despachos de un corresponsal de guerra cuya trinchera es la incruenta pero agitada vida de los libros. En su frente de batalla no hay cadáveres. Aunque la república de las letras se puede mover por la vanidad y la intriga, él silencia esas ocasiones para celebrar el oficio que tanto lo divierte.

Sus memorias de editor no son ajustes de cuentas sino los recuerdos de un militante que se ha salido con la suya. Durante cuarenta años Herralde ha dirigido su editorial, Anagrama, con el intrépido placer de quien organiza una fiesta en un país con toque de queda. Aunque preferiría gastar menos en champaña y detesta que algún camarero se robe una butifarra, disfruta la variopinta reunión que sólo él puede crear.

Herralde ha dicho que la autobiografía de un editor es su catálogo. Siguiendo esta idea, podemos afirmar que ha tenido numerosas y estimulantes vidas breves. En 1969, el futuro editor de Nabokov, Cohen y Magris era un guerrillero que debía administrar los efectos de su escasa dinamita. No podía contratar grandes nombres pero podía abordar grandes rebeldías. Anagrama apareció en el mapa como adalid de la contracultura, una oportunidad de que las causas del 68 continuaran en letra impresa. Con los años, la radicalidad del proyecto se desplazó a búsquedas estéticas y reivindicaciones gremiales, como la edición independiente y la Ley del Libro. Editor de Gabriel Zaid, Herralde conoce los sinsentidos del mercado y no pierde oportunidad de subir al ring para combatir en pro del precio fijo, que beneficia a la cultura.

Los testimonios de *El optimismo de la voluntad* tienen cambiantes escenarios. Herralde contrata manuscritos en restaurantes de cinco tenedores y descubre genios en sótanos hinchados de humo. Durante la Feria Internacional de Guadalajara, el sofisticado editor de Jean Giono se sumerge en los ricos submundos de la alteridad. En La Mutualista, bastión *underground*, departe con los editores independientes que se oponen a los

vacuos prestigios en curso y ponen sus páginas al servicio de la liberación sexual, la despenalización de las drogas y los alfabetos de la irreverencia. Carlos Martínez Rentería, editor de *Generación*, es ahí su cómplice imprescindible. Ningún otro decano de la edición se mueve con la soltura de Herralde en las mesas donde el pulque circula al compás del hip-hop.

Las estampas de este libro revelan a un Marco Polo del desvío que se dirige a un sitio para acabar en otro. Herralde asiste a la entrega de un premio en un castillo para amanecer en el sótano de un autor secreto, llega a México con fines literarios y desemboca en un mitin en el Zócalo en apoyo a López Obrador. Su expedición está abierta al accidente. Este libro retrata situaciones irregulares: Copi tras una nube de marihuana, Monsiváis escapando de quien pretende editarlo, Pitol en el laberinto de una cena diplomática en Praga, Lemebel en su valiente papel travestí de Yegua de la Noche. El autor no registra estas escenas con el folclórico afán de reunir rarezas, sino porque contribuyen a explicar lo que más le interesa: la apasionante dificultad de editar un buen libro.

Un manuscrito leído por Herralde es un palimpsesto de notas. Una de las palabras más raras de la posmodernidad define su condición de lector con pluma en mano: el *post-it*. Cada original queda tapizado de pequeños papeles, como un animal a mitad de un cambio de piel. Además, el editor escribe en los márgenes con una tinta negra que se acerca progresivamente a la caligrafía sufi. Esa zona (la parte anotada de la página) funciona para él como un pasillo del inconsciente donde asocia sus ideas. Ahí queda la huella del magnífico lector que pasó de las trepidantes crónicas de Wolfe y las indómitas novelas de Bukowski a la mejor literatura británica (su famoso *dream team*: Amis, McEwan, Barnes y los otros), y de ahí a la narrativa de la segunda mitad del siglo veinte en lengua española: Piglia, Vila-Matas, Marías, Pombo, Pitol, Aira, Pauls, Bolaño, Sada y Fresán, estrellas de una galaxia donde ya hay recientes supernovas: Nettel, Enrigue, Berti, Neuman, Zambra.

El optimismo de la voluntad es una carta de creencia hacia los autores latinoamericanos. Después del *boom*, la mayoría de los editores españoles desviaron la vista a literaturas de otras latitudes. Herralde se ha mantenido fiel a las voces latinoamericanas. En sus viajes de exploración, no se deja llevar por lo que recomiendan los agentes ni las bolsas de valores locales. En este sentido, su catálogo es siempre heterodoxo respecto a la valoración que las literaturas nacionales hacen de sí mismas, y acaso por eso mismo, tiene

altas probabilidades de definir el canon futuro.

Italo Calvino y Natalia Ginzburg trabajaron varios años en la editorial Einaudi en compañía de Cesare Pavese. Ambos dejaron testimonios de la esmerada dedicación que el autor de *El oficio de vivir* concedía a cada texto. Herralde comparte esa pasión artesanal por los manuscritos y extiende sus tareas de vigilancia a los demás detalles de la edición. Cuando llega a un país, de inmediato va a las librerías y busca sus títulos con la mirada atenta de un fumigador.

Herralde encontró en Eulalia Gubern, su infaltable Lali, la compañía perfecta para ser obsesivo sin morir en el intento. Durante décadas, la pareja ha perfeccionado el truco de trabajar mientras se divierte (si uno de los dos cuenta una anécdota, el otro toma notas mentales para no perder el hilo profesional de la reunión).

En el código benedictino trabajar es orar. Herralde no asume sus jornadas con devoción pía, sino como una variante del placer. Es un artesano hedonista, que disfruta con la disciplina y el buen acabado de los productos. Su escritorio lo descarta como empresario y lo acerca peligrosamente a la noción de artista. Las montañas de papeles sugieren un caos que sólo se resuelve por inspiración. Quien lo ha visto trabajar sabe que ese desorden se renueva a diario; los manuscritos no están ahí en calidad de trabajo rezagado, sino porque al dueño del escritorio le gusta hacer muchas cosas al mismo tiempo. La cuidada obra de un pintor suele salir de un taller lleno de manchas. De manera semejante, los libros editados por Herralde salen de un despacho donde naufragan borradores. Hay mucho de juego en esa forma de entender el oficio; no es casual que subraye su deseo de “trabajar en serio sin tomarse en serio”.

Editar depende del aprecio por los otros. Así como el dios de los porteros no es el mismo que el dios de los delanteros, los autores suelen profesar una religión distinta a la de los editores. El novelista ansía tener un éxito comprobable y el editor le ofrece una maravilla incierta: poco dinero y mucha posteridad. En ocasiones, la relación amistosa impide el trato objetivo. “Quiero a mi editor más de lo que me conviene”, se queja el novelista que no recibe un cuantioso anticipo.

Herralde es un caso raro: se reúne con los autores como uno de ellos, entre otras cosas porque, más que el efecto de los libros, le interesan las condiciones que los hacen posibles.

El optimismo de la voluntad es el saldo de una proximidad. El radar de

Herralde no se apaga nunca. Mientras bebe una copa estudia a sus compañeros de tertulia, calcula si detrás de esas frases hay un libro; no presiona ni hace vanas promesas; es el compañero de aventura que tarde o temprano se lleva las mejores presas.

También en la conversación deja que sea el otro quien tome la iniciativa, como si le presentara un manuscrito. *El optimismo de la voluntad* sólo podía haber sido escrito por alguien dotado de talento reactivo. No es un libro guiado por la voz sino por el oído. Herralde escucha a los demás en busca de lo mejor que pueden ofrecerle. Hace poco, un colega que se encontró con él por primera vez, y que es un hombre parco, tímido y taciturno, me dijo que Herralde le había parecido parco, tímido y taciturno. Encontró ahí su propio espejo. En cambio, un colega juerguista que remata sus noches cantando *karaoke* en el bar Gato Verde de Guadalajara, lo describió como alguien de entusiasmo incombustible. El editor no es el protagonista evidente de los libros: es el guardián, el testigo necesario. Sólo alguien que edita a los demás los puede ver con la empatía, nunca ajena al humor, que domina estas páginas.

La tónica de los tiempos es la de la consolidación internacional de las empresas. Un “editor” suele ser hoy en día un empleado que trabaja para un megaconsorcio español, con gerente alemán y capital japonés, un subordinado que debe acatar abstracciones como la “curva de inflexión en las ganancias” y responder a criterios que poco tienen que ver con la literatura. Dentro de unos años estará en otra multinacional. Todos los grandes editores de la historia han dependido de un capricho: lo que le gusta a su nariz. Como las empresas no confían en los placeres de los asalariados, prefieren que obedezcan pautas generales y se olviden sus gustos.

La figura del editor independiente se ha vuelto más escasa, pero las nuevas tecnologías de edición y el fracaso de los grandes grupos hacen augurar su resurgimiento. Bitácora de supervivencia, *El optimismo de la voluntad* retrata al “último mohicano” de un oficio que sólo se puede ejercer bien si obedece al temperamento individual, a lo que se escoge en contra de la norma.

El título del libro proviene de la conocida formulación de Antonio Gramsci: “pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad”. En la lucha revolucionaria, el marxista heterodoxo apelaba al entusiasmo de la pasión y la severidad de la razón. Con este lema, Herralde refrenda su vocación de editor izquierdista, transgresor, abierto a inauditas novedades. Al

mismo tiempo, recuerda una idea que George Steiner suele repetir: quienes se dedican a hacer libros deben ser optimistas de la catástrofe; cuando las cosas empeoran, la literatura se vuelve imprescindible. En la cárcel, la dictadura, el exilio, el naufragio o la enfermedad los libros revelan la fuerza que no siempre se les confiere. Como el paracaidismo, la lectura es una actividad que sólo unos cuantos practican por gusto en situaciones normales y todos necesitan en una emergencia. Los desastres de la Tierra hacen pensar que los libros seguirán siendo necesarios.

En 1969, bajo una dictadura y con pocos lectores a la vista, Jorge Herralde decidió que estaba ante una magnífica oportunidad de hacer libros.

El optimismo de la voluntad es el resultado de ese atrevimiento.

Juan Villoro

Presentación

Durante años de adolescencia y juventud me nutrí literariamente, en buena parte, gracias a la adquisición de libros, a menudo clandestinamente en librerías cómplices (eran los tiempos del franquismo y su censura), publicados por excelentes editoriales latinoamericanas. Después de mi primera estancia en México, en 1973, mis viajes a América Latina fueron muy frecuentes y se han incrementado en esta década del 2000, con dos o más viajes anuales, especialmente a México y Argentina, pero también con visitas a otros países.

En este libro se recoge una serie de textos sobre mis experiencias latinoamericanas, algunos reunidos en libros ya publicados, otros procedentes de revistas y periódicos dispersos y algunos escritos expresamente para esta edición. Como todos mis “demasiados libros”, utilizando la expresión de Gabriel Zaid, como *Opiniones mohicanas*, *Para Roberto Bolaño* o *En orden alfabético. Escritores, editores, amigos*, conforma una suerte de *mosaico* o *puzzle* o *patchwork*, que describe un paisaje editorial de *las últimas cuatro décadas* y una forma de entender mi profesión que podría resumirse en el título de un curso de verano que dirigí en la Universidad Menéndez y Pelayo: *Pasión y oficio de editar*.

Figuran perfiles, croquis o flashes de autores de Anagrama, de escritores tan consagrados como Sergio Pitol, Carlos Monsiváis, Alejandro Rossi o Ricardo Piglia, y de otros de generaciones posteriores tan significativos como Roberto Bolaño, Juan Villoro o Alan Pauls. También rindo homenaje a queridos colegas, como Paco Porrúa y Mario Muchnik.

Hay asimismo apuntes de viajes profesionales a muchos países, como México —su Distrito Federal y su Feria Internacional de Guadalajara—, Argentina, Chile o los países del Pacto Andino. En ellos queda constancia, sin subrayados melodramáticos, de la difícil implantación del catálogo de una editorial independiente, en especial en las dos primeras décadas, intentando esquivar crisis financieras, censuras de las dictaduras militares, desaciertos en

la elección de distribuidores, sin olvidar, ni mucho menos, el escaso peso específico de la editorial, y por tanto la infinitesimal fuerza negociadora, en sus inicios. Aunque todo ello quede sobradamente compensado por ricas y variadas y a veces tropicadas experiencias y en especial por el creciente número de amigos: autores, colegas, librerías, periodistas. Y aparecen igualmente conferencias, discursos y entrevistas para completar este libro, que es como una narración coloreada de la austera lista de títulos de autores latinoamericanos que consta como apéndice y que es el resultado final de todo el proceso.

La iniciativa de esta publicación surgió de un coloquio entre editores que organizó Rubén Gallo en la Universidad de Princeton, con variada participación: Consuelo Sáizar, en ese tiempo directora del poderosísimo Fondo de Cultura Económica; Gustavo Guerrero, responsable en Gallimard de la literatura en lengua española (entre sus fichajes figuran Sergio Pitol, Alejandro Rossi y Álvaro Enrigue); Barbara Epler, directora de New Directions, donde ha publicado, entre otros, a Octavio Paz, Jorge Luis Borges y Roberto Bolaño; Washington Cucurto, director de la minúscula e imaginativa editorial argentina Eloísa Cartonera, y yo como editor de Anagrama. Y como demostración de coexistencia no sólo pacífica sino estimulante, también participaba una agente literaria, mi buena amiga Antonia Kerrigan, que tanto ha impulsado a autores latinoamericanos en los últimos años. Washington Cucurto me pidió algunos textos para uno de sus microlibros y publicó a los pocos meses *Canutos con Copi. Aventuras de un editor*, mientras que Consuelo Sáizar lo hizo para el Fondo de Cultura Económica, cuyas publicaciones conocía desde mi juventud: había comprado no pocos de sus excelentes Breviarios en la librería que habían instalado en Barcelona. No sólo no podía negarme sino que es un honor publicar en tan prestigioso sello que ha acogido este libro improvisado.

Agradezco, por último, la colaboración y las atinadas observaciones de Paola Morán, Javier Ledesma y Omegar Martínez, quienes se han encargado de la edición del libro en el Fondo.

México

Mis viajes a México[*]

Tantísimos y excitantes y gozosos viajes a México desde los años setenta me obligan a reseñar, en este módico formato, tan sólo una serie de impresiones.

El primer encuentro, en noviembre de 1973, fue poco editorial: uno de aquellos tumultuosos viajes organizados por Bocaccio (la discoteca de la *gauche divine*, etc.), en un avión cuyos pasajeros tenían como *leitmotiv* divertirse a tope durante unos diez días, mientras el cuerpo aguantase. Llegamos el Día de Muertos y nos llevaron a un pueblo cercano, asistimos a la apoteosis de lo macabro, tan normal para los nativos. Luego, entre tequila y tequila, en el bar del Hotel del Prado con el famoso mural de Diego Rivera, se planeaban los obligados safaris turísticos: las pirámides, los jardines de Xochimilco, la visita a un cabaret tan cutre y, digamos, buñuelesco que hacía palidecer a los más osados de Barcelona, el desmadre de los mariachis en la plaza Garibaldi, el impresionante Museo de Antropología, la bulliciosa explanada del Zócalo frente a la Catedral, la traca final en Acapulco, con el espectáculo *a priori* kamikaze de los clavadistas de La Quebrada lanzándose desde lo alto de la escarpada a las olas que emergían unos segundos, salvadoras, entre las rocas.

Entre los viajeros estaban mis amigos Manolo Vázquez Montalbán y el Perich. Con ellos y nuestras parejas, Jordi Sivillá, el distribuidor de Enlace Mexicana, que se ocupaba de sus libros y de los de Anagrama, nos llevó a visitar la sede de la empresa y luego a una librería recién inaugurada, que recuerdo de tamaño escaso, la Gandhi, y nos presentó a su dueño, Mauricio Achar. Recuerdo que compré una joya: el libro de Octavio Paz sobre Duchamp, publicado por Era. Otro día nos llevó en su coche a Cuernavaca, y paladeamos la práctica de la consabida “mordida”. Al aparcar el coche, se acercó un torvo policía (“ya está”, dijo Sivillá) argumentando una real o presunta infracción. Sivillá le tendió la cartera con el permiso de conducir, junto al cual había dispuesto unos billetes, que el guardián de la ley se guardó

sin más comentarios. Tras este rito de paso y visitar la correspondiente (y decepcionante) Librería de Cristal de la ciudad, fuimos a almorzar al célebre restaurante Las Mañanitas, en el que, como en el verso de Rubén Darío, “el jardín puebla el triunfo de los pavos reales”.

El segundo viaje, en 1975, si recuerdo bien, fue más monográficamente editorial. El final del franquismo estaba muy próximo y tuve interés en conocer a Costa Amic, a quien visité en su editorial, que publicaba en castellano y también en catalán, me regaló una *Historia del POUM* de Víctor Alba; también estuve con el viejo Fabregat, que tenía una distribuidora de libros y revistas en catalán, como *Pont Blau* y *Xaloc*, en las que las diversas voces del numeroso exilio a menudo se atizaban de lo lindo. Y sobre todo conocí a Neus Espresate, que, con Vicente Rojo y Azorín, había fundado Era, una editorial admirable y para mí muy querida, en la que además de publicar excelente literatura —García Márquez, Pacheco, Pitol, Lowry— y los reportajes de los dos autores estrella de la casa —Monsiváis y la Poniatowska—, habían lanzado los izquierdosos y combativos Cuadernos Era, cuya sintonía con los Cuadernos Anagrama era evidente.

También en México, el patriarca Arnaldo Orfila había fundado Siglo XXI a mediados de los sesenta, la más importante editorial de ciencias sociales en lengua española (con la que me topaba a menudo persiguiendo derechos de traducción). Un editor excepcional.

Neus me presentó a su grupo de íntimos, Carlos Monsiváis, Tito Monterroso, Bárbara Jacobs, Margo Glantz, Luz del Amo, Luis Prieto, naturalmente a Vicente y Albita Rojo y muchos otros. Todos ellos íntimos también de Sergio Pitol (gran amigo mío de sus tiempos de Barcelona), quien deambulaba durante décadas por Europa como asesor cultural de las embajadas mexicanas de París, Varsovia y Moscú y luego como embajador en Praga hasta su regreso a México.

Entretanto, aquel librero aficionado, el dueño de Gandhi, estaba ya empezando a convertirse en un coloso y a hacer de su librería el mayor imperio librero de América Latina. Creo que fue Neus la primera que me dijo una frase célebre en el medio: algo así como que cuando Gandhi estornudaba (un pequeño retraso en los pagos, la exigencia de un descuento adicional, una voluminosa devolución inesperada), las editoriales tenían una pulmonía. Y en Gandhi conocí, pero eso fue en el tercer o cuarto viaje, hacia 1977, a otro personaje, Ricardo Nudelman, el segundo de Mauricio Achar (y ahora, por cierto, gerente general del Fondo de Cultura Económica), con quien

componía un dúo singular, como pensado por un buen guionista. El extrovertido Achar era un adicto a los grandes negocios, a la expansión librera, a la compra de miles (si no millones) de libros norteamericanos ilustrados de saldo, *remainders*, que inundaban la ahora inmensa Gandhi, y otros trapicheos (aunque su verdadera vocación era la de actor: en el altílo de la librería había montado un activo teatrillo donde una tarde vi cómo actuaba con enorme entusiasmo, como patrón de un lupanar, en una vigorosa pieza, creo que escrita por Germán Dehesa). Nudelman, por el contrario, silencioso, reflexivo, serio, parecía encarnar (una sobreactuación minimalista, si se me permite) un papel de *consigliere*, como el Robert Duval de *El Padrino* (sin ninguna connotación mafiosa, claro está, aunque se imponía la visibilidad del poder). Y en el bar de la Gandhi, también en el altílo, se reunían entonces, huyendo de los milicos, de la sangrienta represión de la dictadura militar, tantos argentinos exiliados y, al igual que en España, vivificando con su talento el sector editorial y librero.

En 1979 empezó, impulsada por *el Gordo* Taylor (no recuerdo su nombre, ni nunca lo oí pronunciar: el apodo se le quedó pegado a su cuerpo no esmirriado), la Feria de Minería, muy céntrica, no lejos del Zócalo. Fue una Feria imprescindible, a la que asistí hasta 1982, cuando, de pronto, el mismísimo día en que se iniciaba la Feria el peso se devaluó y se desplomó y siguió su caída, pese a que muy poco antes el presidente de México, López Portillo, menudo pájaro, había afirmado enfáticamente que el peso era intocable (la frase era mucho más colorida: “Defenderé al peso como un perro”).

Dejé de ir a la Feria de Minería, que quedó muy tocada, pero seguí viajando a México muy a menudo con un formato bastante similar: una semana en el Distrito Federal con los amigos, escritores, librerros, periodistas y nuestros sucesivos distribuidores, y después diez o quince días de turismo. Posiblemente conozca algo mejor, o menos mal, México que España, con lugares predilectos como Yucatán, Oaxaca y su inolvidable Zócalo y el recuerdo de Malcolm Lowry (Oaxaca: “La palabra era como un corazón que se quebraba, un repentino repicar de campanas sofocadas en medio del vendaval, últimas sílabas de algún sediento que agoniza en el desierto”, dice el Cónsul en *Bajo el volcán*), y desde luego la Xalapa de Sergio Pitól y los julepes de menta que Lali y yo nos tomábamos con él en Veracruz.

Y en cada viaje los encuentros con nuestra “familia” mexicana, Sergio, ya de regreso; el Monsi, Tito y Bárbara, Margo, Luz, Neus, Vicente y Albita,

más ocasionalmente García Ponce, y también Federico Campbell y más tarde el joven y espídico Villoro. Y también los encuentros con otra familia, la de *Plural* y *Vuelta*, la familia de Octavio Paz, es decir, el agudísimo Alejandro Rossi (que nadie se pierda el *Manual del distraído*), siempre con Olbeth, su esposa, o Gabriel Zaid, el autor de *Los demasiados libros* (tan citado como poco seguido el consejo del título). Por cierto, es bien conocido que en México, al igual que en otros países latinoamericanos, los intelectuales que conforman el cogollo ilustrado han leído más (lo han leído todo) y son mucho más cultos que nadie, nos dejan con la boca abierta.

Ya en los noventa, después de décadas de circulación de nuestros libros en México según el método de “ensayo y error” (con predominio del error de bulto), finalmente llegamos a una distribución más sensata, que nos produce menos sobresaltos (e incluso muchos placeres) en las visitas al Distrito Federal. Y también nos ha permitido incorporar a muchos más autores mexicanos en nuestro catálogo: así, Glantz, Fadanelli y Bellatin en narrativa, o los ensayos y reportajes de Monsiváis, González Rodríguez y Bartra.

Y empecé a ir casi cada año a la Feria de Guadalajara, que ha ido creciendo y creciendo hasta convertirse en la Feria por antonomasia en lengua española. Entre los numerosísimos actos culturales, destaca la concesión del Premio Juan Rulfo a la obra de una vida. El primer autor español con esta distinción fue un viejo amigo, Juan Marsé, a quien acompañé con su esposa Joaquina, Joan de Sagarra y otros amigos, en el vuelo de Barcelona a Guadalajara, y este año el premio ha correspondido a otro buen amigo, Juan Goytisolo (acotación no menor: ambos son barceloneses, ninguno de los dos tiene el Premio Cervantes). El Premio Juan Rulfo lo han obtenido también, entre otros, autores publicados por Anagrama como Pitol, Monterroso y García Ponce.

Y a la Feria de Guadalajara, con la cultura catalana en el lugar de honor, acudiré de nuevo y con mayor razón. Una Feria en la que queremos también subrayar nuestro agradecimiento al México que presidió el general Cárdenas y que fue tierra de asilo para tantísimos exiliados de nuestro país tras la Guerra Civil, y a quienes México, por otra parte, tanto debe a su vez agradecer (y subrayemos el ámbito editorial y cultural) por la fecunda labor de tantos de ellos en su país de acogida.

Pitoliana

Aterrizaje de Pitol en Barcelona en 1969[]*

Nos lo cuenta el propio Pitol en “Diario de Escudillers” (*El arte de la fuga*), un aterrizaje en Barcelona (donde cobra vigor su trayectoria de corredor de fondo) que voy a comentar y también a situar en su relación con el *boom*.

Sergio tiene treinta y seis años y unos pocos libros de cuentos, bien valorados, pero de escasa difusión: es aún un escritor bastante secreto (en otro texto del libro nos dice que a los cuarenta y cinco años, en 1979, en México, se le suponía aún joven escritor por la escasez de su obra), y cuenta ya con una extensa carrera como traductor, su fuente de ingresos.

Aterrizo en Barcelona en un momento muy especial (dice que pasa en ella los tres años, de 1969 a 1972, más felices de su vida). Son años de gran ebullición política, cultural y concretamente editorial. Después de tres meses de bohemia menesterosa en el Barrio Chino, donde conoce a un joven *hippy* con el pelo color de yodo, que lleva cuatro años *on the road* y a quien imagina, para una futura novela, como un posible personaje que encarnase el exilio radical. Se sumerge en el ámbito de la *gauche divine*, iconoclasta, hedonista y descarada, gracias a Félix de Azúa conecta con la Seix Barral aún dirigida por Carlos Barral y se integra en su comité de lectura, y funda en la recién creada Tusquets una admirable, brillantísima colección, Los Heterodoxos. Lo conozco en aquella época y también nos hacemos muy amigos, aunque su vinculación editorial con Anagrama no se produce hasta principios de los ochenta. Para muchos, es una especie de joven hermano mayor, más culto y leído que todos nosotros.

Recuerdo muy bien algunos de sus amores literarios de la época, como

Gombrowicz, de quien traduce *Cosmos* y *Trasatlántico*, y que a mí también me apasiona. O nos descubre a Joseph Conrad, entonces bastante oculto, que nos maravilla como escritor y me frustra como editor: todas sus obras importantes están publicadas, y por tanto bloqueadas, en una antigua editorial barcelonesa, Montaner y Simón. Otro es Nabokov, de quien años más tarde traducirá *La defensa*, para Anagrama.

Y en aquel tiempo están residiendo en Barcelona dos de los nombres mayores del *boom*, Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa, que viven en la calle Osio, muy cerca de la recién nacida editorial Anagrama.

García Márquez había publicado hacía poco *Cien años de soledad*, con un éxito tan arrollador como inesperado (la primera edición de cinco mil ejemplares, si bien recuerdo, había parecido muy osada). Hasta entonces los pocos libros de Gabo habían sido muy minoritarios. Mientras que, decían las malas lenguas, en su entonces apartamento de la calle Craywinckel comunicaba diariamente a los amigos los miles de ejemplares que el día anterior se habían vendido de *Cien años de soledad*. Maldades y envidias aparte, ya estaba instalado en el Olimpo.

En cuanto a Mario, había ganado el Premio Biblioteca Breve con *La ciudad y los perros* y había publicado después *La casa verde* y *Conversaciones en La Catedral*. En su activa relación con la ciudad, Mario era miembro fundador del jurado del premio de novela de Barral Editores y también del Anagrama de Ensayo.

Un tercer escritor que aterrizó algo después de ellos fue José Donoso, que escribió *El obscuro pájaro de la noche* e *Historia personal del boom*. Sergio nos cuenta en su diario que se hizo íntimo de los Donoso y también de mi gran amigo Luis Goytisolo, que tuvo un importante papel aglutinador en aquella época entre hispanos y latinoamericanos.

En aquel tiempo y sobre todo respecto a estos grandes nombres, de los que Pitol era como un hermano menor (aunque el precoz Mario era más joven que él), Sergio estaba empezando su personal y todavía discreta maratón. Escribió en Barcelona su primera novela, *El tañido de una flauta*, a la que siguió *Juegos florales*. Sin embargo, pese a su gran calidad pasaron un tanto en sordina. Y, contemplando retrospectivamente la época, puede comprenderse: lejos del realismo mágico y sus levitaciones, del color local o el color político de la literatura latinoamericana imperante, la literatura de Pitol —cultura, refinada y exigente, muy cosmopolita y europea pese a ser muy mexicana— descolocó a los lectores: no era lo que se esperaba de un escritor

mexicano.

Pero Sergio siguió su camino, aunque dando un giro magistral a su obra, en buena parte gracias a la lectura de Bajtín, como ha contado a menudo: una torsión grotesca, la irrupción de lo absurdo, de lo escatológico, de la parodia, de la caricatura, que conforman las novelas *El desfile del amor*, *Domar a la divina garza* y *La vida conyugal*, totalmente independientes aunque *a posteriori* resulta patente su originalísima modulación, su unidad, y se reúnen más tarde en el *Tríptico del Carnaval*.

Con *El desfile del amor* ganó en 1984 nuestro premio de novela en su segunda convocatoria. El primero lo ganó *El héroe de las mansardas de Mansard* de Álvaro Pombo, un escritor entonces casi desconocido y que ahora está consagrado como uno de los mayores autores españoles. Tuvimos una gran suerte al poder contar con Pombo y Pitol como *Founding Fathers* de nuestro premio, dos autores que, a su muy diversa manera, funden lo culto con lo popular, con una elegante, compleja y sinuosa escritura y con un sentido del humor y del absurdo bien presente. Con *El desfile del amor*, según ha escrito el propio Sergio, empezó una nueva etapa, la etapa de un mayor reconocimiento por parte de la crítica. Y en la década de los noventa da un nuevo giro a su escritura.

Haré un breve preámbulo para referirme a un texto imprescindible de *El arte de la fuga*, titulado “¿Un Ars Poética?” entre signos de interrogación en el que Pitol nos brinda su Ars Poética sin interrogaciones. Ahí cita lecciones decisivas de su traducido Henry James que le confirma en una tendencia diríamos que ontológicamente pitoliana: “El registrar una visión oblicua de la realidad, un acercamiento furtivo y sinuoso a una franja de misterio que nunca queda aclarado del todo para permitir al lector elegir la solución que crea más adecuada”. Lo que nos remite directamente a *El desfile del amor*. Y cita también una regla básica enunciada por André Gide: “No aprovecharse nunca del impulso adquirido”. Y también otra de Bioy Casares: “De la única influencia de la que uno debe defenderse es la de uno mismo”.

Pues bien, Pitol, diríase que armado o ratificado en estos conceptos, cancela en 1981, con *La vida conyugal*, su dedicación a la novela, emprende una nueva ruta y con *El viaje*, *El arte de la fuga* y *El mago de Viena* (que ya conforman en la mente de Sergio una *Trilogía de la Memoria*) se instala en un territorio caracterizado por la fusión de géneros, unas obras en las que un ensayo se transforma en un relato, en una crónica, en un fragmento autobiográfico. “Todo está en todo”, afirma Pitol en otro texto de *El arte de*

la fuga. Y con estos tres libros rotura esta amplia zona narrativa en la que se puede encontrar a Magris y a Sebald, a Piglia, a Bolaño y a Vila-Matas, por ejemplo, es decir algunos de los nombres más valiosos de la literatura internacional contemporánea.

Y ahora ya sí, Pitol, después de tan largo viaje, Pitol, después de su maratón, alcanza un reconocimiento unánime, ya ingresa también en el Olimpo. Así, *El arte de la fuga* gana el Premio Mazatlán al mejor libro mexicano en 1996 y ahora mismo, hace unos días, en su traducción francesa ha obtenido el prestigioso Premio Roger Caillois. Y Sergio Pitol ha obtenido también los dos galardones más prestigiosos a la obra de una vida: el Premio Juan Rulfo en 1999 y ahora, en 2005, el Premio Cervantes, el premio por antonomasia de la lengua española.

Y no sólo su literatura exigente tiene más lectores que nunca en estos tiempos de banalización, sino que, y esto es muy importante, es una figura de referencia para muchos escritores de generaciones más jóvenes, una referencia aún mayor que otros escritores muy aplaudidos en las últimas décadas. Y así se refleja en los comentarios que escogí para la faja de la reedición de sus títulos después del Premio Cervantes: tres autores como el español Enrique Vila-Matas, el mexicano Juan Villoro y el argentino Rodrigo Fresán, así como uno de los críticos españoles de referencia, Tono Masoliver.

Dicen así: Vila-Matas: “Pitol es el mejor escritor en lengua española de nuestro tiempo. El maestro perfecto”. Villoro: “Un pionero en el trasvase de géneros. Ha hecho una literatura libre, desatada, como quería Cervantes”. Fresán: “Ha fundado la literatura del siglo XXI”. Masoliver: “Llevo años escribiéndolo, Pitol es el más grande escritor en lengua española”. Opiniones contundentes de las que no voy a discrepar en lo más mínimo. Enhorabuena, querido amigo.

Cinco encuentros con Sergio Pitol (1970-2006)[]*

reconocimiento del espíritu, la epifanía (disculpen la enfática expresión) de Sergio Pitol. Fue en la Noche Vieja de 1970, en la fiesta que glosó magníficamente José Donoso en el capítulo séptimo de *Historia personal del boom*, famosa entre los estudiosos y aficionados a la literatura latinoamericana, cuya primera edición Anagrama publicó en 1972.

Pepe Donoso dictamina:

Para mí el *boom* termina como unidad, si es que alguna vez la tuvo más allá de la imaginación y si en realidad ha terminado, la Noche Vieja de 1970 en casa de Luis Goytisolo en Barcelona, presidida por María Antonia [...] Cortázar, aderezado con su flamante barba de matices rojizos, bailó algo muy movido con Ugné, los Vargas Llosa, ante los invitados que les hicieron rueda, bailaron un valsecito peruano, y luego, a la misma rueda que los premió con aplausos, entraron los García Márquez para bailar un merengue tropical. Mientras tanto, nuestra agente literaria, Carmen Balcells, reclinada sobre los pulposos cojines de un diván, se relamía revolviendo los ingredientes de este sabroso guiso literario, alimentando, con la ayuda de Fernando Tola, Jorge Herralde y Sergio Pitol, a los hambrientos peces fantásticos que en sus peceras iluminadas devoraban los muros de la habitación: Carmen Balcells parecía tener en sus manos las cuerdas que nos hacían bailar a todos como a marionetas, quizás con admiración, quizás con hambre, quizás con una mezcla de ambas cosas, como contemplaba a los peces danzantes en sus peceras.

En apoyo de su tesis, Donoso cuenta cómo la discrepancia política con respecto a Cuba, a raíz del caso Padilla, “rompió esa amplia unidad”. También es posible que los éxitos literarios y comerciales respectivos, de tonelajes diversos, hubieran contribuido a instaurar entre ellos, por utilizar un verso de Gil de Biedma, “una cierta tendencia retráctil”.

Mientras, en la casa abierta de los Goytisolo iban desembocando grupos de amigos procedentes de otras fiestas. Y en uno de ellos iba, felizmente achispado, Sergio Pitol. Y Sergio y yo nos encontramos en un momento de la velada en un observatorio privilegiado, junto a la entrada del salón, y empezamos a comentar la sabrosa jugada, y a competir en un torneo cada vez más disparatado, cada vez más carcajadas, rivalizando en maldades, en pérfidos comentarios respecto a las reacciones de los grandes protagonistas de la velada, pero *just for fun*, para “vacilar”, para pasarlo bien: es decir, perfecto. No sé si, como sugiere tentativamente Donoso, allí se terminó el *boom* (me parece una voluntad de geometría discutible en un fenómeno tan poco manejable), pero sí fue para mí el inicio de mi gran amistad con Sergio. Desde aquella madrugada, mi nuevo amigo no fue sólo un prometedor escritor latinoamericano, un colaborador de las mejores editoriales barcelonesas, un lector voraz y un amigo de tantos amigos. Para mí, Pitol ya fue Pitol. En otros escritos he recordado este encuentro “fundacional”.

Sergio me contó mucho después que su primer recuerdo conjunto, nuestra

primera conversación literaria, fue a propósito de los *Diarios* de Gombrowicz, que yo quería publicar, pero en el camino de la minúscula Anagrama de entonces se cruzó la poderosa Alianza Editorial de la época. Un autor, Gombrowicz, de quien pude editar varios textos en los Cuadernos Anagrama y más adelante rescatar *Testamento*, en forma de conversaciones con Dominique de Roux, y más adelante incluso la novela *Trasatlántico*, traducida precisamente por Pitol. Seguro que, tal como recuerda Sergio, tuvimos esta olvidada conversación, ya que Gombrowicz era un tema recurrente, pero decir que la memoria es traicionera es quedarnos en una obviedad demasiado obvia: sabemos todos que la memoria hace lo que le da la gana.

2

Luego Sergio estuvo un tiempo, después de sus felices días en Barcelona, en la Embajada de México en París, en los años setenta, cuando el titular era Carlos Fuentes. Lo vi allí sólo una vez, apenas una hora durante un viaje. Estaba nervioso, nada eufórico: debía ir a recoger a algún personajillo o personajón al aeropuerto, una de sus frecuentes y aburridas actividades laborales, que interferían irritantemente en la escritura. Regresé deprimido y también.

3

Uno de los mejores recuerdos que tengo de la relación con Pitol fue en su época de la Embajada de México en Praga. Después de una larga carrera diplomática con cargos más subalternos, asesor cultural, generalmente, su destino final fue embajador en Praga, donde nos invitó a Lali y a mí a pasar dos semanas en la embajada, en agosto de 1984. Yo había estado ya en Praga unos pocos días, bastantes años antes, y me pareció la ciudad más hermosa del mundo, pero recorrerla con calma de la mano de un inmejorable cicerone como Sergio fue un privilegio. Su trabajo en la embajada no era muy agobiante, por lo que, excepto las mañanas, tenía todo el tiempo para nosotros.

Además de un viaje ritual a Karlovy Vary (escenario imposible de *El año pasado en Marienbad*), visitamos todos los lugares posibles, desde el cementerio judío hasta la iglesia de aquel enigma de infancia llamado el Niño

Jesús de Praga, memorabilia de Kafka y del Golem, librerías, cafés y restaurantes, y sobre todo paseamos y paseamos por la maravillosa ciudad. Y luego largas charlas sobre literatura: desfilaron Kuśniewicz, Roth, Schnitzler, Lernet-Holenia, Magris... Y allí leí la edición mexicana de *Juegos florales*, que me gustó mucho, y le sugerí algún cambio de poca monta (posibles desajustes en el proceso de edición) que se incorporó al texto de Anagrama unos años después.

Asistimos también a uno de esos acontecimientos tan rituales como es una cena de embajada. Como nos pronosticó Sergio, los diplomáticos invitados aparecieron juntos, de sopetón, uno o dos minutos antes de la hora de la invitación. Durante la cena, *small talk* como norma, y después una serie de breves discursos, coronados por el de Sergio, muy en su papel. Luego la gente se despidió también en bloque: estrategias de la vida diplomática para sobrevivir. Esas cenas, como es lógico, generan mucho estrés en el servicio doméstico. Estábamos con Sergio en el salón, bromeando sobre la experiencia, cuando oímos alaridos en la lejana cocina, con las voces de la cocinera, las doncellas, el chofer. Sergio se puso en pie como un resorte y dando palmas se acercó a la cocina: “¡Todo espléndido! ¡Todo muy bien!” La tormenta quedó desactivada.

El día en que nos fuimos, llegaban para tomar el relevo de invitados Cristina Fernández Cubas y Carlos Trías, amigos comunes de Barcelona. Foto conjunta de despedida, y el chofer de la embajada, tras el trabajoso pase de frontera, nos llevó a Viena, donde nos esperaban otros queridos amigos, José María Riera de Leyva y Alejandra de Habsburgo, para seguir con unas vacaciones monográficamente mitteleuropeas.

4

Otro recuerdo, muchos años después, cuando aterrizó definitivamente en México después de sus exilios. Había comprado una bellísima casa racionalista, que le ayudó a decorar su gran amiga Luz del Amo, en Temixco, un pueblito cerca de Cuernavaca. Cuando llegamos tuvimos que sortear hordas de una romería que iba, según la costumbre, a un balneario vecino. Sergio se desencantó pronto del lugar (demasiado lejos de sus amigos, demasiado cerca de turistas indeseados) y decidió vender la casa. Y precisamente el día en que Lali y yo lo visitamos estaba con Luz esperando la visita de un posible comprador interesado. Su llegada se fue demorando,

empezamos a bromear acerca del esquivo Godot, que finalmente, muy tarde, apareció, y nosotros dejamos a Sergio y Luz con los tratos.

El resultado fue que Sergio se instaló en una amplia y magnífica casa en la plaza de la Conchita, en el centro de Coyoacán, el barrio donde vivían tantos amigos comunes. Y muy cerca estaba la librería El Parnaso, con su terraza como lugar de encuentro. Íbamos desde su casa andando, excepto Sergio, que a menudo volaba arrastrado por su brioso perrazo Sacho, que se había traído de Checoslovaquia. Nos sentábamos en la terraza con el corazón en un puño pensando en el paseo, previsiblemente tropicado, de regreso a casa. Sergio tenía por Sacho un amor casi incomparable, sólo superado por el que tenía por su Tulip nuestro admirado escritor británico Ackerley, de quien tradujo para Anagrama su novela *Vales tu peso en oro*. Y fue a causa de la salud de Sacho por lo que Sergio decidió abandonar el Distrito Federal y su asesina contaminación.

Entonces regresó a una geografía cercana a sus orígenes: Xalapa, donde tiene una casa estupenda en la que nos ha acogido varias veces. Allí trasladó su magnífica colección de cuadros, los que había traído de sus estancias en Europa, en especial de pintores centroeuropeos, y también los de grandes artistas mexicanos de su generación, los Toledo, Soriano, Rojo, Cuevas. Pero al poco tiempo los tuvo que vender: la humedad de Xalapa era muy difícil de combatir y corrían el riesgo de arruinarse muy deprisa. Y con el producto de los cuadros, nos dijo, hizo una adquisición bien exótica: unos extensos jardines, con bambúes gigantescos, pero situados a unos cuantos kilómetros de la ciudad, que visitaba asiduamente y en los que se había construido una casita, una isba, donde a veces se refugiaba para escribir en paz.

En Xalapa tenía su biblioteca, cuyos volúmenes se hacía encuadernar en piel por un artesano del lugar, ordenadísima, al igual que estaban ordenadísimos sus archivos y carpetas, para gran envidia mía. Y también una amplia selección de videos; recuerdo haber visto una adaptación poco memorable de su novela *La vida conyugal* y también un filme de Derek Jarman sobre su amado Caravaggio, gran pintor y *bad boy*. Y un detalle: la visión estaba dificultada en la pantalla por un rectángulo opaco en la parte superior, Lali lo comentó, Sergio tocó unos cuantos botones sin éxito para eliminar la mancha, y finalmente Lali se acercó y vio que era una etiqueta de considerable tamaño adherida desde la compra del televisor, la quitó y pudimos ver la película normalmente. Sergio es tan negado como yo para trajinar estas cosas. Cuando amplió la casa, el cinéfilo Sergio se hizo un cine:

una amplia habitación con pantalla incorporada.

Xalapa era el punto de partida para las excursiones, entre ellas, atravesando zonas cafetales, al puerto de Veracruz, donde tomamos julepes de menta bajo los porches, asediados y envueltos por la música callejera. Paseando por la cálida ciudad, oímos una música, entramos en el edificio, que resultó ser una maravillosa escuela de danzón: niños y niñas, y algunos apenas adolescentes, bailando muy seriamente las figuras obligadas bajo la severa mirada del profesorado. Por la noche, el espectáculo de los adultos bailando en una plaza era mucho más prosaico. Otra experiencia era visitar el puerto con los varones vigilantes. Cuando aparecía alguna muchacha cuyo pelo no fuera absolutamente negro azabache, sólo se oía un gran estrépito: “¡Güera, güera, güera!” En otra excursión visitamos el taller del extraordinario ceramista Gustavo Pérez, ya consagrado en Europa por sus obras tan sutiles y elegantes (una de ellas en nuestra casa).

Desde hace años, cuando vamos al Distrito Federal, nos encontramos ya la primera noche con Sergio en su hotel preferido, el María Cristina, antiguo y algo destartado, donde le tratan con refinada deferencia, junto al Paseo de la Reforma. Al día siguiente desayunamos juntos y, acompañados por Guillermo, su chofer de tantos años, hacemos el recorrido por las librerías, empezando por Insurgentes sur: Gandhi, la Octavio Paz del Fondo de Cultura Económica, El Sótano, El Parnaso, la de nuestra distribuidora Colofón. Y luego, en otros rumbos, la Gandhi de Las Lomas, En un lugar de La Mancha, En otro lugar de La Mancha, Casa Lamm, las dos del Péndulo y la última joya, la librería del Fondo en la colonia Condesa, una de las más hermosas librerías de América Latina.

5

En un viaje, sin embargo, a principios de agosto de 2006, se alteró la tradición. Sergio nos vino a buscar al mismo aeropuerto, muy excitado: al día siguiente, domingo, había la gran marcha de apoyo a López Obrador, el candidato de la izquierda, del PRD, que desembocaría en el Zócalo.

Así que a la mañana siguiente nos unimos a la marcha en Reforma. Pocos días antes, Sergio y su gran amigo Carlos Monsiváis habían redactado un manifiesto, que leyó este último. Ambos, junto a López Obrador, presidieron el acto, que tuvo una gran convocatoria y repercusión.

Ello le dio a Sergio una nueva y muy considerada popularidad, como

tuvimos ocasión de comprobar. Íbamos andando los tres por el centro de la calzada, pero Sergio era interrumpido constantemente: le felicitaban emocionados, le pedían que les firmara algún papel, que posara con algún niño o con la familia para una foto. Y Sergio como un santón ruso rodeado por sus fieles. En un momento dado, López Obrador y su comitiva se acercaron por una calzada lateral, entre los vítores de los manifestantes. Sergio se había situado con Lali junto a la acera, López Obrador, *el Peje*, lo vio al pasar, desandó el camino y corrió a abrazarlo y de paso a Lali. Llegamos trabajosamente al Palacio de Bellas Artes, las calles que seguían hasta el Zócalo estaban colapsadas, por lo que decidimos almorzar en Bellas Artes. Y desde varias mesas se acercaban a reverenciar al maestro Pitol, se iban a la librería y compraban ejemplares de sus obras para que las firmara: “Cuídese, maestro precioso”, le dijo una aguerrida y conmovida ciudadana.

Quizá nunca he visto a Sergio tan feliz, como si viviera un mayo del 68 casi cuarenta años después, un *coup de jeunesse*. Pero la situación cambió dramáticamente: López Obrador decidió el llamado “plantón”, colapsando el tráfico en todo el centro de México, desoyendo las opiniones de muchos, empezando por Monsiváis y Pitol. Al día siguiente tuvimos una comida en casa de Margo Glantz con muchos amigos que habían apoyado a López Obrador y la consternación era general ante el grave error cometido, que significó el fin de las esperanzas depositadas en el líder del PRD.

En estos últimos años a Sergio le han llovido galardones y reconocimientos. Así, hace poco, un homenaje en Bellas Artes de México por sus setenta y cinco años, rodeado por toda la corte de incondicionales: Monsiváis, Margo Glantz, Bellatin o Álvaro Enrígue, entre ellos. Y ahora este coloquio internacional, aquí en Burdeos, a cuyos organizadores quiero felicitar por su estupenda iniciativa.

Busca y captura de Carlos Monsiváis[*]

Aparte de la imponente catedral laica que entonces fue la editorial Siglo XXI, del patriarca Arnaldo Orfila, el sello mexicano con el que mejor sintonizaba, en los primeros setenta, fue Ediciones Era. Además de sus espléndidas colecciones de ensayo y narrativa, con sus dos superestrellas durante décadas, Elena Poniatowska y Carlos Monsiváis, descollaban su combativa de bolsillo Biblioteca Era y sus *Cuadernos políticos*, que albergaban los textos más incisivos y radicales de la izquierda latinoamericana.

Y así, lo más lógico es que mi grupo en mis aterrizajes en México (el primero en 1974), por afinidades electivas y coincidencias generacionales, fueran Neus Espresate y los colaboradores que aglutinaba en torno a la editorial; su socio y gran pintor, y responsable de la parte gráfica de Era, Vicente Rojo, y su esposa, Albita, que también trabajaba en las ediciones, en el Fondo de Cultura; episódicamente Sergio Pitol cuando regresaba de Europa, su gran amigo Carlos Monsiváis y otro compinche, Luis Prieto, que colaboró muy joven con el general Cárdenas, aquel benemérito presidente del gobierno mexicano que acogió tan generosamente a los españoles que se exiliaron tras la Guerra Civil. Y también Margo Glantz, Luz del Amo, más tarde los Titos: Bárbara Jacobs y Augusto Monterroso. Todos ellos muy izquierdosos, un polo de la *intelligentsia* mexicana opuesto al otro polo, el de Octavio Paz al frente de las muy influyentes revistas *Plural* y luego *Vuelta*.

Pocos años después, en 1979, conocí en Barcelona a Alejandro Rossi, de quien acababa de leer un libro extraordinario, *Manual del distraído*, y se convirtió en uno de mis mejores amigos mexicanos.

Con Monsiváis se estableció desde el inicio muy buena sintonía, le gustaban mucho los autores del Nuevo Periodismo que yo estaba empezando a publicar (y la no publicada Joan Didion, muy favorita suya). Y también Paul Bowles: a finales de los setenta, antes de su curioso *boom* hispano,

Black Sparrow Press, la editorial de Bukowski, publicó sus *Collected Stories* y Carlos se ofreció a traducir una selección, pero el agente de Bowles exigió que se tradujeran íntegramente y abandonamos el proyecto. Eran tiempos muy difíciles para Anagrama (la peor época de la editorial, con diferencia) y la perspectiva de publicar un tomo de cuentos de un escritor desconocido, y para nada *à la page* en ningún país, me pareció excesiva; por otro lado, tampoco creo que a Monsiváis le entusiasmara una traducción tan larga.

Monsiváis, por una parte, participaba en todos los debates políticos, tenía una presencia constante en la prensa y en los medios de comunicación: era, y sigue siendo, un punto de referencia indispensable de la izquierda mexicana. Por otra, sus compilaciones de crónicas eran extraordinarias, y pasaban revista tanto a las peripecias políticas como a los muchos iconos de la cultura popular.

En ellas brillaban su sentido del humor, sus afiladísimos sarcasmos, al igual que en su conversación. En ésta ocurría que a menudo presuponia sobrentendidos imaginarios que obligaban al interlocutor a un vertiginoso intento de captar el sentido, a una gimnasia neuronal de alta escuela. Me recuerda un poco en ese sentido a nuestro amigo común José Miguel Ullán, pero éste, al revés que Carlos, amplía la paleta hasta su prosa, sus criptoartículos. Otra peligrosa estrella en ese sentido es Juan Cueto, miembro del jurado de nuestro premio de novela: cuando nos comentaba a su fragmentada, elíptica y aceleradísima manera los dimes y diretes de Madrid, nosotros, los jurados barceloneses, sólo decodificábamos, me temo, una parte muy exigua de sus sensacionales revelaciones; ahora en Italia al frente del canal televisivo Telepiù, parece haber frenado un tanto el motor.

En otro viaje, en los primeros ochenta si bien recuerdo, en un almuerzo, Monsiváis me sorprendió diciendo que había terminado un texto sobre canciones mexicanas y otras variantes de la cultura popular y que le gustaría presentarlo al Premio Anagrama de Ensayo (un premio que ya había ganado un amigo suyo mexicano, Juan García Ponce, con *La errancia sin fin*).

Yo me entusiasmé, claro está. Carlos me dijo que le daría los últimos retoques y dejaría el manuscrito en nuestro hotel, el Diplomático, en Insurgentes sur. Lali y yo nos íbamos una semana a Puerto Rico y Bogotá en uno de aquellos viajes editoriales de la época, a menudo con resultados deplorables, y al regreso recogeríamos el preciado ensayo. Cuando llegamos de nuevo al hotel, Monsiváis no había dejado nada, pero no me alarmé. Lo llamé por teléfono una y otra vez y siempre una voz femenina, su tía, creo,

me decía que Carlos no estaba y que no sabía nada de ningún manuscrito (aunque luego me enteré de que circula la teoría de que se trata del propio autor, disfrazando la voz). Un par de días después teníamos que volver a Barcelona, desde donde llamé de nuevo en varias ocasiones con el mismo resultado, hasta que capté el mensaje: una *espantá* de Monsiváis, cosa nada rara según me enteré después.

En otra ocasión nos encontramos en un apartamento que entonces ocupaba Sergio Pitol, en un enorme edificio que luego apareció “*portrait craché*” en su novela *El desfile del amor*. Allí Monsiváis me dio un manojito de cuartillas que componían un librito: *Nuevo catecismo para indios remisos*, para su posible publicación. Debo confesar que no acabé de verle el chiste y por otra parte me pareció poco pertinente empezar con aquel libro tan atípico la publicación de Monsiváis en España. Al lado del agudísimo ensayista, del sabrosísimo cronista, ese catecismo era una rareza muy rara, que descolocaría al lector español.

Entre unas cosas y otras, mi bulimia editorial respecto a Monsiváis remitió. Más aún cuando supe que Ullán, también viajero contumaz a México, estaba preparando una antología de sus crónicas para Alianza (un proyecto del que también Carlos y yo habíamos hablado para Anagrama). Pero pasaron los años, y más de una década, y la anunciada antología ullanesca nunca apareció.

Ya bien entrados los noventa leí en un catálogo que la editorial Suhrkamp había preparado otra antología de crónicas de inminente publicación, así que en mi viaje siguiente le planteé a Carlos que si iba a haber un Monsiváis para alemanes, ¿por qué no uno para españoles?

“No”, me aclaró Carlos por teléfono, no habría Monsiváis para alemanes, “no me gusta la selección que han hecho”. Pero quedamos en reunirnos en el bar del altillo de la librería Gandhi, donde me traería el índice de una antología para Anagrama. Lali y yo ya esperábamos bebiendo Coronitas cuando Carlos llegó, se sentó y se sacó una cuartilla del bolsillo con una lista de nombres, el índice de marras: 1. Prólogo; 2. Los zapatistas en Chiapas; 3. María Félix; 4. Cantinflas; 5. Jorge Negrete; 6. La vida en los antros; 7. La desaparición de lo privado; 8. David Alfaro Siqueiros; 9. Diego Rivera; 10. Frida Kahlo; Fecha: 8 de agosto de 1996. Con solemnidad (zumbona) firmamos y rubricamos el protocolo y siguió el previsible ritual: le envié por fax en dos o tres ocasiones el papel acusador reclamando los textos, sin obtener respuesta alguna.

De ahí mi sorpresa cuando hace unos meses me llamó Sergio Pitol para decirme que *el Monsi* había acabado un manuscrito y lo quería presentar al Premio Anagrama de Ensayo. Lo llamé de inmediato, me confirmó que lo mandaba... y lo hizo, sí. Se lo pasé a los otros miembros del jurado — Salvador Clotas, Román Gubern, Xavier Rubert de Ventós, Fernando Savater, Vicente Verdú— y realmente no podíamos creer en nuestra suerte. Monsiváis, un autor que está en las antípodas de tanto analista blablatoso, de tanto ensayista válium. Un autor para quien parece diseñada la base más “ideológica” del Premio Anagrama: “El jurado preferirá las obras de imaginación crítica a las de carácter erudito o estrictamente científico”. *Aires de familia* ganó el premio por unanimidad y ahora empieza su carrera en España, donde Monsiváis tiene un estatus curioso: los intelectuales que han frecuentado México le tienen una enorme admiración (así, los miembros del jurado), mientras que para casi todo el mundo es un completo desconocido. Por ejemplo, la colaboradora de la editorial que leyó las primeras pruebas, me preguntó: “¿Pero dónde se ha metido todo este tiempo este tío tan bueno?” En cualquier caso, atentos a la buena nueva: su libro ya habita entre nosotros.

Posdata. Penúltimos episodios de las crónicas de Monsiváis en el catálogo de Anagrama: cuando nuestro héroe me envió su nota bibliográfica para la edición de *Aires de familia* me enteré, estupefacto, de una noticia impensable: ¡se había publicado una antología de crónicas de Monsiváis fuera de México! La editorial Verso, fundada por los amigos de *New Left Review*, había publicado en inglés *Mexican Postcards*. Se imponía, pues, la pregunta: ¿por qué no unas postales mexicanas para españoles? “Sí, te las enviaré”, dijo Carlos. Las reclamé un par de meses después: “No me gusta la selección de Verso —me dijo—. Te traeré otra cuando vaya a España”. “¿No me la podrías enviar ya y así leería en esta Semana Santa, que me quedo en Barcelona?” “Sí, no te preocupes, te la mando mañana por dhl.” Pero no. En un fax reciente me dice que las está reescribiendo una vez más y que me las entregará en mano en su inminente viaje.

Alejandro Rossi, un bien escaso[*]

Carmen Balcells, entonces agente de Alejandro Rossi, me envió en 1979 su *Manual del distraído*, que había sido publicado en México por el más prestigioso sello literario, Joaquín Mortiz, que dirigía Joaquín Díez-Canedo.

Me deslumbró de tal modo que, pese a estar Anagrama en el peor momento económico de su historia, decidí cometer la segunda “locura” del año, publicar un libro de textos misceláneos (es decir, el género más temible comercialmente), de un autor latinoamericano desconocido y además con la distribución limitada a España.

La primera locura fue convocar, al borde de la bancarrota, una fiesta multitudinaria para celebrar “diez años de sobrevivencia” de Anagrama, según rezaba explícitamente el texto de la invitación, que tuvo lugar en el restaurante La Balsa, de Toni López Lamadrid (de la editorial Tusquets) y su hermana Memé, entonces aún no inaugurado, por lo que el reverso de la invitación incluía un mapa orientativo del exótico paraje, en la parte más alta de la ciudad. Alejandro llegó a Barcelona por aquellos días, estuvo en la fiesta y, tras conocerlo, la evidencia se impuso: estaba, *in person*, a la altura del *Manual*. Nada menos. Por cierto, si el lector que haya llegado hasta aquí no conoce aún el *Manual del distraído*, que se precipite a la librería más próxima, y si no lo tienen que lo consigan sin falta. Una vez en su poder, desconéctese del mundo exterior hasta terminarlo. Un consejo que agradecerán.

Así empezó una gozosa amistad, en cada viaje al Distrito Federal encontrarnos con Alejandro y Olbeth es un auténtico *must*.

En México, Rossi ha sido y sigue siendo una figura de referencia. Íntimo amigo y confidente de Octavio Paz, colaborador de *Plural* y *Vuelta*, al igual que Gabriel Zaid, Adolfo Castañón, Aurelio Asiaín y otros amigos del núcleo duro de Paz, un poder fáctico colosal.

Como es bien sabido, Alejandro es un conversador excepcional y aunque le gusta mucho hablar (para placer de los contertulios) también le encanta escuchar y enterarse de los pormenores y chismes de la edición y sus aledaños, por lo que nuestras veladas duran horas y horas de gratísimo recuerdo.

Así, un memorable almuerzo en su restaurante japonés preferido, con Olbeth, Álvaro Mutis, Diego García Elío, Lali, yo y no sé si alguien más, en el que agotamos las reservas de sake y salimos, a gatas, contentísimos: Mutis & Rossi, no se lo pierdan. Otra velada memorable y un tanto puntiaguda fue en Barcelona con Inge Morath, la fotógrafa casada con Arthur Miller, José María Riera de Leyva y Alejandra de Habsburgo, Paco Rico y Victoria Camps, con cena en el Flash, visita al famoso Molino y copas finales. O la cena fastuosa organizada por el pintor Federico Amat en su casa de Vallvidrera, para festejar la reedición del *Manual* con estupenda portada del propio Amat.

O una nutrida cena que Alejandro y Olbeth dieron en su casa. En ella estaban dos de sus mejores amigos. Uno era Juan Nuño, que murió hace unos pocos años y, al igual que Rossi, filósofo, narrador y de nacionalidad venezolana; su hija Ana Nuño dirige la revista literaria barcelonesa *Quimera*. El otro era Luis Villoro, filósofo especializado en ciencia política, situado mucho más a la izquierda que Alejandro, lo que provoca las consabidas fricciones. Luis, padre de nuestro amigo Juan, es un espécimen notable: alto, esbelto pero fornido, muy masculino, moviéndose en la zona Gassman, tuvo durante años una intensa relación con una intensa argelina, Giselle Halimi, abogada y feminista, colaboradora de aquellos *Temps modernes* de Sartre y la Beauvoir.

Justo en aquellos días, Octavio Paz había organizado unos debates junto con la progubernamental cadena Televisa, en los que participaban un grupo de escogidísimos escritores, entre ellos su predilectísimo Vargas Llosa. Y en el debate televisivo, en vivo y en directo, para pasmo general y consternación de los organizadores, Vargas Llosa, que llevaba tantos años como *under control*, se convirtió de nuevo en el olvidado “cadete Mario” y lanzó un bombazo: “México es una dictadura perfecta”. Tras lo cual se largó del país de forma tan rápida que dio lugar a mil conjeturas...

Uno de los espectáculos intelectuales de alta escuela más vistosos que he presenciado se produce al ponerse en marcha la “estrategia Rossi de demolición”, cuando se empieza a hablar de un santón cultural, de una

primerísima figura, de un intocable. Recuerdo una noche en el Giardinetto en que nos encontramos con Oriol Bohigas y Beth Galí, que no conocían a nuestro personaje. Se empezó a hablar de arquitectura (también de eso Alejandro sabía más que nadie), salió el nombre de un famosísimo arquitecto mexicano, qué bueno, excepcional, un repaso a sus casas..., pero quizá (Rossi *dixit*) aquel muro con aquel rosa, o aquel otro granate, no fueran colores tan acertados, por no hablar (subiendo ya la apuesta) de aquel hotel tan *kitsch*, ni de... etc., etc. Un *crescendo* hacia la masacre total. Bohigas, claro está, divertidísimo, cómplice, deslumbrado.

Volvamos al escritor, al autor de *Manual del distraído*. ¿Qué pasó después de tal maravilla? Rossi escribe poco, ¡ay!, poquísimo. Para “compensarlo”, es un artista del bricolaje & reciclaje (una actividad no tan infrecuente entre los mejores escritores mexicanos).

Así, publica unos cuantos cuentos con el título *Sueños de Occam*, añade otros pocos y ya tenemos *El cielo de Sotero*. Y sumando y restando relatos aparece *La fábula de las regiones* y *Un café con Gorrondona*. En resumen, con un puñado de cuentos, cuatro títulos (es posible que, entretanto, alguno nuevo haya inventado). Pero no nos quejamos, nada de eso: porque en cada título hay al menos un cuento nuevo: o sea una auténtica joya, literatura en su más alto grado de destilación.

Desde hace algún tiempo (¿digamos veinte años?) Alejandro fantasea con la posibilidad de escribir una novela (¡incluso tiene notas!), una novela corta, claro está, pero a estas alturas sabemos ya que eso queda en el terreno de la fabulación oral.

Hace poco publiqué *Cómo leer y por qué*, del gran pope Harold Bloom. Para la ilustración, nos fueron presentadas varias propuestas de fotos de un montón de libros con el título visible. Todos ellos aparecían estudiados en el texto de Bloom; menos uno, en la base de la pila, que merecía haberlo estado: *Manual del distraído*.

Tito Monterroso, un autor para leer manos arriba[*]

Un premio largamente merecido este Príncipe de Asturias, que los fans de Augusto Monterroso esperábamos desde hace años. Es autor de una obra escasa y destiladísima en la que no sobra ni una palabra (pero quisiéramos que tuviera más). A este respecto, se cuenta de Tito una anécdota famosa. Coincidió en una mesa redonda con Alfredo Bryce Echenique, el rey de la digresión. Éste dijo que le resultaba imposible corregir sus textos porque proliferaban, empezaba a tocarlos y le salía un libro distinto (y aún más largo). Tito, a su lado, muy serio, musitó: “¡Qué envidia! Yo sólo corrijo”.

Este autor de ironía imparable, infatigablemente certero, ha conquistado los corazones de grandes escritores, desde Italo Calvino a García Márquez, pasando por Carlos Fuentes, Sergio Pitol o Carlos Monsiváis, y una auténtica legión de lectores en nuestro país, encabezados por los pioneros Tono Masoliver, Enrique Vila-Matas o Robert Saladrigas. Todos admiran a este especialista en driblar expectativas, un artista del contrapié, un armador de textos híbridos en los que se evitan esmeradamente las peligrosas metáforas. De entre los muchos elogios que ha cosechado, mi preferido es el de Gabriel García Márquez: “Este libro [*La oveja negra y demás fábulas*] hay que leerlo manos arriba: su peligrosidad se funda en la sabiduría solapada y la belleza mortífera de la falta de seriedad”.

Pero démosle la palabra. En una entrevista con el título “La insondable tontería humana”, R. H. Moreno Durán le pregunta: “¿Crees, como la jirafa de *La oveja negra*, que todo es relativo?” Y Tito responde: “A veces sí, a veces no, según”. Conclusión de Moreno Durán: “Acabas de ser extraordinariamente convincente”.

En otra entrevista, “Que el autor desaparezca”, Elda Peralta le preguntaría de qué autores reconocía una influencia literaria o moral. Responde Monterroso: “Literaria de Cervantes, de Montaigne y de Swift. En cuanto a lo

moral, francamente no sé qué decir. Tal vez de mi tío favorito, que era monedero falso y tuvo que dejar ese oficio cuando descubrió que cada peso que hacía circular con grandes trabajos le había costado un peso cincuenta”.

Felicidades, Tito, nuestro pequeño rey, ahora también Príncipe de Asturias.

Homenaje a García Ponce[*]

Cuando empecé a visitar México, a mediados de los años setenta, entre los amigos comunes —Pitol, Monsiváis, Neus Espresate— otro nombre salía a menudo a colación: Juan García Ponce. También tuve la fortuna de conocerlo y visitarlo en su casa e iniciar así una amistad. Recuerdo en especial una pasión común: Pierre Klossowski, y en especial mi releída *Roberte, ce soir*.

Una amistad coronada por un regalo: la presencia de un manuscrito de Juan García Ponce, *La errancia sin fin: Musil, Borges, Klossowski*, al Premio Anagrama de Ensayo, cuyo jurado —compuesto por Salvador Clotas, Luis Goytisolo, Xavier Rubert de Ventós, Mario Vargas Llosa y yo mismo— le votó por unanimidad. Pese a ello, García Ponce afirmó, muy en su estilo, que “triunfó la injusticia” y que su libro, que trata de las relaciones secretas de estos tres autores fundamentales a través del principio de identidad, era un “ensayo irónico en algunos aspectos. En él muestro que no hay un principio y que además la identidad no importa”. Pero, ya más en serio, “este obsesivo reivindicar del heroísmo literario, este ciudadano ejemplar”, en palabras de Carlos Monsiváis, afirmó también que

[la] relación de esos hombres y de sus obras con el principio de identidad posiblemente se halla en la misma raíz del hecho de escribir, de la literatura entendida como creación y reflexión de mundos. Tanto en la obra de Musil como en la de Borges o Klossowski, la obra, como todas las grandes obras, devora a su creador para dejarnos solos frente a la creación.

Publiqué después otro libro de Juan, *Desconsideraciones*, un volumen misceláneo con un subtítulo posible: *Libro de todas las cosas y otras muchas más*, o sea, los muchos saberes de García Ponce.

Su predecesor en el Premio Juan Rulfo, Sergio Pitol, afirmó en un homenaje a Juan García Ponce en Bellas Artes, en 1981: “Quizá la mayor deuda que le tengo, la más sabia lección que de él he recibido, ha sido la de aprender a despojar a la literatura, sin prescindir del rigor, de cualquier tono

pomposo o profesoresco”. Una lección concluyente que a Sergio, por otra parte, poca falta le hacía. Enhorabuena, Juan.

Rastros de Margo Glantz[*]

En primer lugar quiero hacer constar mi gran satisfacción por publicar *El rastro*, la novela de mi buena amiga de tantos años Margo Glantz. Para evitar equívocos debo añadir, también enseguida, que como editor tengo la obligación de blindar mi corazón y sólo tener en cuenta la calidad literaria a la hora de evaluar un manuscrito. Por ello, al rechazar libros de amigos míos, algunas relaciones se han visto severamente afectadas. Por ello mismo, cuánta alegría cuando un amigo te envía un texto que te entusiasma: tal ha sido el caso de Margo Glantz.

Conozco a Margo desde mediados de los años sesenta. Forma parte del núcleo duro de mis amigos mexicanos desde el principio y hasta ahora: Sergio Pitol, Carlos Monsiváis, Tito Monterroso y Bárbara Jacobs, Neus Espresate, Vicente y Alba Rojo, Luz del Amo (pocos años después conocí a Alejandro Rossi, un núcleo duro y a veces puntiagudo en sí mismo). Aparte de varios encuentros con Margo en varios lugares, recuerdo que pasamos un fin de año, en 1983, creo, en la isla de Lanzarote, en las Canarias. Viajamos Lali y yo desde Barcelona, mientras que desde Praga (donde Pitol oficiaba de embajador con sobrio empaque) llegó la expedición mexicana: el propio Sergio flanqueado por dos inmejorables damas: Margo Glantz y Luz del Amo. Pasamos la noche de fin de año en el hotel donde ellos se alojaban, un hotel copado por escandinavos congestionados (sol y alcohol), y fue en Lanzarote donde empecé a disfrutar más demoradamente de la conversación con Margo y de su peculiar sentido del humor: inesperado, a menudo extravagante y surrealista, e incluso un tanto chiflado, es decir, el género de humor que prefiero.

El rastro, esta novela compleja y armónica, poderosa y sutil, me gustó mucho, como he dicho, al igual que a los demás miembros del jurado de nuestro premio de novela: Esther Tusquets, Salvador Clotas, Juan Cueto, así como a Luis Magrinyà, jurado invitado este año como ganador de una

convocatoria anterior con *Los dos Luises*. Aunque, como anécdota, el hipocondriaco Luis me comentó que, al haber tenido él mismo problemas cardíacos, a ratos leía esa novela, con tantos percances de corazón, no sin cierta aprensión sanitaria.

A mí *El rastro*, además de la instantánea gratificación literaria, me dio otra musical: en cuanto la leí, me fui a la fnac en busca de un compacto con las dos versiones de las “Variaciones Goldberg” a cargo de Glenn Gould, que tanto puntúan esta novela que bien podría titularse las “variaciones Glantz”.

Todos los expertos mexicanos en Margo Glantz —que tiene una copiosa producción de ensayos, estudios literarios, textos autobiográficos y novelas, además de dos celebradas hijas, aquí presentes— coinciden en que *El rastro* es, con mucho, su mejor novela. En España, Margo es aún poco conocida, excepto quizá en Alicante, un feudo en el que periódicamente va a dictar cursos sobre sor Juana Inés de la Cruz, de la que Margo es una de las máximas estudiosas, por lo que la invitan a hablar de ella en numerosos foros (“Soy como el chulo de sor Juana Inés de la Cruz”, comenta Margo). Confío en que ahora finalmente los lectores españoles descubran a esta excelente escritora y que *El rastro* tenga el éxito que merece en ambos lados del océano.

Sergio González Rodríguez, reportero imparable[*]

Me siento particularmente orgulloso de haber publicado *Huesos en el desierto*, este escalofriante libro sobre las mujeres violadas, torturadas y finalmente asesinadas en Ciudad Juárez. Un libro escalofriante y también inaudito: inaudito por lo que está escrito en él, inaudito porque lo que cuenta es cierto, inaudito porque alguien, concretamente Sergio González Rodríguez, ha tenido el coraje moral de escribirlo. Un coraje que, leyendo el “Epílogo personal”, al final del libro, uno piensa que raya en lo temerario, en lo kamikaze. Pero, como Sergio dijo en la presentación del libro en Barcelona (“esa pesadilla inacabable”, en palabras de Monsiváis), “aunque uno tenga miedo, al pensar en las víctimas, en las jóvenes asesinadas y torturadas, se siente impelido a continuar”.

En Anagrama hemos publicado obras maestras de literatura de no ficción y de periodismo de investigación. Así, *La canción del verdugo* de Norman Mailer o *A sangre fría* de Truman Capote: *Huesos en el desierto* no desmerece en absoluto a su lado. Hace pocos días, en una reseña del libro en *Milenio* Federico Campbell comentaba cuánto había crecido como escritor Sergio González Rodríguez, ya bien conocido como ensayista y narrador.

Pero, para situar este reportaje, yo citaré tres libros espléndidos, que podrían enmarcar estos *Huesos en el desierto*. Serían *Política y delito* de Hans Magnus Enzensberger, *Los cínicos no sirven para este oficio*, es decir, las reflexiones sobre el buen periodismo de Ryszard Kapuściński, y *El periodista indeseable* de Günter Wallraff. Y ahora Sergio González Rodríguez, un periodista indeseable y también indispensable y nada cínico, al que habrá forzosamente que escuchar.

Juan Villoro,
México-Barcelona-México-Barcelona-México,
etcétera[*]

Soy amigo de Juan Villoro desde hace muchos años (¿quién puede no ser amigo suyo?), desde que aterrizó en Barcelona casi de pantalón corto, de paso hacia Alemania, con una carta de recomendación de Sergio Pitol, y le encomendé que tradujera un libro magnífico, *Memorias de un antisemita* de Gregor von Rezzori, que publicamos en 1988. Me comentó que su padre, Luis Villoro, gran pensador y una de las figuras imprescindibles en el ámbito de la ciencia política, había decidido que Juan estudiara alemán, opción algo exótica. Juan lo *explica* así: “Lo extravagante de la decisión fue que en un entorno donde nadie tenía relación con el alemán (y en una época en la que ese idioma sólo nos llegaba por los nazis de las películas), mi padre pensó que yo podría abrirme camino en la selva lingüística que fue el hábitat de Heidegger”.

A partir de entonces lo fui viendo a menudo, tanto en mis idas a México como en sus frecuentes aunque breves viajes a Barcelona. Cuando llegaba, enseguida se organizaba una cena en Can Masana, con el “núcleo duro”, entonces, de amigos comunes: su compatriota Selma Ancira, Vila-Matas y Paula de Parma, Lali y yo, Martínez de Pisón y algún adosado. Y terminábamos luego, indefectiblemente, con las copas del Giardinetto.

Pero entre 2001 y 2004 estuvo tres años más o menos viviendo en Barcelona, en el corazón del Ensanche, en el *rovell de l'ou*, que decimos en catalán, con su esposa Margarita (su “angelito” en el tierno dialecto de pareja), su hijastro (“el chamacón”) y su hija pequeña. Se convirtió en un barcelonés de adopción que debería ser nombrado hijo adoptivo de Barcelona. Su escáner captó sin el menor problema los recovecos de esa ciudad nuestra con fama de secreta, e incluso escribió muy sagaces columnas en *El Periódico* (él, un mexicano casi recién instalado) sobre las mismísimas elecciones municipales. En una de ellas destacó un rasgo muy barcelonés: las disciplinadas colas en tiendas, cines, etc. Y la pregunta ritual del recién

llegado a la cola “¿*Qui es l’últim?*” (¿Quién es el último?). A Juan le divertía luego compararlo con las costumbres mexicanas al respecto (digamos sin y con armas de fuego, si uno quiere exagerar). Y también escribía a menudo sobre nuestra pasión común, el fútbol, y concretamente sobre el Barça (en una sábana de *El País*, coincidimos escribiendo sobre las últimas elecciones, las que ganaron Laporta y su equipo, Villoro, Manolo Vázquez Montalbán, Ana María Moix y yo). Aunque también escribió un artículo memorable (en especial para los culés) sobre el Real Madrid y el declive de la “Casa Blanca” y sus galácticos.

Villoro es un brillantísimo escritor todoterreno: como cronista (que admira a otro gran cronista, Carlos Monsiváis, de quien dice: “Monsiváis es como el turista japonés que llegó antes que tú a todas partes”), crítico literario, ensayista, cuentista y novelista. Dirigió también durante años el suplemento literario del periódico mexicano *La Jornada* y consiguió el difícilísimo récord, en medio de cuchillos tan afilados como el literario, de no tener, apenas, enemigos. Juan bromeaba en una entrevista con Mónica Maristain diciendo que como buen signo Libra era patológicamente hostil a toda controversia.

El primer libro que Anagrama publicó de Juan Villoro fue *Efectos personales*, una colección de ensayos literarios. Los leí en noviembre de 2000, en la edición mexicana de Era, y quedé deslumbrado por su agudeza y brillantez. Un libro en el que comparecen muchos autores publicados por Anagrama, como Rulfo, Pitol, Monterroso, Bernhard o Nabokov. Y hay uno especialmente memorable dedicado al filósofo Alejandro Rossi, “conversador genial”, y cuenta cómo Octavio Paz tuvo la gran intuición de invitarlo a escribir en *Plural*, con tema libre, y “Rossi se convirtió por escrito en lo que ya era por hablado”, y así surgió el inmortal *Manual del distraído*. En una presentación de los ensayos de Ricardo Piglia comenté que, a mi juicio, era el escritor más subrayable: el bolígrafo brincaba a la búsqueda de sus frases más feliz e inesperadamente lapidarias. Tras leer *Efectos personales*, y viendo luego los efectos del bolígrafo, pensé que a Piglia le había salido un *challenger* formidable.

Y ya estamos llegando a *El testigo*, pero, antes, unas consideraciones. Juan es un imprescindible animador de cualquier debate, coloquio o presentación, y por tanto en Barcelona estuvo solicitadísimo e intervino en muchísimos, con los posibles efectos negativos para la dedicación a la gran novela en la que estaba trabajando, previa huida de la inevitable dispersión

del Distrito Federal. Sin embargo, su inteligencia le permitiría trazar la indispensable estrategia defensiva, o por utilizar el argot futbolero que nos gusta, hacer los *dribblings* necesarios, educados pero inapelables.

Debo decir que yo mismo abusé sin recato de nuestra amistad, y así, presenté a Bolaño, a Fadanelli y a unos cuantos más. Hace unos meses, después de presentar en Caracas en una de esas ceremonias librescas, el director de nuestra distribuidora venezolana, mi viejo amigo Leonardo Milla, me escribió: “El que dejó la marca del zorro en tierra venezolana fue Juan, ya tiene unos fans fieles hasta la muerte”.

Entre las muchas *performances* de nuestro autor, hay una que recuerdo con especial placer: la que efectuaron a dúo el propio Villoro y Enrique Vila-Matas, con el título “Picnic, relámpago”, en la Feria de Guadalajara en 2004.

“¿Picnic, relámpago?”, se preguntará el lector desmemoriado. “Sí”, aclara Juan, y nos remite a las primeras páginas de *Lolita*: ésta es la lacónica frase con la que Humbert Humbert describe la muerte de su madre. Y añade: “Según Tom Stoppard, es la coma más elocuente de la lengua inglesa. A nosotros nos gustó por la rápida vinculación de elementos insólitos y porque nos proponíamos hablar en estado de coma, sin saber quién sería el picnic y quién el relámpago”. En cualquier caso, y aparcando el tema de las identificaciones, resultó un espectáculo inusual lo más parecido a una *jam session* hablada, con una melodía soterrada y compartida, de la que se separaban y a la que regresaban en brillantes *riffs*. Una variante locuaz del (presunto) coma que el público siguió expectante y regocijado.

Durante su estancia en Barcelona nos veíamos con frecuencia, aunque sólo en muy contadas ocasiones yo aludía a su *work in progress*: lo bastante para que supiera de mi interés, pero sin querer presionarlo, sabía que era un autor muy codiciado por otras editoriales y quizá con algunos compromisos. Un día me comunicó que había tomado como agente literaria a mi buena amiga Mercedes Casanovas, una profesional eficaz, transparente y nada *pushing*, y me pareció una decisión muy acertada. Cuando la novela estuvo terminada, empezamos a negociar y llegamos a un acuerdo no demasiado insensato, creo, para ninguna de las partes. Y hemos acordado también reeditar su excelente primera novela, *El disparo de argón*, largo tiempo agotada.

Leí *El testigo* en dos larguísimas sesiones y tuve una gran alegría. Me pareció, al igual que a todos los componentes del jurado que le concedió nuestro premio de novela por unanimidad, que se trataba de una de las

mejores novelas mexicanas o escritas en lengua española en los últimos años, sin limitaciones geográficas. Y se unió así a *El pasado* de Alan Pauls, *El mal de Montano* de Enrique Vila-Matas o *Los detectives salvajes* de Roberto Bolaño, por citar las tres obras ganadoras recientes con mayor resonancia internacional.

La recepción que tuvo esa novela “obsesivamente mexicana” (Villoro *dixit*) fue magnífica y no sólo en España sino en toda América Latina. Y con ella inauguramos nuestras ediciones en México (hace años que las realizamos en Argentina y ahora hemos empezado en Chile con las memorias del juez Guzmán) para que el precio sea más asequible, para esquivar el efecto del subidón del euro en estos últimos años.

Con Villoro ha sucedido un fenómeno no muy distinto del de Alan Pauls en Argentina. Aunque eran considerados por los expertos los dos mejores escritores de su generación en sus respectivos países, a ambos les faltaba quizá dar su do de pecho indiscutible en la novela. Ahora lo han conseguido ya y su estatura se dibuja elevada y nítidamente en el horizonte de las letras latinoamericanas. Y de *El testigo* se ha escrito una y otra vez, aquí y allá, que por fin había aparecido la Gran Novela Mexicana que se estaba esperando.

Mario *el Mutante*[*]

Mario Bellatin, escritor raro entre los raros (en un campeonato del mundo tendría podio), presentó en París, del 19 de septiembre al 1º de noviembre de 2003, un proyecto inopinado. En síntesis: un encuentro de escritores al que no asistieron éstos sino sus “representantes”, entrenados por dichos creadores en diez de sus temas propios, de sus obsesiones literarias, a lo largo de seis meses. Luego, ya en una sala, cuatro mesas, a las que se sientan los representantes, con un micrófono. “Como buen espectáculo de feria, el público debía sentarse frente al doble, era la única forma de escuchar, porque todos los micrófonos estaban interconectados, y en la sala sólo se escuchaba el caos de las voces de los dobles entrenados, sobre el tema de su elección; cada espectador contaba con un menú”, explica Bellatin. “Y también se escuchaba la voz de un traductor que trataba de atender al mismo tiempo a las cuatro mesas.”

En un libro que acabo de recibir, publicado por Landucci Editores, figuran, además de los textos con los temas, numerosas fotos del “entrenamiento” de cada escritor con su respectivo “clon”, que debió impregnarse también de su personalidad, sus gestos, sus tics, independientemente de las diferencias de edad (y en tres de los cuatro casos, también de sexo). Los escritores, amigos y cómplices de Bellatin, fueron autores tan consagrados como Margo Glantz, Salvador Elizondo, Sergio Pitol y José Agustín. Apoteosis del talento de Bellatin: convencer a los cuatro escritores y a los cuatro dobles, organizar el evento y, como remate, que le financien un bellísimo libro: un as, también, de la persuasión. El director del Instituto de México en París, Jorge Volpi, que acogió valerosamente tal experiencia, describió a Bellatin como “una especie de escritor posmoderno, capaz de dar vida a cuerpos exangües y que logrará animar a los gólems de escritores mexicanos que piensa traer a París”. Y Mario afirmó que pretendía escribir unos textos que parecieran “insertos en lo imprevisto del futuro”. Y

añadió: “Quise trasladar sólo ideas”. Ideas que el espectador debe descifrar.
(*Nota bene*: lo aquí transcrito es un relato real, no el resumen de una alambicada ficción de Mario Bellatin.)

Editar desde un Sexto Piso[*]

Una editorial fundada por jóvenes profesores universitarios politólogos, economistas, un estudiante de literatura, cuatro en total: dos años desde el Sexto Piso, sin ningún vértigo y con un catálogo que cuenta ya con veintitrés títulos. La primera noticia de la editorial la tuve gracias a Paola Tinoco, la espídica jefa de prensa de Colofón, nuestra distribuidora en México, quien se ocupa también de sus libros, que me causaron una excelente impresión.

Pero al cuarteto en cuestión lo conocí en un lugar algo improbable, el cabaret Bombay, en el *wild side* más canalla del Distrito Federal, donde el infatigable Carlos Martínez Rentería y la banda contracultural mexicana me dieron un homenaje con motivo de la publicación de un librito mío en México: *Flashes sobre escritores y otros textos editoriales*. Cualquier pretexto es bueno para que Carlos y sus compinches organicen un festejo en antros rebuscados.

Un ex boxeador beatífico, amigo de Carlos, nos obsequió con unas botellas de pulque de elaboración casera, que pronto cambiamos por otros licores menos “arriesgados”, como el honesto tequila, mientras en la pista bailaban las “ficheras” (profesionales más bien añosas) con sus orgullosas y cimbreantes parejas. También, instigado y acompañado por Yolanda, la mujer y socia de Guillermo Fadanelli, yo bailé algo como *rock* hasta que se me acabó, pronto (la altura, el tequila, ¿acaso los años?), el resuello. Y luego, de vuelta en la mesa, iban y venían los amigos de Carlos y, de cuando en cuando, una fichera con mirada alucinada se plantaba ante mí y decía “¡ José Luis Cuevas! ¡Tú eres José Luis Cuevas!” Por lo visto (o fantaseado), el famoso pintor mexicano era un asiduo del Bombay.

En una mesa vecina estaban los editores de Sexto Piso, estuve un rato hablando con ellos y me regalaron ejemplares de sus libros. Durante el episodio danzarín, Lali les preguntó por el nombre de la editorial y el divertido logotipo (un rascacielos y un hombrecito cayendo por los aires). La

respuesta fue algo así: “Antes de trabajar en una oficina o tener un trabajo rutinario montamos una editorial y si no funciona nos tiramos desde el sexto piso”. Me encantó el nombre, claro. Otras editoriales con aspiraciones sesudas optan por títulos meditadamente severos, como Fundamentos, Síntesis, Tecnos o tantísimos otros. El guiño del Sexto Piso indicaba por dónde *no* iban los tiros.

Escudriñemos qué dicen sus declaraciones de principios, sus prosas promocionales. “Crear un espacio donde se pueda acceder a ciertos textos que generalmente pasan inadvertidos pero que son pilares de la cultura universal”, declaran enfáticamente. Y precisan: “La política editorial pretende ser rigurosa, lo que nos aleja de objetivos puramente comerciales, intentando, en cambio, ir tejiendo los distintos títulos que la conforman a la manera de una novela, es decir, que cada libro publicado sea un capítulo”. Investigación minuciosa, rigor, coherencia, tal es la teoría, nada desmentida por la práctica, es decir los títulos seleccionados y el cuidado en la edición. Así, fueron premiados en la Feria de Londres, en marzo de 2004, como International Young Publisher del año.

Señalaré unos cuantos títulos bien significativos de la índole del proyecto editorial. Así, el *Discurso de la servidumbre voluntaria* de Étienne de la Boétie, imprescindible en toda biblioteca de pensamiento político. Los *Ensayos escogidos* de un escritor extraordinariamente vigente, George Orwell: en ellos, dicen los editores, “aparece la génesis de las ideas que plasmaría en su obra cumbre, *1984*”. Y es también el autor de otra obra memorable en especial para nosotros, catalanes: *Homage to Catalonia*. Un escritor de una indesmayable independencia de criterio. Por ejemplo, en *Le siècle rebelle. Dictionnaire de la contestation au xxe siècle*, la entrada de Orwell (1903-1950) empieza así: “Socialista revolucionario”, “antifascista libertario”, “radical reaccionario”, “anarquista conservador”; las etiquetas que se han aplicado alternativamente a George Orwell demuestran que no es un escritor que se deje aprehender fácilmente. Me recuerda una declaración de los editores de Sexto Piso en un recorte de prensa: “Somos una editorial con libros de izquierda, de derecha, y los que prevalecen son los de argumentos filosóficos”.

Y aparece también otro autor fundamental, Roberto Calasso, presentado así: “Uno de los más grandes personajes de la literatura y del pensamiento de todos los tiempos”. Y en su programa demuestran lo incrustado de esta devoción (por cierto, si recuerdo bien, uno de los socios, Luis Alberto Ayala

Blanco, el futuro director editorial de la todavía no nata Sexto Piso, pasó hace varios años por Anagrama, de camino o de regreso de Italia, con motivo de su tesis doctoral sobre Calasso). Han empezado con *El loco impuro*, su primer libro, y más adelante seguirán con una antología de ensayos de Calasso, inédita editorialmente incluso en Italia. Ya que Anagrama es la editorial habitual de Calasso, a quien vamos publicando también devotamente, éste me pide formalmente “permiso”, que sabe inmediatamente concedido, para esos *excursus* que tanto le satisfacen.

Pero Calasso, además de autor, es toda un área, el área de la editorial Adelphi. Así, entre los libros publicados de Sexto Piso, figuran los siguientes títulos con prólogo de Calasso y publicados en Italia por Adelphi: *Memorias de un enfermo de nervios* de Daniel Paul Schreber, *El único y su propiedad* de Max Stirner y *Breviario del caos* de Albert Caraco. Y próximamente aparecerán unos textos rescatados de Kafka, los *Aforismos de Zürkau*, con un epílogo suyo. Como curiosidad, el libro de Schreber pudo publicarse en los años setenta en Anagrama, pero quien lo propuso, Oscar Masotta, abandonó el proyecto de traducción al sumergirse en la fundación de su Escuela Lacaniana en Barcelona.

Como es bien sabido, Adelphi es una de las editoriales más imitadas, en general con poco éxito, lo que no es ilógico. Y sería interesante (o tendría su morbo) una investigación de las mimesis más aparatosas.

Y la palabra mimesis nos remite a un autor central de Adelphi, René Girard, también presente en el catálogo de Anagrama pero en posición algo más esquinada, como de majestuosa *special guest star*. Todos sus libros están atravesados, como es sabido, por las teorías del “deseo mimético” y “del chivo expiatorio”. Y en concreto, en el último, *Los orígenes de la cultura*, afirma: “Sólo el deseo mimético puede ser libre, verdaderamente humano porque escoge el modelo más aún que el objeto”. Y añade: “Es la naturaleza mimética del deseo la que nos hace capaces de adaptación, que proporciona al hombre la posibilidad de aprender todo lo que precisa saber para participar en su propia cultura”. Y remata: “No poder imitar es el signo de un grave déficit cultural”.

Otras coincidencias de Sexto Piso con autores de Anagrama son el serbio Milorad Pavic y muy pronto Enrique Vila-Matas, que está empezando a regar con sus antologías de ensayos varias editoriales latinoamericanas, primero en Chile y ahora en México, que apoyan así nuestras publicaciones distribuidas en esos países.

Y, para terminar, rescataré una frase de Thomas Mann: “Un malicioso francés ha dicho que cuando un alemán quiere ser gracioso se tira por la ventana”. Nuestros jóvenes colegas ni son alemanes ni quieren ser tontamente graciosos: seguro que no se van a tirar por la ventana de su sexto piso.

La imprescindible Feria de Guadalajara[*]

Desde hace tiempo asisto casi cada año, con renovado placer, a la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, que se ha consolidado como la más importante en lengua española. En cada convocatoria se advierte un sostenido aumento en el número de visitantes y también de incontables actos culturales y de transacciones comerciales, fruto de la asistencia de bibliotecarios, libreros y distribuidores de todas las Américas, también de los vecinos del otro lado del Río Bravo. Asimismo destacan los coloquios entre escritores, con participantes como Gordimer, Magris, Baricco o Amis, en 2005, los encuentros en torno a la edición, así como la presencia de editores europeos, en especial franceses e italianos, quizá atraídos en parte por las entusiastas descripciones que les endilgamos sus colegas españoles durante la Feria de Fráncfort acerca de los fastos y tequilas de Guadalajara, los bailongos en el Veracruz o las incursiones más canallas en la cantina La Mutualista, antro de los chavos contraculturales.

En el ámbito cultural destacan tres acontecimientos rituales. Uno es el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo, a la obra de una vida, dotado con cien mil dólares, inaugurado en 1991 con el gran poeta chileno Nicanor Parra, y que han ganado, entre otros, dos grandes amigos barceloneses, Juan Marsé y Juan Goytisolo, y cuatro autores con alguna, o mucha, vinculación con Anagrama: Augusto Monterroso, Sergio Pitol, Juan García Ponce y Carlos Monsiváis. Un premio que este año, confío en que provisionalmente, se llamará Premio de la fil por desacuerdos con los hijos de Rulfo. Paréntesis: las trifulcas con los descendientes de grandes escritores merecerían un holgado volumen en la historia de la edición universal (en España tenemos algunos ejemplos notorios); en lo que concierne a las viudas, sería más avisado reservar un espacio mayor.

Dos años después del Juan Rulfo, en 1993, se instituyó el Reconocimiento al Mérito Editorial en honor del gran editor argentino

Arnaldo Orfila Reynal, de importancia capital y dilatadísima en México (así como en todo el ámbito de la lengua española) como director del Fondo de Cultura Económica y luego fundador de Siglo XXI Editores, que dirigió hasta su muerte. Los tres primeros galardonados fueron, además de Orfila, figuras tan indiscutibles en la edición mexicana como Joaquín Díez-Canedo, que convirtió el sello Joaquín Mortiz en la primera editorial literaria de su país, y la batalladora Neus Espresate, al frente de la magnífica Ediciones Era. Luego se abrió a otros países, como Canadá (Jack McClelland), Argentina (los incombustibles Divinsky) y España (Jesús de Polanco, Beatriz de Moura, yo mismo y Paco Porrúa, presunto argentino pero nacido y residente desde hace muchos años en España). En los últimos tiempos se ha puesto énfasis en galardonar a importantes editores europeos y norteamericanos que están al frente de editoriales que son todo un símbolo: así, Antoine Gallimard, y en los tres últimos años, Roberto Calasso (Adelphi), Morgan Entrekin (Grove / Atlantic) y ahora mi gran amiga, de tantísimos años, Inge Feltrinelli.

Cada ganador se incorpora al jurado, en mi caso desde 2002. No creo quebrantar ningún secreto profesional si consigno que los editores más amigos nos intercambiamos preferencias, hay cierto trasiego de e-mails en nuestro continente y a través del Atlántico. Al final recibimos el veredicto desde la dirección de la Feria de Guadalajara, que desde hace unos años desempeña la inconfundible Nubia Macías: entusiasmo, capacidad profesional y simpatía *full time*. Una ciudad, Guadalajara, cuya vida cultural está minuciosamente controlada por los Padilla *brothers*: Raúl, al frente de la Feria y también del Festival Internacional de Cine, y José Trinidad, de la Universidad. El veredicto es escueto: el nombre del ganador, sin aritmética desglosada (¿una opacidad electoral a la mexicana? San Gutenberg me libre de efectuar tal insinuación: no hay discrepancias entre los votantes, ni plantones, ni nada, placidez total).

El otro acontecimiento cultural y festivo es el que aporta el país invitado. Recuerdo, un poco al tuntún, el año de Cuba con sus sonoras trifulcas, en especial durante el acto de *Letras Libres*, con los hermanos Rojas a ambos lados de la barricada. O el año de Chile, con sus sigilosas rencillas entre agraviados, exceptuando al estentóreo Pedro Lemebel, invitado a ultimísima hora y con desgana, como se encargó de subrayar. O el de Perú, el año pasado, disfrutando con el talento y la contagiosa simpatía de Mario Vargas Llosa, Alfredo Bryce Echenique, Alonso Cueto o Fernando Ampuero. O el año de Cataluña, una especie de ensayo general respecto a Fráncfort 2007,

donde también es invitada de honor; en Guadalajara, las hostilidades esencialistas quedaron aparcadas y se subrayó el hondo vínculo emocional entre los exiliados catalanes, que huyeron de la España franquista y fueron recibidos con el cálido y sostenido apoyo del gobierno de Lázaro Cárdenas. Un exilio, el catalán, que, por otra parte, tan útil resultó para vivificar la vida cultural y editorial de México.

Y este año tendremos a Andalucía, que además de sus muchos y variados valores culturales aportará una alegría fiesterera (y disculpen el tópico) con la que esta Feria de Guadalajara resultará aún más estimulante.

Premio Reconocimiento al Mérito Editorial

Discurso de agradecimiento[*]

En primer lugar, como es lógico, quiero agradecer este premio a los miembros del jurado, en especial a los que me han votado, y a la organización de la Feria, presidida por Raúl Padilla López, y a su actual directora, María Luisa Armendáriz, que, según me cuentan, está dando un impulso aún mayor a esta Feria que se ha confirmado como la imprescindible en lengua española. Ayer mismo, María Luisa participó en el lanzamiento de la nueva revista *Quehacer editorial*, que les recomiendo, y puso énfasis en los dos grandes puntos clave de la Feria: ser el punto de encuentro profesional más importante y apostar decididamente por la cultura.

Respecto a mi labor como editor de Anagrama citaré dos momentos.

El primero: la puesta en marcha, en abril de 1969, de una editorial minúscula y unipersonal, tan unipersonal que sólo al cabo de unos meses tuve una secretaria por las mañanas. Pese a tan restringido equipo, Anagrama publicó quince títulos el primer año. Aquella era una época en la que prácticamente todas las editoriales eran independientes por definición. Una época en la que el franquismo y su censura estaban bien presentes, pero la lucha contra ese régimen opresor, culturalmente pernicioso y básicamente estúpido, era muy estimulante. Y se ha afirmado que el clima cultural y político del país cambió en parte gracias a la acción de un grupo de editoriales con propósitos resueltamente hostiles al *statu quo*.

El otro momento sería ahora, otoño de 2002, treinta y tres años y algo así como 2 100 títulos después, en un paisaje dominado por la concentración de los grandes grupos pero en el que aún persistimos, y en bastante buena forma, veteranas editoriales independientes y a la vez, al menos en España, florecen nuevas editoriales.

En Anagrama los excelentes colaboradores (bueno, casi todas colaboradoras) ahora son quince y publicamos cien títulos anuales, setenta y cinco en edición normal y veinticinco en bolsillo. En el catálogo se observa, por ejemplo, que este año se ha otorgado el trigésimo Premio Anagrama de Ensayo, el premio decano en este género, con un palmarés de pensadores imprescindibles realmente impresionante; citaré sólo al mexicano Carlos Monsiváis, como termómetro de los aciertos de su jurado, y el vigésimo Premio Herralde de Novela, animado por la idea de apoyar a la nueva narrativa española —como Pombo, Félix de Azúa, Justo Navarro o Vila-Matas— y también incorporar a valiosos novelistas latinoamericanos como Pitol o Bolaño y ahoritita mismo Margo Glantz. Para seguir con los números redondos, Panorama de narrativas, dedicada a la más interesante literatura traducida, ha llegado al número 500 con *Se está haciendo cada vez más tarde* de Antonio Tabucchi, y nuestra colección de bolsillo Compactos, tan consolidada, acaba de llegar al número 300. En ella se guardan las joyas de la corona, Nabokov, Highsmith, Carver, Auster, Tabucchi, Sharpe, Martín Gaité, Pombo, Vila-Matas o títulos imperecederos como *La conjura de los necios*, *En el camino* o *Lolita*.

Aparte de esa fuerte presencia de la literatura, el catálogo refleja también, en el ámbito del pensamiento, ya desde sus inicios, una postura militante a favor de los derechos de la mujer, de la libertad de las opciones sexuales, a favor de la liberalización de la droga, y ahora contra los visibles desastres del neoliberalismo y la globalización. Otras áreas bien presentes son los estudios literarios y los grandes reportajes.

No voy a extenderme más sobre Anagrama. Imagino que muchos de ustedes ya conocen bastante la editorial, o si no, en la propia Feria, en nuestra distribuidora Colofón, hay un amplio y surtido *stand*. Sí quiero demorarme un poco más en los presentadores, todos ellos imbricados en la historia de Anagrama o en mi propia biografía, y desde luego en el paisaje cultural de las últimas décadas.

Pasemos, pues, a los presentadores, que son palabras mayores. Palabras mayores en sí mismos, aparte de las palabras demasiado mayores que me han dedicado; pero esto forma parte de un ritual cariñoso que agradezco mucho, aunque no es aconsejable que nadie se tome demasiado en serio.

Empecemos con el ausente Antonio Tabucchi, un escritor ya con estatus de

mito internacional, gran amigo de tantos años y también autor de la casa desde aquella *Dama de Porto Pim*, inolvidable, como también lo es, en un registro bien distinto, *Sostiene Pereira*. El lunes pasado me llamó a Barcelona desde Princeton, donde daba una conferencia; me preguntó: “¿Tú eras de los que apostaban que iría a Guadalajara o de los que apostaban que no iría?” Antonio tiene un rico anecdotario, respecto al cual bromeamos a menudo, de viajes anunciados y cancelados en el último o penúltimo momento, para desesperación de los muchos fans que lo están aguardando. Mentí descaradamente: “Yo aposté por que sí irías”. Había un pequeño problema en una escala del avión, al parecer, y al día siguiente me llamó de nuevo para decirme que, a pesar de mis e-mails a la coordinación de la Feria, aún no se había resuelto, por lo que se planteó el riesgo de la *espantá*. Le dije que estaba en mi lista de presentadores: “¿Eso significa que tengo que hablar bien de ti?”, me preguntó. “*Piuttosto*, más bien sí”, contesté. Pareció resignado. Ayer tarde llamó desde París, no venía, los problemas reales o imaginarios de su billete no se habían resuelto. Mi querido Antonio, conocido *killer* de organizadores, había añadido otra muesca más a su revólver.

Pero, aparte de esas charlas juguetonas y el no imprevisible escamoteo final, Antonio me había llamado poco antes para darme una espléndida noticia literaria: había terminado la primera redacción de una novela muy ambiciosa con la que llevaba muchos años batallando.

¿Y qué decir de Sergio Pitol, sobre quien tanto he perorado, y viceversa, a quien conocí cuando yo empezaba Anagrama, en la época de la *gauche divine* cuando él dirigía Los Heterodoxos, mi colección favorita de aquella estimulante Tusquets que entonces capitaneaban Beatriz de Moura y Óscar Tusquets? Más tarde, ya desde los ochenta, Sergio ha colaborado con Anagrama, sugiriendo títulos, traduciendo, y por mi parte, al igual que con Tabucchi, le he dado la prueba de admiración más inequívoca que puede dar un editor: publicar regularmente sus espléndidos libros. Cuando apareció *El desfile del amor*, en 1984, que ganó nuestro premio de novela, Pitol era un muy respetado pero poco leído autor de culto, mientras que ahora es unánimemente considerado uno de los grandes de la literatura latinoamericana, tanto por sus coetáneos como por las generaciones más jóvenes, como se reconoció aquí mismo, en Guadalajara, al otorgarle hace unos años el Premio Juan Rulfo. Y ha reemprendido con éxito su carrera internacional: traducciones suyas planean en Alemania, Francia, Holanda,

Grecia, Canadá y los Estados Unidos.

En cuanto a Enrique Folch, lo vi el lunes pasado en el entierro del gran editor y buen amigo Juan Grijalbo, un catalán exiliado tras la Guerra Civil y acogido generosamente en este país, donde empezó a ejercer de editor y a quien tanto debe México y viceversa. Me dijo que me presentaría hoy, lo que me alegró mucho. Pero como bien saben todos sus amigos, Enrique, en cuanto toma la palabra, tiene una tendencia al formato de novela-río, por lo que le advertí: “Piensa que hay otros presentadores”. Imperturbable, me contestó: “Hablaré el último”. “Sí, pero en algún momento habrá que cenar”.

Bromas aparte, a Folch lo conozco desde los tiempos del cuplé, cuando él era un librero joven, pero el mejor de Barcelona, al frente de *Áncora* y *Delfín*, a la que convirtió en la librería de referencia de nuestra ciudad y donde compré tantísimos libros. Después lo tentó, lógicamente, la edición, luego de una etapa en Alianza, y lleva muchos años al frente de Paidós Ibérica, donde ha realizado, como es sabido, una espléndida tarea. Confío en que pueda proseguirla. *Salut*, Enric.

Y ahora le toca el turno a Daniel Divinsky, en su doble condición de presentador y de jurado del premio y que en su parlamento ha ejercido de abogado del diablo en este proceso de canonización (como él lo ha llamado), en realidad de falso y voluntariamente fracasado abogado del diablo como para subrayar nuestra amistad. Daniel es mi más antiguo compinche latinoamericano, lo conozco desde que empecé a editar, era inevitable encontrármelo: participa en todas las Ferias del Libro: Fráncfort, Liber, México (antes en el Palacio de Minería y luego en Guadalajara), Bogotá, naturalmente Argentina, y seguro que muchas más cuya existencia ni siquiera conozco. Una Feria del Libro sin los Divinsky (es decir, sin Daniel y Kuki) sería una Feria incompleta, fallida. Pero eso apenas sucede. Ahora, de regreso en Argentina desde hace muchos años, los Divinsky, con su Quino y su Fontanarrosa como fidelísimos puntales, son unos anómalos editores independientes en un paisaje complicadísimo, y lo seguirán siendo hasta que les dé la gana.

Pero quiero también subrayar la espontánea y extraordinaria sintonía hasta el brusco parón del exilio, en 1977, en los primeros tiempos de aquella Ediciones de la Flor, con Daniel, Kuki y Ricardo Nudelman (quien luego ha tenido tan decisiva trayectoria en México, desde Gandhi hasta el Fondo de

Cultura Económica), y Anagrama. Así, Ediciones de la Flor publicaba *Adén, Arabia* de Paul Nizan, y Anagrama *Baudelaire* de Sartre, el gran amigo y prologuista de Nizan. Otras parejas simétricas: *La guerrilla tupamara* y *Los tupamaros*, *Opio* y *El libro de la yerba*; *Diario de un homosexual* y *Elementos de crítica homosexual*; Yoko Ono y su *Pomelo*, y Patti Smith y su *Babel*. Libros descartados para lectores libres, libertarios y libertinos.

En cuanto al galardón que nos convoca, todo premio se define por su palmarés, por su historial. Por ello, para mí es un honor que lo hayan obtenido colegas admirables. No puedo resistir la tentación de citar a dos de ellos.

En primer lugar, Neus Espresate, la editora de Era. Conocí a Neus en 1974, en mi primer viaje a México; me invitó a cenar a su casa y así empezó nuestra amistad, pero entonces yo ya admiraba muchísimo su editorial. Recuerdo las traducciones de Malcolm Lowry o Pierre Klossowski, o aquellos autores latinoamericanos que fueron también amigos míos y que luego publicaron en Anagrama, como Sergio Pitol, Tito Monterroso y Carlos Monsiváis. Y, desde luego, la extraordinaria calidad del diseño a cargo de su socio, Vicente Rojo, también buen amigo y presente asimismo en Anagrama gracias a la ilustración de la portada de *Efectos personales* de otro autor común, Juan Villoro. Y era fundamental la afinidad política: en ambas editoriales, Era y Anagrama, aparecieron obras de Rosa Luxemburg, Karl Korsch, Antonio Gramsci, Isaac Deutscher, el Che Guevara, Ernest Mandel, André Gunder Frank, Rossana Rossanda. Y otro paralelismo: en Era habían lanzado su revista *Cuadernos Políticos*, que fueron un foco de debate imprescindible de la radicalidad de izquierdas, mientras que los Cuadernos Anagrama, aunque de características distintas, coincidían en gran parte con los propósitos y no pocos autores.

Y mi homenaje final será para Arnaldo Orfila Reynal, el gran editor de Siglo XXI, que tantas alegrías me dio con sus publicaciones y que tanto me amargó la vida por las mismas razones. Me explicaré: cuando empecé Anagrama, muchos de los autores que más me interesaban estaban copados por Siglo XXI, por ejemplo Althusser, Barthes, Lacan. Pero no sólo eso: Orfila, gracias al prestigio adquirido al frente del Fondo de Cultura Económica, primero, y de Siglo XXI, después, tenía opción preferente para todos los libros de alguna de mis editoriales favoritas, como Maspero. Y Anagrama se quedaba siempre en la lista de espera, sin billete, o sea, sin contrato, sin libro. Por eso decía a menudo, semibromeando, que en mis

inicios editoriales yo había tenido dos obstáculos de cuidado: Franco y su censura, y Orfila y su Siglo XXI. Conste, pues, mi mejor homenaje para Arnaldo Orfila, editor de Siglo XXI y uno de los grandes editores del siglo XX.

Y ya para terminar de una vez (no he seguido el civilizado consejo que le propiné a Folch), agradecer de nuevo este premio otorgado en México, un país que empecé a descubrir en 1973, un país del que, pocos años después, Lali Gubern, mi pareja y colaboradora, también se enamoró y al que hemos venido numerosas veces. Ni siquiera ahora, Lali, provisionalmente lisiada, a raíz de un accidente durante el verano pasado precisamente en México, enarbolando sus muletas, ha querido dejar de acompañarme.

Muchas gracias, que Jalisco no se raje, que siga esta estupenda Feria.

Feria de Guadalajara: homenaje alternativo

Discurso de agradecimiento[*]

Cuando se hizo público, el mes pasado, que me concedían el Premio Reconocimiento al Mérito Editorial, otorgado por la Feria de Guadalajara, Carlos Martínez Rentería me escribió diciendo que organizaría al día siguiente un homenaje alternativo, *off* Feria, que es el que ahora estamos celebrando, entre tequilas y cervezas, en esta cantina, La Mutualista.

Hace años que me encuentro en la Feria de Guadalajara con Carlos, en estados más o menos o muy etílicos, pero siempre infatigable, caótico y lleno de proyectos que, a veces, incluso a menudo, se acaban realizando. Recuerdo que hace algún tiempo me invitó a participar en un homenaje improvisado (en un pasillo de la Feria, una mesa, unas sillas y unos pocos periodistas) al poeta Neeli Cherkovski, autor de una biografía de Bukowski, *Hank*, que Anagrama había publicado. Ahora está radiante porque Ferlinghetti, el poeta, editor, librero de la mítica City Lights Books, ha aceptado su invitación y en breve estará en México.

Hace años también que Carlos Martínez Rentería es el hombre-orquesta de la revista *Generación*, que lleva bastantes años publicándose, con periodicidad muy aleatoria, y es algo así como el boletín oficioso de los marginales, los contraculturales, los *underground*, con textos de gran interés acompañados de imágenes y fotos de evidente procacidad.

Y también hace años que Carlos se empeñó en una cruzada personal para que me dieran el Premio de Guadalajara, concesión que a su juicio se estaba demorando escandalosamente. Sin entrar en problemas de calendario, le agradezco mucho su desafortunado interés y me alegra que ahora, ya con el galardón concedido, no deberá derrochar más energías al respecto.

De los editores independientes que me acompañan en esta mesa redonda —además del propio Carlos, Guillermo Fadanelli, Andrés Ramírez, David de Ande y Felipe Ponce—, conocía de oídas a Fadanelli. Varios amigos míos,

lectores finísimos, me dicen desde hace un tiempo que Fadanelli es el mejor novelista de su generación y que debería estar editado en Anagrama. Por lo visto, algo ha fallado en el sistema de señales: nunca le he pedido un texto para una posible publicación ni él me lo ha enviado. Reparo aquí, públicamente, este error y le hago una invitación formal.

Ayer o anteayer, todo se vuelve un poco confuso en estos días de Feria, Carlos me llevó al *stand* alternativo que alberga a *Generación*, al igual que a otras revistas que aún no conocía como *Moho* y *Nitro*, también en ondas parecidas. En el mismo *stand* estaba el joven librero de Primero sueño con el subtítulo “Los raros. Los *underground*. Los clásicos. Los malditos”. Me comenta que Anagrama es básica para su librería, al parecer el sanctasanctorum o la bodega del diablo de los más inconformistas lectores del Distrito Federal. Allí reinan los Bukowski, Kerouac, Burroughs, Hunter Thompson, Irvine Welsh, Pedro Lemebel, Pedro Juan Gutiérrez y demás ralea.

Curiosamente, tanto las citadas revistas como el *stand* reciben subvenciones de Conaculta (el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes) con un programa que tiene como lema “El arte de servir el arte”. Es decir, un organismo del gobierno del pan, tan casposo y santurrón, se da un inesperado baño de modernidad y también dando lana, gasolina, sin contrapartida, a estos jóvenes díscolos.

Abro el número 17 de *Moho* (*Salud para los enfermos, azote para la gente sana*). Ahí van algunos de los titulares: “Hola, soy Sandie y soy una adicta”, “Cocaína”, “Rompiendo la baraja”, “¿Por qué, Señor, me hiciste tan perfecto?” (este texto es de Guillermo Fadanelli, editor de la revista), “En lugar de literatura basura hagamos literatura reciclada”, “Tú también puedes ser un genio”, “I never fucked my sister”. Reaparece, pues, en *Moho* el insolente espíritu dadaísta, a lo Cabaret Voltaire versión mexicana del siglo XXI. La revista aparece tatuada con muchos anuncios de tatuajes, de bares y otros puntos de encuentro.

Veamos titulares del número 5 de *Nitro*: “Bateando basura”, “Transmetropolitan. La ciudad transhumana”, “La lente sangrante” (con un hermoso epígrafe de J. G. Ballard: “La gente nunca es tan feliz como cuando se pone a inventar vicios nuevos”), “La carne virtual”, “Comeos los unos a los otros” (el autor de este texto, César Martínez, nos dice que la idea de realizar una escultura comestible surgió a raíz de la lectura de *La carta a Sagawa* del japonés Juro Kara; por cierto, este libro, aunque no se mencione,

fue publicado por Anagrama). Más titulares: “Cáscara de sangre”, “Fragmentar la carne”, “Canibalismo y filantropía”. Este número de *Nitro*, titulado de forma muy pertinente “Carne”, está naturalmente bendecido por Conaculta, y entre los anuncios figuran, como en las otras dos revistas, el de la librería Primero sueño, imprescindible contraseña, y el de Anagrama; en el número 43 de *Generación*, dedicado a las cantinas, figuran: “Van a tener que forzar la chapa”, “Las cantinas gay del centro” y “¿Qué carajo es una seudocantina?”, una útil investigación de Roberto Andrade sobre estos locales clandestinos, pese a todas las dificultades: según nos informa el autor, “ya que están tratando con delitos bastante graves, los seudocantineros luchan lo imposible por mantener su secreto oculto”.

Otro intrépido investigador, Heriberto Yépez, nos arrastra a trece cantinas de Tijuana. Una de ellas se llama El Fracaso. Yépez, reportero *gonzo* mexicano, de eficaz humor lacónico, nos advierte en la primera línea que “por razones obvias, el nombre de esta cantina es muy adecuado”, y luego nos cuenta la compra de una pistola en la cantina, el encuentro con una puta y el cañón de la pistola en su coño: “Al principio se alarmó pero luego me dejó hacerlo, una vez que vio que la pistola no estaba cargada. Ninguno de los dos nos divertimos. Pero ambos nos dimos cuenta de que el odio que nos tenemos los hombres y las mujeres está completamente justificado”. Respecto a otra cantina, de estimulante rótulo, La Cueva del Peludo, nos informa de entrada: “Este lugar puede ser tenebroso y vulgar, por eso es tan importante”. Y termino las citas con otra cantina, Pete’s: “A veces acudimos a los bares para ser mal recibidos. El Pete’s es un buen bar para que te ocurra esto”.

Después de este vaciado rápido de los tres números que Carlos me dio ayer (o quizá anteayer), felicito a los responsables de *Generación*, *Moho* y *Nitro*: están decididamente resueltos a ir al límite, a divertirse, a desmadrarse, sin que les importe un comino, sino al contrario, escandalizar a los biempensantes.

Según Carlos Martínez Rentería, siempre militantemente exagerado, Anagrama tiene buena parte de culpa de la existencia de *Generación*. Si así fuera, aunque la culpa fuera mínima, me sentiría muy halagado. Y divertido.

Presentación de la edición mexicana de “Opiniones mohicanas”[*]

Agradezco los elogios de los presentadores, pero soy un experto en presentaciones, un profesional bregado, un veterano trotón (por seguir con los caballos).[1] He organizado centenares de ellas en Anagrama y aunque ahora debuto como presentado, conozco las reglas del juego, el pie forzado del elogio desmesurado.

En más de una ocasión, un presentador me ha susurrado atroces confidencias respecto a lo que realmente pensaba del libro que acababa de colmar de elogios. Sin embargo, a veces los elogios pueden incluso ser exagerados pero sinceros, inducidos por la amistad, como puede ser este caso, en el que además tanto Sergio Pitol como Juan Villoro han jugado un papel decisivo para que me decidiera a reunir los textos de este libro.

Sergio, además de inductor, de amigo entrañable de épocas pleistocénicas, ha sido uno de los primeros lectores de *Opiniones mohicanas*. Hace una semana me llamó a Barcelona, entusiasmado, me dijo que, leídos juntos, los artículos se potenciaban mucho. “¿No crees?”, me preguntó. Y yo le dije, y lo dije bastante en serio: “Yo también los acabo de leer como libro y me horroriza”. Tras unos segundos de silencio, Sergio lanzó una gran carcajada: “¿Verdad que sí? Cuando uno lee su libro, ya a punto de editar, le parece espantoso”. Y a partir de ahí la conversación tomó rumbos más pitolescos, más carnavalescos... No está de más añadir que una de mis mayores alegrías como editor ha sido el que Sergio se haya consagrado como uno de los mejores escritores latinoamericanos.

En cuanto a Juan Villoro, es un amigo más reciente, pero ya de años, y ahora casi barcelonés de adopción. Y naturalmente en Barcelona tiene ya un nutrido club de fans que Vila-Matas y yo nos peleamos por presidir. Juan sólo tiene un defecto: aunque sea un autor ontológicamente anagramático (dicho de forma abusiva e imperialista), no pertenece aún a nuestro catálogo.

Entre una distribución defectuosa de Anagrama en México, en los primeros 90, y los arrullos y requiebros “alatristes”, aún no ha podido ser, pero confío en que se remedie tal anomalía en el futuro.

¿Por qué este libro? Con cierta asiduidad me preguntan sobre mis posibles memorias. En general son amigos, amigos amantes de chismes, como todo el mundo, como yo mismo desde luego. Ya James Joyce hizo en su día el elogio apasionado del chisme como vía de conocimiento. La diversión se da por descontada.

No sé si tendré tiempo y ganas de escribir un día mis memorias editoriales; debería tomarme un año sabático y no lo veo muy factible. En cualquier caso estas *Opiniones mohicanas* me dan un respiro, una coartada. Conforman, entre otras cosas, una especie de autorretrato fragmentado, más o menos involuntario.

¿Por qué editarlo en México? Aparte de los máximos culpables Pitol y Villoro, México es un país que me encanta y que he visitado en infinidad de ocasiones, donde tengo tantos amigos que a veces se han convertido en autores de Anagrama, grandes autores, como el incomparable Alejandro Rossi, o Carlos Monsiváis, tan indispensable, o el pequeño gran Tito, y también Gabriel Zaid o, yendo más atrás en el tiempo, Sergio González Rodríguez, Juan García Ponce y Fernando Césarman. Por otra parte, la prensa cultural mexicana ha tratado siempre nuestras publicaciones con un interés extraordinario, que agradezco mucho. Y, además, aparecer donde a uno no se le espera, el factor sorpresa, quizá no sea una mala estrategia editorial.

Y otra pregunta posible: ¿por qué publicar este libro en Aldus y no, por ejemplo, en un sello de un gran grupo con mucha más capacidad de distribución? Diría que por una cuestión de coherencia, de estética si se quiere: no me parece muy adecuado que un editor independiente, un editor latosamente independiente como yo, publique en un gran grupo. Por otra parte, seamos realistas: este libro puede tener cierto interés gremial, pero no creo que el encargado de compras de los supermercados Aurrerá esté piafando enloquecido a la espera de su llegada. Y quizá también haya una pizca de coquetería, nadie es perfecto, es decir, pensar que los lectores verdaderamente interesados sabrán encontrarlo.

Y una última y muy importante razón: me gustan los libros de Aldus, la compañía de los autores de su catálogo, el exquisito cuidado artesanal con que tratan los libros que publican, con austera elegancia. Varios colegas españoles han visitado el *stand* de Aldus en Guadalajara y se han

entusiasmado con sus publicaciones.

Para terminar, no quiero perjudicar a mi benemérito editor, el amigo José Sordo, pero debo advertir que este libro tiene poco morbo, no hay ajustes de cuentas ni retratos al vitriolo. Al contrario. Los retratos de escritores y editores buscan su mejor perfil. Al escribir estos textos me ponía el sombrero del Dr. Jekyll y no la gorra ladeada de Mr. Hyde que, siguiendo con las metáforas ecuestres, galopa alegremente en las conversaciones privadas, en el *off the record*.

Cátedra Anagrama en la Universidad Autónoma de Nuevo León (Monterrey)[*]

En la Feria de Guadalajara de 2006 tenía una cita con José *Pepe* Garza, ensayista y periodista, a quien no conocía pero del que tenía las mejores referencias por amigos comunes, empezando por Juan Villoro, que era responsable de publicaciones de la Universidad Autónoma de Nuevo León, en Monterrey.

En nuestro encuentro me hizo una entusiasta propuesta que me pilló por sorpresa: quería crear una Cátedra Anagrama en el seno de la Universidad, con el fin de que los más destacados escritores de Anagrama, y desde luego todos los mexicanos a los que estamos publicando, desfilaran por la Universidad, para participar en homenajes, presentaciones de libros, seminarios, talleres, coloquios, con la colaboración, en muchos de ellos, de escritores e intelectuales de Monterrey. De esta forma, argumentó, se profundizaría el conocimiento de la obra de autores muy valorados en México y se subrayaría la vocación latinoamericana y mexicana de Anagrama. Y todo ello aderezado, en la charla, con la afirmación de que él y muchos de sus amigos se consideraban una “generación Anagrama”, que nuestros títulos habían sido fundamentales para su formación cultural. Ante tal afirmación, tan exagerada y emocionalmente chantajista, sólo cabía apoyar su proyecto, su “invento”.

El 20 de junio de 2007, en una rueda de prensa en Monterrey, se presentó la Cátedra Anagrama en el seno de la Universidad Autónoma de Nuevo León, la uanl, presidida por el rector de la institución, José Antonio González Treviño, y por mí mismo, que recibí de sus manos la medalla de plata de la Universidad. Acordamos que la Universidad se responsabilizaría de los viajes y estancias de los autores invitados, así como de la adquisición de varios ejemplares de todo el fondo de Anagrama, con destino a sus Facultades más importantes. Asimismo se estudiaría la posibilidad de coediciones de ciertos

títulos entre la uanl y Anagrama, realizadas a través de Colofón, nuestra distribuidora en México. La Cátedra estaría coordinada por José Garza, con la incansable colaboración de Paola Tinoco, responsable de prensa y otras funciones de Anagrama en Colofón, apoyada desde España por nuestra colaboradora Paula Canal.

Actividades de la Cátedra Anagrama en la UANL en 2007 y 2008

En el año 2007 se realizaron las siguientes actividades:

- 21 de junio. Sesión inaugural de la Cátedra: conferencia de Jorge Herralde, en el Centro Cultural Universitario, presentado por el rector José Antonio González Treviño, en torno a su libro *Por orden alfabético. Escritores, editores, amigos*, como punto de partida para ofrecer una síntesis de la historia de Anagrama.
- 24 de julio. Coloquio con Carlos Monsiváis, con el rótulo “Cultura y sociedad en el siglo XXI”, a partir de sus libros *Aires de familia* y *Las alusiones perdidas*, con la participación de Margo Glantz, José María Infante y José Roberto Mendirichaga.
- 12 de septiembre. Presentación de *El gran vidrio* de Mario Bellatin, con la participación de Dulce María González.
- 21 de noviembre. Homenaje a Sergio Pitlor con motivo de la publicación en Anagrama de su *Trilogía de la Memoria*, compuesta por sus tres últimos libros, *El arte de la fuga*, *El viaje* y *El mago de Viena*. En su día también se reunieron en nuestra editorial, con el título *Tríptico de Carnaval*, sus tres novelas mayores: *El desfile del amor*, *Domar a la divina garza* y *La vida conyugal*. Participaron en el homenaje Álvaro Enrigue y Margarita Villarreal.

En cuanto a 2008, se realizaron las siguientes actividades:

- 23 de enero. Gran homenaje a Ryszard Kapuściński, coordinado por su traductora y amiga Ágata Orzeszek, con la colaboración de Sergio

González Rodríguez. En dicho homenaje se organizaron asimismo conciertos, sesiones cinematográficas y otros eventos.

- 6 de febrero. Presentación de *Recursos humanos* del joven novelista Antonio Ortuño, que había quedado finalista con dicha obra del Premio Herralde de Novela del año 2007, con la participación de Óscar David López y José Eugenio Sánchez.
- 16 de abril. Conferencia de Vicente Verdú, el primer autor español invitado, con motivo de la presentación de su libro *No Ficción*.
- 11 de junio. Presentación de *Vidas perpendiculares* de Álvaro Enrigue, con la participación de David Toscana.
- 30 de julio. Presentación de *Dietario voluble* de Enrique Vila-Matas, con la participación de Christopher Domínguez Michael.
- 28 de agosto. Presentación de *De eso se trata* de Juan Villoro, con la participación de Gabriela Cantú.
- 30 de noviembre. Primera actividad de la Cátedra en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara: presentación de *De eso se trata* de Juan Villoro (coeditado por la UANL y Anagrama), con la participación de Geney Beltrán.
- 2 de diciembre. Presentación de *La jungla polaca* de Ryszard Kapuściński, en la Feria Internacional de Guadalajara, con la participación de Nicolás Alvarado, Pepe Garza y Sanjuana Martínez.

Argentina

Homenaje argentino[*]

En primer lugar, quiero que conste un testimonio de mi relación con Argentina, un homenaje expreso. Y no sólo mío: para la educación literaria, política y sentimental de las generaciones españolas que crecieron en la posguerra, fue fundamental la existencia de editoriales como Losada, Sudamericana y Emecé, cuyos libros podíamos adquirir clandestinamente en determinadas librerías cómplices. Dichas editoriales, como es sabido, fueron fundadas o alentadas por exiliados españoles, originándose así un ejemplo casi demasiado perfecto de círculo virtuoso.

Hace ya varios años empecé a redactar un librito, como quizá recuerde Daniel Divinsky, aquí presente, mi más antiguo amigo de Argentina, a quien se lo comenté, con el título de *Itinerario argentino*, un proyecto que el día a día de la editorial dejó aparcado *sine die*. En él quería dar cuenta de las influencias e impactos editoriales argentinos, mis viajes a Buenos Aires, los autores que fueron apareciendo en el catálogo de Anagrama, los numerosos colaboradores que desde mediados de los setenta, por incompatibilidad manifiesta con los militares, por así decir, aterrizaron en Barcelona, vivificando notablemente la vida cultural española. Voy a evocar sucintamente algunos puntos de esta relación.

Descubrí Buenos Aires en agosto de 1974, poco después del asesinato del diputado Ortega Peña, un síntoma bien inquietante. Aquí me hicieron en parte de cicerones el librero Héctor Yánover y mi buen amigo el filósofo Eugenio Trías, quien se había alejado de Barcelona y estaba instalado en Buenos Aires, donde participaba en alguno de los numerosos grupos de estudio extramuros de la Universidad.

Una noche Eugenio me llevó a conocer a sus amigos a una cafetería de la calle Corrientes, en una época de pleno bullicio nocturno de librerías, bares, restaurantes, de vida intelectual en plena calle. En la cafetería estaban Germán García, Osvaldo Lamborghini y Luis Gusmán. Recuerdo una

prolongada y deslumbrante tertulia, con Germán García llevando la voz cantante. También recuerdo que, al revés que en la muy alcohólica Barcelona de la *gauche divine*, nadie bebió una gota de alcohol durante aquellas horas (aunque quizá fuera casual). Esos mosqueteros, en el inicio de sus carreras, habían tomado el poder en una minúscula editorial llamada Noé, a cuyo lado la minúscula Anagrama era como Penguin. En ella publicaban una revista, en formato de libro de bolsillo alargado, llamada *Literal*. Me regalaron un número que encontré literalmente impenetrable y también un librito de Lamborghini llamado *Sebregondi retrocede*, que me pareció deslumbrante, y una novela de Luis Gusmán, *El frasquito*, que me temo se extravió y no llegué a leer. Un craso error, por lo visto. Hace unos pocos días compré en el Ateneo de Florida un volumen de la *Historia crítica de la literatura argentina*, que dirige Noé Jitrik, titulado *La narración gana la partida*. En ella, mi buen amigo Luis Chitarroni escribe: “No hay en la literatura argentina de la década de los setenta un texto más pleno (exceptuando *Sebregondi*), más rico que *El frasquito*”. En todo caso, quedó en mi memoria el “toque literal” de un Buenos Aires audaz y transgresor.

En cuanto a los autores argentinos, en Anagrama no han sido muy numerosos pero sí muy significativos, una colección de raros geniales: así, Copi, José Bianco, Rodolfo Wilcock, Oscar Masotta, Cozarinsky, César Aira, hasta desembocar en las recientes y gloriosas incorporaciones de Ricardo Piglia y Alan Pauls. En realidad, como podría sospecharse, la publicación de *El observatorio editorial* es un pretexto para celebrar a estos dos grandes escritores.

Por otra parte, conocí a Oscar Masotta y a Susana Lijtmaer en Londres, a mediados de los setenta, antes de que se instalaran en Barcelona. Publiqué de Oscar sus *Ensayos lacanianos* y una traducción de textos de Lacan, mientras que mi querida Susana es una excelente y veterana lectora de Anagrama. También otro de los lectores del pequeño equipo de Anagrama, aunque mucho menos asiduo, es el argentino Edgardo Dobry.

Y, siguiendo con las coincidencias, Germán García y Lamborghini eran discípulos y amigos de Masotta, mientras que el prólogo de la primera edición de *El frasquito* era de un desconocido, al menos para mí, Ricardo Piglia. Éste también dirigía mi colección favorita de novela policial, que descubrí en la librería Fausto, de Corrientes, y que se llamaba Tiempo contemporáneo, que yo prefería, de largo, a la colección El séptimo círculo de Borges y Bioy. Y de *La sinagoga de los iconoclastas*, de Rodolfo

Wilcock, deriva en parte Roberto Bolaño, uno de los escritores indispensables de nuestro catálogo.

Voy a regresar a las editoriales antes citadas. Para mí, la más importante fue Losada. Además de los prohibidísimos Alberti y Neruda, o de su gran colección de teatro, con los textos de aquellas piezas que en España no podíamos ver, allí descubrí nada menos que a dos autores tan fundamentales como Sartre y Kafka (éste traducido por Wilcock, por cierto). Y en Sudamericana, *Ferdydurke* de Gombrowicz, un autor que en la Barcelona de los sesenta tenía un club de fans quizá no numerosísimo pero sí muy ferviente, como el gran poeta Gabriel Ferrater, que aprendió polaco para traducir *Pornografía* (con el título *La seducción*, por razones de censura), o el cineasta y traductor Joaquín Jordá y yo mismo. Con cierta tenacidad conseguí que, con los años, Sartre, Kafka y Gombrowicz estuvieran presentes en el catálogo de Anagrama.

Pero, además de estos escritores de tanta importancia también en mi propia vida, terminaré celebrando las dos apoteosis máximas que me ha deparado Argentina.

Una es el descubrimiento de Borges a finales de los años cincuenta, cuyo nombre leí por primera vez en una revista francesa. Conseguí un ejemplar de *Ficciones* y luego durante años estuve persiguiendo sus libros en las librerías de Barcelona. A *Ficciones* siguió *El Aleph*, luego *Historia universal de la infamia* y así suma y sigue, incluso aquellos más esquivos y difíciles de encontrar, ignoro las causas, como los escritos en colaboración con Bioy Casares. Ya sé que, dicho en Buenos Aires, la devoción por Borges es una vulgaridad, pero en la Barcelona de aquellos tiempos conseguir leer sus libros fue una tarea ardua.

Y, para terminar, la otra gran epifanía fue la que nos brindó el San Lorenzo de Almagro, el primer equipo argentino que visitaba España, creo, en el campo del Barcelona. Desde pequeño he sido muy aficionado al fútbol, jugaba en el colegio con gran entusiasmo y de forma poco memorable, y mis padres me llevaban al estadio del Barça desde muy chico. Y allí aterrizó el San Lorenzo de Almagro, que dejó boquiabiertos a todos los aficionados. La difícil facilidad del arte del gambeteo, la famosa “gracia bajo presión”, la gracia del malabarista bajo la presión cejijunta del rival impotente: los pobres futbolistas españoles parecían trogloditas. Aún recuerdo la gran delantera del San Lorenzo: Imbelloni, Farro, Pontoni, Martino y Silva. Nombres inolvidables. La típica expresión “delantera de seda” parecía diseñada para

ellos. Fue una experiencia estética de primer orden.

En resumen, en mi experiencia con Argentina *tout se tient*, como dicen los franceses, todo se entrelaza, todo se abrocha, al menos en este relato, que muy posiblemente formará parte de un próximo libro.

Canutos con Copi[*]

No era muy glamourosa, es verdad, pero sí siempre imprevisible y tronchante, en sus silencios, en sus palabras, en sus reacciones. Y por eso a todos nos subyugó “La mujer sentada”, Sheherezade lacónica, saltimbanqui atornillada a una silla, el personaje de la página de la *bande dessinée* de Copi que aparecía cada semana en *Le Nouvel Observateur*. Éste fue mi primer contacto con aquella enigmática firma, Copi.

Luego vino *El uruguayo*, una novela corta que publicó Christian Bourgois en un tomito en 1972. Me gustó tanto como los dibujos de nuestro versátil autor (que también escribía teatro y actuaba). Por entonces se había trasladado a París, con poco dinero, un joven aspirante a literato, Enrique Vila-Matas, y le propuse traducirlo. Creo que fue su primera traducción, bastante breve y con el autor a mano para consultar dudas.

Cuando Enrique me la envió, Bourgois me dijo que Copi quería revisarla, lo que me pareció perfecto. Pero pasaban los meses (y los años) y no había respuesta de Copi; insistí y seguíamos sin la traducción revisada, aunque se trataba de una treintena de folios. Así que aproveché un viaje a París para intentar hablar con el esquivo Copi y fuimos al teatro donde estaba actuando en una pieza suya en la que era el protagonista, disfrazado de larguirucha rata, totalmente verosímil, genial. A la salida, Copi, con un peludísimo abrigo blanco hasta los pies, y yo nos fuimos a un bar para comentar la jugada: ningún problema, dijo, podíamos editar el libro, él no tenía tiempo (ni ganas, supongo) de revisar la traducción (ni ésta ni ninguna de las otras que fui publicando).

Por fin, *El uruguayo*, junto con los cuentos de *Las viejas travestís*, apareció en un volumen, en 1978, en la colección Contraseñas, donde poco antes ya había publicado *El baile de las locas*, una novela posterior pero ajena a tantas dilaciones.

En los años sucesivos vi a Copi varias veces en París. Así, me llevó a ver

el estreno de una pieza suya de teatro, interpretada por Bernadette Lafont y otras estrellas de lo que había sido la *nouvelle vague*. Copi estaba muy halagado con el reparto, nada marginal, nada *off* París. Luego acompañé a toda la banda a una de esas espaciosas y animadas *brasseries* parisinas, con bandejas y bandejas de mariscos para celebrarlo. Entre los amigos estaba Wolinski, su compinche en la memorable revista *Hara-Kiri*.

En otra ocasión me llevó a almorzar a su pisito de Montmartre, que compartía con uno de sus hermanos; casi no podíamos ver los platos por la humareda de la marihuana. Con Copi estaba su fiel agente Luca Stalleti, que se ocupaba también de Cavanna, Wolinski y otros dibujantes; Stalleti tenía un físico de boxeador recién retirado, un peso medio *gouallier* y *bon vivant*, un personaje con aire de *série noire*. También nos vimos varias veces con su gran amigo Guy Hocquenghem, activista de los movimientos gay, líder del frente homosexual de acción revolucionaria (FHAR), arcángel tenebroso siempre en el *qui vive*, una de las primeras víctimas del sida en París. Por aquel entonces yo había publicado *Album sistemático de la infancia*, de René Schérer y el propio Hocquenghem, un libro que buceaba en la pedofilia, inquietante y osadísimo, tanto que la crítica pasó de puntillas, lo más lejos posible. Pero donde más nos vimos Copi y yo fue en sus estancias en Barcelona.

Una noche me encontré con Joan de Sagarra en el Parelladeta, un restaurante casero y familiar, en la calle Casanovas, al que muchos amigos íbamos con cierta frecuencia, aunque no tanta como Terenci Moix, para quien era su cuartel general.

Empecé a hablar de Copi con Joan, que también lo admiraba mucho. En aquellos años de libertad impensable en Barcelona, como de vacío de poder, entre el fin del franquismo y la transición, oficiaba de alcalde José María Socías, que pese a su pasado falangista (o para hacérselo perdonar) era de un talante muy dialogante y progresista (luego ingresó en el partido socialista, donde ha tenido una discreta carrera). Como ejemplo de este talante había nombrado concejal de cultura a Joan de Sagarra, *enfant terrible* vocacional y gran conocedor del teatro europeo.

Hablando y hablando del Copi dibujante, del Copi narrador, del Copi teatrero, Sagarra decidió: “Lo traeremos a Barcelona”. Y así fue: el Ayuntamiento de Barcelona, apenas posfranquista, patrocinó el estreno en 1978 nada menos que de *Loretta Strong*, una pieza en la que Copi, además de autor, era el único intérprete.

El estreno tuvo lugar en el Diana, un teatro del Barrio Chino (aún no rebautizado al baño maría como Raval) que había sido “tomado” por libertarios varios, con el joven Mario Gas al frente, un lugar de contestación nada encorsetada. Y llegó la noche del estreno: Copi travestizado como Loretta Strong, desplazándose a velocidades sincopadas en una silla de ruedas a lo largo y ancho del escenario, leyendo en unos grandes libretones el texto de la pieza, escrito a lápiz en letras enormes... Copi logró desbordar a tan presuntamente encallecidos insumisos. Sin pretenderlo, *comme ça*.

Por cierto, había pensado que para la portada de *El baile de las locas*, que publicaría poco después, iría muy bien una foto de Bibi Andersen, que vivía entonces en Barcelona. Una madrugada, al salir de Bocaccio, habíamos recalado Vila-Matas y yo, bastante comatosos, en los Talleres Tejada, un bar que se abría de madrugada, algo así como un *after hours* de la época, pero con bebida y comida, noctámbulos y camioneros, en vez de música tecno. Sentada en una mesa con un grupo de amigos estaba la guapísima Bibi. Me acerqué, flanqueado por Enrique, y con el santo y seña de mi amigo Vicente Aranda, que la había dirigido en *Cambio de sexo*, le comenté lo de la foto, aunque ya me daba cuenta de que la atmósfera no era muy profesional para la propuesta (o pretexto). Unos días después la fui a buscar a Barcelona de Noche, el local golfo donde actuaba, y luego la dejé en Bocaccio, donde la esperaba su novio. Esta vez logré articular con más precisión mis intenciones (amablemente acogidas) y le llevé la edición de un libro de Manolo Vázquez Montalbán que Anagrama había publicado, *Guillermotta en el país de las Guillerminas*, en el que la pícara Guillermina ocupaba la portada con boa y minifalda y fumándose un purazo; pero luego, con el verano inmediato, la cosa se dispersó, y al final Julio Vivas dibujó una excelente ilustración.

En otra visita se organizó una lectura de una obra de teatro, la primera que Copi había escrito en español. La lectura, a cargo del propio Copi, tuvo lugar ante un grupo reducido, Alberto Cardín y sus amigos, en casa de Mario Trejo, un poeta argentino, notable, que durante un tiempo ejerció de *chevalier servant* de Esther Tusquets, quien le publicó una antología en su espléndida colección de poesía.

Marihuana a tope, como siempre con Copi, pero mientras todos la fumábamos ya de una manera casual, como un pitillo cualquiera, quizá aspirando el humo de forma más enfática, Mario Trejo aún ejecutaba aquellos aparatosos rituales de los *sixties*, con un revoloteo de manos como tocando la armónica. La lectura en sí resultó bastante interminable, con un español

campanudo y estrambótico, algo así como una versión platense de *La venganza de Don Mendo*, pero, en fin, el recuerdo es vago.

Sobre todo en una de sus dos estancias en Barcelona, en el verano de 1977, salíamos cada noche. Lo llevé al Molino, que le divirtió bastante, pero donde se lo pasaba mejor era en el Whisky Twist, un local de travestís, junto a la calle Escudillers, supercutre y desmadrado, donde ofició durante años *Violeta la Burra*.

Después de Barcelona, Copi se iba a Ibiza, a una casa en el campo con su madre y su hermano; me invitó a pasar unos días, pero justo en aquellas fechas yo empezaba a salir con Lali Gubern y habíamos previsto un viaje a Sóller. Antes o después o en algún momento (recuérdese aquella frase: “Alguien que se acuerda de lo que hizo en los sesenta, no estuvo en los sesenta”; también podía valer para los setenta), sentados Copi y yo en un bar de una terraza de la Rambla me dijo ante una propuesta de cena, con varios amigos, que ya no le apetecía relacionarse con gente heterosexual.

Yo estaba fascinado por el personaje. Al escribir esto, recuerdo “Eres demasiado hip, tío”, un espléndido cuento de Terry Southern, del libro *A la rica marihuana*. En él, un joven expatriado norteamericano en París, amante del *jazz*, frecuenta una cava donde toca un músico negro. Se hace tan inseparable de éste y de su mujer que quedan desconcertados, no saben qué pretende. En un momento dado, ella se insinúa al joven, sin éxito; luego lo hace el marido, por si acaso, también sin resultado. El joven es sólo un adicto al *jazz* y a los negros, sólo quería estar con ellos; el músico concluye: “Eres demasiado hip, tío”.

Alguna vez, durante años, me llamaba, casi siempre de madrugada, el olor a marihuana cabalgando de París a Barcelona por el hilo telefónico, risas y chismes y un reproche: “Jorge, ¿por qué no publicas mi teatro?” Yo argumentaba que debía traducirlo él mismo (“¿Te imaginas *El regreso de Eva Perón* traducido por otro?”), en especial ahora que se había reencontrado literariamente con el español; si lo hacía, lo publicaría enseguida. No salimos del *impasse*.

Cuando murió, en 1988, organicé con el Casal Lambda un pequeño homenaje en su honor en una sala de La Virreina, acompañado del escritor Alberto Cardín (también luego víctima del sida), el actor Ángel Pavlosvky, serio, sin maquillar (seguro que Copi lo hubiera preferido en *drag queen*), y Armand de Fluvià, pionero y líder de las luchas por los derechos de los homosexuales y factótum de Lambda, su cuartel general.

Poco antes de morir, típicamente, Copi había escrito y estrenado una obra, *Una visita inoportuna*, los últimos días de un enfermo de sida en un hospital. Sin una sombra de autocompasión, *humour jaune* chirriante. Una despedida ejemplar, como si nada. *Chapeau*, Copi.

Ricardo Piglia, el escritor más subrayable

Presentación de Piglia en Barcelona[]*

En primer lugar, quiero empezar ya subrayando que me siento muy honrado y muy orgulloso por incorporar a nuestro catálogo a Ricardo Piglia, uno de los mejores fichajes posibles, ya que es un escritor imprescindible en lengua española, como narrador y como ensayista. Esto es un secreto a voces, que en España sonaba en sordina excepto para los *happy few*. Piglia se incorpora, pues, a Narrativas hispánicas, donde se encontrará, por ejemplo, con autores latinoamericanos como Pitol, Rossi, Bolaño: cuatro nombres que dibujan (y enaltecen) un territorio.

Conocí a Ricardo Piglia en abril de 1993 en Buenos Aires; nos citamos en el bar del consabido hotel Alvear, donde estuvimos charlando mucho rato, me regaló un par de libritos suyos, *Un encuentro en Saint-Nazaire* y *Crítica y ficción*, excelentes, y hablamos de la posibilidad de reunir una antología de cuentos, pero perdimos el contacto. Luego ganó con *Plata quemada* el Premio Planeta argentino y ya lo di por perdido (para Anagrama, se entiende).

A finales de julio del año pasado, el día antes de irme de vacaciones, pasé por la librería La Central, una de esas beneméritas librerías barcelonesas que aún subsisten (pese a los deseos objetivos del gobierno neoliberal del pp de suprimirlas, con su pretensión (fracasada) de suprimir el precio único en España), y vi una edición mexicana de la unam de *Prisión perpetua*, un libro de Piglia prologado por mi amigo Juan Villoro, es decir, una de esas rarezas que casi sólo pueden encontrarse en dicha librería. Empecé a leerlo durante el

vuelo a Lisboa, lo seguí leyendo en el aeropuerto y lo terminé camino de Funchal. Me pareció tan extraordinario que al regresar a mediados de agosto pasé de nuevo por La Central, donde encontré la última edición de *Crítica y ficción* y *Respiración artificial*, y envié un e-mail a Guillermo Schavelzon, el agente de Piglia, preguntándole, con escasas esperanzas, sobre la situación de sus derechos. Pese a que raramente edito un único título de un autor que tenga su obra recogida en otra editorial, en casos de “caprichos” insoslayables como éste vulnero esta regla. Schavelzon me envió *Plata quemada*, *La ciudad ausente* y *Formas breves*, que también leí de inmediato: agosto fue un mes de inmersión total en Piglia. Toda su obra estaba disponible, excepto los cuentos de *Prisión perpetua*, que había contratado la editorial Lengua de Trapo, y estaba a punto de vencer el contrato de *Respiración artificial* con Seix Barral, que por fin no lo renovó y se canceló, para mi gran alegría.

Es decir que Anagrama publicará las tres novelas de Piglia —*Respiración artificial*, *La ciudad ausente* y *Plata quemada*—, así como *Formas breves* y *Crítica y ficción* [más tarde se añadirá *Nombre falso*, un volumen de cuentos].

Nos enteramos a mediados de septiembre de que Piglia estaría en España esta primera semana de octubre, intentamos convencerlo de que regresara a final de mes pero no fue posible. Debido a ello, las responsables de edición y producción de Anagrama, Teresa Ariño e Izaskun Arretxe, realizaron un *sprint* colosal y así podemos tener desde el miércoles nuestras ediciones de *Plata quemada* y *Formas breves*. Como apostilla final, acaba de publicarse en Francia *Respiración artificial*, saludada por la crítica como una gran novela, claro está.

Enhorabuena, Ricardo, y bienvenido.

Presentación de “Respiración artificial” [†]

Cuando hace unos seis meses presentaba a Ricardo Piglia como un escritor fundamental de la literatura contemporánea en lengua española, lo hacía como bajo palabra de honor. En efecto, aquí en España casi nadie lo conocía, excepto algunos clientes de La Central, los argentinos residentes en nuestro

país, que se alegraron mucho de su publicación, y desde luego los aquí presentes, los representantes de la prensa cultural barcelonesa que, con vuestra legendaria profesionalidad y avidez de lectura, os habíais internado ya en su día en *Plata quemada* y *Formas breves*, los dos primeros títulos publicados por Anagrama.

Tras esos dos títulos y los cuentos publicados por Lengua de Trapo, ya existe la convicción firmemente asentada de la gran calidad de la obra de Piglia. Ahora viene esta *Respiración artificial*, una obra maestra, unánimemente reconocida como tal, y una buena noticia: antes del verano publicaremos *Crítica y ficción*, una colección de entrevistas en las que Piglia exhibe su talento ensayístico: sus entrevistas son elaboradísimas, cuidadosamente escritas a la manera de Nabokov en *Opiniones contundentes* y de su amado (nuestro amado) Gombrowicz en *Testamento*, su libro de entrevistas con Dominique de Roux.

A la espera[‡]

Leí estas breves presentaciones en sendas ruedas de prensa de Piglia en Barcelona. Luego, siguiendo el ritual, tuvo lugar una exposición del autor, y a continuación el fuego cruzado de preguntas y respuestas.

En estos diálogos, Ricardo brilla al máximo nivel: agudo, irónico, con una vasta cultura mostrada *en passant*, con asociaciones inesperadas, ofrece un espectáculo exaltante: “ver” el pensamiento formándose en cada frase, en cada secuencia, con titubeos, zigzags y, finalmente, remates a gol. Una y otra vez. Y aunque posiblemente tales *performances* tengan una parte de representación, quizá inevitable después de tantos años de presentaciones públicas, mantienen el aura de la función única. También es muy brillante en conferencias, en las que sigue aplicando esa manera de cavilación zigzagueante y un final fulminante. Así lo demostró en la fundación Luis Goytisolo, en una convocatoria dedicada a la ironía, en la que yo también participé, en compañía de figuras estelares como Félix de Azúa, Enrique Vila-Matas, Eduardo Mendoza y *el Roto*, unas sesiones memorables. Y naturalmente brilla, y de qué modo, en sus ensayos literarios, en sus entrevistas: Piglia es el escritor más subrayable. O al menos el más subrayado

por mí en los últimos tiempos, junto con Juan Villoro y sus *Efectos personales*, otro campeón.

Ahora, Piglia tiene publicada en España casi su *opera omnia*: sus tres novelas, *Respiración artificial*, *La ciudad ausente* y *Plata quemada*; los libros de cuentos *Prisión perpetua* y *Nombre falso*; los ensayos literarios *Crítica y ficción* y *Formas breves*. Y se ha convertido a raíz de sus primeras publicaciones en nuestro país, en un *instant classic*, situado entre la plana mayor de la literatura latinoamericana. Así lo ha reconocido unánimemente la crítica, ahora Piglia es un escritor de culto, cuyos libros se venden todos de forma regular. Asimismo en México, donde sus ediciones argentinas apenas habían circulado, sus textos de Anagrama se leen con gran devoción.

Con *Formas breves* obtuvo el Premio de la Fundación Bartolomé March a la Crítica en su primera convocatoria en 2001, otorgado al mejor libro de crítica literaria publicado en los últimos años y que recogí en su nombre en el Círculo de Bellas Artes de Madrid. Es un premio respaldado por un jurado excepcional, formado por Basilio Baltasar, director de la fundación; Guillermo Cabrera Infante, Luis Goytisolo, Eduardo Mendoza, Félix de Azúa, Elide Pitarello, Jean-François Fogel, Fernando Savater y Jorge Volpi.

Me temo que debo mencionar un hecho, por ser uno de los misterios más impenetrables de la edición literaria reciente. Por una parte, Piglia estaba (y sigue estando) editado por Planeta (y por su filial Seix Barral) en Argentina. Pero aunque es considerado uno de los mejores autores argentinos de su catálogo, y ha conseguido con *Plata quemada* el Premio Planeta en su país y se ha filmado sobre esa novela una película que tuvo un éxito considerable en Argentina y era verosímil que lo tuviera en España (donde le fue concedido más adelante el Goya a la mejor película de habla hispana), curiosamente ningún libro de Piglia estaba publicado en España, pese a que Seix Barral había reanudado una intensa dedicación a América Latina, bajo la dirección, aún más curiosamente, de Basilio Baltasar, su director literario durante algunos años.

Olvidando avatares editoriales y volviendo al Piglia autor, el reproche unánime de sus fans es que escribe poco. O, al menos, que publica poco, o menos de lo que deseamos. Ricardo afirma que escribe sin parar un frondosísimo diario del que van brotando sus libros. Bromea diciendo que los títulos que ha editado han sido un pretexto para que finalmente se publique su diario. Ahora o, mejor dicho, hace años (al menos desde que empecé a publicarlo), tiene en marcha dos proyectos paralelos (en la tardanza): un libro

de ensayos, pero que acaso pueda leerse como un texto narrativo, y una novela, de intenciones ignotas.

No es, pues, el síndrome Bartleby, sino otra cosa que también padecía, por ejemplo, Augusto Monterroso, quien no se decidía a soltar un libro — durante años y años y años, según se lamentaba Bárbara Jacobs: “¡Pero si ya está terminado!”, con el pretexto de que quizá sobrase (o faltase) una coma o hubiera que cambiar un adjetivo, acaso un adverbio. En el caso de Ricardo, los pretextos son absolutamente vagos y no tengo *insider information*, Beba no suelta prenda y me temo que su agente literario esté tan *in albis* como yo. Pero se aproxima un año sabático, que le concede la Universidad de Princeton, y quizás ahora sí.

Un premio para Alan Pauls

*Rueda de prensa. Pauls galardonado,
Neuman finalista: premio argentino[*]*

1. Este año el Premio Herralde ha resultado ser el más latinoamericano de nuestra historia. Lo son los cuatro autores que pasaron a la deliberación final: un guatemalteco, Eduardo Halfon, un peruano, Santiago Roncagliolo, mientras que el ganador, Alan Pauls, y el primer finalista, Andrés Neuman, son argentinos. Aunque Neuman, nacido en Argentina, se autodenomina hispanoargentino, el título de su novela, *Una vez Argentina*, es inequívocamente territorio argentino. En suma, premio argentino.

2) Alan Pauls ha ganado por unanimidad, pero Neuman quedó también primer finalista por unanimidad, deslindándose así de los otros dos finalistas.

3) Alan Pauls es un autor desconocido para el lector español, aunque cuenta con un sólido prestigio en su país. Por una parte, como novelista un tanto oculto: ha publicado tres novelas cortas, esparcidas a lo largo de veinte años, mientras que como ensayista ha dedicado dos excelentes obras a Manuel Puig y Borges. Incluso antes de leer *El pasado*, su do de pecho indiscutible, ya lo admiraban lectores tan exigentes como Ricardo Piglia, que lo consideraba el mejor de su generación, Juan José Saer, Rodrigo Fresán, Juan Villoro o Roberto Bolaño, quien le dedicó el último texto de *El gaucho insufrible*. En cuanto a los españoles, baste mencionar a Enrique Vila-Matas y Masoliver Ródenas. Por cierto, en *El mal de Montano* de Vila-Matas, Alan Pauls era uno de los autores más citados por su ensayo sobre Borges, y Juan Ramón Masoliver en su muy elogiosa crítica del libro le reprochaba a Vila-Matas que no lo citara *además* como novelista.

Creo que, para el lector español, Alan Pauls será una sorpresa de un

calibre similar a la que causaron Ricardo Piglia y Carlos Monsiváis, otras tardías revelaciones en nuestro país. Y para el premio será una corroboración de altísima calidad literaria, después de los recientes galardones otorgados a *El mal de Montano* de Vila-Matas y *Los detectives salvajes* de Bolaño, por citar los dos libros de mayor repercusión internacional. Los miembros del jurado —Salvador Clotas, Juan Cueto, Esther Tusquets, Enrique Vila-Matas y yo mismo— estamos, pues, enormemente satisfechos con la incorporación de Alan Pauls al palmarés.

Aproximación a Alan Pauls

A finales de 1988 estuve una semana en Buenos Aires, participando en un encuentro internacional de editores, una semana muy activa en la que también tuvo lugar, en los locales del ICI (Instituto de Cooperación Iberoamericana), la presentación de un libro de Alberto Laiseca, a cargo de otros dos jóvenes cachorros de la literatura argentina, Juan Forn y Alan Pauls. Éste acababa de debutar, aún veinteañero, con una muy prometedor primera novela, con un título magistralmente paradójico, *El pudor del pornógrafo*.

El último día de viaje le sugerí a Juan Forn, novelista, periodista y agitador cultural, que hiciera una antología de narradores argentinos recientes para darlos a conocer a los lectores españoles. El trabajo, de lenta gestación, fue el volumen *Buenos Aires*, que publicamos en enero de 1992 y se reeditó en nuestra colección de bolsillo en 1999. Una selección muy atinada de 15 autores en la que figuraban nombres que ahora sí son bien conocidos en nuestro país, como Ricardo Piglia, Fogwill, César Aira, Alan Pauls, el propio Juan Forn, y el más joven, Rodrigo Fresán. Del cuento de Alan Pauls llamado “El caso Berciani”, Bolaño escribió en su artículo “Ese extraño señor Alan Pauls”: “Durante mucho tiempo fui un fervoroso lector de este escritor del que sólo conocía un cuento”.

Segundo episodio: el Congreso Internacional de Editores que se celebra cada cuatro años, en 2000 tuvo lugar en Buenos Aires. En aquel tiempo había convenido con Marisa Avigliano, excelente jefa de prensa de nuestra distribuidora argentina, Riverside, y que también fue periodista y era buena conocedora del ambiente literario, que me hiciera de ojeadora de talentos para

nuestro catálogo. Entre otros textos, me pasó los primeros cinco capítulos de *El pasado*, que aún no se llamaba así; me parecieron extraordinarios y así empezó la conexión Alan & Anagrama.

Tercero: en la Feria del año siguiente, en abril de 2001, en Buenos Aires, me cité con Alan Pauls en el bar del hotel Alvear y seguimos hablando de su *work in progress*. Y a finales de noviembre de 2002 aterrizó en Anagrama la primera versión de la novela, que me pareció deslumbrante, aunque Alan no la dio por definitiva. Después de ciertos retoques menores y del cambio de título, que pasó de ser *Ex* a *El pasado*, recibimos la versión última con la que concursó al premio, que ganó por unanimidad. Elaboración lenta, resultado final, un novelón de 560 páginas, al contrario que sus breves novelas anteriores.

Presencia de “El pasado” [†]

La recepción crítica de *El pasado* en España fue excelente y hubo que reeditarla rápidamente, al igual que sucedió con nuestra edición en Argentina. En ambos países fue valorado como una de las mejores novelas del año por numerosos suplementos culturales y tuvo críticas muy elogiosas. La extensión de la novela y los meandros de la elegantísima escritura podían propiciar reservas acerca de la excesiva demora, de su exigencia con el lector. Y, en efecto, alguna reseña fue reticente en ese sentido, pero en otras se proclamó enardecidamente que todas y cada una de las muchas palabras del texto eran absolutamente imprescindibles, no cabían mutilaciones ni las tijeras de un *editing* inoportuno. Una novela que, pese a su tonelaje, resulta, a mi juicio, de una milagrosa fluidez.

Aunque Alan Pauls el día de la concesión del premio, en Barcelona, estaba en Buenos Aires y lo recogió en su nombre su gran amigo Rodrigo Fresán, luego visitó España en diciembre para la promoción del libro, provocando un cierto efecto *Teorema* (Terence Stamp como seductor total en la película de Pasolini).

El pasado empezó también, enseguida, su carrera internacional: se han conseguido ya los tres primeros contratos. Pese a su extensión, a lo castigada que está en el circuito internacional de la *literary fiction* exigente, y a la

previsible (me temo) ausencia de ayudas argentinas a la traducción, en Francia la contrató Christian Bourgois, en pugna con Gallimard y una animosa editorial emergente, Passages du Nord / Ouest; en el Reino Unido fue Harvill, la editorial de Bolaño y Vila-Matas, entre otros, y en Holanda el editor de Meulenhoff se adelantó, durante la Feria de Londres, mientras festejábamos el triunfo de Zapatero, al decidido interés de otra editorial holandesa, y allí mismo llegamos a un acuerdo.

Ahora Alan me dice que, tras tanto festejo, ha regresado de nuevo a su cueva para proseguir una nueva novela, mientras que en Anagrama preparamos la publicación de dos títulos anteriores: *Wasabi*, su novela inmediatamente anterior, y su imprescindible ensayo *El factor Borges*.

Volviendo a la recepción de su novela, Tono Masoliver, en su entusiasta reseña de *El pasado*, comentaba que Alan Pauls, al igual que Ricardo Piglia, había sido un descubrimiento tardío en España, pero también en un momento muy oportuno, y, en efecto, su valoración y visibilidad han sido inmediatas en ambos casos.

Un crítico de *El Periódico*, Ricardo Baixeras, se ha especializado en finales de reseña especialmente brillantes, lapidarios y resultones. Así, el siguiente: “Algún día sabremos qué leíamos antes, cuando no leíamos a Ricardo Piglia”. Y con respecto a *El pasado*, dictamina: “Empieza la fiebre Pauls”. Parece que el joven doctor Baixeras ha acertado con el diagnóstico. Ojalá sea así, en beneficio de todos y en especial de los buenos lectores.

Homenaje a Mario Muchnik[*]

Conocí a Mario y a Nicole Muchnik a mediados de los setenta en la Feria de Fráncfort, de la mano de Carlos Barral, y nos hicimos amigos de inmediato.

Entonces Mario estaba empezando a instalarse en España, después de intentar en vano driblar su destino, que era editar libros. Mario quiso tal vez escapar de la imponente sombra de su padre, don Jacobo, el gran editor de Fabril, en Buenos Aires, y estudió física e incluso creo que trabajó como científico. Pero al final los genes pudieron más y después de trabajar unos años en Francia con el editor Robert Laffont se vino a España con su proyecto de Muchnik Editores.

Cuando se instaló en Barcelona, había un grupo de editores amigos que nos veíamos con gran frecuencia, por el placer de la amistad, de las conversaciones enriquecedoras, de las complicidades y las risas. Estaban Carlos e Yvonne Barral, Beatriz de Moura y Toni López, Esther Tusquets, Lali y yo, y enseguida Mario y Nicole se convirtieron en “uno de los nuestros”. También venían con asiduidad Michi Strausfeld, entonces residente en Barcelona y ya una especie de multinacional en sí misma, y desde luego el inolvidable Ricardo Muñoz Suay, que tras sus etapas cinematográficas, en Madrid con Uninci y en Barcelona con la Escuela de Barcelona, había recalado en la edición, como activísimo promotor de Bruguera y después de Seix Barral. Los domingos por la mañana, en la terraza de la casa de los Muñoz Suay, Ricardo y Nieves, en Calafell, se reunía la mayor concentración posible de editores por metro cuadrado, con novelistas de plantilla como Juan Marsé y Ana María Moix, más los escritores invitados que iban aterrizando, algunos casi fijos como Jorge Edwards. El otro punto de encuentro era el bar La Espineta, gestionado (es un decir) por los hijos de Barral.

Como editor le debemos la publicación en España de autores tan extraordinarios como Elias Canetti (cuyo Premio Nobel tanto festejamos),

Bruce Chatwin, Oliver Sacks o Carlo Ginzburg, por citar algunos ejemplos bien significativos.

Y al lado de escritores extraordinarios pero minoritarios deben mencionarse dos autores como Montignac o Kenizé Mourad, de perfil poco muchnikiano pero que resultaron un balón de oxígeno para una política editorial erizada de dificultades.

(Como es sabido, esto sucede a menudo en el mundo editorial y en las mejores familias. Así, el caso de dos extraordinarios editores que durante años estuvieron en grandes grupos y ahora son independientes: Christian Bourgois, que se sostiene en buena parte con la *backlist* de títulos de Tolkien, o Christopher MacLehose, uno de cuyos pilares en Harvill son los libros ilustrados. O tantos ejemplos de excelentísimas editoriales anglosajonas que se financian en buena parte con *thrillers*.)

Hará unos siete años y unos meses que tuve el honor de presentar en Barcelona, en el Círculo Condal, la nueva etapa de Mario como Anaya & Mario Muchnik. Terminaba así mi intervención:

Pienso que Mario pertenece, como yo, a la raza de editores vocacionalmente independientes, con criterios propios, testarudos y apasionados, características con frecuencia difíciles de encajar en el seno de grandes grupos editoriales.

A menudo se utilizan lenguajes y baremos de difícil decodificación mutua y las colisiones no son infrecuentes, como el amigo Mario, cuya vida editorial ha sido un tanto accidentada, podría muy bien atestiguar.

Como es sabido, en el mundo de la edición se viven tiempos difíciles para todos. Para el editor independiente, con la amenaza latente del cierre obligado o la absorción; para el editor literario de la marca de un gran grupo, con el temor de que súbitamente pueda encontrarse con que su posición en dicho grupo sea redundante, para utilizar el delicado eufemismo que se ha puesto dolorosamente de moda en la edición británica en los últimos meses.

Por encima de rivalidades y competencias, me duele muchísimo el alejamiento de nuestro ámbito de aquellos editores que han contribuido a vivificar la atmósfera cultural de nuestro país. Me parece una catástrofe para todos en un ecosistema particularmente débil. Por ello, deseo de todo corazón que tanto Mario como yo podamos seguir siendo, durante mucho tiempo, colegas, rivales y en especial culturalmente cómplices.

En esta etapa con Anaya, Mario ha sido fiel a sí mismo, publicando libros excelentes pero cuyo club de fans era demasiado a menudo injustamente escaso.

Destacaría como proyectos nuevos su acertada importación de la colección francesa Mille Feuilles, las Mil Hojas, y una iniciativa que le ilusionaba mucho: la Biblioteca André Malraux, que debía recoger las obras completas de este autor. Recuerdo que hace exactamente un año en el Salón del Libro de París estábamos desayunando juntos en el mismo hotel, el

Madison, y luego Mario se fue muy ilusionado a la cercana Gallimard para rematar la negociación.

También destacaría los libros que ha publicado sobre nuestro oficio, el oficio de editor: los diarios de trabajo de Carlos Barral y sobre todo el estupendo libro-entrevista con el gran Giulio Einaudi, un maestro para tantos editores, un ejemplo de lo que él llamaba la “*editoria di cultura*” y una especie de padre espiritual para Barral, como éste reflejó cumplidamente en sus memorias.

En estos últimos años la situación se ha endurecido todavía más. Aquel viejo concepto de la edición en el que cultura y finanzas podían armonizarse, aun con dificultades, se ha vuelto si no imposible, sí cada día más difícil. Los hombres del *marketing* han ido desplazando a los hombres de la cultura según el guión de un mercado bajo el signo de la cultura *light* y de la edición espectáculo.

Sin embargo, la edición cultural aún sigue siendo posible. Como ejemplo de editoriales independientes, ahí están los casos, entre otros, de Feltrinelli en Italia, Harvill y Bloomsbury en Inglaterra, Farrar Straus & Giroux y Grove Atlantic en Estados Unidos y buen número de editoriales alemanas como Hanser, Suhrkamp y Wagenbach o la suiza Diogenes. Y también existen numerosos casos de editoriales con formatos más bien minimalistas, pero tan interesantes como Minuit en Francia o City Lights en San Francisco.

Por ello estoy convencido de que un editor de raza como Mario Muchnik, tan apasionado como obstinado, una voz propia y heterodoxa en un paisaje cada vez más amorfo y pasteurizado, va a seguir en la brecha, quizá desde el reducto inexpugnable del Taller de Mario Muchnik o con alianzas con algún grupo.

Estoy seguro de que pronto oiremos de nuevo la imprescindible voz editora de Mario Muchnik: si los viejos rockeros nunca mueren, los buenos editores son duros de roer.

Paco Porrúa, agente secreto, gran editor[*]

Francisco Porrúa, o sea Paco Porrúa, es una de las leyendas semisecretas, o directamente secretas, de la edición en lengua española. Aunque nació en España, cosa de la que me enteré hace muy poco, su familia se trasladó a Argentina cuando él tenía dos años, donde residió hasta 1977. Allí, durante bastantes años, desde 1956, fue colaborador y luego, desde comienzos de los sesenta, director literario de aquella gran editorial, Sudamericana, que había impulsado un exiliado catalán, López Llausás, tras la Guerra Civil española, y donde se publicó, entre otros, a Borges y Rulfo, Faulkner y Hemingway. También en la misma época otros exiliados españoles resultaron tan fundamentales para editoriales como Losada o Emecé.

Paco Porrúa fue el editor de muchos libros de Cortázar y en especial de *Rayuela*, en 1963, y también, en 1967, nada menos que de *Cien años de soledad*, de un casi ignoto periodista y narrador colombiano, Gabriel García Márquez, con un anticipo de quinientos dólares y un tiraje inicial de ocho mil ejemplares, *a priori* altísimo para un escritor desconocido. Cuenta, pues, en su haber editorial con la publicación de esas dos cumbres de la literatura latinoamericana del siglo XX.

En 1977, Porrúa, incompatible con los militares argentinos, regresó a su país natal. Como tantos intelectuales y profesionales argentinos que hicieron el camino inverso al de los exiliados españoles, y, al igual que éstos, enriquecieron y vivificaron el paisaje cultural y editorial de nuestro país. Ya en Barcelona, Porrúa dirigió Edhasa, la filial española de Sudamericana, entre 1977 y 1993.

Pero antes de todo, allá en 1954, había fundado Minotauro, cuyo primer título fue *Crónicas marcianas* de Ray Bradbury, con prólogo de Borges, y que fue editando títulos en Argentina y también durante el periodo de Porrúa

en Edhasa, y que luego ha ido continuando en solitario, como editorial independiente, hasta la fecha. Aunque yo no sea un experto en literatura fantástica, ciencia ficción y sus aledaños, Minotauro está considerada una editorial ejemplar, quizá la mejor editorial internacional en este registro. Una colección en la que figuran nombres como Bradbury, Tolkien, Aldiss, Ballard, Angela Carter, William Gibson o Ursula K. Le Guin, o sea, un *dream team* indiscutible.

Paco Porrúa se ocupa de la elección de títulos, del diseño y de las traducciones, que cuida de forma obsesiva como traductor él mismo y como revisor de las mismas. O sea, aunque ahora con bastón, Porrúa es un atleta completo de la edición y le agradezco mucho que haya dejado sus penumbras para estar entre nosotros.

Así presenté a Paco Porrúa en el Encuentro sobre la Edición que tuvo lugar en Santander en julio de 2000, en la Universidad Menéndez Pelayo. Ese año me encargaron dirigir dicho encuentro, en el que participaron destacados editores del ámbito hispano y también internacional bajo el rótulo *Pasión y oficio de editar*, que con tanta pertinencia se ajusta a la tarea desempeñada por Porrúa.

Naturalmente me pareció imprescindible la esquiva presencia de Paco Porrúa, a quien había visto sólo una vez, en tanto tiempo, en un coctel organizado por Carmen Balcells, donde lo saludé calurosamente y tras el cual desapareció de nuevo en su guarida. Para intentar convencerlo, solicité la mediación de Rodrigo Fresán, que es algo así como pariente suyo, y después de dos almuerzos accedió a regañadientes. Una vez en Santander, con su vozarrón y su gorra y su bastón, fue una de las grandes estrellas del encuentro, toda una sorpresa. Al felicitarlo, me dijo que era la segunda vez que hablaba en público, la primera fue hace siglos en Buenos Aires, junto al patriarca López Llausás, el editor de Sudamericana, que afirmaba: “Nunca publico nada sin la aprobación de mi lector secreto”. O sea, Porrúa, que dejó de ser tan secreto al convertirse en director literario de la editorial.

Hace poco, Porrúa vendió Minotauro y no está, por el momento, en la primera línea del frente editorial, aunque, me dicen que, inevitablemente, tiene proyectos. En cualquier caso, en la memoria de la edición persistirá su admirable labor. Por ejemplo, el confort de la simplificación ha propiciado las etiquetas de padres y madres del *boom*. Los más citados son, claro está, Carlos Barral, capitaneando el Premio Biblioteca Breve, y Carmen Balcells, aun antes de ser la *Mamá Grande*. Pero también es obligatorio citar a otro

padre, Paco Porrúa, naturalmente más secreto, aunque sólo sea por las primeras ediciones de *Rayuela* y *Cien años de soledad* en su haber.

Un ejemplo de su estilo. A raíz de la publicación del epistolario de Cortázar, en diciembre de 2000, en una de sus escasísimas entrevistas, quizá la única en veinticinco años en España, Paco Porrúa comentó memorablemente: “Para muchos escritores, después de cierto éxito de público y crítica, el editor se convierte en una figura casi molesta, un hombre sentado esperando un manuscrito”. Un diagnóstico irónico, *deadpan* y no siempre inadecuado.

Lamento mucho no poder estar presente en este acto. Almorzamos hace unas semanas con los Porrúa y los Fresán para celebrar el premio, y le dije que me resultaba imposible ir a Guadalajara, aunque escribiría un texto para ser leído aquí. Me contestó: “Vaya, yo había pensado no ir y escribir un texto para que lo leyeras tú”.

Mala suerte, Paco, te toca estar en primer plano de este merecidísimo homenaje. Enhorabuena.

Presentación de “El observatorio editorial”[*]

Éste es mi tercer libro de textos en torno a la edición. El primero fue *Opiniones mohicanas* (publicado en México en el 2000 por Aldus, luego una versión ampliada en Acantilado en el 2001), el segundo, *Flashes sobre escritores y otros textos editoriales* (publicado en México por Ediciones del Ermitaño en 2003) y el tercero, *El observatorio editorial* (publicado en Argentina por Adriana Hidalgo). Una precisión: así como los dos primeros libros los entregué con el índice ya establecido, en este caso fue distinto. Al no haber circulado las ediciones mexicanas y apenas la de Acantilado, envié los dos ejemplares y muchos textos no recogidos en libros al editor Fabián Lebenglik para que hiciera la selección que creyera más pertinente para el lector argentino.

Para llegar aquí, haciendo un *travelling* autobiográfico: desde siempre me gustó leer, en tiempos juveniles también escribir y perpetré unos cuantos cuentos y poemas, como es habitual, y luego descubrí la edición, el flechazo. Y ya durante muchos años me dediqué exclusivamente a leer y a editar, y lateralmente a escribir sólo contraportadas y textos promocionales anónimos. Más tarde, en especial a partir de los años noventa, empecé a dar cada vez más conferencias, a participar en mesas redondas y a escribir bajo pedido de revistas y periódicos.

Y aunque a veces me da pereza y tengo que inventarme una cápsula de tiempo en medio del mucho ajetreo editorial para poder redactar un texto, me gusta escribir. Como saben todos los que escriben, pienso qué cosa se me ocurrirá, a partir de una idea previa, cómo me sorprenderé a mí mismo, qué recuerdo agazapado e imprevisto (amparado por una buena memoria) saltará al texto, y cómo lo encauzaré en el relato, en la forma.

Y observo que los tres libros y muchos otros artículos inéditos o publicados en revistas y periódicos van conformando una especie de

patchwork del paisaje editorial de las últimas cuatro décadas. Y, obligadamente, también conforman una suerte de autobiografía fragmentada, oblicua.

Los temas dominantes están muy claros y expresamente deslindados en *Opiniones mohicanas*. Por una parte, celebración de los autores de Anagrama, vistos de cerca, y a la vez una descripción de Anagrama a través de sus autores. Por otra, perfiles y retratos de aquellos editores con los que me siento en sintonía, que no son pocos. Y finalmente, textos de intervención en el campo de batalla cultural y editorial: “cuasinabokovianas *strong opinions*, belicosos despachos desde el frente de batalla, como los llama Rodrigo Fresán en su exagerado prólogo. Y hay una cuarta parte más miscelánea, en la que se cruzan las facetas de lector, de editor y de observador, que en este libro podría ser “La lectura de Diarios de escritores, o en *Opiniones mohicanas*, “Tres días en París”.

En suma, este *work in progress*, quizá con demasiado progreso, pienso que básicamente resulta una crónica editorial (con especial énfasis en la mayor exactitud posible) y subsidiariamente una autobiografía fragmentada y funcional: en función, claro está, del trabajo de editor, lo único posiblemente interesante. Este trabajo está reflejado en “Un día en la vida de un editor”, en la que aparecéis vosotros y vuestros colegas, los periodistas que asistís con regularidad a nuestras frecuentes ruedas de prensa. Esta obra podría llamarse una crónica deconstruida desde el inicio, o bien, de forma menos pedante, *Virutas editoriales*, que podía ser el título global de esta *recherche* personal.

Este libro puede leerse también como un apéndice coloreado del austero catálogo (que es lo que de verdad define una editorial), un apéndice con tramas y subtramas con pretendida amenidad e información, para aquel lector al que, como yo mismo, le interesa el tema: es decir, como decía Baudelaire, “*mon frère, mon semblable*”.

Por último quiero agradecer su cuidada edición a Adriana Hidalgo, una editorial naturalmente independiente, nacida hace cinco años y con la que comparto autores como Gombrowicz, Harold Bloom, Copi, Bernhard, José Bianco, Kerouac y que edita a otros que me gustaría haber publicado, como Broch, Steiner, Handke, Bataille, Auden. Y me alegra que su decisión no le haya resultado ruinoso, ya que esta que presentamos hoy es la segunda edición, la primera fue en junio y la segunda en octubre. Y por último quiero dar las gracias a mi buen amigo Rodrigo Fresán por su prólogo, una excelente fabulación literaria, en la que me presenta con un perfil tan halagador que me

da mucho trabajo parecerme a él, que resulte verosímil.

Sobre el oficio de editor[*]

Discurso de agradecimiento por el Gran Premio Provincia de Buenos Aires

Agradezco este inesperado galardón al Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, al historiador Mario Pacho O'Donnell, su impulsor, así como a Juan Carlos d'Amico, presidente del Instituto Cultural, y al gran escritor y buen amigo Ricardo Piglia sus generosas palabras de presentación.

Y paso a leerles un discurso de agradecimiento, me temo que no muy breve, en forma de díptico: dos textos independientes pero en cierto modo complementarios. El primero sobre alguno de los dilemas y paradojas a los que se enfrenta un editor, y el segundo, “El catálogo como ciudad”, sobre cómo se reflejan en Anagrama. Algo así como teoría y práctica, dicho sea con poco énfasis.

1. El oficio de editor, algunos dilemas y paradojas

Un editor, y aquí me refiero a una raza particular de editores para quienes lo único sagrado es la coherencia de su catálogo, tiene que intentar ser un experto en conciliar paradojas.

Así por ejemplo, debe practicar la llamada “política de autor”, siguiendo la trayectoria de sus mejores escritores, aun en sus títulos menores o poco afortunados, pero inescusables, y simultáneamente buscar las nuevas voces de su tiempo, los posibles clásicos del futuro.

Los grandes autores del catálogo, a menudo vivos y en plena actividad, otros ya fallecidos cuya obra se quiere rescatar (véanse Nabokov o Sebald en nuestro catálogo), ocupan una parte considerable del codiciado espacio editorial, en realidad casi un *numerus clausus*, por lo que cada nuevo autor incorporado debe competir ferozmente con muchos candidatos para la casilla vacante del catálogo.

Otro ejemplo, bien típico en la profesión, consiste en publicar libros con los que uno sabe con toda seguridad que perderá dinero (las desviaciones

estadísticas son mínimas), pero se siente obligado a hacerlo, bien por la excelencia literaria incuestionable de un texto, bien por tratarse de un autor prometedor, desconocido y que no apuesta por la facilidad.

Esta pérdida financiera puede venir real o ilusoriamente “compensada” (lo que en jerga contable podríamos denominar como “invertir en lucro cesante”) por un aumento del “capital simbólico” de la editorial, de su posible “aura”, que transmite a los “lectores fuertes”, así llamados por los franceses, el mensaje de que todos los títulos de la editorial están escogidos tan sólo por motivos culturales y literarios. Y, por ello, los autores desconocidos o debutantes pueden protegerse bajo el paraguas del aura de la credibilidad.

Naturalmente, este mensaje sólo puede ser descodificado por aquellos lectores que sigan con atención una trayectoria editorial. Más aún, que capten el opaco concepto del oficio de editor, que para la gran mayoría de lectores (a veces llamados lectores no-lectores) es un enigma que ni se plantean.

Sin embargo esos “lectores fuertes”, entre los que se incluyen por fortuna librerías tan vocacionales como los propios editores, son los que pueden propiciar el imprescindible boca-oreja para que ciertos títulos inesperados triunfen, sin campañas de *marketing* y sin que el autor sea un *brand name*. Por citar algunos ejemplos de Anagrama, *Los girasoles ciegos* de Alberto Méndez, *84, Charing Cross Road* de Helene Hanff y, el más reciente, *Una lectora poco común* de Alan Bennett. También, claro está, se precisa el apoyo de la prensa cultural y de los críticos literarios, incluso en estos tiempos en los que el mandarín está tan diluido y se extiende una tendencia global a tratar la cultura en formato de suplemento dominical, es decir, textos breves y muchas fotos, al servicio de esos *bestsellers* arrolladores que Vicente Verdú ha bautizado atinadamente como “literatura infantil para adultos”.

Otro efecto colateral indeseado es que esa política de autor, a menudo con el escritor felizmente instalado en una editorial, se vea muy seriamente amenazada por la voracidad, a menudo insensata, de los grandes grupos, acuciados por la necesidad de facturación y azuzados por los agentes literarios, de acuerdo con sus respectivos cometidos estructurales.

Una de las dificultades mayores de la práctica editorial estriba en el complicado manejo del ego de los autores, un ego obligado y en expansión acelerada en consonancia con sus éxitos. Por buscar un ejemplo en otro ámbito, decía Marlon Brando: “Actor es uno que si no estás hablando de él, no te escucha”. Un ejemplo fácilmente extrapolable.

Un editor debe ser, pues, extremadamente cauteloso con los halagos a

otros escritores, en *petit comité*, en público y desde luego por escrito (una regla que a menudo he incumplido). Y aquí quiero rendir un homenaje a Gaston Gallimard, un gran editor con fama de *bon vivant*, merecida, y de ágrafo: nunca escribió sus memorias, una actividad que es el *hobby* nacional de casi todos los editores franceses. Sin embargo, su editorial ha tenido el gran acierto de publicar, en varios gruesos tomos, su correspondencia con grandes escritores de la casa, como Proust, Céline o Claudel. Y así, asistimos a las alambicadas perfidias de Proust, a los insultos delirantes de Céline o a la vanidad insuperable de Claudel (que podría resumirse así: le resultaba incomprensible que una editorial como Gallimard publicara a pederastas como Gide, Cocteau y tantos otros, en vez de dedicar íntegramente sus esfuerzos a la genial obra de Paul Claudel). Pues bien, resulta admirable la sutileza, lo que ahora llamarían la “inteligencia emocional”, y desde luego la enorme paciencia con la que Gaston Gallimard desactivaba las inmensas ofensas imaginadas por esos autores. Suya fue esa inestimable aportación, a tiempo casi completo, a su editorial, amparada por otra parte por la implícita *force de frappe*, disuasoria de fugas a otros sellos, que constituía y constituye la Bibliothèque de la Pléiade de Gallimard, el auténtico Panteón de la Fama, el ingreso en la Inmortalidad. Y recuerdo que su nieto, Antoine Gallimard, afirmaba en una entrevista reciente que él mismo dedicaba más tiempo a conservar a sus autores que a los nuevos fichajes.

Otro dilema que se puede plantear un editor es cómo alternar en su catálogo la ficción y el ensayo (como emblema del área de no ficción).

En el caso de Anagrama, el ensayo, y en especial los textos políticos, tuvo, durante la década inicial de los setenta, un peso muy importante. Luego, en los primeros ochenta, tomó ampliamente la delantera la ficción, para luego configurarse la relación actual: dos tercios aproximadamente de ficción y un tercio de no ficción. A veces me ha preguntado algún distribuidor u observador editorial el porqué de mi persistencia en los ensayos, pese a que sus ventas son claramente menores, con las debidas excepciones, como José Antonio Marina o Ryszard Kapuściński. En mi caso, me siento impelido, quizá demasiado a menudo, a incorporar a nuestro catálogo a aquellos autores y aquellos textos que contribuyan a iluminar nuestros tiempos inciertos, a combatir aunque mínimamente las injusticias, a ampliar y profundizar el ámbito del saber. Y pienso que Anagrama quedaría mutilada sin esas aportaciones.

Soy consciente de la tonalidad “sepia”, como de daguerrotipo, de edición *ancien régime*, de mis cavilaciones, en esta era extremadamente mutante que analiza lúcidamente Robert McCrum en su extenso artículo “A thriller in ten chapters”, publicado en *The Observer* el pasado 22 de mayo. McCrum, como es sabido, fue durante años *editor* de la muy literaria Faber & Faber y luego, tras graves problemas de salud, pasó a ser crítico literario durante diez años en *The Observer*, del que acaba de despedirse con dicho agudo e informadísimo análisis.

McCrum subraya, en diez capitulitos, el carácter explosivo de la actual mezcla de comercio global y tecnología. Lo ilustra con los ejemplos de esos escritores desconocidos que alcanzan un triunfo instantáneo en el mercado global, como Zadie Smith; el fenómeno Amazon, indispensable para unir el mercado en lengua inglesa; el caso J. K. Rowling; la importancia decisiva de espacios televisivos como el *Oprah’s Book Club* en Estados Unidos y *Richard & Judy* en el Reino Unido; la proliferación de festivales literarios, empezando por el Hay, “*the new rock’n roll*”, escribe McCrum (“con el escritor convertido en una mezcla de viajante de comercio, músico de *rock* y predicador”); la evolución de los premios literarios, como el Booker, el Orange o el Costa, que juegan un papel, para lanzar a un autor, antes reservado a las revistas; el caso McEwan: si hay un escritor cuyo éxito popular simboliza una década es Ian McEwan, opina McCrum, subrayando que se trata de un “novelista literario”; la invasión de los *blogs*; y en especial, desde noviembre de 2007, la aparición de Kindle: “el primer libro electrónico que atrapa la imaginación de los lectores profesionales: los editores y los agentes literarios”, así como la creciente digitalización de textos, impulsada por Google, empezando por las grandes bibliotecas.

Toda una serie de cambios de alcance todavía inimaginable, aunque Robert McCrum piensa (como yo) que todavía no hay que despedirse de Gutenberg y que los editores, como escribe un colega, deben publicar libros cada vez más deseables como objetos.

2. El catálogo como ciudad

La metáfora del catálogo editorial como un libro, como una novela, ha sido ya muy utilizada (por mí mismo, sin ir más lejos). Para no aburrirnos —“el aburrimiento es la fuerza de la historia que menos se tiene en cuenta”,

escribió el sociólogo Robert Nisbet, que por cierto era un entretenidísimo orador que siempre esquivó la jerga académica—, propondré aquí otra, urbanística, de forma poco seria y nada académica: el catálogo como ciudad.

Aunque un catálogo sea en sus inicios algo así como la caseta del perro, que puede agrandarse hasta convertirse en una vivienda unifamiliar e incluso en un bloque de pisos, a medida que, con las décadas, se despliega, podríamos utilizar la metáfora de una ciudad, con sus colecciones a modo de avenidas más o menos amplias hasta otras como callejones de final abrupto.

Tomemos el caso de Anagrama, con sus avenidas Panorama de narrativas, Narrativas hispánicas, Compactos, Contraseñas, Argumentos, Crónicas, Biblioteca de la memoria, que son las colecciones en activo, mientras que otras, de los años setenta, acabaron en un *cul-de-sac*, aunque puedan persistir quizá en el recuerdo de algunos aficionados añejos y memoriosos, como los Cuadernos Anagrama, la Biblioteca de Antropología o la Cinemateca Anagrama.

En ellas se erigen los monolitos dedicados a los autores-faro de la editorial: Nabokov, Highsmith, Enzensberger, Kapuściński, Auster, Capote, Pombo, Martín Gaité, Pitol, Piglia, Bolaño, Chirbes, Vila-Matas, Marina, entre otros. También encontraríamos las plazas que conmemoran y honran a los ganadores del Premio Anagrama de Ensayo y el Premio Herralde de Novela. O los jardines dedicados a aquellos *longsellers* que han ayudado a florecer (disculpen la obviedad de la metáfora) la editorial: *La conjura de los necios* de John Kennedy Toole, *Extraños en un tren* de Patricia Highsmith, *A sangre fría* de Truman Capote, *Bella del Señor* de Albert Cohen, *Nubosidad variable* de Carmen Martín Gaité, *Historia de una maestra* de Josefina Aldecoa, *Historia de un idiota contada por él mismo* de Félix de Azúa, *Los girasoles ciegos* de Alberto Méndez, *La inteligencia fracasada* de José Antonio Marina, *El dios de las pequeñas cosas* de Arundhati Roy, *Sostiene Pereira* de Antonio Tabucchi, *Seda* de Alessandro Baricco, *Wilt* de Tom Sharpe, *Catedral* de Raymond Carver, *El Danubio* de Claudio Magris, *En el camino* de Jack Kerouac, *El almuerzo desnudo* de William Burroughs, *Lolita* de Nabokov, *Ébano* de Ryszard Kapuściński o *Brooklyn Follies* de Paul Auster.

Y no debería faltar un “Quadrat d’Or”, como el perímetro del Ensanche modernista de Barcelona, dedicado al *British Dream Team*, ni el complejo de piscinas Soledad Puértolas, ni, en honor a los muchos títulos dedicados al humor inglés, el local del Club de la Sonrisa bajo la presidencia de P. G.

Wodehouse y arriba la Azotea de la Carcajada de Tom Sharpe, ni el salón recreativo, cerebral y juguetón de Georges Perec, ni el *ring* de Norman Mailer, ni la sede de un periódico invadido por Tom Wolfe, Hunter S. Thompson y sus compinches del Nuevo Periodismo, ni el bar de Quim Monzó (especialidad: patatas bravas), ni el Barrio Chino con bodega inagotable de Bukowski, ni el quirófano (sin anestesia) especializado en los desperfectos de la historia española reciente de Rafael Chirbes, ni el *drugstore* a la holandesa, con un buen surtido de diversas sustancias, regentado y asesorado por Antonio Escohotado, ni la sinagoga de Harold Bloom, ni la sofisticada clínica del Dr. Sacks, ni mucho menos el estadio (de beisbol) de Paul Auster.

Y en la finca argentina, en expansión, nos encontramos con los pasadizos que conducen al sótano que alberga el Gran Centro del Complot, dirigido en comandita por Piglia y Renzi, la maqueta del colegio Juvenilia tuneada por Martín Kohan, el Archivo Total setentero de Martín Caparrós, todo ello coronado por la Cúpula del Pasado Circular de Alan Pauls. Pero antes, en el Gabinete de Rarezas, se encuentran, por ejemplo, las obras, por desdicha únicas en nuestro catálogo, de Rodrigo Fresán y César Aira, o la antología profética *Buenos Aires*, realizada en 1992, en la que aparecen textos de autores entonces aún ignorados por el lector español y ahora de tanto prestigio como Fogwill y los citados Pauls, Fresán y Aira, entre otros. O más lejos, escritores tan decididamente singulares como J. Rodolfo Wilcock, Edgardo Cozarinsky y José Bianco. Y aún más lejos los títulos del gran Copi, el argentino de París, con su “internacional desmadrada” tan presente en *Las viejas travestís*, *El baile de las locas* o las viñetas de *La mujer sentada*, todo ello traducido del francés.

En resumen, el catálogo de Anagrama como una ciudad bien conectada, con tráfico fluido, diversión garantizada, una pizca de liturgia solemne y su *wild side* al acecho.

Chile

Discurso de agradecimiento por la nominación de profesor honorífico de la UDP[*]

Aprecio mucho esta alta distinción que me ha otorgado el Consejo Directivo de la Universidad Diego Portales, que goza de tan merecido prestigio y que en su seno alberga amigos tan apreciados por mí como Cecilia García Huidobro, decana de la Facultad de Comunicación y Letras, que dirigió durante años *Revista de Libros*, uno de los mejores suplementos culturales en lengua española, si no el mejor. Agradezco sus exagerados comentarios, así como los del rector Carlos Peña y del editor chileno de mi librito *Para Roberto Bolaño*, Arturo Infante. Voy a contar brevemente varios recuerdos biográficos de mi relación con Chile, de forma muy poco académica; confío en que no me destituyan fulminantemente de este inesperado cargo de profesor honorario.

Mis primeras lecturas de escritores chilenos fueron las de Pablo Neruda. Recuerdo que sus libros, como los de tantos escritores prohibidos por la censura de Franco, empezando por García Lorca y Alberti, entraban clandestinamente en España y podían conseguirse en las reboticas de algunas librerías resistentes. Procedían de editoriales latinoamericanas, como Losada, Sudamericana o Emecé de Argentina, y también de una editorial chilena de nombre como eléctrico, Zigzag. Más adelante quedé deslumbrado con la lectura de *Poemas y antipoemas* de Nicanor Parra, que compré en Oxford y leí en edición bilingüe español-inglés.

En mis primeros años como editor, en 1972, publiqué un excelente libro de ensayos literarios de Ariel Dorfman, *Imaginación y violencia en América*. Poco antes habían aterrizado en Barcelona los Donoso, Pepe y Pilar, que se unieron a amigos como los García Márquez y los Vargas Llosa, también residentes en la ciudad, y que participaron activamente en su bulliciosa vida cultural y social. Donoso, tras su larga y ardua y victoriosa pelea con *El obscuro pájaro de la noche*, su gran novela, se relajó y escribió un delicioso

y muy útil librito, con información de primera mano, *Historia personal del boom*, que tuve la fortuna de publicar, también en 1972, y que presentamos con una gran fiesta en el Cinc d'Oros, una librería de referencia. Después acabamos la fiesta, ya de madrugada, en el célebre Bocaccio, con Pepe y Pilar levitando de satisfacción durante horas. Poco después se instalaron en Barcelona Jorge Edwards y Pilar Fernández de Castro. Recuerdo a Jorge muy activo, gran conversador con su característica ironía zumbona, *bon vivant* y siempre de buen humor, pese a que llegó un tanto magullado por las trifulcas que acompañaron la publicación de *Persona non grata*.

Como muchos de mi generación, en aquellos años ilusionados, antes de tantos desencantos, seguimos con emoción el triunfo electoral de Salvador Allende y con preocupación el acoso inducido que sufrió su gobierno hasta su trágico final. También en los años setenta edité varios textos de intelectuales de izquierda y buenos amigos, que estuvieron en Chile colaborando con el régimen allendista, como Armand Mattelart y André Gunder Frank. Asimismo publiqué *Chile bajo Pinochet*, un libro de testimonios recogidos clandestinamente por el periodista francés Claude Katz, que tuvo el honor de ser secuestrado en España en una curiosa peripecia: Pinochet tenía que acudir a Madrid para el funeral de Franco, por lo que aceleré la publicación del libro para que estuviera en las librerías durante su visita, un mínimo gesto simbólico de protesta. Y así como otros secuestros que padeció Anagrama duraron meses y algunas veces varios años, en este caso fue un secuestro *light*, lo levantaron en pocos días, en cuanto Pinochet regresó a Chile.

Mi primer viaje a Chile fue en 1974, en una escala entre Buenos Aires y Lima. Visité nuestra distribuidora, cuyo director, José María Rabello, un activo agitador cultural brasileño, había logrado escapar, aunque no los libros. Me dijeron que una parte importante había sido purificada por el fuego y también vi varias pilas de libros de Anagrama cuidadosamente precintadas. Visité otra distribuidora en activo que me habían sugerido, cuyos directivos me recordaron, en versión civil, la famosa foto de Pinochet sentado, rodeado de sus militares. Después aceleré mi viaje a Lima.

Ya no regresé hasta 1999, con Bolaño ya en nuestro catálogo. Visité con Lali nuestra distribuidora Fernández de Castro, que dirigía Pilar, por desdicha fallecida, y ella y Jorge Edwards se comportaron como espléndidos anfitriones, de más está decirlo; conocí a Jovana Skármeta, su jefa de prensa, a Pedro Lemebel y otros escritores, visité librerías, Cecilia González Huidobro nos organizó un desayuno con colaboradores amigos en *El*

Mercurio, Pilar y Jorge nos organizaron una cena en su casa con muchos escritores, etcétera. Volví en 2004 para participar en un homenaje a Roberto Bolaño que organizó la Feria del Libro. Entretanto hemos publicado dos libros de Lemebel, dos novelas de Alejandro Zambra y las memorias del juez Juan Guzmán.

Mi vinculación más fuerte con Chile pasa, lógicamente, por Roberto Bolaño, cuya reputación sigue creciendo y creciendo, hasta haberse convertido en una de las grandes figuras de la literatura internacional del último medio siglo. Para Anagrama, para mí, es un gran orgullo haber contribuido a impulsar su obra. Y resulta una gratificación adicional que precisamente la Universidad Diego Portales haya creado una Cátedra Roberto Bolaño que acaba de inaugurar otro gran escritor y amigo, Ricardo Piglia, por lo que me siento doblemente agradecido.

Roberto Bolaño, perro romántico, aullido global

Para Roberto Bolaño[]*

La muerte de Roberto Bolaño causó una extraordinaria conmoción en nuestro país, una explosión de pesar y de rabia con muy escasos precedentes. Muchos de los más destacados escritores y críticos lo valoraron como el mejor escritor latinoamericano de su generación. Tan sólo unas pocas semanas antes, en una reunión de escritores latinoamericanos en Sevilla, la generación más joven, la de Fresán, Volpi o Gamboa, lo elogió como su líder indiscutible, su faro, su tótem, en palabras de Rodrigo Fresán. Y no sólo en España, en toda América Latina, en especial en Chile y en México, se sucedieron cataratas de elogios y se expresó el dolor de la pérdida de un artista en su apogeo.

También tuvo gran repercusión su muerte en otros países europeos, donde la obra de Bolaño se estaba traduciendo de forma cada vez más acelerada. Cuando murió se habían firmado treinta y siete contratos en diez países, destacando Italia, Francia, Holanda y el Reino Unido. Su desaparición se lamentó incluso en varios periódicos de Estados Unidos, pese a que era un autor inédito en dicho país, aunque ahora, desde septiembre, ya no lo es. En la contraportada de la edición de *Nocturno de Chile* en New Directions, entre cinco citas de críticos y escritores brilla gloriosamente esta frase de Susan Sontag: “*Nocturno de Chile* es lo más auténtico y singular: una novela contemporánea destinada a tener un lugar permanente en la literatura mundial”. Y la propia Sontag, el 25 de octubre, en una rueda de prensa en Oviedo, con ocasión de recibir el Premio Príncipe de Asturias, arremetió contra los falsos escritores, los “escritores mercenarios”, y por el contrario alabó a su admirado Bolaño: “De lo que he leído en los últimos años, me gusta mucho Roberto Bolaño. Es una pena que haya muerto tan joven.

Escribió mucho y estaba empezando a ser traducido al inglés, pero le quedaba tanto por escribir...”

En Francia, donde se han publicado aceleradamente cinco de sus libros en los dos últimos años, Bolaño había sido adoptado como uno de los grandes. Así lo muestra, por usar sólo una cita, lo que escribió Fabrice Gabriel en *Les Inrockuptibles* con el título “Un hermano muerto”.

Largo tiempo hemos vivido sin saber que existía un chileno perfecto para nosotros: barroco pero breve, erudito sin ser pedante, trágicamente metafísico y auténticamente bromista, loco por la poesía pero dotado de una eficacia narrativa sin falla alguna... Una especie de fenómeno entre Woody Allen y Lautréamont, Tarantino y Borges [un autor que conseguía que] su lector se convirtiera en un frenético proselitista [y terminaba:] Bolaño no amaba el *pathos* superfluo ni los discursos grandilocuentes. El único homenaje será leerle de ahora en adelante y reírnos todavía con él.

Una síntesis excelente, pero convendría hacer una matización: no sólo los lectores franceses no sabían que existía, también lo desconocían muchos lectores en español. A pesar de su enorme prestigio, Bolaño seguía siendo un autor minoritario, con la excepción de *Los detectives salvajes*. Ahora, tras la explosión de su muerte, muchos lectores lo están descubriendo entusiasmados. Así como se habla del frecuente purgatorio de los escritores después de su muerte, en este caso apunta paradójicamente lo contrario.

“Los detectives salvajes”

Después de muchos años de consagración fanática a la escritura, Bolaño emerge a mediados de los noventa. En 1996 y 1997 publica tres libros consecutivos, tres revelaciones: *La literatura nazi en América*, *Estrella distante* y *Llamadas telefónicas*, que alertan a los críticos más sagaces, a los lectores más inquietos.

Pero la explosión incontenible ocurrió con *Los detectives salvajes*, publicado en noviembre de 1998, que en pocos meses ganó nuestro premio de novela y el Rómulo Gallegos y de inmediato la unanimidad de los mejores críticos, como Ignacio Echevarría o Masoliver Ródenas en España, Celina Manzoni en Argentina, Elvio Gandolfo en Uruguay, Christopher Domínguez Michael en México, o Rodrigo Pinto y Patricia Espinosa en Chile. Y también el instantáneo apoyo incondicional de escritores como Enrique Vila-Matas, Juan Villoro o, en Chile, Jorge Edwards, Jaime Collyer, Robert Brodsky.

La lista de elogios sería interminable y un *leitmotiv* sería que *Los*

detectives salvajes es la mejor novela mexicana desde *La región más transparente*, o la mejor novela sobre México desde *Bajo el volcán* (lo que recuerda un dictamen sobre *Lolita*: la Gran Novela Americana fue escrita por un ruso), pero alejándonos ya de México, territorio que le queda demasiado estrecho, otro *leitmotiv* sería que *Los detectives salvajes* es la nueva *Rayuela*, una novela que marcó a su generación con la misma fuerza con que la novela de Roberto marcó a la suya.

Citaré dos afirmaciones que me parecen especialmente afortunadas. Una de Elvio Gandolfo: “*Los detectives salvajes* se inscribía en un subgénero latinoamericano: la Gran Novela Despeinada iniciada en Argentina por *Adán Buenosayres* de Marechal y sobre todo *Rayuela* de Cortázar”. Y la otra de Ignacio Echevarría: “El tipo de novela que Borges hubiera aceptado escribir”.

Y recuerdo haber leído en algún sitio un comentario sobre la parte central de la novela que la equiparaba al río Mississippi de Huckleberry Finn, potente generador de historias.

Bolaño, poeta y perro romántico, rabioso y apaleado

Roberto Bolaño se consideró siempre un poeta. Sólo empezó a escribir narrativa a raíz del nacimiento de su hijo Lautaro, a quien idolatraba, hacia 1990. Pensó que, obviamente, sólo con la poesía no podía soñar con alimentar a su familia, y apenas con la prosa. Sus acrobacias de sobrevivencia en los primeros noventa, presentándose a toda suerte de premios municipales, “premios búfalo” imprescindibles para el escritor piel roja, son el tema de su cuento “Sensini” dedicado al escritor argentino Antonio Di Benedetto, exiliado en España, quien le enseñó las tretas de ese arte menor.

Conocía de Roberto los libros de poesía publicados en España —*Los perros románticos* (Lumen) y *Tres* (Acantilado)—, cuando Carolina me pasó, en julio pasado, tras la muerte de Roberto, un volumen muy significativo, editado en 1979 en México: *Muchachos desnudos bajo el arcoíris de fuego* (*11 jóvenes poetas latinoamericanos*), con una dedicatoria: “A las muchachas desnudas bajo el arcoíris de fuego”, y una advertencia preliminar: “Este libro debe leerse / de frente y de perfil / que los lectores parezcan platillos voladores”.

En dicha antología, a cargo de Roberto Bolaño, figuran tres infrarrealistas: el propio Bolaño y Mario Santiago —es decir, el Arturo

Belano y el Ulises Lima de *Los detectives salvajes*— y también Bruno Montané, el aún más joven poeta chileno —que aparece en la novela como Felipe Müller—. El origen de la palabra infrarrealista proviene, claro está, de Francia. Emmanuel Berl la atribuye al surrealista (sobrerrealista) Philippe Soupault: él y sus amigos “habían fundado un club de la desesperanza, una literatura de la desesperanza”. El infrarrealismo (o real visceralismo en la novela) fue un movimiento sin manifiesto, una especie de “Dadá a la mexicana” (en palabras de Bolaño), cuyos componentes irrumpían en los actos literarios boicoteándolos, incluso los del mismísimo Octavio Paz. En una conversación con Roberto, Carmen Boullosa le cuenta su pavor, antes de dar una lectura poética, de que aparecieran los temibles “infras”: “Eran el terror del mundo literario”, afirma Boullosa. Temibles pero desesperados, marginados.

En uno de los poemas, Bolaño escribe: “Los verdaderos poetas tiernísimos / metiéndose siempre en los cataclismos más atroces, / más maravillosos / sin importarles / quemar su inspiración / sino donándola / sino regalándola / como quien tira piedras y flores. / Oye, poeta, le dicen, / enchufa el amanecer”.

Y en otro poema: “Algo inevitable, / como enamorarse cien veces de la misma / muchacha”.

Y finalmente otro: “La certeza de una muerte esbelta y temprana”.

O sea, en esas estrofas, un concentrado, una píldora de la vida y muerte de Roberto Bolaño.

En la antología brilla el talento de Mario Santiago, quien, después de Bolaño, es el mejor poeta. Cabe subrayar un poema titulado “Consejos de un discípulo de Marx a un fanático de Heidegger”, un título que Bolaño parafraseará en su primera novela, escrita con Antonio G. Porta, *Consejos de un discípulo de Morrison a un fanático de Joyce*. En dicho poema, dedicado a “Roberto Bolaño y Kyra Galván, camaradas & poetas”, Mario Santiago escribe: “el Azar: ese otro antipoeta & vago insobornable” y también constata “unas ganas despeinadas de morder & ser mordido”.

En ambos poetas ya figura, pues, un homenaje al maestro Nicanor Parra y su vocación de perros románticos, a menudo perros rabiosos, y desde luego perros apaleados.

Bolaño imprecador

(bajo el signo de Rimbaud, Dadá, Debord)

Roberto Bolaño, como demuestra en sus libros, estaba empapado de literatura francesa. Así, en el relato “Fotos”, de *Putas asesinas*, su álgido Arturo Belano, perdido en África, piensa: “Para poetas, los franceses”. (Acotación obvia: *Arturo Belano, Arthur Rimbaud*.) Y si admira en Francia la cúspide de su literatura, la poesía, tampoco parece ignorar un género más lateral pero muy practicado en dicho país: el arte de la injuria.

(Como ejemplos eminentes del arte del insulto figuran desde Baudelaire y Alfred Jarry hasta Arthur Cravan y su revista *Maintenant*, y naturalmente los dadaístas, empezando por Tristan Tzara: “Maurice Barrès es el mayor cerdo que me he encontrado en mi carrera política; el mayor canalla que ha visto Europa desde Napoleón”. Y añade, sarcástico: “No tengo ninguna confianza en la justicia, incluso si Dadá dicta esa justicia. Convendrá conmigo, señor presidente, en que sólo somos una panda de cabrones y que por consiguiente las pequeñas diferencias, cabrones más grandes o cabrones más pequeños, no tienen ninguna importancia”. O, entre los surrealistas, la gélida pregunta de Louis Aragon: “¿Ya has abofeteado a un muerto?” Aunque quizá los más temibles polemistas estuvieron en la Internacional Situacionista, cuyo último número de su revista acababa con un demoledor cruce de cartas con Claude Gallimard, tan brutalmente insultado como su padre Gaston y su hijo Antoine. Ya antes la Internacional Letrista, en 1952, de la que salieron los situacionistas, ante la visita de Charles Chaplin a Francia en olor de multitudes, lo había saludado de la forma más descalificadora: “*Go home, Mr. Chaplin*, estafador de los sentimientos, chantajista del sufrimiento”. Y las colecciones de cartas de insultos más belicosas son los dos tomos de la *Correspondencia* de la editorial Champ Libre, tan fuertemente inspirada por Guy Debord. Éste, por cierto, en *Consideraciones sobre el asesinato de Gérard Lebovici*, escribió:

La carta de injurias es una suerte de género literario que ha ocupado un lugar en nuestro siglo y no sin razón. Creo que nadie puede dudar que yo mismo, a este respecto, he aprendido mucho de los surrealistas y, por encima de todo, de Arthur Cravan. La dificultad en la carta de injurias no puede ser estilística, la única cosa difícil es tener la seguridad de que uno está en su derecho en escribirlas respecto a ciertos corresponsales precisos. Nunca deben ser injustas.

Bolaño no escribió, creo, cartas de injurias —aunque su última conferencia, “Los mitos de Cthulhu”, es un panfleto brutal en el que Bolaño reivindicó la herencia de Nicanor Parra: “la idea del ataque gratuito y de joder la paciencia”—, sino que lanzó durísimos juicios lapidarios: pienso que, con razón o sin ella, nunca creyó ser injusto. Se atuvo, pues, a la ley acuñada

por Debord. Fin del *excursus*.)

Como es bien sabido, el Bolaño más polémico, el Bolaño lector más intransigente, operó en Chile, donde opinó con virulencia o desdén respecto a componentes de la nueva narrativa chilena de los noventa, a los que apodó los “donositos”, y también respecto a algunos de los autores chilenos más leídos.

Tomemos el significativo caso de Isabel Allende, indiscutible *bestseller* internacional, a quien Bolaño tildó de “escribidora”. Allende, en una entrevista en *El País* (3 de septiembre de 2003), contraatacó así: “No me dolió mayormente porque él hablaba mal de todo el mundo. Es una persona que nunca dijo nada bueno de nadie. El hecho de que esté muerto no lo hace a mi juicio mejor persona. Era un señor bien desagradable”. Es bien comprensible la irritación de Isabel Allende: llamar “escribidora” a una escritora es algo así como una enmienda a la totalidad. Pero Bolaño la ataca como escritora mientras que Allende ataca a la persona, faltando objetivamente a la verdad.

Bolaño, lector incansable,
severo y generoso

La afirmación de Isabel Allende nos invita a hacer una lista (a Bolaño, como a su admirado Péric, le encantaban las listas) de los autores de los que Bolaño dijo mucho de bueno. Así, Borges y Bioy y Bustos Domecq, Silvina Ocampo, Rodolfo Wilcock, Cortázar, Manuel Puig, Copi, Nicanor Parra, Enrique Lihn, Gonzalo Rojas, Jorge Edwards, a ratos José Donoso, Juan Rulfo, Sergio Pitol, Carlos Monsiváis, Juan Marsé, Álvaro Pombo, Ricardo Piglia. Nombres obvios, sí, pero que dibujan una cartografía precisa, de incluidos y excluidos: de una parte el fervor de la literatura; de otra, para decirlo con Martin Amis, la guerra contra el cliché.

Pero es probablemente más significativa su lectura apasionada y generosa de tantos autores de su generación y aun de escritores más jóvenes, aquellos que conforman lo que Bolaño llamaba la voluntad de ruptura en lengua española de la generación de los noventa. Veamos unos nombres: Fernando Vallejo; César Aira, Alan Pauls y Rodrigo Fresán; Rodrigo Rey Rosa; Juan Villoro, Daniel Sada, Carmen Boullosa y Jorge Volpi; Enrique Vila-Matas y Javier Marías; Pedro Lemebel y Robert Brodsky. El dibujo ya es bien nítido.

Ante esta lista de entusiasmos, de lectura sistemática de escritores jóvenes

(lo que no es precisamente muy usual por parte de tantos autores), una lista cuyos posibles aciertos decidirá la posteridad (pero que no parece desencaminada), las polémicas despertadas por las opiniones contundentes de Bolaño parecen, como él afirmó, “polémicas totalmente gratuitas, estornudos”.

También merece descartarse que tampoco escaparon a su crítica notorias vacas sagradas españolas, desde la parte central de *Los detectives salvajes*, de forma algo enmascarada pero evidente, siguiendo en varias entrevistas y acabando en “Los mitos de Cthulhu”, la conferencia que cierra su último libro. Unas andanadas que a Bolaño, que no tenía posiciones que escalar ni tenía que vengarse de nadie, en nada podían beneficiarle. Es obviamente mucho más peligroso despellejar en público que hacerlo en privado, un deporte que los escritores (y no escritores) practican (practicamos) con suma asiduidad.

Daba la impresión de que Bolaño escribía como Kafka dijo, creo, que debería hacerse: escribir como si se estuviera muerto. Y esto me recuerda la forma como Jacques Rigaut apostrofaba a sus amigos dadaístas menos radicales: “*Vous êtes tous des poètes et moi je suis du côté de la mort*”. Y a los muertos, si no otra cosa, la sinceridad se les supone.

Bolaño y su leyenda

Pero olvidemos ya los estornudos y sus miasmas y leamos o releamos a Roberto Bolaño. Un autor del que Vila-Matas dijo: “Con la muerte de Bolaño empieza una leyenda”. Una leyenda que sería plenamente merecida tan sólo con *Los detectives salvajes*, calificada por Masoliver Ródenas, perfilando el *leitmotiv*, como “una de las mejores novelas contemporáneas, escrita por un chileno que reside en Cataluña”. Un escritor chileno cuyo único pasaporte fue chileno, aunque Bolaño, siempre incómodo, siempre a contrapié, matizaba: “Muchas pueden ser las patrias pero uno solo el pasaporte, y este pasaporte, evidentemente, es la calidad de la escritura”.

Roberto Bolaño, un perro romántico, un perro rabioso, un perro apaleado, que nunca renunció a su “deseo de quemar el mundo”, y también “un príncipe dulcísimo”, según el epitafio de su querido Nicanor Parra, Roberto Bolaño, que escribió a modo de epitafio propio: “El mundo está vivo y nada vivo tiene remedio y ésa es nuestra suerte”. Una frase desesperada, lúcida y sarcástica, la marca de fábrica de un escritor chileno llamado a perdurar, un

orgullo de la literatura universal.

Entrevista sobre Bolaño en “Clarín” [†]

1. *En una entrevista el escritor chileno Carlos Franz relataba que, durante una charla de café, Bolaño se lamentaba de que la fama literaria le había llegado tardíamente. Franz sostenía que Bolaño estaba obsesionado con tener poder literario, ese poder que le otorga al escritor la posibilidad de delimitar un canon personal de adhesiones y repulsas con una elevada dosis de arbitrariedad. ¿En su trato personal con Bolaño sintió esa obsesión que describe Franz?*

Si lo tengo que deducir de mi trato personal con Bolaño, debía tratarse de una obsesión secreta. Quizá de una proyección de Carlos Franz. A Bolaño le gustaban los cánones (por definición arbitrarios, cosa que no se le escapaba), las listas a lo Péricles, pero como un juego. Un juego jugado razonablemente en serio, como debe ser.

2. *¿Qué proyectos narrativos tenía pensado encarar una vez que concluyera la escritura de 2666? ¿Puede situar en qué momento comenzó a escribir la que sería su última obra?*

Estaba absolutamente inmerso en la redacción de 2666. Iba escribiendo cuentos, conferencias, reseñas literarias. Excelentes, pero laterales al gran proyecto.

3. *¿Existió algún tipo de contacto personal entre Bolaño y Susan Sontag? En caso de una respuesta afirmativa, ¿tiene alguna anécdota que pueda compartir?*

Ninguno. Sólo la admiración de Susan Sontag al leer *Distant Star*, la traducción de *Estrella distante* que Harvill publicó en el Reino Unido. Escribió un *blurb* para la edición norteamericana de New Directions, lo recomendó como libro del año en el *Times Literary Supplement*, pero largamente al respecto en la Feria de Bogotá con Juan Villoro y Rodrigo Fresán, siguió comentando el tema conmigo en el *stand* de Anagrama en la

Feria de Fráncfort y luego en Oviedo, cuando le dieron el Premio Príncipe de Asturias.

4. *¿Qué lo impulsó a reunir los textos de homenaje y ponencias en Para Roberto Bolaño, y por qué decidió publicarlo cuando todavía no transcurrió demasiado tiempo desde la muerte del escritor chileno? ¿Su libro aspira a acelerar ese inevitable y merecido proceso que hará de Bolaño un escritor canónico del siglo XX?*

La intención era rendir un homenaje al escritor y al amigo. También proporcionar datos de primera mano, “de la boca del caballo”, como dicen los ingleses, acerca de su trayectoria editorial.

5. *¿Existen textos (cuentos, ensayos y poemas) que no hayan sido incluidos en El gaucho insufrible y que puedan componer una miscelánea a editar?*

Al parecer, existe buen número de poemas, algunos cuentos, fragmentos de novela y materiales dispersos. Según mis informaciones, se está trabajando en ello.

6. *Su relación con Bolaño se percibe como la antítesis del cliché de la relación editor-escritor, basada menos en el respeto mutuo que en una aversión correspondida. ¿Sobre qué pilares se fundaba su vínculo afectivo y profesional con Bolaño?*

En efecto, la palabra clave es cliché, un cliché apoyado desde luego por numerosos casos. Sin embargo, pese a todo, pueden existir relaciones placenteras y enriquecedoras entre autor y editor. Hay bibliografía.

7. *¿Qué cosas extraña de su amistad con Bolaño y cómo era su relación con la escritora Carmen Gaité, cuya muerte produjo en usted un impacto similar a la de Bolaño?*

Tanto con Bolaño como con Carmen Martín Gaité, escritores bien distintos, tuve una relación muy estrecha, de gran confianza y lealtad. Y en ambos casos, la exaltante gratificación mutua de ver cómo crecía su obra. Casi desde el inicio en el caso de Bolaño. Y una segunda vida, particularmente triunfal en el caso de Carmen Martín Gaité, una escritora un tanto oscurecida por sus formidables compañeros de generación (los Ferlosio, Aldecoa, Benet, Goytisolo, García Hortelano), pero que a partir de *Usos amorosos de la postguerra española* y sus cuatro novelas publicadas en Anagrama se convirtió en una autora no sólo apreciadísima sino también muy

leída.

8. *¿Discutieron alguna vez sobre la conveniencia de no editar algún material por no estar a la altura de los grandes textos que hicieron de Bolaño una aparición fulgurante en la narrativa contemporánea?*

Pienso que todos los textos que publiqué son muy válidos, cada uno en su *liga*. El único caso con el que tuve algunas dudas fue el rescate de *Monsieur Pain*, una novela primeriza: el desarrollo de la brillante idea inicial pienso que era mejorable. *Peccata minuta*.

9. *El hecho de que libros tan logrados como La literatura nazi en América y Estrella distante hayan tenido —hasta su publicación en Anagrama— un historial de rechazos y omisiones, ¿habla bien de su instinto de editor o pésimamente de los criterios de evaluación de muchos de sus colegas? ¿Cuáles son los parámetros que imperan actualmente entre los editores españoles?*

Todos cometemos errores, incluso los editores. Incluso en Anagrama (muy posiblemente): pero no en el caso de Bolaño. Los parámetros de los editores españoles, y por tanto los de Anagrama, los reflejan cumplidamente sus catálogos. A ellos hay que referirse.

10. *Después de años de falta de reconocimiento y estrechez económica, ¿cómo asimiló Bolaño el explosivo reconocimiento que supuso la obtención de los premios Herralde y Rómulo Gallegos con Los detectives salvajes?*

Le dio tranquilidad para escribir, pensando que la subsistencia de sus hijos podría estar asegurada y que podía emprender, con relativo sosiego, la redacción de 2666.

11. *Usted señala que Bolaño tenía la vocación de ejercer el arte de la injuria sin caer en la arbitrariedad (por ejemplo, sus justificados comentarios sobre Isabel Allende, Pérez Reverte, Skármeta, etc.). ¿Bolaño tomaba ese espacio de debate y crítica como un divertimento y una ocasión de enardecer a biempensantes y falsarios, o para él se trataba exclusivamente de una tarea pedagógica que libraba con la seriedad de quien pone en juego su ética como hombre e intelectual?*

Imagino que las dos cosas: “Instruir deleitando”, como dice el refrán. Y deleitándose. Y fustigando.

12. *¿Podían disentir en torno a los valores literarios de escritores que gustaran a uno y no al otro? ¿Alguna vez impugnó la calidad de alguno de los autores que usted ha publicado?*

Las discusiones eran muy menores. Pienso que en algunos casos poco frecuentes (y que no voy a nombrar pero quizá no sea difícil localizarlos) sus simpatías podrían obstaculizar el espíritu crítico. Pero en el corpus central el acuerdo era básico. Como es notorio, ya que así lo escribió, admiraba a muchos autores publicados por Anagrama: Pombo, Pitol, Vila-Matas, Marías, Pauls, Piglia, Rodolfo Wilcock y muchísimos más. Quería ingresar en un club con esta plantilla de jugadores. Y como también es notorio, era un lector voraz, exigente y generoso.

13. *En su opinión como lector hedonista antes que como editor, ¿cuál es el principal mérito de la obra de Bolaño y qué le ha aportado a la literatura en lengua castellana como para que algunos de sus libros sean considerados revolucionarios?*

Lo dejo en manos de los expertos, críticos y estudiosos. Para no pocos de ellos, para encontrar un parangón a la obra de Bolaño habría que retroceder a algunos títulos de las décadas de los sesenta y setenta, la época más gloriosa del *boom*.

14. *En varios textos Bolaño presenta una visión nada complaciente sobre la sociedad chilena. Tras su último viaje a Chile (que si no recuerdo mal es relatado en uno de los artículos de Entre paréntesis), ¿qué sensación tenía sobre su país y sobre la recepción de su obra entre los intelectuales chilenos?*

Seguía siendo poco complaciente. Su obra fue recibida por los autores de su generación, ya instalados (por lo menos en Chile), con el, diríamos, lógico recelo o rechazo o al menos con cautela y desde luego sorpresa. Su estatura literaria fue percibida de inmediato por Jorge Edwards, por ejemplo, un escritor más *senior*. Y Bolaño estaba muy satisfecho por los entusiastas lectores de las generaciones más jóvenes y el apoyo de jóvenes críticos como Patricia Espinosa o Alejandro Zambra.

Adiós a Bolaño[‡]

Sabíamos que Roberto no era un *malade imaginaire*, sino todo lo contrario, un artista seriamente enfermo. Pero después de tantos años nos había (casi) contagiado de aquella actitud respecto a su salud: altiva, testaruda, desafiante, estoica, kamikaze, avestruz (hipótesis no excluyentes, sino acaso insuficientes). La resistencia pasiva pero obstinada ante la necesidad de ponerse en lista de espera para el ineludible trasplante. Una decisión aplazada, quizá una coartada, por la determinación de acabar la gran novela en la que llevaba años trabajando.

Durante este último semestre de su vida, aparecen indicios que permiten imaginar, retrospectivamente, algo así como una despedida implícita (o acaso como una suerte de amuleto para conjurar una despedida forzosa).

Por ejemplo, Roberto, que tantos plantones había dado a sus editores europeos, este año visitó Londres, invitado por su editor Christopher MacLehose, que había publicado *Nocturno de Chile*. También París y Turín, viajes en los que Lali y yo coincidimos con él, invitado por Christian Bourgois y por Elvira y Antonio Sellerio. E incluso, hace unas pocas semanas, asistió a un encuentro de escritores latinoamericanos en Sevilla, en el que fue consagrado como el mejor y más influyente novelista de su generación, por total unanimidad.

Más indicios. El lunes 30 de junio por la tarde vino a Anagrama, a efectuar una de sus prolongadas visitas. Conversó con Teresa e Izaskun, las responsables de edición y producción, y también con Lali, quien se ocupa de sus derechos extranjeros, la carrera de traducciones de sus obras es imparable. Había llegado incluso a Estados Unidos, donde la prestigiosa editorial New Directions publicará este año *Nocturno de Chile*, arropado por una cita elogiosísima de Susan Sontag, quien proclamaba en todas sus cenas de Nueva York que Roberto era un escritor extraordinario que ningún lector digno de tal nombre debería perderse, un *must*.

Luego, Roberto entró en mi despacho, con manuscrito inesperado en ristre, un libro de cuentos, espléndido, *El gaucho insufrible*, para que se editara en otoño, siguiendo su fetichismo de publicar un libro al año (por lo menos) en Anagrama, un ritual que se había ido cumpliendo desde *Estrella distante*, en 1996. Penúltimos indicios posibles: mucho más que en sus libros anteriores, en los cuentos figuraban numerosas dedicatorias.

Empezamos una de aquellas conversaciones fluviales, tan características de Roberto. Hicimos el consabido repaso del estado de la cuestión de la literatura latinoamericana y también española. Como es sabido, Bolaño era un lector insaciable, con criterios muy estrictos: grandes entusiasmos y también un profundo desdén por aquellos escritores que banalizaban o prostituían la literatura y a los que propinaba sarcasmos demoledores.

Y finalmente habló largo rato de *2666*, su gran novela, que había ido creciendo, no de forma incontrolada pero sí con un tonelaje alarmante, de cada vez más difícil manejo editorial. Primero se había tratado de un libro de más de mil páginas, y seguía creciendo. Luego decidió partirlo en dos volúmenes muy extensos. Y ese día me comunicó la decisión final: sería ahora una pentalogía, cinco novelas que podían leerse de forma independiente. Las cuatro primeras estaban ya absolutamente terminadas, la quinta en fase de redacción. Su gran temor a dejar su obra inconclusa quedaba pues, en gran parte, conjurada. Ya había demostrado cumplidamente en *Los detectives salvajes* que era un maestro del más refinado ensamblaje.

Al día siguiente ingresó en el Hospital del Valle de Hebrón.

¿Cómo definir a Roberto Bolaño? Una empresa condenada al fracaso, claro está; como máximo hay que proceder por aproximaciones. Por ejemplo, su radicalidad estética, ética y política, tan insobornables, diría, como inevitables, desde aquel joven adolescente en México, con gestos dadaístas, bajo el signo de Rimbaud, un desesperado escribiendo para desesperados, pese a las advertencias del pragmático sentido común. Él y sus amigos, los jóvenes poetas, artistas de la provocación y del insulto y también “pobres niños abandonados, porque ésta era la situación: nadie los quería”, dice en *Amuleto* Auxilio Lacouture, “la madre de la poesía mexicana”.

Y que ya en España, desde 1977, según nos cuenta en el prólogo de *Monsieur Pain*, malvive gracias a los certámenes de provincias. Pese a haber logrado después premios importantes, “ninguno ha sido sin embargo tan importante como estos premios desperdigados por la geografía de España, premios búfalo que un piel roja tenía que salir a cazar pues en ello le iba la vida”.

Y la literatura siempre por encima de todas las cosas, un explorador audaz, un buceador a pulmón libre, un trapealista sin red. En su cuento “El retorno”, de *Putas asesinas*, el narrador buscaba en las noches de París “aquello que no encontraba en mi trabajo ni en lo que la gente llama vida

interior: el calor de una cierta desmesura”. En el caso de Bolaño, por el contrario, el trabajo de la escritura y el buscar en la vida interior eran el carburante de la desmesura necesaria.

Y también, bajo el caparazón de hombre duro (pero no había que rascar mucho) una persona tierna, cálida y muy generosa y tan elegante, un dandy enmascarado, afirmaciones que si Roberto estuviera vivo no me atrevería a hacer, me parecería indecoroso, como quebrantar un pacto implícito. Su muerte, con la de Carmiña Martín Gaité, han sido el mayor dolor de toda mi vida de editor.

Ahora, Ulises Lima (es decir, su gran amigo Mario Santiago, poeta destruido) y Arturo Belano (nuestro querido Roberto Bolaño), los detectives salvajes, ya se han enfrentado a su última pesquisa, *the big sleep*.

Adiós, pues, a Roberto, con todos sus amigos y todos los que le querían, que son muchísimos, con el corazón en un puño. Pero sus libros nos acompañarán y permanecerán: el triunfo, pues, de la literatura a la que tan intrépidamente consagró su vida.

Pedro Lemebel, Yegua del Apocalipsis[*]

Cuando Roberto Bolaño regresó de su primer viaje a Chile, después de tantos años de exilio, al final del relato de sus peripecias le pregunté por escritores chilenos. Sin vacilar, dijo: “Pedro Lemebel, y te he traído tres libros suyos”. Y me pasó sus tres libros de crónicas, deslumbrantes. Lemebel: un autor marginal, y para mí, claro está, desconocido, “maricón y pobre son mis dos títulos nobiliarios”, dice en una entrevista, y en otra agrega “indio y malvestido”. Pensé que el libro que podría “viajar” mejor fuera de Chile, que podría entenderse mejor, era *Loco afán*, sus “crónicas de sidario”. Le sugerí cambiar tres textos, quizá demasiado locales, que substituyó por otros cuatro, y firmamos un contrato.

Al leer sus crónicas, provocativas y relampagueantes, pensé en dos autores que admiro mucho. Uno es el gran escritor mexicano Carlos Monsiváis, cuyas aceradas y vívidas crónicas constituyen un retablo insustituible de la vida cultural y política de las últimas décadas en México; Monsiváis como un posible Tom Wolfe de izquierdas, o quizá un cruce de Tom Wolfe y Manolo Vázquez Montalbán, unido a un arsenal propio de las más variadas erudiciones: *Mr. Memory*, lo apodó su amigo Sergio Pitol. El otro es el argentino Copi, el desmelenado Copi, mi querido Copi, con su humor acidísimo y negrísimo, con títulos tan inequívocos como *El baile de las locas* o *Las viejas travestís*.

Y en el coctel se podrían añadir unas gotas (o muchas) de Almodóvar, del primer y más desmadrado Almodóvar. Una (relativa) coincidencia adicional: mientras Almodóvar cantaba (o lo que fuera) con Fabio McNamara, Pedro Lemebel formó con Francisco Casas el dúo Yeguas del Apocalipsis, con agresivas *performances*: “Bofetazos visuales” (Elizabeth Neira), “Arremetían propinando coces. Pusieron un poco de risa negra dentro de años sombríos” (Enrique Lafourcade).

En agosto de 1999, en viaje por el Cono Sur, Lali y yo pasamos cuatro días en Santiago y nos citamos, lógicamente, con Pedro Lemebel. Éste llegó a nuestro hotel acompañado por la memorable jefa de prensa Jovana Skármeta.

Lemebel apareció con un maquillaje discreto, y un tanto envarado, un tanto tenso. Pero empezamos a tomar *whisky sours* en el bar y se rompió el hielo muy pronto. Luego Jovana se marchó a sus quehaceres (o sus diversiones) y nos quedamos los tres a cenar en el hotel. Parecía muy divertido ante el revuelo armado en la prensa chilena por haber sido precisamente él, Pedro Lemebel, *beat* y *offbeat*, golpeado y excéntrico, un paria extramuros del *establishment*, el nuevo escritor fichado por Anagrama después de Roberto Bolaño, que aunque muy diferente era otro *outsider*.

Cuando le mencioné a Monsiváis, comentó que lo admiraba muchísimo como el gran precursor de la “crónica urbana”, su género favorito (Lemebel no se siente aún muy cómodo con la ficción, aunque estaba empezando una novela). También habló de las actuaciones de las Yeguas del Apocalipsis, que no le granjearon precisamente muchas simpatías en el gremio de las letras, de su odio por el pinochetismo, tan incrustado aún, y no sólo entre los militares.

Las Yeguas del Apocalipsis, Francisco Casas y Pedro Lemebel, fueron un detonador en la escena chilena en pleno paisaje pinochetista: corrosivas, rebeldes, indómitas, “una propuesta de desacato”, paseando a caballo desnudos por las calles santiagueñas, irrumpiendo con plumas de vedette en un congreso del partido comunista, incursiones agresivas, travesti-dadaístas. “Porque las Yeguas no fueron sólo Francisco Casas y Pedro Lemebel, sino un imaginario. La gente creía que éramos miles. Decían: vienen las Yeguas del Apocalipsis; a esconderse”, dice Lemebel. Y añade: “Éramos cronistas visuales. La letra ya había pasado por el cuerpo”. Luego la “bienvenida democracia” desactivó a las Yeguas. Ahora Lemebel tiene un programa de media hora en Radio Tierra, significativamente una radio de mujeres, donde narra sus crónicas que luego recicla en letras impresas: sus crónicas de afiladísimo “escritor cuchillo”, como se le ha llamado, pero que a la vez inventa una prosa que baila y brinca, descarada, al son de las maracas mariquitas.

En la Feria de Guadalajara, noviembre de 1999, coincidí un día con Lemebel; me enteré por la prensa local y le dejé un mensaje en el *stand* chileno, pero no nos vimos. Le habían invitado a ultimísima hora, porque habían fallado escritores de mayor relumbrón, entre ellos su amigo Bolaño, víctima éste de paranoia doble; se sentía muy poco dispuesto a formar parte

de la delegación oficial chilena y muy aprensivo respecto al regreso a México por primera vez en muchos años.

Me enviaron después los recortes de prensa, encabezados por unas declaraciones de Lemebel: “*Sobra un pasaje*, me dijo mi editora... Los pobres no tenemos ni derecho al orgullo, es por eso que estoy acá [...] Aquí parecemos todos hermanos y es mentira porque en Chile nos odiamos todos”. Y leyó su *Manifiesto. Hablo por mi diferencia*, que concluyó con la frase: “Tengo cicatrices de risa en la espalda”.

Y el casi incógnito Lemebel se convirtió, inesperadamente, en la “estrella, sin duda, de la Feria, un autor inimitable, lleno de fuerza, sensibilidad e inteligencia” (René Naranjo, *Las últimas noticias*); “el escritor más ovacionado” (José Miguel Izquierdo, *El Mercurio*); “para muchos Lemebel es el escritor actual más importante de Chile” (Carolina Ferreira, *Semanal*).

Por su parte, Enrique Lafourcade le dedicaba un largo artículo, encabezado así: *Escándalos en Guadalajara. La Embajada del Mal Gusto*: “¡Había llegado el nuevo Genet, del sur! ¡El Henry Miller, el Ginsberg mezclado con el Bukowski!”, exclamaba Lafourcade, “el campeón mundial de todas las transgresiones. Sorpresa en la enorme delegación de intelectuales derridistas, kristevianos o lacanosos que deliraban por descodificar”. Por cierto que a este artículo, malicioso y zumbón, con mucha retranca, contestó Lemebel con una columna asesina, “Las envidias de Don Lafurchute”, dedicado a quien “fue el payaso literatoso de la dictadura” y ahora “no puede dormir pensando cómo un marica, y proleta todavía, se da el lujo de ponerle el tacoalto encima de su cursi y patuleca literatura”...

Resultado: a pesar de “venir de la basura”, como él dice, de su “escritura mixturada y bastarda”, las crónicas de Lemebel se han publicado en la prestigiosa revista *Grand Street*, su obra es estudiada en Puerto Rico o Nueva York, le han dado una beca Guggenheim para recopilar historias de la homosexualidad en Chile...

Y también ahora aparecerá en España *Loco afán*, que por azares editoriales coincide, bajo el sello de Anagrama, con *Aires de familia* de Carlos Monsiváis, y también (forzando ahí un tanto el azar) con las reediciones de dos novelas de Copi, *El baile de las locas* y *La Internacional Argentina*. Monsiváis, Copi, Lemebel: una trinidad bien poco santa.

*Perú, Colombia, Ecuador, Venezuela y
Cuba*

Apuntes viajeros[*]

En dos ocasiones, en 1974 y 1980, realicé uno de esos viajes por Sudamérica que, como bien saben muchos de mis colegas, parecían interminables aunque duraran un mes. En 1974, el punto de partida fue Buenos Aires, un gran descubrimiento, donde pasé una semana; luego estancias breves en Montevideo, Santiago, Lima, Quito, Bogotá, Medellín, Caracas y San Juan de Puerto Rico. En 1980, estuve unos pocos y desagradables días en Buenos Aires, en plena dictadura militar; luego en Montevideo, ensimismada y entristecida, como después de un brutal accidente, con algo más de pasión en un partido de la liga de futbol al que me llevaron los distribuidores, pero omití Santiago, en la misma situación política, y en cambio visité Brasil, unos días en la Bienal de São Paulo y luego una semana de casi vacaciones en Río de Janeiro, antes de ir a Lima y empezar de nuevo el periplo continente arriba.

En ambos viajes me precedía, por pocos días, Magín Tusquets, que entre otras obligaciones y devociones editoriales se ocupaba de las exportaciones de Lumen, de su hija Esther, y también de Tusquets Editores, de su hijo Óscar y de Beatriz de Moura, hasta que entró en la sociedad y se hizo cargo de la dirección empresarial Antonio López Lamadrid, a mediados de los setenta. El veterano Magín, que realizó no pocos de esos fatigosos viajes, me recomendaba los hoteles en que se alojaba (ningún lujo, por supuesto) y, cuando yo llegaba, me encontraba con un sobre en la recepción, una variante de Pulgarcito, con sus notas sobre la situación. Con frecuencia teníamos los mismos clientes, en algunos casos herencia de los distribuidores que había escogido Fernando Tola, en su etapa en Barral Editores dedicada a la prospección latinoamericana, para los editores que formábamos Distribuciones de Enlace.

Durante años, la distribución fue muy irregular, en algunos países con efímeros distribuidores en exclusiva, en otros a través de varias librerías.

Como factores poco alentadores se añadían los periódicos derrumbes de las monedas, la censura de las dictaduras militares del Cono Sur (que afectaba a buen número de nuestras publicaciones de los años setenta) y desde luego, pese al voluntarismo, la escasa fuerza y capacidad de presión de Anagrama en la primera década de los setenta.

Así empezó mi descubrimiento tropicado de Sudamérica (más al norte, en México, mis viajes, más frecuentes, eran de otro orden): estancias de pocos días en países y climas muy diversos, promoción de la editorial y a la vez intentos de cobro de la deuda. En muchos casos, se daba por descontado que el pago se realizaba cuando se presentaba el editor o un representante suyo, a menos que la librería no hubiera desaparecido. Había rituales inamovibles, como por ejemplo en el caso de Ven Lee, importante distribuidora venezolana. Visita a Flaquer, el dueño, el primer día de estancia en Caracas: anécdotas de viaje, información sobre las novedades de la editorial, sosegado recordatorio de la deuda. Segunda cita y pago de la misma el último día, casi a pie de avión. Y durante las visitas, Flaquer, en su despacho, escuchando al visitante sin separar la vista del televisor que controlaba el movimiento de la distribuidora.

Un descubrimiento tropicado, sí, pero también apasionante, encuentros con colegas, escritores, periodistas, con cumbias y salsas nocturnas, y también con exiliados españoles, resignados y entristecidos y más a menudo apasionados o exasperados. También con excelentes libreros vocacionales como, por ejemplo, Betancourt, durante décadas al frente de la librería Suma en Caracas, lugar de encuentro de escritores, y siempre con el novelista Adriano González León en ella o tomando tragos en algún lugar próximo.

Luego los viajes fueron mucho menos incómodos, más civilizados. Los viajes a México eran a menudo monográficos, o en ocasiones punto de partida para breves estancias en Puerto Rico, Caracas o Bogotá, o bien en los viajes a Buenos Aires hacía escapadas breves a Montevideo o algo más largas a Santiago. Y también resultaban cada vez más gratificantes, con la editorial bien presente en las librerías, en especial en México y Argentina, y con mayor número de amigos y autores. Cuando termino este párrafo tengo ganas de ponerme de nuevo en marcha.

En el apartado sobre las experiencias colombianas y en otros pasajes de este libro, como el texto “El editor independiente ante los escritores y el mercado en América Latina”, también se alude al arduo proceso de la implantación de

editoriales independientes en América Latina. Un proceso que merecería un título inviable y como austrohúngaro: algo así como “Algunas consideraciones y conjeturas sobre diversos comportamientos editoriales en el cambiante paisaje de ese equívoco concepto empaquetado con el nombre de América Latina”.

A título de ejemplo me centraré en el grupo de editoriales independientes que decidimos fundar un proyecto, Distribuciones de Enlace, además de una colección de bolsillo. Las editoriales eran Barral, Edicions 62, Lumen, Tusquets, Laia, Fontanella, Anagrama, todas barcelonesas, y Cuadernos para el Diálogo, de Madrid.

Con nuestro entusiasmo, voluntarismo y, en general, escasa experiencia, nos propusimos también iniciar operaciones conjuntas en América Latina. El impulsor de las cuatro opciones escogidas fue, como queda dicho, Fernando Tola (cuya historia completa tiene más recámara, pero vamos a dejarlo), acompañado en ocasiones por el entusiasta Rafael Soriano, director de Distribuciones de Enlace durante los cuatro o cinco primeros años. Desdichadamente, las cuatro distribuidoras, dos de ellas creadas a propósito (Enlace Mexicana, luego llamada Premiá, y Barral Editores Peruana) y dos ya existentes (Corregidor en Argentina y otra, en Colombia, cuyo nombre no recuerdo, así como tampoco el de ninguno de los damnificados de aquella época en ese país), resultaron un fracaso y las fuimos abandonando paulatinamente.

Sin embargo, todo ello permitió a Anagrama tener cierta presencia en América Latina, presencia casi desde el inicio mismo de la editorial. Nada que ver con los frecuentes “días de vino y rosas” de encuentros y descubrimientos literarios, sino un camino arduo, más bien pedregoso, de “picar piedra”, año tras año, con no pocos contratiempos, y escasos recursos económicos, como bien saben los colegas de la época con los que compartimos peripecias, así como otras editoriales, también con denodada vocación latinoamericana, que aparecieron años más tarde, como por ejemplo Pre-Textos, Lengua de Trapo o Páginas de Espuma.

Por fortuna, podemos vivir profesionalmente para contarlo y, después de los difícilísimos años setenta y los bastante más benignos ochenta, la distribución de Anagrama se ha consolidado de forma muy satisfactoria en los años noventa y en la primera década del siglo XXI, logrando una presencia importante en librerías, y hemos empezado a editar de forma sistemática, sobre todo en los dos países con mercado más importante,

México y Argentina, lo que nos ha permitido incorporar a autores importantes o valiosas promesas. En resumen, un *happy end*, tras no pocos episodios de *suspense*.

Perú

Peruano es uno de mis mejores y más antiguos amigos latinoamericanos: Alfredo Bryce Echenique. Lo conocí a través de un amigo común poco previsible: el antropólogo catalán Josep R. Llobera, que dirigía en Anagrama una espléndida Biblioteca de antropología y se ocupaba en los Cuadernos Anagrama de la serie de antropología y sociología. Bryce y Llobera se conocieron en Alemania, en un Goethe Institut, intentando (quizá inútilmente, como yo en Heidelberg) aprender alemán, pero ahora, en 1970, Alfredo estaba en Barcelona corrigiendo y rematando su espléndida primera novela, *Un mundo para Julius*. Nos citamos en la terraza del Pub Tuset, lugar de encuentro habitual de la llamada *gauche divine*, antes de “subir” a Bocaccio para rematar la noche. Ahí asistí, por primera vez, a una *performance* estelar de Bryce: durante horas, sin prisas ni pausas, estuvo pormenorizando hilarantes historias familiares, de familia de alto copete. Desde el primer momento conectamos y nos hemos visto en innumerables ocasiones, y siempre, salvo algunas temporadas en el dique seco más bien monosilábicas, su conversación (a menudo con tendencia al monólogo) es un festín para sus amigos.

Un mundo para Julius la publicó su admirado Carlos Barral, inaugurando, tras la ruptura con Seix Barral, su nueva editorial Barral Editores, que tuvo una trayectoria por desdicha bastante breve. Un caso muy singular y también triste de, digamos, despilfarro de aquel “capital simbólico” que Carlos había adquirido con todo merecimiento en la etapa gloriosa e inolvidable al frente de la Seix Barral de finales de los cincuenta y, en especial, la década de los sesenta.

La novela de Bryce Echenique, una ópera prima de difícil parangón en la literatura latinoamericana, tuvo una acogida espléndida, y después de los grandes nombres del *boom* él emergía como una suerte de hermano más joven, para nada intimidado por sus mayores, y aportando un inconfundible

sentido del humor, una personalísima “musiquita Bryce”, su marca de fábrica.

Empecé publicándole textos de no ficción: así, *A vuelo de buen cubero* (1977), espléndida muestra de Nuevo Periodismo a la salsa Bryce, que salió en la misma colección, Contraseñas, donde aparecían Tom Wolfe, Hunter S. Thompson y demás ases del New Journalism, y que se reeditó muy ampliado, en 1988, con el título *Crónicas personales*. Más tarde, en 1993, el primer volumen de sus *Antimemorias*, titulado *Permiso para vivir*, que tuvo una gran acogida. Pero no fue hasta 1995, mucho después del cierre de Barral Editores y su paso por otras editoriales, cuando empecé a publicar su obra novelística. Comencé por la inédita *No me esperen en abril* y a continuación recuperé *Un mundo para Julius*, *La vida exagerada de Martín Romaña* y *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz*: en resumen, mis cuatro novelas favoritas de Bryce, que lo acreditan como uno de los grandes escritores latinoamericanos de nuestro tiempo. Siguiéron en un par de años otra novela inédita, *Reo de nocturnidad*, que obtuvo en España el Premio de la Crítica, y tres recuperaciones más, *Tantas veces Pedro*, *La última mudanza de Felipe Carrillo* y *Dos señoras conversan*, con lo que toda la obra novelística de Bryce Echenique quedó reunida en nuestro catálogo.

Alfredo, a quien veíamos con frecuencia en Barcelona o en Madrid, ciudades en las que residió largos años, o en París o en México, decidió regresar a Perú, publicó dos libros en Alfaguara y ganó el Premio Planeta. Y, para terminar el recuento, su segundo tomo de *Antimemorias*, titulado *Permiso para sentir*, salió en Anagrama, y su próximo libro de cuentos, *La esposa del rey de las curvas*, lo publicaremos en septiembre de 2009. Cada año regresa a Barcelona desde Lima y nos vemos, a menudo con su actual pareja Anita, que enamora a todos los amigos de Alfredo, incluidos Lali y yo.

Pero no he coincidido con Alfredo, siempre viajando, en ninguna de mis tres estancias en Lima. La última fue en julio de 2006, cuando fui invitado por la Feria del Libro. Allí tuvo lugar la presentación de mi librito *Para Roberto Bolaño*, que en Perú había publicado Estruendomudo, la editorial más junior que he conocido. La dirigía Álvaro Lasso, que tenía veintitrés años, con su novia de dieciocho para la prensa y con otro colaborador de veintidós. Las magras finanzas dependían en parte de la abuela de Álvaro, quien estuvo en la presentación y se sentía muy orgullosa, y con razón, de su talentoso nieto. Éste conocía a todo el mundo, visitamos las librerías de Lima, donde era acogido como de la familia, y me organizó no sé cuántas

entrevistas.

Una de ellas fue para el programa literario televisivo de Iván Thays, a quien había conocido poco antes en Madrid (la Casa de América organizó un encuentro entre escritores peruanos que degeneró en una sonora trifulca entre *criollos* y *andinos*). De Iván había leído una novela muy interesante, *La disciplina de la vanidad*, por lo que me alegró mucho cuando se presentó a nuestro premio de novela, en el que quedó finalista, en 2008, con *Un lugar llamado Oreja de Perro*, que fue muy bien considerado por el jurado pero tuvo que competir con un autor tan extraordinario y consagrado (aunque quizá aún algo secreto) como el mexicano Daniel Sada. Pienso que ser finalista tras un escritor con la trayectoria y el peso específico literario que tiene Sada no es ningún desdoro. Y, desde luego, desde hace años soy un adicto al *blog* Moleskine Literario, de Thays, que proporciona una incansable y nutritiva información, en especial sobre la escena latinoamericana y la española.

Por cierto, en su *blog*, Iván Thays, entre muchas otras noticias, da cuenta de las reseñas, en general favorables, de su novela. Pero “un viejo lector del Moleskine” se irrita ante lo que considera “el autobombo a la orden del día”. Y me gusta la respuesta de Thays (naturalmente también en el *blog*), que empieza así, sin remilgos:

Yo le respondo con absoluta honestidad y sin falta de modestia: lo que ocurre es que mi *blog* es tan exitoso y leído, que mucha gente se confunde y piensa que es la sección cultural de un diario o una página informativa de internet pegada a una agencia de noticias. Pero no es así: éste es mi *blog* personal y así como coloco las noticias que me interesan, también hablo de mis depresiones, de mis amistades, de mi hijo, de mis amores reales y platónicos, de mis viajes y por supuesto de las cosas que salen sobre mi novela. Es natural y no le veo nada de malo, sobre todo porque este *blog* lo administro yo, se me ocurrió a mí y ni siquiera tengo *adsense*, así que es absolutamente *Ad Honorem*.

Otro día, Iván alude con humor a “un comentario anónimo del *blog* Puente Aéreo” que “subraya con precisión enciclopédica” que Iván Thays, en tanto que finalista del premio, es “el primero de los perdedores”...

Aunque tampoco coincidimos con Alfredo en este viaje, Lali y yo sí cumplimos con el ritual de tomar el aperitivo en el Country Club, tantas veces descrito por nuestro amigo, personalmente y por escrito. Y sus grandes amigachos, Alonso Cueto y Fernando Ampuero, con sus parejas, y también con Anita, nos llevaron a almorzar a La Rosa Náutica, otro recomendable rito limeño. Brindamos por los presentes y por Alfredo con excelentes y cargados *piscosours* como aperitivo: como comentó alguien en la comida, uno es

insuficiente y dos son excesivos.

En 2005 había publicado dos excelentes novelas de Alonso Cueto, primero *Grandes miradas* y luego *La hora azul* (la crítica ha subrayado la importancia del pasado político reciente —Fujimori, Montesinos, Sendero Luminoso— tanto en las novelas de Cueto como en la de Thays), que ganó nuestro premio de novela y tuvo una excelente acogida no sólo española y latinoamericana, sino también en sus traducciones. Con Alonso, un ejemplo de cordialidad sosegada, seguimos teniendo una estupenda relación, aunque editorialmente haya tomado otros rumbos, y nos mantenemos en contacto por e-mail: temas literarios variados y avatares futbolísticos.

Y antes no hay que olvidar a Jaime Bayly, todo un caso. Dirigía y presentaba un famoso y muy polémico programa de entrevistas televisivas, en Lima y luego en Miami. También escritor, después de sus tres primeras novelas en Seix Barral, acogidas con interés cada vez menor, su agente nos propuso *La noche es virgen*, que ganó nuestro premio de novela y me pareció un excelente retrato de la noche canalla de Lima. Al jurado también le gustó mucho, e incluso al exigente Roberto Bolaño, que la elogió en una de sus columnas. Leí con placer su siguiente novela, *Yo amo a mi mami*, que seguramente merecería una calificación más alta si no se hubiera escrito ya *Un mundo para Julius*, de la que era algo así como una versión años noventa, con cocaína en lugar de alcohol y bastante menos empaque. Los dos libros posteriores de Bayly que publicamos siguieron la ruta de interés decreciente que había padecido en Seix Barral.

En cualquier caso, Jaime Bayly podía ser (una vez resueltos los complicados procesos de ajuste de fechas de sus invitaciones a Barcelona y sus necesidades logísticas, el hotel con gimnasio, etc.) una persona encantadora, con un juguetón o pérfido sentido del humor. Tuvimos durante unos años una divertida correspondencia, así la recuerdo, con chismes, indiscreciones y también, claro está, muchísimo fútbol.

Y, yendo más atrás, publicamos a la escritora peruana Teresa Ruiz Rosas, que fue finalista del premio, en 1994, con su novela *El copista*. Teresa vive en Alemania desde hace años y la vemos con frecuencia, con su inconfundible aspecto, *plus Peruvien que nature*, en la Feria de Fráncfort, y conserva su amistad, de los tiempos en que residió en Barcelona, con Cristina Fernández Cubas, Enrique Vila-Matas y Paula de Parma. También fue finalista de nuestro premio, en 1985, con otra excelente novela, *Me llamaré Tadeusz Freyre*, Miguel Enesco, que residió largo tiempo en Madrid,

trabajando en France Press; hace años que no tengo noticias de tan prometedor escritor. Pero el primer peruano del catálogo, pese al nombre y apellido, fue Harry Belevan, un joven diplomático muy amigo de Beatriz de Moura, que le publicó algún libro de narrativa en Tusquets. En Anagrama publicamos, en 1976, su ensayo *Teoría de lo fantástico*.

Y aunque no sea un autor de la casa *stricto sensu* quiero recordar a Mario Vargas Llosa, viejo amigo de Barcelona, quien fue miembro fundador del Premio Anagrama de Ensayo y muy activo en sus inicios, hasta que se retiró como jurado unos años después, tras su partida de nuestra ciudad. Recuerdo, como tantos otros, su gran cordialidad, su curiosidad, la honestidad de sus convicciones literarias (y también políticas, con las que a menudo era difícil estar de acuerdo). Además de su extensa producción literaria, participó incansablemente en la vida cultural de Barcelona, un regalo adicional para sentirnos agradecidos. Y, por último, Ricardo Cano Gaviria, un joven escritor colombiano residente en Barcelona, me propuso, y acepté encantado, el proyecto de publicar un libro de conversaciones con Mario, precedidas por un amplio ensayo de Ricardo. Y así, en 1972, publicamos *El Buitre y el Ave Fénix. Conversaciones con Mario Vargas Llosa*, quizá el primer libro dedicado a este estupendo autor, entonces aún treintañero.

Colombia, con apostillas sobre Ecuador y Venezuela

La historia de nuestra distribución en Colombia es la más desdichada en América Latina. La prehistoria empezó en 1970, en la Feria de Fráncfort, donde conocí a una joven pareja, ilusionada e izquierdosa, con la que sintonicé de inmediato. Él era Moisés Melo, a quien tantas veces he visto después, como pieza fundamental de Norma, la más potente editorial colombiana. Y, ya jubilado y más o menos asesor áulico de dicha editorial, es también presidente de la Cámara del Libro, ha dirigido una excelente revista literaria y publica vibrantes y razonados artículos en favor de la creación de librerías y bibliotecas, para satisfacer una demanda tan real como desatendida. Entonces acababan de fundar una editorial de nombre prometedor, La Oveja Negra, y querían distribuir Anagrama. Y sin más preámbulos ni precauciones les enviamos una cantidad muy considerable de libros, todos los que nos pidieron. Desde entonces, ninguna noticia, ni contestación a las cartas (eso era antes del télex, del fax y del e-mail, sucesivamente).

En 1974, en mi primer viaje a Colombia, me cité un día en Medellín con Moisés: pésimas noticias, hacía ya años que se había peleado con el temible Katarain, su socio, que se había quedado con la editorial y estaba empezando a edificar su amplia leyenda. Tiempo después conocí a Katarain, quien con toda naturalidad me propuso saldar su deuda, para nosotros nada desdeñable, con ejemplares de sus ediciones baratas de García Márquez, Bryce Echenique y otros autores que la agente Carmen Balcells aún le seguía confiando. Aparte de la pésima calidad de las ediciones, con un papel ofensivo, había un inconveniente insalvable: La Oveja Negra carecía de derechos de distribución en España de dichas obras, que por otra parte estaban publicadas por editoriales españolas. Al parecer, hubo tantos ejemplos de “desenvoltura” profesional por parte de Katarain, que finalmente tanto Carmen Balcells

como su buen amigo García Márquez se vieron obligados, de forma tormentosa, según las crónicas, a retirarle su confianza, con lo que se inició el drástico declive de la, en su día, potente editorial.

Pero, después de ese episodio pintoresco, la distribución propiamente dicha la empecé a realizar, al igual que todo el grupo de editoriales de Enlace, con una empresa fundada por dos catalanes, directivos de Salvat y Jover en dicho país, que la tenían como actividad paralela. A través de ella se comercializó precariamente durante varios años, por lo que decidí cambiar y traspasar el fondo a otra distribuidora. Recuerdo el día de la recogida, en un camión, mientras el director de la empresa, un militar de paisano (y bien de derechas), contemplaba con visible hostilidad aquellos libros con Trotsky, Marx, Mao y demás familia en las portadas: le irritó particularmente *Chile bajo Pinochet*, cuya pila derribó de un manotazo. Reacción propia: impertérrita.

La suerte, o la pericia, no nos acompañó en otras opciones: la distribuidora de un chileno que procedía de la editorial Siglo XXI, luego una empresa argentina, sería pero de escaso empuje, Cruz del Sur, o una pareja de chilenos procedentes del grupo Pomaire. Y a veces nos distribuíamos también mediante librerías individuales como la Lerner o la venerable Buchholz, en el centro cada vez más peligroso de Bogotá, o la combativa Tercer Mundo. Y recuerdo a unas profesionales excelentes en la librería Biblos, muy *trendy* y el punto de encuentro en Bogotá entre los *litterati*, abundaban siempre los libros de Anagrama, en especial los de Panorama de narrativas, comprados a través de algún distribuidor español, que se exhibían como *delikatessen* a precios disparatados. Para intentar mejorar las cosas, me acerqué a Olga Acevedo, la directora de la distribuidora de Alianza en Colombia. Pese a su simpatía, tenía unas líneas de razonamiento que me resultaron bastante crípticas, y no llegué a concretar un deseado acuerdo.

En resumen, escasos viajes a Colombia, de pocos días, intensos y dificultosos. Y pocas gratificaciones: una larga charla con el viejo librero Buchholz, que editaba *Eco*, una estupenda revista cultural, una visita a Juan Gustavo Cobo Borda, entonces director de la Biblioteca Nacional, y poco más. Y las impresionantes medidas de seguridad, soldados por todas partes y también por todas partes los “gamines”, las bandas de niños sin hogar, jovencísimos delincuentes a la fuerza, aspirando ostentadamente pegamento. Y, leyenda urbana o no, se decía que periódicamente se hacía una gran redada y los “desaparecían”. Última visión de aquel viaje de 1980: camino del

aeropuerto, en el centro de la autopista, un joven gigantón en chándal, con cara desencajada y ojos enloquecidos, con unos enormes guantes de boxeo intentando golpear los coches que lo sorteaban...

A partir de entonces no volví a Colombia hasta 1990, invitado por la Feria del Libro para participar en uno de esos infinitos coloquios sobre la edición junto con dos intelectuales mexicanos, Adolfo Castañón, viejo amigo, y el agudísimo Gabriel Zaid, a quien aún no conocía personalmente. Coincidió en la Feria con muchos amigos, ya que aquel año España era el país invitado. Un *flash*: la impresión, el sobresalto, que causó entre los numerosos asistentes la aparatosa *performance* del poeta Carlos Edmundo de Ory, el inventor del postismo. También me reencontré con viejos amigos de Barcelona: el escritor Óscar Collazos, “el colombiano de Sarrià”, como se denominaba, que vivió en Barcelona a cien metros de la editorial durante mucho tiempo, y Pepe Donoso, a quien vi en plena forma.

Así las cosas, en ese marasmo distributivo, nos contactó una empresa sólida y solvente, una sociedad formada por los propietarios de *Tiempo*, el periódico más importante de Colombia, y por Círculo de Lectores, del grupo Bertelsmann, que habían creado la distribuidora Intermedio y querían incorporar nuestro sello. Y con una ventaja: tenían una delegada en Barcelona, mi vieja amiga Berta Julià, que conocía Anagrama desde su fundación (en 1969 publiqué su traducción de *Los procesos de Moscú*, una crítica al estalinismo desde la izquierda). Por fin una solución *a priori* estupenda, que resultó engañosa: dicha sociedad, posiblemente válida para la gestión del periódico y de las librerías para los socios de Círculo de Lectores, tenía una concepción muy desinformada de lo que era la distribución en librerías normales de una editorial como Anagrama. Y no le daban la menor cancha a Berta Julià, quien en teoría debía hacer o sugerir los pedidos. Se sucedieron varios directores en la distribuidora: Berta me presentó a uno de ellos, recién fichado, en la Feria de Guadalajara. Estuvimos largo rato hablando o, mejor dicho, monologando yo acerca del catálogo de Anagrama, con el director recién estrenado escuchando con suma atención. Me causó muy buena impresión y así se lo dije a Berta. Pocos meses después, ésta me comunicó que ya lo habían despedido pero, por fidelidad a la empresa, no me había comentado lo que le había preguntado nada menos que el responsable de una distribuidora de libros tras mi perorata: “¿Cuál es la diferencia entre ficción y no ficción?” Por lo visto, no había captado tan abstruso mensaje: parece un chiste tontísimo, pero no. Y de paso, aparte de desmentir mis

presuntas dotes de psicólogo, una demostración de los peligros del monólogo (que no es precisamente mi especialidad). En resumen: un desastre, años de distribución insuficiente, libreros quejosos por no recibir nuestros libros, los amigos colombianos que apenas podían encontrarlos, etc. Aunque conste en acta que fueron rigurosamente puntuales en el pago de sus módicos pedidos.

Planteé un ultimátum a Fernando Wills, entonces responsable oficial de la distribuidora (un ultimátum algo a ciegas, porque las alternativas no estaban nada claras), y se produjo algo parecido a un milagro. Contrató como directora a Luz Stella Macías, profesional competentísima que procedía de Planeta, como el propio Wills, que puso en marcha un excelente equipo, en el que destacaba su jefe de prensa, Mauricio Ojeda, culto (con aspiraciones literarias, sospecho), simpático, activo, con excelentes relaciones con los medios, estudios y estancias en Nueva York, amigo de Paul Auster, etc. La situación dio un vuelco en pocos meses, se triplicó la facturación y, según me iban comentando amigos y viajeros, la presencia de Anagrama en las librerías era bastante espectacular. Todo ello unido a un trasiego de autores de Anagrama invitados a Bogotá por la Feria del Libro y en algún caso por el Festival del Malpensante, organizado por el amigo Andrés Hoyos, director de la revista del mismo nombre, una de las mejores de América Latina, o bien por el pujante Hay Festival de Cartagena de Indias.

Después de largos años viajé de nuevo a Colombia, acompañado de Lali, que después del desagradable viaje de 1980 (los detalles más truculentos se han omitido en este texto) la había tachado del mapa, y durante esta estancia se reconcilió. Me habían invitado a la Feria del Libro de Bogotá, que visitamos varios días. Estaba atestada de público que también seguía todos los actos: así, tanto una charla mía como luego otra de Jaime Vallcorba estuvieron muy concurridas, y seguidas ambas de un largo coloquio con los asistentes, ávidos de noticias culturales: un admirable afán de saber. (Años antes Enzensberger me había contado su sorpresa cuando participó en Medellín, en un atestado estadio de fútbol, en un festival de poesía, durante un periodo políticamente tan difícil como sangriento.)

En la Feria también asistí al acto de presentación de los seleccionados para el Bogotá 39, es decir, la selección de los treinta y nueve escritores menores de cuarenta años que había elegido un jurado compuesto por Óscar Collazos, la poetisa y crítica literaria Piedad Bonnett y el escritor Héctor Abad Faciolince. Una iniciativa muy lograda que no sólo no cosechó ninguna crítica, ni la selección fue nada discutida, algo milagroso, sino que el

encuentro posterior en Bogotá de los treinta y nueve seleccionados resultó, según me contaron varios participantes, muy estimulante y cordial, con los egos como aparcados, un milagro adicional. En Anagrama tuvimos la satisfacción de tener tres fichajes recientes en la selección: el chileno Alejandro Zambra y los mexicanos Álvaro Enrigue y Guadalupe Nettel. También figuraban escritores con alguna obra en Anagrama, como los argentinos Andrés Neuman y Pedro Mairal y el guatemalteco Eduardo Halfon. Y en noviembre de 2008 entró en nuestro catálogo otro de los destacados, el peruano Iván Thays.

Aparte de las actividades de la Feria, visité muchas librerías, constaté una presencia de Anagrama antes inimaginable, y vi a nuestra acompañante Luz Stella en acción: la combinación de simpatía y *pressing* con los libreros, el repaso rápido e infalible de la situación de la editorial en las librerías, las sugerencias y los amables reproches. Una eficaz exhibición de alta escuela, sonrisas y látigo.

El contacto con Círculo de Lectores, es decir, con Luz Stella, Mauricio Ojeda y también Fernando Wills, siguió muy fluido y los resultados continuaron mejorando, por lo que decidimos darle también nuestra distribución en Ecuador. Un país en el que durante años habíamos distribuido a través de varias librerías, en especial la histórica Librimundi de Marcela García, cuyo retiro dio lugar a un periodo algo indeciso. Luz Stella se puso, pues, al mando de la distribución en Ecuador casi en exclusiva, y tras una flexible negociación llegó a un acuerdo con Mr. Books, que desde hacía unos pocos años se ocupaba, con gran eficacia, de nuestro fondo en su importante cadena de librerías.

En enero de 2007 me invitaron al Hay Festival de Cartagena de Indias, pero antes pasé, junto con Luz Stella y Mauricio Ojeda, un par de días en Quito, donde no había estado desde 1980. Allí di una charla en Librimundi, donde se habían puesto las pilas otra vez, y visitamos Mr. Books, donde siguieron las negociaciones de colaboración con Círculo (que se sellaron pocos días después en Cartagena de Indias con Cathy Wright, la *superboss*). Y, como era habitual, en Quito, al igual que en Bogotá, la sesión intensiva de entrevistas con la prensa minuciosamente programada por el amigo Mauricio.

Después de Quito, tras una breve estancia en Bogotá, viajé con Luz Stella y Mauricio a Cartagena de Indias. Lali y yo habíamos pasado un día el año anterior, una escapada de la Feria de Bogotá, y, tras tantas alabanzas, nos había decepcionado un poco: una belleza más bien maquillada, como de

cartón piedra, y un ambiente muy desangelado, con poca gente en las calles. Por fortuna, Óscar Collazos, que tenía Cartagena de Indias como base de operaciones, había regresado de Bogotá el mismo día y, junto con su pareja, fue un guía inmejorable (saludado cariñosamente o ceremoniosamente por los escasos transeúntes, una gloria local), y acabamos la noche en el Comarca, un bar alargado y estrecho, larga barra y muchas mesitas, con un estrado al fondo, donde se prodigaba Senelia Alcázar, una cantante negra con una voz muy seductora. Un bar que me recordó al Bocaccio de las mejores noches: un clima cordialísimo, donde parecía que todo el mundo se conocía, trasiego constante entre barra y mesas, muchas risas y ese maravilloso nivel alcohólico, sin broncas y con ganas de “vacilar”.

Pero en el viaje del Hay, con el centro de la ciudad tomado por los muchos escritores invitados, el lugar parecía otro. Encuentros constantes con amigos y conocidos, todos los actos seguidos por un público atentísimo. Como preámbulo del Hay, se realizó un homenaje a Ryszard Kapuściński, colaborador de la Escuela de Nuevo Periodismo fundada por García Márquez precisamente en Cartagena de Indias. Entre los participantes se hallaban también mi buen amigo Jon Lee Anderson, aludido, en varias ocasiones, como el “heredero” de Kapuściński, y Jaime Abello Banfi, representante de la Escuela de Nuevo Periodismo, y se proyectó un emocionante documental sobre Kapuściński y su tarea de profesor de jóvenes periodistas.

En Cartagena también estaban varios escritores de nuestro sello y la embajada de España organizó un homenaje al Premio Herralde de Novela en el que participaron, junto a mí, los dos últimos ganadores, el venezolano Alberto Barrera Tyszka y el argentino Martín Kohan, actuando como anfitrión el agregado cultural de la embajada, el muy activo José Antonio de Ory. Acabamos la noche en otro bullicioso bar inexcusable, La Habana, donde nos fuimos reencontrando todos y donde competían el nivel de decibelios y el alcohólico.

Entre los muchos gratos momentos que pasé en el Festival quiero destacar el descubrimiento de Margarita Valencia, una crítica literaria de referencia, de quien había leído excelentes reseñas y que en persona era tan cordial como divertida; en compañía de la omnipresente Nubia Macías, la directora de la Feria de Guadalajara, y su adjunta Laura Niembro componían un temible trío jaranero.

Debido a esa distribución dificultosa, durante tantas décadas, pocos títulos

colombianos, por desgracia, figuran en nuestro catálogo. Aparte del libro de conversaciones con Vargas Llosa a cargo de Ricardo Cano Gaviria, el primer autor colombiano fue un jovencísimo Evelio Rosero Diago que se presentó a nuestro premio de novela, en 1987, y quedó finalista con su excelente *Juliana los mira*, en la que ya figuraba el mundo del narcotráfico (muchos años después, en 2006, ganó el Premio Tusquets de Novela con *Los ejércitos*). A Rosero siguió, una década más tarde, en 1997, Fanny Buitrago con la sensual, irreverente y muy divertida *Señora de la miel*: “Almodóvar haría una película deliciosa”, escribió certeramente la periodista Silvia Gelis.

En el año 2000 conocí en la Feria de Guadalajara a Laura Restrepo, que iba acompañada por mi viejo amigo Moisés Melo, el director de Norma, y llegamos a un acuerdo para que Anagrama publicase en España su novela *La novia oscura* y más adelante *La multitud errante*, y recuperara *Leopardo al sol*, mi preferida. Aunque quizá el libro suyo que leí con mayor interés fue *Historia de un entusiasmo*. Laura, con un historial muy politizado, zona trotskista, fue miembro en 1983 de la comisión negociadora de la paz entre el gobierno y el grupo guerrillero M-19, experiencias que relata en dicho libro, escrito, como dice la ahora muy galardonada Laura, “con tinta sangre en el corazón”, según letra de bolero. Luego tuvo que exiliarse a México, Madrid y creo que Buenos Aires. Con Laura tuve una cordial y estimulante relación, luego la edición (como la vida, el matrimonio, etc., etc.) une y separa, por razones obvias, y ahora nuestros encuentros son mucho más esporádicos.

El último título colombiano publicado hasta ahora es un texto muy interesante y atípico: *300 días en Afganistán* de Natalia Aguirre Zimmerman, que tiene una historia curiosa. La autora residió en dicho país colaborando con Médicos sin Fronteras y enviaba e-mails a su madre, una persona muy conocida en el ámbito cultural colombiano, contándole sus peripecias. Los textos pasaron a manos de Andrés Hoyos, el editor de *El Malpensante*, y, convenientemente editados, los publicó, en marzo de 2004, en un número de la revista dedicado exclusivamente a ellos. Un par de años después, más o menos, una joven colega holandesa, Eva Cossée, me dijo en una Feria de Fráncfort que tenía los derechos mundiales de un texto excelente, que resultó ser precisamente el de Natalia Aguirre Zimmerman. Ya entonces la distribución de Anagrama en Colombia había mejorado notablemente, así que lo contraté: hicimos una edición española, acogida con previsible desgana (a pesar de que las escasas reseñas fueron muy positivas), mientras que la edición que realizamos en Colombia tuvo una excelente acogida tanto por los lectores

como por la prensa cultural, que lo escogió como uno de los mejores libros del año 2006.

También intenté publicar un texto autobiográfico de Ingrid Betancourt publicado en francés antes de su regreso a Colombia y su posterior cautiverio. Había aparecido durante el Salón del Libro de París, me encontré con su agente Susanna Lea en el Café de Flore, lo leí a mi regreso en Barcelona y tuve un par de largas conversaciones telefónicas con la agente y con la propia Ingrid Betancourt. A ella le interesaba prioritariamente, claro está, que su libro tuviera la máxima difusión posible, sobre todo por motivos políticos. Le aseguré que haríamos un esfuerzo especial con Intermedio, nuestra distribuidora, pero al final optaron (muy lógicamente) por una gran editorial ya asentada en Colombia.

Y, ya para terminar, me acogí a la polémica decisión de Carmen Balcells de hacer contratos de ediciones no exclusivas de un mismo título, con el fin de tener en el catálogo de Anagrama la excepcional novela corta *El coronel no tiene quien le escriba*, una de las obras que más me gustan de García Márquez, si no la que más, y naturalmente funcionó muy bien, pese a la competencia con otros sellos editoriales.

A finales de 2007 falleció mi viejo amigo Leonardo Milla, quien a través de Alfadil se ocupaba de nuestra distribución en Caracas. Yo hacía muchos años que no pasaba por Venezuela, pero nos íbamos encontrando regularmente en Guadalajara o, según donde se celebrara el Liber, en Barcelona o Madrid.

Antes que a Leonardo, había conocido a su padre, el mítico Benito Milla, fundador de la editorial Alfa en su país, Uruguay. Exiliado en Caracas, fue nombrado director de Monte Ávila, dotada con poderosos recursos estatales, a la que convirtió en una gran editorial internacional. Así, a bote pronto, recuerdo entre sus autores a Severo Sarduy, Roland Barthes, Patrick Modiano, o la célebre y luego casi inencontrable novela *El bosque de la noche* de Djuna Barnes. Años después estuvo un tiempo en Barcelona, donde lo vi con frecuencia, como director de la editorial Laia, intentando sacarla del pozo, una empresa que se reveló imposible.

Pero, regresando a Venezuela, la distribución era muy complicada, con trabas burocráticas al parecer insalvables en relación con las divisas, por lo que llevábamos años de atasco, sin apenas pedidos ni cobros. En Círculo me habían propuesto ampliar la distribución a Venezuela, persuadidos de que, en el propio país o desde Colombia, su grupo tendría mayor margen de

maniobra, pero no había querido tomar ninguna decisión antes de conversarlo con Leonardo, a quien no vi ni en el Liber ni en la Feria de Guadalajara de 2006. Poco después me sorprendió la noticia de su muerte.

Entonces ya me decidí a traspasar la distribución a Círculo, y lamenté darle la mala noticia a Ulises Milla, el hijo de Leonardo, a quien no conocía personalmente y que tampoco, según me escribió, se había ocupado personalmente de la distribución.

Las únicas buenas noticias venezolanas, en muchos años, fueron la gran acogida que tuvo *La enfermedad* de Alberto Barrera Tyszka (traducida por cierto al chino como la mejor novela latinoamericana del año) y también, en menor medida, el *Che Guevara* de Jon Lee Anderson, ambos en ediciones venezolanas de Anagrama al cuidado de Leonardo Milla, mientras que la publicación, ya a cargo de Círculo, de nuestro último premio de ensayo, *Historia de un encargo: "La catira" de Camilo José Cela* de mi buen amigo Gustavo Guerrero, venezolano residente en París, donde es consejero literario para la lengua española en Gallimard, obtuvo excelentes reseñas y desempolvó muchos recuerdos del complicado y poco edificante encargo del dictador Pérez Jiménez a Cela.

En el momento en que escribo estas líneas, la distribución de nuestro fondo está en un *impasse*. La empresa Tiempo fue adquirida por Planeta, con lo que el accionariado de la distribuidora Intermedio estaba repartido al cincuenta por ciento entre Planeta y Círculo de Lectores, bajo la gestión de Luz Stella. Imprevistamente Círculo decidió vender algunos de sus clubes y, entre ellos, su participación en Colombia, que ha pasado a ser controlada íntegramente por Planeta, que ha decidido prescindir de Luz Stella y su equipo. Naturalmente, nunca me ha gustado que Anagrama fuera distribuida por ningún gran grupo, independientemente de la buena sintonía que pueda tener con el Alto Mando: como demuestra la historia, a la hora de la verdad los equipos comerciales defienden, muy lógicamente, de forma prioritaria, o con mejor conocimiento del fondo, los sellos del gran grupo al que pertenecen.

Cuba

Nunca he ido a Cuba, quizá un nudo emocional irresuelto. En los exaltantes años sesenta, aún editor *in pectore*, no tenía estatus intelectual para ser invitado, aunque me contaban sus viajes tantos amigos como Jaime Salinas, Salvador Clotas, el médico y activista Carlos Sanpons, o desde luego los tres Goytisolo. Por cierto, Luis, en aquellos años todavía eufóricos, cuando le preguntaron a su llegada a La Habana qué lugares quería conocer, dijo, según me contó, que en primer lugar, muy típicamente, las cárceles... (Luis, ya muy desengañado del partido comunista, al que perteneció, acababa de pasar recientemente unos meses en la cárcel de Carabanchel.)

Me limité, pues, a intentar publicar libros sobre la Revolución cubana, invariablemente prohibidos por la censura, como, en 1968, mientras preparaba la puesta en marcha de la editorial, *Moncada, premier combat de Fidel Castro* de Robert Merle y *La Cuba de Fidel. Fidel de Cuba* de Lee Lockwood.

Mi primer libro cubano publicado fue el muy literario *Algunos tratados en La Habana* del gran Lezama Lima, en 1971, así como, el mismo año, un librito de entrevistas con él que formaba parte de un volumen de homenaje al autor editado por Casa de las Américas, *Interrogando a Lezama Lima* (recuerdo a José Agustín Goytisolo, gran amigo suyo, diciéndome: “Tienes que enviarle tabacos”, no sé si le llegaron, las comunicaciones no eran fáciles). Me desquité de la censura, a la muerte de Franco, publicando en 1975 los célebres *Pasajes de la guerra revolucionaria* del Che, así como, en nuestros Cuadernos Anagrama, *El socialismo y el hombre en Cuba*, una antología de textos suyos, y también otra de Fidel Castro, *Imperialismo, Tercer Mundo y Revolución*.

Años antes, ya había estallado el “caso Padilla”, que provocó la sabida ruptura entre los protagonistas del *boom* y que también en España provocó debates. Así, recuerdo un encuentro entre escritores y editores de izquierda en

el que Alfonso Carlos Comín, emocionado e iluminado, leyó el poema de Cortázar “Mi caimancito herido” en favor del castrismo, como conclusión políticamente concluyente (y literariamente bastante *kitsch*). Durante los años setenta, al calor del antifranquismo y de la Guerra Fría, la mayoría de mis amigos, comunistas o más izquierdosos, conservaban, conservábamos, con reticencias y reparos, las ilusiones.

Fueron años de debates y discusiones interminables. Se analizaban, desde la distancia, los logros en la educación y en la sanidad, “el hombre nuevo”, pero también el estado policial, la falta de libertades, la censura, los trabajos forzados y asimismo la radicalización de la Guerra Fría, el influjo soviético durante años o el bloqueo de la isla por parte de Estados Unidos. Y el deseo de revolución de la izquierda europea en América Latina como proyección de frustraciones propias, o el llamado antiamericanismo, surgido en especial cuando la guerra de Vietnam, que sería más exacto llamarlo rechazo a la política exterior de demasiadas Administraciones yanquis. Una política exterior puesta de manifiesto (por si cupiera alguna duda) en desclasificaciones recientes de documentos en los que queda constancia de las siniestras implicaciones en la implantación de dictadores en el Cono Sur, la “Operación Cóndor”, y un amplio etcétera. Y la concesión a Kissinger del Premio Nobel de la Paz, como un caso extremo de involuntario humor negro (véase, entre una amplia bibliografía, *Juicio a Kissinger* de Christopher Hitchens, en nuestra colección Crónicas). Un rechazo que coexistía, naturalmente, con el fervor por tantas manifestaciones literarias y artísticas de Estados Unidos; los ejemplos son innumerables (en Anagrama; sin ir más lejos, la literatura norteamericana es la que está más ampliamente representada). Si había algún cubano presente, las conversaciones eran interminables y a menudo muy crispadas, veteadas por la ira, el cinismo, la desesperación...

Mi buen amigo Hans Magnus Enzensberger, el poeta y ensayista alemán que había pasado largas temporadas en Cuba, y yo nos “inventamos”, en 1973, *El interrogatorio de La Habana*, un libro que recogía cuatro textos suyos, dos de ellos sobre temas cubanos, con enfoques muy distintos (algo así como la cara y la cruz del proceso). En el primero, que da título al libro, el autor configuraba, tras la fallida invasión de la Bahía de Cochinos, un fiasco de la Administración Kennedy, un “autorretrato de la contrarrevolución” a partir de las confesiones de los prisioneros en el juicio público efectuado en el Palacio de los Deportes. En el otro, “Imagen de un partido: antecedentes,

estructura e ideología del Partido Comunista de Cuba”, analizaba muy críticamente dicho partido. Según el ritual, Enzensberger, amigo de Padilla, había sido acusado de pertenecer a la cia. Y a nivel local fue una publicación muy mal vista, según me fue comunicado severa y expresamente por el cónsul cubano en Barcelona.

Después de muchos años sin publicar a autores cubanos, aparecieron en nuestra editorial, como finalistas de nuestro premio de novela, dos escritoras: Mayra Montero, residente en Puerto Rico, con *La trenza de la hermosa luna* (1987), y Teresa Dovalpage, residente en Estados Unidos, con *Muerte de un murciano en La Habana* (2006). También publicamos a dos escritores que fueron activos castristas y luego pasaron a la disidencia: Manuel Pereira con *Toilette* (1993) y Jesús Díaz con *La piel y la máscara* y *Las palabras perdidas* (ambas en 1996), de quien recuperamos asimismo su primera novela, *Las iniciales de la tierra* (1997). Jesús Díaz, que fue miembro destacado de la *nomenklatura* cubana durante décadas, tras su exilio fundó en 1996 y dirigió hasta su muerte, en 2002, la muy activa revista cubana *Encuentro*, publicada en Madrid, en pos de un difícil diálogo entre sus compatriotas. Y el narrador cubano con mayor éxito, no sólo en España sino también en sus muchas traducciones, fue Pedro Juan Gutiérrez, en especial con su primer libro, *Trilogía sucia de La Habana* (1998), al que siguieron en Anagrama varios títulos más. De *Trilogía*, toda una sorpresa, se escribió en *Tiempo*: “A golpe de ron, música y sexo no deja títere con cabeza: literatura de la buena”, o en *Tribuna* Felipe Benítez Reyes describió a Pedro Juan como “una especie de caribeño Bukowski o de habanero Henry Miller”. Y aunque en el libro no se aborda directamente la política, el resultado, según Miguel García-Posada en *El País*, resultaba “tan radical como Reinaldo Arenas y mucho más hiriente que Zoé Valdés”.

En 2006, publicamos *Che Guevara*, una ingente biografía del gran reportero John Lee Anderson, una versión revisada y ampliada de la primera edición que publicó años antes Emecé en Argentina. Una biografía que ha tenido una recepción paradójica: por una parte, se la ha considerado “la biografía definitiva” (es decir, provisionalmente definitiva), y por otra ha sido acogida a menudo con cierta incomodidad, cuando no abierta reticencia, al ser una visión ni lo bastante hagiográfica ni lo bastante crítica de tan adorado o demonizado personaje.

En los últimos meses hemos asistido a uno de esos rituales episódicos de artículos y más artículos “desenmascarando” la verdadera naturaleza del *Che*:

en absoluto un icono desactivado y *pop*, sino un criminal encallecido de peligrosidad póstuma. El novelista español Isaac Rosa publicó, en diciembre de 2008, en el periódico *Público*, “Entonces, ¿el *Che* no era pacifista?”, un sarcástico artículo sobre el tema, del que cito las siguientes líneas:

Atentos a lo que voy a revelarles. Siéntense antes de seguir leyendo, no se me vayan a caer de la impresión. Ahí va: las revoluciones son violentas. Muy violentas incluso. Siempre. Sobran ejemplos, todos los que quieran a lo largo de la historia [...] Las verdaderas revoluciones — políticas, sociales, económicas o todo a la vez— han sido siempre violentas. No se confundan, no digo que sean verdaderas por ser violentas, sino que supusieron —o intentaron, las fallidas— una ruptura de tal profundidad que implicaba violencia, propia y ajena. Procesos que chocaron con la resistencia de quienes no aceptaban el cambio, injerencias extranjeras, sabotajes. Fue violenta la francesa, como la mexicana, la soviética o las independencias coloniales. O la revolución industrial, que costó mucho sufrimiento obrero. Y por supuesto la cubana. ¿Que *el Che* ordenó fusilamientos? No hace falta que me lo juren. No lo ha descubierto ningún becario de nuevas generaciones. Es algo ya sabido. Lo reconoció el propio Ernesto Guevara, nada menos que en la tribuna de Naciones Unidas. Hala, ya lo saben.

En efecto, el modelo revolucionario del *Che* no era Gandhi, revelación sensacional para ciertos políticos y opinadores. A menudo los mismos, no por casualidad, para quienes los cadáveres de la franja de Gaza, de la invasión de Irak o, sin salir de casa, de la Guerra Civil española y su larga posguerra (entre otros muchos ejemplos), no son sino inevitables accidentes de tráfico en la benéfica ruta hacia la paz.

También en 2006 publicamos un excelente libro de Rafael Rojas, *Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio del intelecto cubano*, que obtuvo el Premio Anagrama de Ensayo y fue considerado un texto de referencia indispensable. Rafael, que a la muerte de Jesús Díaz estuvo también un tiempo vinculado a la revista *Encuentro* como codirector, se mostraba partidario de una deseable transición pacífica en Cuba, complicadísima y quizá inviable (las incógnitas son enormes); en contra, pues, del castrismo duro y de los cubanos de Miami, en especial los del primer exilio. Y al año siguiente publicamos a otros dos autores, casualmente amigos de Rojas desde la adolescencia, según supe más tarde: José Manuel Prieto con *Rex*, con gran ambición literaria, tras la estela declarada y no siempre fácilmente navegable de Lezama Lima, y Antonio José Ponte (también codirector de *Encuentro* desde la renuncia de Rojas en 2006) con *La fiesta vigilada*, que tuvo una gran acogida crítica. Ponte hurga en lo que llama “la caja negra de la fiesta”, de la fiesta habanera, mediante una prosa irónica y austera. Rafael Rojas escribió en *Letras Libres* que, en *La fiesta vigilada*, “gracias a su prosa refinada y, a la vez, transparente, Antonio José Ponte es de los pocos escritores cubanos que,

desde las reglas de la alta literatura, puede narrar, sin riesgo de artificios o disrupciones, la precariedad de la vida habanera”. Rojas reside en México, Prieto en Estados Unidos y Ponte en Madrid.

Textos complementarios

Paisaje de la edición en nuestros días[*]

En primer lugar, me alegra el entusiasmo del gran *connoisseur* Peter Weidhaas por *La industria del libro* de Jason Epstein, que tan espléndidamente ha glosado. Estoy convencido de que todos ustedes lo han leído; si alguno aún no lo conoce, cosa prácticamente impensable, ha sido publicado en castellano por Anagrama y pueden encontrarlo en la Feria en el *stand* de Colofón.

En cuanto al tema del libro electrónico, puede decirse que, así como en el siglo XIX un fantasma recorría el mundo, el fantasma del comunismo, en palabras de Carlos Marx, a finales del siglo XX apareció otro fantasma, el fantasma del *e-book*. En 1999, el Congreso Internacional de Editores, celebrado en Buenos Aires, parecía una película de terror: todos los editores despavoridos ante un futuro incierto y la desaparición del libro en el llamado, compasivamente, soporte papel. Por fortuna, el fantasma no parece tan peligroso.

Estoy completamente de acuerdo con mi viejo amigo Weidhass en la importancia de potenciar las ferias en esta época del e-mail, la importancia de los contactos personales, de las ideas que pueden originarse. Y me alegra el nuevo rumbo que toma esta Feria de Guadalajara con la implantación del Salón del Libro, desde el año pasado, y del presente Foro, a partir de este año, es decir el énfasis puesto en lo literario y lo cultural.

Nos encontramos, por una parte, un paisaje colonizado por unos pocos megagrupos con redes multimedia y vocación trasnacional; por otra, una serie de editoriales independientes que sólo podrán subsistir mediante una política de publicaciones marcadas por el rigor y la imaginación.

Así sucede en España, mientras que en América Latina, con sus incertidumbres y colapsos económicos, el rodillo de los grandes grupos ha laminado o arrinconado notoriamente la edición autóctona. La edición

nacional en dos países que habían tenido un considerable peso editorial como México y Argentina, se ha replegado espectacularmente; en este último de forma casi definitiva.

Una consecuencia inmediata en España de este proceso de concentración es tan visible como nefasta: un exceso de títulos en *crescendo* acelerado que provoca cada vez problemas más graves. Destacaría en especial tres ámbitos en los que esta proliferación ha adquirido una mayor virulencia, como es bien sabido, y ha originado un cambio cualitativo. A saber: los anticipos, las librerías y los suplementos literarios.

En el ámbito de la contratación se ha producido una escalada de anticipos que a menudo jamás se alcanzan a cubrir. Paralelamente, ha habido una inflación de premios literarios, en los que, desde luego, el importe de los galardones poco tiene que ver con las ventas. Y así, se han convertido en una coartada, apenas o nada disimulada, de tráfico de autores.

En el ámbito de las librerías, el ciclo de “vida” de las novedades se ha acortado significativamente por razones obvias: la imposibilidad de albergar tanta producción. Por otra parte, en la edición de bolsillo, durante décadas tan deficitaria en España, se ha invertido el signo; en los últimos años se ha producido un exceso de oferta respecto al espacio librero y el número de lectores. Durante años se había afirmado que el fondo de una editorial, la *backlist*, la constituía la edición de bolsillo; ahora se trata simplemente de una segunda vida, también breve. Y, en el ámbito de los suplementos literarios, debido al exceso de novedades también se produce un desfase de espacio disponible, por lo que muchos libros valiosos quedan sin reseñar, algo inhabitual hace pocos años, o las críticas aparecen varios meses después de la publicación, cuando el destino del libro está decidido. Es decir, cuando las novedades, tardíamente reseñadas y ya prematuramente envejecidas, reposan mansamente en los almacenes a la espera de la guillotina.

Nuestro secretario de Estado, Luis Antonio de Cuenca, habló hace unos meses en el Congreso de Editores de Valencia, muy satisfecho, de la evolución espectacular en aumento del número de libros publicados y de sus cifras de ventas. Ciertos editores españoles son también adictos a la sobreproducción, que también podría llamarse “huida hacia adelante”. Yo desconfío de este fetichismo de las grandes cifras, del crecimiento a ultranza que no tiene en cuenta los graves daños colaterales. Y también desconfiaba Marco Barbosa, el director adjunto de la unesco, que en su intervención en dicho congreso aludía al “crecimiento insensato” y citaba en su apoyo el libro

del gran editor norteamericano Jason Epstein *La industria del libro*.

Otro libro de consulta necesaria es *La edición sin editores* de André Schiffrin, que afirmaba que la edición independiente es imprescindible para la democracia en un país como Estados Unidos, ante la mordaza mediática de los oligopolios multimedia, es decir, ante la censura empresarial.

¿Cómo editar? No hay otra receta que el entusiasmo, la resistencia y el rigor. Forzando acaso el paralelismo, al igual que el escritor consigue ser universal desde lo muy local, pero conociendo a fondo el corpus de la tradición literaria en la que se inscribe, un editor puede asumir el reto de editar para el mundo cuando edita para sí mismo, es decir, según sus propios gustos, pero también siendo muy consciente de su entorno cultural y social en su más amplio sentido. O sea, cuando configura un catálogo coherente, armonioso y “legible” como una obra y que puede ser capaz de generar adicción respecto al sello editorial, que puede generar fidelidad entre los libreros y lectores, y convertirse así en el más valioso activo de su capital simbólico. Un concepto que tenemos muy en cuenta.

Y como resumen, un programa, una consigna: la labor de un editor literario no consiste en vender productos sino en descubrir a los mejores escritores de su tiempo y editar libros de la forma más cuidada y exigente posible. Con la esperanza y la obstinación infatigables de convencer a los lectores de que también para ellos serán libros necesarios.

Y para terminar, un surtido de píldoras sobre la edición:

- Peter Mayer: “Editar buenos libros es muy fácil. Lo difícil es editar buenos libros y venderlos”.
- Un editor: “Fráncfort es como un zoológico: hay pingüinos, abejas obreras y reptiles”. Otro editor: “Sólo hay dos razones para no ir a Fráncfort: estar arruinado o estar muerto”.
- Editor, como “musulmán adúltero”: casado con numerosas “esposas” legales (los escritores con los que hace política de autor) pero permanentemente tentado por las nuevas voces, por la carne fresca o por las “esposas” de otros editores.
- Editorial como semáforo. Verde: persigue la excelencia. Ámbar: ni fu ni fa, la flauta suena o no. Rojo: adicción a la cultura de la errata. Hay editoriales sólidamente instaladas en la cultura de la errata: tipográfica y programática. No es difícil identificarlas y esquivarlas.

- Editar: tocar el nervio de su tiempo. Luchar contra la imaginación anestesiada.
- Jean-Claude Zylberstein, editor francés, se autodefinía como “peatón de librerías”. Así, lógicamente, todo editor literario.
- El destino de los libros en librerías: muerte súbita, cada vez más súbita. Libros hacinados precariamente en catálogos de poda frecuente.
- Editorial como parque temático: “*Nothing but the best*”. El nicho de la excelencia.
- Obviedades de base: trabajar en serio sin tomarse en serio.
- La edición como crítica literaria de alto riesgo, operando sobre el presente, a menudo —con los autores inéditos— sin filtro previo.
- Dar y recibir dolor: la edición como máquina sadomaso: frustrar a autores rechazados, abandono de autores de la casa.
- Giulio Einaudi: “Editorial como central de proyectos”.
- G. M. Young, historiador de Oxford, escribió de “los viejos tiempos” de la edición: “Ser publicado por Oxford University Press era parecido a estar casado con una duquesa: el honor es casi más grande que el placer”.
- Fernando Savater: “No quisiera estar dentro de esa gente que no lee, sus cabezas deben ser como desvanes vacíos, ¡qué horror!”

El editor independiente ante los escritores y el mercado de América Latina[*]

Revisitemos lugares comunes. El “secreto” del editor independiente es un proyecto definido y coherente, sostenido en el tiempo y sin bajar (al menos conscientemente) la guardia de la calidad. No sólo debe construir un catálogo intentando escoger los mejores libros posibles, sino también publicarlos pulcra y bellamente y luego promocionarlos con la intensidad que merecen.

Hay que poner énfasis en el concepto de “sostenido en el tiempo”: en la edición es fundamental la duración, para aposentar una marca y buscar las complicidades indispensables de lectores, críticos y libreros. Y es importante lograr una “masa crítica” de títulos, y de títulos importantes, que hagan “mancha”, digamos, que ocupen de forma persistente y estable un lugar en las librerías y en la memoria de los lectores. Otra de las características del editor independiente debe ser la agilidad, la rapidez de reflejos para apresar “el aire del tiempo” publicando a aquellos autores y tendencias que más cumplidamente reflejan las inquietudes de una época, aquellos escritores que se convertirán en los clásicos del futuro.

Dentro de este esquema general resultan de peculiar importancia las relaciones del editor con América Latina como mercado, por una parte, y, por otra, con los escritores latinoamericanos susceptibles de ser incorporados al catálogo.

Anagrama empezó en 1969 y ya enseguida comenzó a distribuirse de forma más o menos tropicada, demasiado a menudo muy tropicada, en América Latina. Una odisea prolongada de intentos fallidos a causa de distribuidores equivocados, poco peso específico del catálogo en los primeros años y, por tanto, escasa fuerza de reclamación, las censuras políticas de los regímenes dictatoriales (que coincidía con una programación muy izquierdista de la editorial), los derrumbes de las monedas, por ejemplo, del peso mexicano a principios de los ochenta y en otras ocasiones. O en

Argentina las acrobacias con la inflación, que dieron lugar a la teoría y práctica de “bicicletear” el dinero, la plata, por parte de ciertos acreedores, consumados acróbatas, a sus clientes.

En cualquier caso, hemos sobrevivido, y ahora Anagrama cuenta con una distribución estable, desde hace años, en muchos países de América Latina y desde luego en los dos mercados más importantes, México y Argentina.

Aparte de dicha estabilidad, basada en distribuidores en exclusiva, desde hace unos pocos años se ha producido un hecho significativo para incorporar a nuestro catálogo, en mayor medida y de forma significativa, a escritores latinoamericanos: las ediciones locales en varios países.

Comenzaron en Argentina, en 2002, ya que cuando se acabó el espejismo de la paridad entre el dólar y el peso y se derrumbó la moneda, los libros importados pasaron a tener precios astronómicos que los expulsaban del mercado. Por ello, empezamos a publicar allá nuestros libros, cuyo contenido enviábamos por vía electrónica, y que nuestra distribuidora Riverside transformaba en libros prácticamente idénticos, salvo quizá por pequeñas diferencias de calidad del papel, en unos pocos días.

Allí aparecieron bastantes de nuestros títulos punteros, que ya habían pasado gloriosamente el *test* del mercado español. Así, se han publicado títulos de Paul Auster, Antonio Tabucchi, Michel Houellebecq, W. G. Sebald, Truman Capote, Bernhard Schlink, Alessandro Baricco, Roberto Bolaño o Enrique Vila-Matas. Y este otoño cuatro escritores del llamado *British Dream Team*: Ian McEwan, Martin Amis, Kazuo Ishiguro y Hanif Kureishi.

También hemos podido incorporar a autores argentinos con la seguridad de que no sólo tendrían edición local, a precios competitivos, sino también otra en España y la irradiación internacional consiguiente. Así, publicamos a Alan Pauls (tres títulos), César Aira, Eduardo Berti, Andrés Neuman, Tomás Abraham, y cabe destacar el caso de Ricardo Piglia, uno de los grandes autores contemporáneos en lengua española: empezamos a publicarlo primero sólo para España, luego incorporamos también América Latina, excepto el Cono Sur, y en 2005 hemos conseguido los derechos mundiales en lengua española para toda su obra, de la que ya hemos sacado cuatro títulos en Argentina en estos últimos meses.

También hemos empezado las publicaciones en Chile, a través de nuestra distribuidora Fernández de Castro, con *En el borde del mundo. Memorias del juez que procesó a Pinochet* de Juan Guzmán Tapia, que tuvo una gran repercusión, y en enero publicaremos *Bonsái*, la primera y excelente novela

de Alejandro Zambra, un joven poeta y crítico literario.

Nuestro premio de novela ha recaído este año en *La hora azul*, del peruano Alonso Cueto. Aparte de realizar una edición internacional, hemos llegado a un acuerdo con su editorial peruana, Peisa, para una fórmula de coedición en su país.

También en Colombia hemos empezado a editar, vía Intermedio, con un título de Auster y otro de Baricco y preparamos para inicios de 2006 la edición de un texto interesantísimo, *300 días en Afganistán*, de Natalia Aguirre Zimmerman, que había aparecido en un número monográfico de la revista *El Malpensante*.

Y llegamos a México y adelantemos antes que uno de los motivos principales de la decisión de publicar a autores del país fue la gran subida del euro que tanto encareció en los últimos años los precios de los libros. Empezamos las ediciones a través de nuestra distribuidora Colofón, en diciembre de 2004, con *El testigo* de Juan Villoro, ganador de nuestro premio de novela, al que han seguido *Lecciones para una liebre muerta* de Mario Bellatin, *Historia de una mujer que caminó por la vida con zapatos de diseñador* de Margo Glantz, *Hipotermia* de Álvaro Enrigue, el rescate de *El disparo de argón* de Juan Villoro, una edición corregida de su primera novela, y una nueva edición puesta al día de *Huesos en el desierto*, de Sergio González Rodríguez. Y también una edición de la incombustible *Seda* de Baricco.

México es, desde luego, un caso especial. Ya antes, desde los años setenta, los escritores mexicanos estaban bien presentes en nuestro catálogo aunque sólo tuviéramos derechos para España. Así, en el ámbito de la no ficción, figuran los nombres de Juan García Ponce (Premio Anagrama de Ensayo), Fernando Césarman, Gabriel Zaid, o los *Efectos personales* de Villoro, dos títulos de Sergio González Rodríguez, y *Aires de familia*, de Carlos Monsiváis (también Premio Anagrama de Ensayo). En el ámbito de la ficción, presidido por Sergio Pitlor con su casi *opera omnia*, también publicamos dos grandes figuras, Augusto Monterroso y Alejandro Rossi, de origen guatemalteco y venezolano respectivamente. Pero, aparte de estos autores consagrados, ahora hemos empezado a publicar a jóvenes escritores de talento considerable y previsible futuro como Guillermo Fadanelli, el ya citado Álvaro Enrigue y muy próximamente Guadalupe Nettel con su primera novela.

En los ambientes literarios y editoriales circula una hipótesis no desdeñable: la brillante generación de la “nueva narrativa española” de los años ochenta —la de Mendoza, Pombo, Vila-Matas, Muñoz Molina, Marías, Chirbes, Mateo Díez, Justo Navarro o Puértolas, entre otros— no ha tenido un “recambio” tan literariamente valioso, con las debidas excepciones, naturalmente (igual ha pasado, salvando las distancias necesarias, con la británica: la de Amis, Barnes, McEwan, Swift, Rushdie, Ishiguro, Kureishi), mientras que por el contrario, en las diversas literaturas latinoamericanas, salvados ya lastres e hipotecas, como los del dichoso *boom*, aparecen aquí y allá nuevas voces singulares e imaginativas.

Si a eso unimos las perspectivas que se derivan de las ediciones locales, las consecuencias son visibles. Así, en Anagrama, cuya brújula se orienta tan sólo hacia la calidad literaria, la “ocupación” del catálogo ha variado sensiblemente: tanto en 2004 como en 2005, los veinte títulos anuales se han repartido mitad y mitad entre autores españoles y latinoamericanos, algo absolutamente impensable hace sólo cuatro y cinco años.

Por otra parte, nuestro premio de novela, que se había otorgado en 1984 a Sergio Pitó y en 1998 a Roberto Bolaño, se ha otorgado en los tres últimos años, consecutivamente, a autores latinoamericanos: en 2003 al argentino Alan Pauls, en 2004 al mexicano Juan Villoro y en 2005 al peruano Alonso Cueto. A la perseguida calidad literaria, se ha unido ahora una viabilidad empresarial.

Y, como remate de esta exposición, quiero poner énfasis en un punto crucial, que caracteriza el enfoque que tiene o debería tener un editor independiente de vocación cultural y que difiere de las prácticas más usuales de los grandes grupos. Todos y cada uno de los autores latinoamericanos a los que publicamos en su país, se editan también en España y se exportan al resto de países de América Latina, y los autores tienen esa seguridad. Como es sabido, cuesta implantar a nuevos autores, pero intentamos que la operación en su conjunto, aunque voluntarista, sea viable. Y aunque financieramente pueda resultar poco brillante, su valor cultural, básica para Anagrama, es importante.

Por el contrario, muy a menudo, como es bien sabido, los grandes grupos muchas veces contratan a autores con derechos mundiales pero luego sólo los publican en sus respectivos países o como máximo se importan unos pocos ejemplares para España. Las razones financieras, que, en su caso, pueden

primar de manera obligatoria, son objetivamente válidas. La frustración de los autores y el déficit cultural consiguiente son objetivamente notorios.

Y, para terminar, utilizaría la frase tan citada (también por mí mismo) de Gramsci: “Pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad”. Los grandes grupos utilizan el pesimismo de la inteligencia ante la dificultad muy real de dar a conocer a nuevos autores latinoamericanos en el circuito en lengua española. Los editores independientes, por el contrario, seguimos apostando, hasta que el cuerpo (o la empresa) aguante, por el optimismo de la voluntad.

Las leyes del libro contra el fanatismo del mercado[*]

La teoría económica neoliberal, tan invalidada por numerosos estudios, sigue siendo pujante políticamente porque, en palabras de Joseph Stiglitz (premio Nobel de Economía), “sirve a intereses particulares. Algunas personas sacan provecho de este fanatismo del mercado”.

Les Inrockuptibles, 19-XI-06

El concepto de la ley del libro está hoy de particular actualidad. En España acaba de proclamarse una nueva ley, después de una larga gestación. En México, donde es tan necesaria, después de haber sido aprobada por el Congreso y por el Senado ha sido aparcada por el presidente Fox, aunque las espadas siguen en alto. Y, por último, este año se cumple el veinticinco aniversario de la ley Lang, que implantó en Francia el precio único, con resultados tan inequívocamente beneficiosos, y que es como la “madre” de todas las demás.

La ley Lang

El IMEC (Institut Mémoires de l'Édition Contemporaine), que preside actualmente el gran editor Christian Bourgois, junto con el Comité de Historia del Ministerio de Cultura francés, ha publicado, en 2006, *Le prix du livre, 1981-2006*, subtulado *La loi Lang*, para conmemorar los veinticinco años de dicha ley, que instauró el precio fijo en Francia y que tan decisiva ha sido para el sector del libro en dicho país. Un aniversario que ha sido acogido de forma muy positiva por los librereros y editores en amplios reportajes en *Le Nouvel Observateur*, *Le Monde* y *Livres Hebdo*, entre otros. Gracias a ella se ha facilitado la subsistencia de los imprescindibles librereros y editores independientes, la oferta de libros importantes culturalmente aunque sean minoritarios, en suma la riqueza y la diversidad cultural de un país.

Tan unánimes han sido las alabanzas a la ley del precio único que parece como si todo este trayecto hubiera sido muy fácil, cuando su puesta en marcha y su aplicación han sido extraordinariamente dificultosas, como el estudio en cuestión reseña de forma sintética pero minuciosa. Una ley que apareció el 10 de agosto de 1981 en el *Journal officiel* en un texto breve, de sólo once artículos, y en el que lo fundamental era, con respecto a la venta de libros, el principio del precio único fijado por el editor. La propuesta de Mitterrand, candidato socialista a la presidencia, estaba simbólica y prácticamente vinculada al título de su programa presidencial: “Cambiar la vida”, en la medida en que, en palabras de Jacques Attali, “contribuyó, gracias a sus efectos desde 1981, a transformar en profundidad y mejorar la sociedad francesa y la vida de los franceses”.

En los años setenta se produjo una crisis del libro en Francia, buena parte de la cual, según editores y libreros, fue debida a la emergencia de nuevos actores. En especial, la concentración editorial, durante treinta años duopolista (Hachette y Havas, fagocitada luego ésta por su rival), y la irrupción de grandes cadenas de distribución como los centros Leclerc, así como la Fnac, que pusieron en serio peligro la continuidad de las librerías especializadas.

Jérôme Lindon, editor ejemplar al frente de Les Éditions de Minuit, encabezó infatigablemente las acciones de resistencia con un *leitmotiv*: “El libro no es un producto como los otros”, la vida de un libro debía inscribirse en la duración y para ello se precisaba de una lógica comercial particular: “La carrera de un libro durante muchas semanas o muchos meses implica una concepción de la creación, de la difusión y de la distribución completamente diferentes”.

Esta concepción distinta de los libros ya apareció en un texto de Diderot, *Carta sobre el comercio de la librería*: “Un error que veo cometer sin cesar a aquellos que se dejan guiar por las máximas generales es aplicar los principios de una manufactura de tejidos a la edición de un libro”. Una temprana reivindicación de la famosa excepción cultural, tan odiada por los políticos neoliberales y sus intelectuales de cabecera.

En 1977, Lindon creó una “Asociación para el precio único del libro” y tras incesantes iniciativas logró convencer a muchos profesionales y políticos de su necesidad. Pero encontró no pocas resistencias, incluso entre sus colegas, entre ellos Gallimard (que más tarde rectificó su posición), entonces encabezada por Claude Gallimard (el hijo de Gaston, el fundador). Y también

entre ciertos librereros, con su desconfianza proverbial hacia los editores. Desde entonces, también en 1977, Mitterrand, en una carta a Lindon, tomó posición públicamente en favor del proceso y luego, ya en el poder, lo apoyó sin reservas.

Si la gestación de la ley resultó laboriosa y accidentada, más aún lo fue su puesta en marcha, tal como en el libro citado se describe de forma apasionante (apasionante para la gente del gremio, *bien entendu*). Recordemos el clima de los años ochenta, con Ronald Reagan y Margaret Thatcher en el poder, conspicuos e influyentes neoliberales. Por una parte, hubo la tenaz oposición de las grandes superficies, encabezadas por Leclerc, y también de la Fnac, que intentaron toda clase de subterfugios al borde de la ley o directamente fuera de la misma, en un claro pulso al gobierno. Pero incluso en el propio gobierno se enfrentaron sordamente Jacques Delors, ministro de Economía y Finanzas, y Jack Lang, ministro de Cultura. Y también se produjo la hostilidad de la magistratura, reacia a aplicar medidas ante las innumerables infracciones a la ley, así como la de los policías que debían ejecutarlas, al considerarla desfavorable para los consumidores (un ejemplo más de la necesaria pedagogía que debe hacer frente a esas opiniones miopes o desinformadas o interesadas). Después de numerosas trifulcas y de una intensísima labor de Jack Lang y su equipo en Francia y en Europa, en 1985 se aprueba una nueva ley que, conforme al tratado de Roma, refuerza la anterior y autoriza al gobierno a instituir sanciones penales frente a numerosas acciones ilegales, como la reimportación de libros impresos en otros países con conspicuos descuentos.

En 1986 la situación parece estable, después de cuatro años de tensiones varias, hasta que, en la primavera de dicho año, una coalición de derecha, encabezada por Jacques Chirac, toma el poder y se produce por primera vez la llamada “cohabitación”: un presidente socialista, Mitterrand, y un primer ministro conservador, Chirac. Un gobierno con un programa de inspiración thatcheriana, con un nuevo ministro de Cultura, François Léotard. Los adversarios del precio único se frotan las manos, presionan rápidamente para la abolición de la ley, las grandes superficies multiplican los descuentos (rigurosamente ilícitos), la Fnac lanza una campaña estentórea “¡Libertad para los libros!”, pidiendo a sus clientes que se adhieran a ella, etcétera.

Sin embargo, y así lo confirman los archivos consultados para la elaboración del libro citado, tanto el nuevo presidente como el ministro de Cultura se oponen a este vuelco, creen que la ley Lang es beneficiosa. Así,

Jacques Chirac, dos meses después de su nominación, en una entrevista televisiva a la pregunta de si el precio del libro sigue bloqueado responde categóricamente: “Sí, porque es una ley que nosotros hemos votado, les recuerdo que la ley se ha votado unánimemente en la Asamblea. Esto permite decirnos que el liberal que soy yo, considera que los productos culturales no son exactamente productos como los otros”. (Un inciso importante: Jean-Sébastien Dupois, que estuvo al frente de la Dirección General del Libro y de la Lectura, desde 1993 a 2003, nos revela en el libro que “había una relación muy antigua entre Chirac y Lindon. Ello explica que la decisión de Chirac ya estuviera tomada y que estuviera fuera de lugar revisarla. Por lo demás, Chirac lo expresó nítidamente cuando tomó la palabra en el homenaje organizado por el Sindicato Nacional de la Edición, en junio de 2001, cuando el fallecimiento de Lindon.)

En cuanto al ministro de Cultura, afirma: “Voté este texto como diputado y mi posición a favor del precio único no ha cambiado desde entonces”. (Inciso español: benditos liberales franceses, qué diferentes de nuestros presuntos liberales, Aznar y compañía, cuando tomaron el poder, que intentaron tenazmente cargarse el precio único y, si no hubiera sido por la aún más tenaz oposición del sector del libro, casi lo habrían conseguido.)

A partir de entonces, la oposición se hace mucho menos virulenta, exceptuando la esperada hostilidad de las grandes superficies. Por el contrario, la evolución de la fnac, ya con una nueva dirección, puede calificarse de ejemplar, según los autores del libro. Opta por desmarcarse de Leclerc; en un comunicado (prudentemente anónimo) se afirma: “La fnac estima que las grandes superficies se sitúan automáticamente fuera de la ley, mientras que nosotros deseamos aparecer como un *partenaire* y no como un adversario de los pequeños libreros”; en resumen, dice *Le prix du livre*, “les inquietaba ser confundidos con saldistas desprovistos de ambición cultural”. Subrepticamente, se ha ganado la batalla de la opinión.

En el apartado de debates que sigue a la crónica y análisis de la ley Lang, interviene en primer lugar el propio Jacques Lang, quien afirma: “La ley sobre el precio único del libro se inscribía en una visión de la cultura y de la política de la cultura según la cual los bienes culturales no son asimilables a las mercancías ordinarias y la concentración es la enemiga de la libertad y de la creación”. También evoca las medidas anticoncentración respecto al cine y lo necesario de “apoyar, en todo el país, una capilaridad, una multiplicación

de creación y de mediación y limitar la concentración...”. Y constata, ya en 2006: “De eso estamos lejos, evidentemente, hoy en día”.

Lang repasa los múltiples obstáculos y la necesidad de proceder rápidamente, instigado por Lindon, para poner en marcha una ley de tanto carácter emblemático, de “ruptura con una concepción más tradicional — otros dirán: mercantilista o liberal de la cultura—”. En resumen, “puede decirse que fue una especie de *Blitzkrieg*”. También rememora la reacción de la prensa: contó con el apoyo, importantísimo, de *Le Monde*, pero con la oposición de un órgano de izquierda tan cualificado como *Liberation* o con las muchas reticencias de *Le Nouvel Observateur*. Lo que nos recuerda que la postura a favor del precio fijo no resulta obvia de inmediato; precisa de una reflexión atenta, de cierto esfuerzo intelectual, de un conocimiento profundo y sin apriorismos del sector del libro. El propio Jack Lang afirma: “Esta ley traducía también una visión cultural que podía parecer elitista, y que, sobre todo, apostaba por el futuro, contra el sentido común de la época”. Por otra parte y por fortuna, tenemos dos ejemplos históricos (teorías y especulaciones aparte): el efecto positivo del precio único en Francia, a lo largo de los últimos veinticinco años, y las pésimas consecuencias que ha tenido su abandono en el Reino Unido. Jack Lang también considera:

Hemos observado muy pronto una multiplicación de infracciones (a la ley). Digámoslo: la policía o la gendarmería, los prefectos, los órganos ejecutivos locales, no han estado muy arrojados, y por otra parte se entiende: denunciar infracciones de grandes superficies que hacen que libros u otros productos sean más baratos, ¡es un tanto duro! [...] Luego, ante el tribunal, hay que convencer a los magistrados, aunque, en principio, no hay que convencerlos, están ahí para aplicar la ley. Pero pongámonos en su lugar, se enfrentan a gente infractora porque han decidido otorgar un descuento.

Lê Nhat Binh (que perteneció a la dll, la Dirección General del Libro y de la Lectura, entre 1982 y 1985) muestra también su comprensión.

Id a explicarle al público que preparábamos el futuro, que trabajábamos para el futuro del territorio, que era por el porvenir de la creación, por la diversidad editorial... Creo que la gente no podía entenderlo. Y pienso que esto sucedía incluso en el más alto nivel de los cuadros de la Administración del Estado que tenían que aplicar la ley, en particular los magistrados.

El editor Christian Bourgois, que era en 1986 vicepresidente del Sindicato Nacional de la Edición y presidente de la comisión de los adelantos sobre recaudación en el ámbito cinematográfico, evoca su encuentro con un íntimo colaborador de François Léotard, ministro de Cultura con Chirac: “Tengo dos *dossiers* ‘indefendibles’ que voy a defender ante usted: no habrá más cine francés si se suprime el adelanto sobre recaudación, no habrá más edición

francesa si se suprime el precio único”.

El apartado de debates acaba con las palabras de Jean-Sébastien Dupuit (director de la dll, 1993-2003, y consejero técnico del ministro Léotard, 1986-1988): “¿Las próximas generaciones compartirán estos valores? La verdadera pregunta sobre la política del libro reside aquí y no en los dispositivos de la ley, que no son sino troncos en el río...”

Aunque prefiero terminarlo con la última intervención de Jack Lang en el debate:

Podríamos haber sido temerosos ante el cambio de gobierno en 1986, pero en ese momento estábamos protegidos por los compromisos que se habían establecido. Y además debe decirse que los profesionales finalmente se habían incorporado a la causa, y por tanto se habían convertido en el escudo de un texto que hoy en día es alabado por casi todos. Se cree que ha sido fácil, pero en realidad era un texto que se había enfrentado al sentido común y que había sido defendido por una minoría esclarecida y combativa. Cuando un puñado de gente tiene tal fuerza de voluntad, puede a veces mover montañas.

Pero no quisiera dejar de mencionar a Jean Gattégno, director general del libro con Lang, del que fue colaborador fundamental, y también, y este dato es importantísimo, director con Chirac (éste demostró, en el ámbito de la cultura, su talante de auténtico liberal). Jean Gattégno, a quien tuve la fortuna de conocer personalmente, fue también un extraordinario traductor (de Lewis Carroll, por ejemplo, por lo que el *nonsense* no tenía secretos para él, lo que posiblemente le fue de gran utilidad en tan accidentado proceso).

En resumen, como hemos visto, destacan cinco grandes actores en tan dificultoso recorrido. El infatigable y audaz Jack Lang, algo así como un “pájaro loco” nada loco; Jean Gattégno, intelectual sutil y gran trabajador; el presidente Mitterrand, que apoyó sin reservas la ley; el presidente Chirac, que, desde el bando políticamente opuesto, le dio la necesaria y definitiva continuidad; y quizá, por encima de todos, la autoridad moral, el diagnóstico pionero de la gravedad de la situación y la atenta vigilancia del editor Jérôme Lindon. No en vano, en un artículo reciente en la prensa cultural francesa se sostenía que, en realidad, esa benéfica ley debería quizá llamarse ley Lindon.

México

La situación de las librerías en México, aunque algunas de ellas sean excelentes, es muy preocupante: hay un déficit alarmante, con el deterioro cultural relevante.

Gabriel Zaid publicó en 2005 en *Letras Libres* un artículo sobre la situación de las librerías en México. Un año después, en junio de 2006, la misma revista publicó el mismo texto, ampliado, que fue una instigación fundamental para que el Congreso aprobara una nueva Ley del Libro que consagró el precio único en México, un país que se regía por los grandes descuentos en las grandes librerías o cadenas de librerías, con sus pésimas e inevitables consecuencias.

Zaid argumentaba cómo “los grandes descuentos inflan el múltiplo: obligan a subir el nivel general de precios. Es algo artificial, que sirve para forzar a los lectores a concentrarse en unas cuantas librerías, donde les bajan los precios previamente inflados [...] ¿Y qué ganaron los lectores? Un país cada vez más desierto de librerías”. Y describía el “oasis” de la Gandhi, que “ya no necesitaba competir en servicio...” Y “el secreto de las grandes rebajas” es que los grandes libreros privilegiados por los descuentos, “los libreros favoritos” (forzadamente “favoritos”), no es que vendan más barato sino que los otros tienen que vender más caro, al tener un descuento menor.

Zaid saca conclusiones tan razonadas como inapelables: “Que el precio no sea fijo favorece a los favoritos”, los cuales, “polarizando la concentración del mercado, ganan poder de compra y venta”. Y finalmente: “¿Gana el público? No. Si todos los libreros vendieran al mismo precio, todos los compradores comprarían al mismo precio ‘rebajado’ que reciben los compradores del favorito”. Prosigue: “¿Ganan los editores? Finalmente, no. La competencia desleal arruina a muchas librerías. Los editores, finalmente, pierden lugares de exhibición para sus libros y pierden ventas. El favorito no absorbe a todos los clientes de las librerías que cierran, porque algunos dejan de comprar, los libros son prescindibles”. Y un colofón de eficacia incontestable: “Hay testimonios europeos de que el precio fijo baja el nivel general de precios”. (Por cierto, la prensa cultural francesa ha seguido atentamente el proceso de la Ley del Libro en México.)

En una reciente visita mía a dicho país, en agosto de 2006, el tema de la implantación del precio único se consideraba prioritario y necesario en el sector. Y no sólo por parte de libreros independientes, sino también por macrolibrerías como la propia Gandhi, y asimismo por editores independientes, entre ellos Marcelo Uribe, del sello Era, que ha sido uno de los máximos impulsores de la iniciativa, en sintonía con grandes editoriales como Trillas, Santillana o Random: se consideraba ya, a todas luces, que la situación actual era insostenible. Pero la Ley del Libro, tras ser aprobada por

unanimidad en la Cámara de Senadores el 6 de marzo, y por mayoría en la de Diputados el 26 de abril, fue inopinadamente vetada por el entonces presidente Fox, en las postrimerías de su mandato presidencial.

Ricardo Nudelman, prestigioso librero y editor durante casi cuarenta años en Argentina y México (donde por cierto fue, durante muchos años, la mano derecha de Mauricio Achar, el propietario de las librerías Gandhi, precisamente las que ofrecían los mayores descuentos), escribió el 22 de octubre, en *Día Siete*, un significativo artículo: *El veto del retroceso*.

Nudelman afirma que (para variar) el tema del precio único “no fue bien explicado ni entendido”. Y aclara:

El precio de los libros siempre fue fijado por los editores e importadores. Es igual que en cualquier otro caso de una manufactura: quien fabrica fija el precio según sus costos y utilidad. Y el mercado dirá si ese precio es o no aceptable. La nueva ley del libro no modifica eso. El productor seguirá fijando libremente su precio cuando el libro es lanzado al mercado, podrá cambiarlo cuando crea que es necesario hacerlo. La diferencia que establece la nueva ley con la situación anterior es que durante tres años el precio de venta al público de cada libro —es decir, de cada uno de los títulos que se publican o se importan— deberá ser igual en toda la República.

Luego comenta dos interpretaciones intempestivas en la prensa mexicana (en *Reforma* y *Milenio*) en consonancia con las que tuvo en su día la ley Lang en la prensa francesa. Y añade:

Lo que es cierto es que durante los tres años que fija la ley desde la aparición del libro nacional o desde la importación del libro, las librerías no podrán dar descuentos al público. Insisto, en libros recién aparecidos y durante tres años. ¿Por qué creo que esto favorece a los lectores? Porque durante tres años la competencia entre las librerías se hará por la calidad del servicio y por la diversidad de la oferta y no por el precio. ¿Por qué creo que esto favorece a las librerías? Porque durante esos tres años las librerías podrán competir por calidad de servicio y diversidad de oferta, con lo cual podrán sobrevivir aunque su volumen de compra sea inferior al de los grandes compradores.

El diagnóstico de Ricardo Nudelman, apoyado en su larga experiencia (ahora en la poderosísima editorial Fondo de Cultura Económica; antes, en buena parte, como he mencionado, en Gandhi, el “enemigo” de la ley que ha dejado de serlo, como en su día en Francia lo fue la Fnac), es que no se encarecerá el precio de los libros por la eliminación de los descuentos, pero por el contrario, si no se aprueba la ley, la situación

empeorará: seguirán cerrándose librerías medianas y pequeñas, se publicarán tirajes cada vez menores de las ediciones, se encarecerá de forma ficticia el precio de los libros, etc. Es decir, retrocederíamos cada vez más. Quienes tengan los recursos económicos suficientes canalizarán sus compras de libros hacia Amazon o las distribuidoras *on line* de España. Y los que no tengan esos recursos, se las tendrán que arreglar como puedan.

Y concluye sarcásticamente: “Porque para eso somos libres”.

La nueva Ley del Libro en España

En España el sector del libro llevaba mucho tiempo reclamando una nueva ley del libro, que ha tenido una redacción laboriosa. En conversaciones privadas con Rogelio Blanco, el actual director general del libro, éste me aseguraba su apoyo rotundo al precio único.

Asimismo, en una entrevista reciente a Carmen Calvo en septiembre de este año en la revista *Mercurio*, publicada por la Fundación Lara, a la pregunta de si se mantendrá el precio único reclamado por editores y libreros, la ministra respondía de forma inequívoca:

Absolutamente. Está acordado por el Consejo de Ministros. Pensamos que los libros no son meros objetos de consumo o simples mercancías. El libro es un objeto de cultura con valores propios (libertad, creatividad, reflexión, silencio, diversión), ajenos a los puramente monetarios. Vamos a mantener el precio único para que nadie juegue al alza o la baja con el libro. La cultura no puede vivir sólo del mercado ni sola en el mercado.

Bien, no ha sido exactamente así. Para los libros de texto el precio es libre, pero se han suprimido los descuentos; con ello se pretende evitar que se exhiban como señuelo dichos descuentos en grandes superficies. Para Fernando Valverde, presidente de la confederación del Gremio de Libreros, el precio libre “no es la solución, aunque es lo menos malo [...], al menos, con el precio libre el pequeño y mediano librero podrá defenderse mejor de las grandes superficies”. Sin embargo, no pocos libreros se manifiestan escépticos de las ventajas prácticas respecto a la situación anterior; también se lamentan por la falta de coraje político por parte del PSOE, el partido en el poder, para anular el decreto de 2000 y regresar al precio fijo, lo que podría considerarse impopular (de nuevo el temor, comprensible, a la fácil demagogia), razón por la cual se ha impuesto una *Realpolitik* algo timorata.

Por su parte, Emiliano Martínez, presidente del Gremio de Editores, consideraba que “la situación anterior del libro de texto era insostenible y muy dañina para la pequeña librería”, aunque “el precio libre no va a resolver el problema de una manera definitiva”. Uno de los negociadores del sector editorial me comentó que una vez obtenido el acuerdo entre el Partido Socialista y el Partido Popular, un acuerdo nada frecuente en estos tiempos, se optó por blindar a largo plazo el precio único, consensuado por el PSOE, el PP y los profesionales del sector.

Quizá a modo de compensación, el objetivo prioritario ha sido la promoción de la lectura y la modernización de las bibliotecas con fondos por valor de 431 millones de euros. En palabras de Antonio María de Ávila, director ejecutivo de la FGEE, “la inversión es notable comparada con lo que supone el gasto habitual en España y nos gustaría que esta cifra fuera aumentando para paliar el retraso histórico”. Actualmente, la oferta en España es de un libro por habitante, mientras en el resto de Europa es de dos como media.

A modo de colofón provisional

He puesto tanto énfasis en la Ley del Libro porque es absolutamente necesaria. Necesaria pero no suficiente. Es como un dique ante las oleadas de globalización, hiperconcentración y banalización de la cultura. Un dique que hay que apuntalar día tras día.

Así, Benoît Bougerol, presidente del Sindicato de la Librería Francesa, ha afirmado el 16 de noviembre en *The Bookseller*:

Las librerías independientes francesas tienen los días contados, el sistema actual puede desmoronarse como un castillo de naipes en un lapso de entre 5 y 10 años. Las grandes librerías independientes han sido absorbidas, las pequeñas apenas pueden subsistir, sólo las medianas logran mantenerse a flote [...] A pesar de la ley Lang sobre el precio único, las librerías independientes están seriamente afectadas por la contracción del mercado, el aumento de ventas en los supermercados y de libros electrónicos, el aumento de los alquileres, salarios y transportes.

En España estamos, entre otros, ante un problema importante: el de la distribución, afectada por el recorte de “referencias” —es decir, el número máximo de títulos a adquirir, el *numerus clausus*— no sólo por las grandes superficies (como hasta ahora) sino también por algunas buenas librerías independientes, ante el endurecimiento del mercado. Pese a todo ello, y como dato optimista, asistimos a una notable floración de editoriales independientes con vocación cultural, desde luego en España y también en Italia o Francia. En América Latina, después del gran desembarco de los grandes grupos transnacionales con sede en España, en los últimos años aparecen nuevas editoriales, aquí y allá, en Argentina, México o Perú. La pulsión editora es inextinguible, la insatisfacción ante el *statu quo* cultural se expande, se puede y se debe luchar por un futuro mejor, más rico y más satisfactorio culturalmente.

Entrevista para “Perfil”, por la publicación de “Por orden alfabético”[*]

1. *¿Cómo surgió la idea de escribir Por orden alfabético?*

Más que querer escribir, deliberadamente, *Por orden alfabético*, reuní una gran cantidad de artículos o textos de conferencias escritos en los últimos años, que estaban desperdigados en carpetas y archivos. En realidad, llegó un momento en que el libro tenía el doble de extensión, seguían otras secciones, pero, al ver el mamotreto ya compuesto, me pareció decididamente indigesto y opté por publicar sólo la primera parte: los retratos, perfiles o bocetos dedicados a cuarenta y ocho escritores y editores. Pienso que *Por orden alfabético* conforma, junto con mis otros cuatro títulos, una suerte de crónica sobre cierta forma de entender (y practicar) la edición en las últimas décadas. Destacando e intentando hacer vívidas las figuras de los protagonistas, es decir los escritores de Anagrama, en especial, y también algunos de los muchos colegas cuya labor aprecio y admiro. Y yo soy como un itinerante actor secundario, el hilo conductor de esas crónicas (que ya empiezan a configurar un macrorrelato algo excesivo).

Un dato importante para destacar es que todos, o casi, son textos “bajo pedido”: de periódicos, revistas, universidades, coloquios. Por ello, al no haber petición expresa, faltan algunos autores importantes de la editorial y amigos muy queridos. Por ejemplo, Paul Auster (nada menos),^[1] Luis Goytisolo o Alfredo Bryce Echenique.

2. *En este libro, usted habla de la generación latinoamericana del boom de los sesenta, y también del British Dream Team de la literatura inglesa, en los ochenta... ¿Cuáles son los factores que intervienen en el surgimiento de una generación o de un boom para que sea reconocida como tal?*

Quizá los movimientos literarios conjuntos o coincidentes en el tiempo, etiquetados como tales, más significativos en las últimas décadas hayan sido el Nouveau Roman francés, el *boom* latinoamericano, el llamado *British*

Dream Teamy la irrupción de la literatura angloindia.

El Nouveau Roman surgió amparado por un extraordinario editor, Jérôme Lindon, al frente de Les Éditions de Minuit, propulsado por un combativo teórico y estratega, Alain Robbe-Grillet, que a la vez era uno de los novelistas del mismo grupo, con Claude Simon, Samuel Beckett, Michel Butor, Marguerite Duras y Natalie Sarraute como los más destacados. Y una famosa foto con los autores y Lindon, posando frente a Minuit, sirvió de eficaz reclamo mediático. Como casi siempre sucede con esas agrupaciones no espontáneas, todos los componentes del Nouveau Roman afirmaban que no escribían Nouveau Roman.

Tampoco la etiqueta *British Dream Team*, el de Amis, Barnes, Ishiguro, Kureishi, McEwan, Swift (también por orden rigurosamente alfabético), les gusta a algunos de ellos (el gran escritor siempre es Único, y cada vez más Único según avanza triunfalmente en su carrera). Pero al parecer ha sido mediáticamente eficaz, ya que no muy original ni glamourosa. Pero, olvidando la etiqueta, después de los años setenta, en los que la narrativa inglesa estaba considerada bastante *parochial* y poco estimulante, coincidió una extraordinaria generación, cosmopolita y atrevida, tanto de escritores británicos —Martin Amis, Julian Barnes, Ian McEwan, Graham Swift— como de los llamados angloexóticos —Salman Rushdie, Kazuo Ishiguro, Hanif Kureishi, Timothy Mo. Con puntos de apoyo como la entonces imprescindible revista *Granta* y la creación del Booker Prize (ideado por el gran editor Tom Maschler, al frente de la editorial Jonathan Cape).

Respecto al famosísimo *boom*, muy poco puedo añadir a lo mucho escrito: constatar la coincidencia en el tiempo de jóvenes escritores talentosísimos como García Márquez, Vargas Llosa, Cortázar, Fuentes y otros, con el apoyo de editores como Carlos Barral o Paco Porrúa, en Sudamericana, y la agente Carmen Balcells, y el momento unificador y luego disgregador de la Revolución cubana.

En cuanto al *boom* de la literatura angloindia, que fue comparado por su originalidad, capacidad de sorpresa y altura literaria con el latinoamericano, se inició en los años ochenta, a raíz del gran éxito de *Los hijos de la medianoche* de Salman Rushdie. Otros acontecimientos literarios memorables fueron *El dios de las pequeñas cosas* de Arundhati Roy y *Un buen partido* de Vikram Seth. Pero nunca se planteó como grupo organizado y, por otra parte, parece que, pese a los excelentes autores que han ido apareciendo, ninguno se aproxima a los tres mencionados, ni en prestigio

literario ni en número de lectores.

Más recientemente se han producido operaciones más (o muy) deliberadamente programáticas, como Mc'Ondo desde Chile o el *crack* desde México, pero, comparados con los antes citados, de mucho menor cubricaje literario (quizá compararlos sea algo *unfair*).

3. *¿Puede señalar, hoy, un foco de nuevos escritores que estén bajo esas condiciones?*

Le pediré prestada a Bolaño alguna de sus listas (le encantaba hacerlas, como consta en sus escritos) de aquellos escritores en lengua española de su generación que consideraba más talentosos. Si bien recuerdo, los más asiduos en las mismas eran los argentinos Rodrigo Fresán y Alan Pauls, el guatemalteco Rodrigo Rey Rosa, los españoles Enrique Vila-Matas y Javier Marías o los mexicanos Juan Villoro y Daniel Sada. Un puñado de escritores, con frecuencia amigos personales, que parecían haberse desembarazado, con notable soltura, de la ansiedad de las influencias.

4. *En Por orden alfabético usted menciona las reseñas que se hicieron de sus autores en muchas oportunidades. ¿En su opinión, qué papel tiene la crítica en el campo literario?*

Hace ya mucho tiempo que el mandarinato crítico es cada vez menos funcional para suscitar grandes ventas, pero las reseñas entusiastas, escritas por críticos de valía, al menos masajean el ego del escritor (con su inseguridad casi obligada) y secundariamente el del editor. Aunque recuerdo bien, porque me afectaron favorablemente como editor, la eficacia de dos críticos de *El País*: Rafael Conte apoyando a Álvaro Pombo y Albert Cohen, e Ignacio Echevarría a Roberto Bolaño, Ricardo Piglia y César Aira.

La hipótesis más habitual es que los libros (me refiero en especial a la *literary fiction*) se venden cuando tras una suma de estímulos mediáticos cuanto más simultáneos mejor —reseñas, entrevistas, reportajes—, se desencadena el imprescindible boca-oreja.

5. *En el libro cita a Bourdieu —uno de sus autores— específicamente, cuando habla de la concentración empresarial y la globalización con su consecuencia paradójica: el empobrecimiento cultural a causa de la sobreproducción. ¿Cuál es su posición en este aspecto?*

Estoy completamente de acuerdo con Bourdieu. Y también he escrito y

“perorado” sobre el tema en innumerables ocasiones. Pero éstas son las características del terreno de juego (hiperconcentración, globalización, sobreproducción, banalización) y debemos utilizar las armas más pertinentes (y una obstinación a prueba de bombas) para maniobrar en el mismo. Peleando a la contra.

6. *Incluye un capítulo dedicado a Salvador Pániker, editor de Kairós, una de las editoriales más importantes en filosofía oriental, autoayuda y la llamada “metafísica”. ¿Por qué cree hay tanta demanda de estos géneros en la actualidad?*

Quizá el desconcierto, la inseguridad, la desolación: agarrarse a un clavo ardiendo, huir de la inconfortable lucidez. Yo, quizá por desdicha o por insuficiencia, soy laico, en fin, ateo sin fisuras ni ilusiones póstumas.

7. *¿Por qué cree que el género poesía no es redituable?*

Más que creencia, se trata de una constatación casi inexorable, según opinión generalizada. Yo apenas he publicado poesía y si lo he hecho ha sido siempre por alguna cuestión personal, de amistad con el autor o con el traductor; o bien para añadir algún libro de poesía de un autor al resto de la obra en prosa publicada en Anagrama. Así, *Del natural* de Sebald, que, por cierto, estuvo muchas semanas en las listas de *bestsellers* de poesía mientras que las ventas no llegaron a dos mil ejemplares: *ergo*, la poesía no se vende. Claro que pueden producirse fenómenos con determinados autores (cuya calidad literaria no es siempre deslumbrante), desde Neruda a Joaquín Sabina, pasando por García Lorca, Benedetti, Antonio Gala o Mao Tse-tung, si bien éste tenía la ventaja del lector muy cautivo.

8. *En el capítulo dedicado al editor independiente Morgan Entrekin, habla del momento en que un autor se va de un sello, como fue el caso de Cold Mountain, un inesperado bestseller. ¿Por qué cree que sus autores son tan fieles?*

Me halaga la pregunta, pero la fidelidad total no sólo es imposible sino también inexigible ante ofertas tan desmedidas como las que a menudo proponen los grandes grupos. Y aunque los resultados no les resulten nada rentables, pueden asumirlo y de paso debilitan a la competencia. Una típica conducta a lo *dumping*. Y mejor no olvidar la frase de *El Padrino*: “Le haré una oferta que no podrá rechazar”. O la del gran Oscar Wilde: “Puedo resistir

cualquier cosa menos la tentación”. Dicho esto, muchísimos de nuestros autores han persistido en querer publicar con nosotros y posiblemente no se han sentido defraudados.

9. *¿Cuál es su relación con la obra de Enrique Vila-Matas? Él habla frecuentemente de Anagrama como su condición de posibilidad de escritura.*

A finales de los sesenta conocí a un jovencísimo Vila-Matas cuando era un colaborador de la revista *Fotogramas*. En los setenta, escribí trabajosamente cuatro libros, muy primerizos pero que empezaban a emitir destellos, y en 1984 lo publiqué en Anagrama por primera vez. El libro se llamaba *Impostura*, quedó finalista en nuestro primer concurso de novela, y mejoraba notablemente sus libros anteriores, aunque seguía siendo algo insatisfactorio. Pero ya con el siguiente, *Historia abreviada de la literatura portátil*, Vila-Matas se convirtió en Vila-Matas, de quien en *Les Inrockuptibles* de la semana pasada se afirma que es “el mayor escritor español del momento”. Pero el trayecto no ha sido fácil. Pese a los aciertos literarios de sus libros y las tempranas traducciones que empezaron a conseguirse, no llegó a un público relativamente amplio hasta el año 2000, con *Bartleby y compañía*. Y desde entonces se han sucedido los galardones más prestigiosos y ha visto cómo se consolidaba el número de sus lectores.

En Anagrama ha encontrado un editor que ha creído en él, que ha leído con extrema atención sus manuscritos y que lo ha ido publicando pese a la relativa indiferencia, aunque con el entusiasta apoyo de los *happy few*, durante bastantes años: en resumen, Vila-Matas tenía la seguridad, el sosiego, de un apoyo (aunque la calidad de su obra le pertenece exclusivamente a él). Por otra parte, hemos conseguido, con la constante dedicación de Lali Gubern, un gran número de traducciones, no ya ahora (que resulta muy fácil), sino en sus épocas minoritarias. Y ahí quiero destacar a mi gran amigo y colega Christian Bourgois, que lo ha ido publicando en Francia desde *Historia abreviada de la literatura portátil*, al principio casi confidencialmente y ahora como un autor muy consagrado también en Francia.

10. *¿Pueden objetivarse, de alguna manera, los criterios de “publicabilidad”? ¿Cómo es en su caso?*

Los criterios pueden ser: calidad literaria, dotes exploratorias, ambición intelectual, una voz nueva (o razonablemente nueva), el palpito de encontrar

a un escritor incipiente con futuro, la empatía con el catálogo de Anagrama. Y que seamos capaces de detectarlo sin demasiados errores.

11. *¿Cómo piensa que afectará en un futuro a la industria editorial el proyecto de Google de armar bibliotecas on line en la web a tan gran escala?*

Me temo que, por ahora, la pregunta sobrepasa mi nivel de respuesta.

12. *¿Cuáles son sus referentes editoriales? ¿Por qué?*

En mis inicios, muchos y variados, empezando por José Janés y luego Carlos Barral (en su época de Seix Barral), los dos grandes editores literarios españoles de los años cuarenta, cincuenta y sesenta. Cuatro editores fuertemente politizados (de izquierdas, naturalmente): José Martínez (Ruedo ibérico), Giangiacomo Feltrinelli, François Maspero, Armando Orfila (Siglo XXI). En Argentina, López Llausás y su asesor literario, Paco Porrúa, que lanzaron (desde Sudamericana) a García Márquez y Cortázar, y Gonzalo Losada, que publicó a tantos autores españoles exiliados, además de a Kafka y Sartre. Dos editores, Gallimard y Einaudi, creadores de dos amplios, ambiciosos y espléndidos catálogos. Y para terminar, aunque ésta es una lista abreviada, Jérôme Lindon (Les Éditions de Minuit), un ejemplo editorial, literario, político y moral.

13. *¿Cuál es el escritor de su sello que menos vendió? ¿A qué lo atribuye?*

Ya sé que en el Tour de Francia el llamado “farolillo rojo”, el último clasificado, tiene cierto prestigio (más bien chusco), pero... En fin, le diré que, por desgracia, algunos de nuestros mejores autores han tenido pocos lectores. Así, José Bianco, Alejandro Rossi, Rodolfo Wilcock o Giorgio Manganelli, por citar escritores extraordinarios. Bueno, Mallarmé tampoco vendió tanto y, como es archisabido, Stendhal confiaba en los lectores de los siglos futuros (y acertó).

14. *Para los autores latinoamericanos, publicar en su editorial es una instancia consagratoria. ¿Qué necesita, además de talento, un autor de estos pagos para publicar en Anagrama?*

Creo que exagera, pero mi papel no es disuadirle. Se edita con los mismos criterios de “publicabilidad” que antes he mencionado. Y con un factor nuevo: en estos últimos años publicamos también a los autores latinoamericanos simultáneamente en España y en sus respectivos países, a

precios totalmente competitivos, lo que nos da mayor capacidad de maniobra. Así, en Argentina (y España) hemos editado a Ricardo Piglia, Alan Pauls, Eduardo Berti, Andrés Neuman o (como casi todas las editoriales argentinas) también tenemos a César Aira en el catálogo. Y *La invasión* de Piglia la publicaremos en Argentina, España y también en México el próximo noviembre, coincidiendo con su presencia en la próxima Feria de Guadalajara.

15. *El hecho de que un autor se rodee de prestigio automáticamente cuando publica en Anagrama, ¿lo estimula? ¿Le da cierta impunidad? ¿Lo tranquiliza?*

Me estimula que ciertos autores quieran publicar en nuestro catálogo y puedan estar en compañía de escritores que admiran, que les son afines. Así, Bolaño quiso publicar en Anagrama porque allí se encontraría con Wilcock, Perec, Vila-Matas, etc. Y que Anagrama pueda ofrecer unas prestaciones profesionales que no perjudiquen ese deseo. En cuanto a la impunidad, por fortuna (y como estímulo), no existe: tras cometer unos cuantos errores garrafales, el aura posible de una editorial se desvanece por ensalmo. Hay ejemplos, bibliografía.

16. *En Argentina —como en toda Latinoamérica— se lee mucho a los autores de Anagrama. Sin embargo las traducciones, en especial aquellas obras que manejan un dialecto muy coloquial, son mal recibidas. ¿Cuál es el criterio a la hora de traducir?*

Esta pregunta surge inevitablemente en todas mis conferencias o coloquios en América Latina. Para no alargarme (todavía más) pienso que el problema surge en especial en las novelas con mucho diálogo, y agravado si es muy argótico. Sólo se solucionaría con una traducción para cada país (y a veces para varias regiones de un mismo país). Con frecuencia propongo un caso: *Trainspotting* de Irvine Welsh. Con su jerga escocesa y además “drogata”, al lector londinense le resulta tan difícil captar enteramente los diálogos como al lector argentino los de la traducción española. En la versión cinematográfica, en Estados Unidos resolvieron el dilema subtitulando los diálogos al “americano”. Y debo añadir que nuestro plantel de traductores, que coordina desde hace años Teresa Ariño, una excelente profesional, recibe en España gran número de alabanzas.

17. *¿Usted siempre se rodea de los mejores?*

Intento rodearme de los mejores autores, los mejores colegas, los mejores colaboradores, y a ser posible (que a menudo lo es) divirtiéndonos. De acuerdo con las posibilidades económicas de la editorial y con el inevitable método del ensayo y error. Pero me parece indudable que, desde principios de los años noventa, en los que Anagrama alcanzó un sosegado financiamiento, el equipo de colaboradores es cada vez más amplio, compacto y eficaz. Y por cierto, una colaboradora muy eficiente es una lectora argentina, Susana Lijtmaer, vinculada a Anagrama desde hace muchos años. Y, asimismo, en bastantes (aunque todavía no todos) países latinoamericanos nuestros distribuidores tienen un muy alto nivel, empezando por Riverside en Argentina, y también en México, Chile y Uruguay, como más destacados.

Entrevista para la revista “Grifo”[*]

1. *Hemingway se quejaba, en su correspondencia con Maxwell Perkins, de que la vida de sus libros era demasiado breve. Por buenos y aclamados que ellos hubieran sido, tarde o temprano desaparecían para siempre de las librerías. ¿Puede un buen editor paliar o neutralizar ese problema?*

Un editor lo que puede intentar es que sus libros sean lo menos perecederos posible y mantenerlos testarudamente en su catálogo. En el caso de Anagrama tenemos la fortuna de tener en el catálogo buen número de libros que han resultado ser *longsellers* durante décadas, gracias a autores que van desde Kerouac o Burroughs hasta Kapuściński o Auster. O “rarezas”, libros únicos o casi, como *La conjura de los necios* de John Kennedy Toole, *La melancólica muerte de Chico Ostra* de Tim Burton, *84, Charing Cross Road* de Helene Hanff. O la más reciente, *Los girasoles ciegos* de Alberto Méndez.

2. *Muchas veces has mencionado las operaciones “punitivas” que el franquismo desarrollaba contra Anagrama. ¿Estuvo alguna vez la editorial en fase de perecer?*

Las acciones “punitivas” (en realidad, las comillas sobran) más temibles fueron los secuestros de libros, de los que Anagrama sufrió diez o doce. Y no sólo en vida de Franco sino también durante el gobierno de Arias Navarro, su inmediato sucesor, siniestro personaje, o dicho de un modo ligeramente más amable, “un desastre sin paliativos”, según palabras muy comentadas de Juan Carlos de Borbón en el *New York Times*, cuando aún tenía que soportarlo. En cualquier caso, para Anagrama aquéllos resultaron los últimos y gravosos estertores del franquismo en el gobierno.

Pero la crisis que pasó con mayor peligro Anagrama sucedió algo después, a finales de los setenta. Se combinaron varios efectos, fundamentalmente dos: una grave crisis de nuestra distribuidora, Enlace, que

logró sobrevivir a duras penas, y el llamado “desencanto”, que convirtió en obsoletos los libros políticos (y también las revistas, que desaparecieron todas) que, paradójicamente, habían contribuido a impulsar la transición. Entonces, una parte apreciable del catálogo de Anagrama tenía una fuerte coloración política, izquierdosa, por lo que sufrió la pérdida de lectores consiguiente.

3. *Con el boom hispanoamericano los editores ibéricos promovían / vendían a los grandes autores latinoamericanos en América Latina. ¿Crees que sea posible hoy repetir un fenómeno semejante? ¿Es todavía un buen negocio?*

Pienso que el *boom* es irrepetible, como todos los fenómenos propiamente dichos, muchas circunstancias han cambiado, las variables de la ecuación han variado demasiado. Por otra parte, exceptuando un número más bien reducido de autores, creo que la expresión “buen negocio” es discutible. Pero sí es cierto que los escritores latinoamericanos circulan con mayor fluidez. Recientemente se dice que se ha pasado a cierta regresión: de nuevo los compartimentos estancos, la “balcanización”. Y se ha subrayado que, en el ámbito hispánico, a los autores latinoamericanos les cuesta ser conocidos, por no decir editados, fuera de sus países respectivos.

En Anagrama, de forma voluntarista pero con moderado éxito, intentamos ir a contracorriente. Publicamos cada libro al menos en su país de origen y en España de forma simultánea, e intentamos distribuir en los otros países lo más activamente posible.

4. *¿Hay algún libro en tu catálogo que nunca volverías a publicar?*

Creo que los volvería a publicar todos en el momento en que lo hice y podría defenderlos con mayor o menor énfasis (y en no pocos casos con gran vehemencia).

Naturalmente, y ya fuera de la valoración literaria, en ocasiones hemos pagado anticipos bastante disparatados, en especial en las Ferias de Fráncfort de los ochenta. Se producía el síndrome del presunto *Libro de la Feria*, subastado a partir de fragmentos, sinopsis, etc. Y el deseo mimético, como diría René Girard, de los editores, astutamente inducidos por colegas o agentes, propiciaba apuestas poco sensatas. Por otra parte, durante toda una semana en Fráncfort, uno tenía ganas de que “pasaran cosas”, descargar la adrenalina. Algo así como tonterías más o menos juveniles.

5. *¿Hay alguno que sea tu mejor apuesta, el libro que justifica toda tu trayectoria de editor?*

Una pregunta difícil de responder para un editor en activo, consciente de los egos que apacentar o apaciguar. Pero por poner ejemplos de escritores que ya no están con nosotros, aunque su obra siga tan viva, el hecho de haber podido publicar las obras más representativas de Nabokov, Péric, Carver, Cohen, Kapuściński, Capote, Highsmith, Martín Gaité, Bukowski, naturalmente Roberto Bolaño y un largo etcétera.

6. *Una pregunta un poco tediosa, aunque inevitable: ¿existe una crisis terminal del libro en el área de habla hispana? Óscar Luis Molina plantea algo así y que ello se remonta a las restricciones impuestas a la circulación del libro en el imperio español. ¿Cuál es tu propio diagnóstico?*

No lo creo en absoluto, a menos que la hipertrofia de la oferta acabe provocando una implosión. Por el contrario, en los márgenes están apareciendo en muchos países gran número de editoriales independientes con decidida vocación literaria, que empiezan a ocupar los espacios que, diría que obligatoriamente, deben abandonar los grandes grupos por razones de rentabilidad comercial (en su escala). Como en el Festival de Edimburgo, en los *fringes* está lo mejor.

7. *Rosa Montero decía que el autor espera de su editor que se comporte con sus libros como un padre: que les dé su apellido, los vista bien, los saque a pasear y los ayude a crecer. ¿Es ésa tu propia idea de lo que es, o ha de ser, un editor?*

Rosa Montero quizá no se atreva a decir toda la verdad: el escritor espera bastante más aún de un editor.

8. *¿Qué es para ti un buen escritor?*

Buenos escritores hay muchísimos, por fortuna. En cuanto a los grandes, hay muchas definiciones posibles: por citar una, aquellos que marcan un nuevo punto de partida, una ruptura, un antes y un después. Algunos ejemplos obvios: Kafka, Joyce, Proust, Borges. Y un auténtico escritor es aquel para quien, con mejor o peor fortuna, es absolutamente necesario escribir, independientemente de éxitos o fracasos.

9. *¿Has querido escribir una novela, un libro de cuentos? ¿Se te planteó*

alguna vez una rivalidad de esa índole con tus autores?

No, descartando fantasías y esbozos muy juveniles. La actividad editorial ha sido y es demasiado intensa para ni siquiera planteármelo. Y todo lo que he escrito, demasiado quizá, son algo así como virutas editoriales, la cara B del catálogo de Anagrama.

10. *¿Crees haber cometido algún desliz parecido al que se atribuye a Carlos Barral y haber dejado tu propio Cien años de soledad en carpeta?*

Hasta el momento, no, pero no lo descarto, claro está. Naturalmente, he dejado de publicar libros que han tenido fortuna comercial, a veces muy previsible, pero que no me parecieron adecuados para el catálogo.

11. *¿Cuál te gustaría que fuese tu epitafio? (sin ánimo de ponernos trágicos).*

Le pediré prestado a mi admirado Marcel Duchamp parte del suyo, a modo de *ready-made*: “Siempre se mueren los otros”. O bien la autodefinición de Samuel Beckett: “*Bon qu’a ça*” (traducción libre: “Hizo lo que pudo”). O, dejándonos de cabriolas destinadas a una posteridad ilegible, un escueto y laico “Final de trayecto”.

12. *A riesgo de sumirnos en el cliché, ¿desaparecerá finalmente el libro? ¿Gana el Gran Hermano audiovisual en su arremetida contra Gutenberg?*

Hacer profecías, y más en los tiempos actuales, es poco sensato, pero pienso que la tribu lectora permanecerá largo tiempo, coexistirá con tribus más perezosas.

13. *¿Qué libro te gustaría encargarle a Borges si resucitara?*

Por poner un ejemplo ganso: que reescribiera, a lo Pierre Ménard, *Jorge Luis Borges, resucitado, autor de “Ficciones”*. O bien que nos argumentara (que nos despejara la duda de una posible gran broma o una aún más posible perfidia) por qué considera a Cansinos Assens el mejor escritor español de su tiempo. Y, dejándome de tonterías, que siguiera escribiendo lo que le diera la gana.

14. *A los autores chilenos de mi generación se nos ha martirizado con la exigencia de escribir la “gran novela del pinochetismo”. ¿Es posible un propósito semejante o —desde el punto de vista de un editor— una petición absurda?*

Una petición editorial sería absurda y condenada al fracaso literario, otra

cosa es intentar activar artefactos oportunistas. Pero más tarde o más temprano debería producirse, de forma a la vez, digamos, espontánea y esforzada. No conozco lo bastante la literatura chilena para poder opinar, pero *Nocturno de Chile*, de Bolaño, por ejemplo, es una especie de “operación comando”, circunscrita y fulgurante, muy lograda.

15. *Por último, una cuestión anecdótica: ¿es el Barcelona “mucho más que un club” para ti?*

Mis padres me llevaban a ver partidos del Barça a los seis o siete años y he sido un gran aficionado desde entonces, con algún bache según qué temporada de alternativas urgentes, aunque en estos últimos tiempos he regresado de nuevo con pasión diríase que infantil. Pero no soy un hinchita *pata negra*: me gusta más el buen fútbol que el Barça. Así, dejé de ir al campo durante el periodo en que Van Gaal entrenó al Barça. Y no me canso de ver jugar a Iván de la Peña, por ejemplo, primero en el Barcelona y ahora en el Español. Su capacidad del último pase imposible como la de Guti en el Madrid son variantes de arte mayor. Pero, volviendo al Barça, confío en seguir disfrutando con Iniesta y con Messi.

Entrevista para la revista “Archivos del Sur”[*]

1. *¿Cuándo y en qué circunstancias decide ser editor? Estudió usted ingeniería...*

Estudié ingeniería, “de cuerpo presente” y la mente en otros lugares, por así decir. Desde siempre me interesó la literatura y muy pronto la edición. Y en especial, desde los años sesenta, también la política. Después de algunos intentos editoriales con varios amigos, que no cuajaron, decidí lanzarme a editar solo, empezando las publicaciones de Anagrama en abril de 1969.

2. *Leí en una entrevista que usted era opositor al franquismo. ¿De qué manera se podían editar libros durante el régimen de Franco? ¿Cómo se seleccionaban los libros y los autores?*

La censura fue durísima, casi infranqueable hasta 1966. La cerrazón era insostenible para el propio régimen, y entonces se creó la llamada Ley Fraga, para dar una imagen de apertura, que permitió algunas fisuras que unos cuantos editores de izquierda intentamos ensanchar.

Se siguieron prohibiendo muchos títulos en la llamada “consulta voluntaria”, que consistía en presentar el manuscrito o bien el libro en traducción y esperar el veredicto favorable del Ministerio de Cultura antes de editar un título. Pero podía optarse por publicar el libro y esperar el dictamen del Tribunal de Orden Público, que fue mi opción después de un año de demasiados libros no permitidos por la consulta voluntaria. Dicho Tribunal podía secuestrar el libro, lo que provocaba una publicidad mediática que en principio no deseaban, aunque era un “derecho” que ejercían. Así, conseguí publicar títulos impensables, que sin duda no hubieran pasado dicha consulta. Y, de hecho, no pocos libros que habían presentado otras editoriales no habían conseguido el permiso. Como contrapartida me secuestraron una docena de títulos, me procesaron, etc. Lógicas acciones punitivas ante una política editorial abiertamente incómoda para el régimen. Pero fue un periodo

muy estimulante y satisfactorio, si uno lo puede contar.

3. *Usted ha recibido recientemente el Gran Premio de la Provincia de Buenos Aires que otorga el Gobierno de esa provincia para reconocer a personalidades internacionales por su aporte a la literatura mundial. Y también ha recibido otros premios. ¿Podría decirme si se siente satisfecho en este momento de su trayectoria?*

Todos los premios que he recibido (“los demasiados premios”, podríamos decir, parafraseando a Gabriel Zaid) han sido tan inesperados como gratificantes. Y aprecio de veras este premio de Argentina, un país que me resulta intelectualmente muy atractivo y que visito con frecuencia. Pero sin duda el mejor premio es poder seguir ejerciendo sin obstáculos imposibles el problemático oficio que elegí: la edición.

4. *Ricardo Piglia, en el acto realizado en el colegio Rafael Hernández de la ciudad de La Plata, con motivo de la entrega del Gran Premio de la Provincia de Buenos Aires, dijo que usted era un editor atento a la literatura argentina. De hecho ha editado a varios autores argentinos. ¿Le ocurre lo mismo con escritores de otros países latinoamericanos?*

No siento ningún “patriotismo” especial por Argentina, ni por ningún otro país, incluyendo España. En todo caso, sería el patriotismo de la calidad literaria, la programática atención al talento.

Para limitarme a algunas publicaciones de esta década, hemos publicado a los argentinos Ricardo Piglia, Alan Pauls, Martín Caparrós, Martín Kohan, Graciela Speranza; a los mexicanos Sergio Pitol, Carlos Monsiváis, Juan Villoro, Mario Bellatin, Guillermo Fadanelli, Álvaro Enrigue, Guadalupe Nettel; a los cubanos Antonio José Ponte, Rafael Rojas, José Manuel Prieto, Pedro Juan Gutiérrez; a los peruanos Alfredo Bryce Echenique y Alonso Cueto; a los venezolanos Alberto Barrera Tyszka y Gustavo Guerrero. Y naturalmente al gran Roberto Bolaño y a otros autores chilenos como Alejandro Zambra y Pedro Lemebel.

5. *Cuando usted recibe el original de un libro de un autor desconocido, ¿lo lee usted primero? ¿Pasa primero por un equipo editorial? ¿En el caso de publicar después ese libro, qué factores inciden en su decisión?*

Salvo casos muy excepcionales, si se trata de un autor desconocido, pasa por los severos filtros de los lectores de la casa hasta llegar a mí, que soy el

último “obstáculo”. El único motivo para publicar un libro es su calidad literaria, la confianza en el autor. Confío en que así lo demuestre el catálogo de Anagrama.

6. *Usted ha editado la obra del escritor chileno Roberto Bolaño. ¿Cómo fue la relación autor-editor entre Bolaño y usted? ¿Era difícil Bolaño, permitía que se le hicieran indicaciones, modificaciones a sus libros?*

Una de las mejores que he tenido en mi vida, sin el menor conflicto, sino todo lo contrario, confianza, afecto, complicidad y muchas risas. Me alegré mucho, al leer la famosa entrevista que le hizo Mónica Maristain, de que coincidiéramos tanto en la digamos “textura afectiva”. Puestos ya en el trabajo editorial, Roberto presentaba unos manuscritos impecables. Tuvimos alguna discrepancia muy menor en algún pasaje, en el título de un libro: gotas insignificantes en el océano de una obra tan vasta.

7. *¿Qué fue lo que ocurrió cuando usted leyó el primer libro de él?*

El primero fue el manuscrito de *La literatura nazi en América*, pero casi inmediatamente después de leerlo recibí una carta suya (entonces no lo conocía) comunicándome que ya lo había contratado una de las varias editoriales a las que lo había enviado. Me pareció excelente, muy emparentado con un libro que yo había publicado: *La sinagoga de los iconoclastas* de J. Rodolfo Wilcock, un escritor argentino que lo escribió en italiano. Luego Roberto me confirmó lo mucho que le había gustado dicho libro, y así lo dejó escrito en varias ocasiones. El segundo fue *Estrella distante*, que ya publiqué en Anagrama, una pequeña obra maestra, perfecta. Algunos críticos lo consideran quizá su mejor libro. Y a partir de entonces empezó nuestra continuada colaboración, que me resultó tan valiosa.

8. *¿A qué autores contemporáneos y clásicos le hubiera gustado editar y todavía no lo hizo?*

Muchos, desde luego. Acostumbro a citar a Borges, Juan Marsé, Eduardo Mendoza y podría añadir muchos más. De todas formas, con la gran cantidad de autores extraordinarios en el catálogo de casi tres mil títulos de la editorial, no me siento frustrado por su ausencia en el catálogo sino lo bastante recompensado con su lectura. Y aunque siempre es gratificante recuperar a grandes autores, sirvan como ejemplo nuestra Biblioteca Nabokov y la Biblioteca Capote (y la Biblioteca implícita Piglia), no lo es menos descubrir

nuevos autores.

9. *¿Cuántas horas por día dedica a la lectura?*

Muchas, pero un editor debe hacer multitud de cosas además de leer. Aunque los fines de semana intento (y casi siempre con éxito, exceptuando en los viajes) dedicarlos exclusivamente a leer, en especial manuscritos, con bolígrafo y *post-it*.

10. *¿Cuáles a su juicio son los factores que han hecho de los libros algo tan comercial como se puede observar en la mayoría de las grandes editoriales?*

Digamos que en España ha habido mucha más gente en las últimas décadas que ha accedido a la alfabetización y también a la universidad. Muchos son “analfabetos funcionales”, en expresión de Hans Magnus Enzensberger, y otros son los llamados lectores-no-lectores, es decir, lectores episódicos de los *bestsellers* aparatosos. Pero, pese a la obvia banalización, persiste un núcleo de “lectores fuertes” que permite la existencia de editoriales literarias y el triunfo, gracias al boca-oreja, de autores excelentes sin necesidad de lanzamientos especiales. Como casos recientes en Anagrama, *Los girasoles ciegos* de Alberto Méndez o *Una lectora nada común* de Alan Bennett, y podrían citarse muchos más.

11. *¿Cómo considera usted que los grandes medios imponen a ciertos autores y a otros los dejan directamente en el anonimato y la oscuridad? ¿Cuáles son los factores que inciden en esto?*

Se imponen cada vez más los llamados autores mediáticos, sin el menor interés literario, pero con potencial de ventas. Y también buenos autores literarios, como la fotogénica Zadie Smith, por ejemplo, con un glamour especial que los hace *marketables*, en dialecto financiero.

Entrevista para “Página 12”[*]

El sello y el autor

1. *Cuando empezó a publicar libros, ¿imaginó que se llegarían a editar tantos libros que hay cajas cerradas de novedades que las librerías españolas no llegan ni a abrir?*

Antes había menos producción, el mercado era casi inexistente. Ahora se leen muchísimos más libros literarios y no literarios que hace cuarenta años. Hay un exceso de producción, pero ¿quién le pone el cascabel al gato? Reducir unilateralmente sirve para que el editor, que piensa que su territorio puede ser invadido por otros, no baje su producción. En todo caso, estos excesos los corrige el mercado, pero no siempre a favor de la buena literatura. El editor tiene que intentar ser un experto en conciliar paradojas.

2. *¿Pero hasta qué punto el mercado no le impone que tenga que producir un libro exitoso, un bestseller acorde a su perfil editorial, a su público lector?*

Por razones estructurales los grandes están obligados necesariamente a tener varios *bestsellers*, porque, si no, se hunde el tinglado o despiden al editor de turno del sello que flaquea. Los editores independientes, para mantener su presencia en librerías, en la prensa cultural y en el imaginario de los lectores, necesitan que varios libros al año funcionen bien, que sean *bestsellers* literarios, que no tienen nada que ver con Ken Follet o Dan Brown. Por fortuna, en Anagrama cada año hay varios libros que de repente se disparan, como *Brooklyn Follies*, de Paul Auster, que ha vendido muy bien; *Ébano*, de Kapuściński; *Los detectives salvajes*, de Bolaño; *Tratado de ateología*, de Michel Onfray. Hay muchos libros de Anagrama que se han convertido en *bestsellers*, aunque lo más significativo de la editorial es la vitalidad del fondo: muchos autores que reeditamos constantemente se transforman en *longsellers*, como Kerouac, Carver, Capote, Tabucchi. No

hemos ido a buscar ningún *bestseller* descaradamente comercial que se aparte de la línea de calidad literaria a la que aspira siempre la editorial.

3. *¿Cómo convierte la editorial en bestseller a Bolaño o McEwan, que antes eran considerados escritores “minoritarios”? ¿Qué tipo de operaciones realiza para llegar a este resultado?*

Lo más importante es el autor, evidentemente. Luego está el mensaje implícito que quiere dar toda editorial literaria: lo que se publica es por razones culturales-literarias y no comerciales, con lo cual se intenta afirmar una credibilidad del sello, que se construye a lo largo de años y se esfuma muy fácilmente, porque en cuanto se pierde el oremus y se publican cinco o seis libros absurdos o *bestsellers* que nada tienen que ver con la editorial, la gente ya no cree en ella, aunque crea en algunos autores del sello. También se consigue a través de la persistencia en publicar a determinados autores que no venden o venden muy poco haciendo la llamada “política de autor”, acompañando a un escritor a lo largo de su carrera. Lo que pasa es que los más visibles son estos casos en que, después de un largo trayecto, los autores también triunfan comercialmente. Pero por desdicha, hay escritores muy valiosos por los que hemos apostado y que al tercer, cuarto o quinto libro siguen sin conectar con los lectores. Entonces el editor tiene que abandonarlos y como digo, bromeando, apostar por nuevos perdedores, con la esperanza de que alguno de ellos se convierta en ganador (*risas*). Uno de los autores que aún no es ganador en España es el francés Jean Echenoz; hemos publicado ya nueve novelas, tiene su club de fans, no vende mucho, pero lo sigo publicando porque lo considero un gran autor. Lo que queda son estos casos como Tabucchi que con *Sostiene Pereira* pegó el salto; Baricco con *Seda* y Vila-Matas con *Bartleby y compañía*. Pero no es que en Anagrama tengamos una varita mágica *full time*.

4. *¿Qué es un éxito para Anagrama, cuánto sería el promedio de ejemplares vendidos?*

Los dos primeros libros de Bolaño no superaron los dos mil ejemplares, pero con *Los detectives salvajes* estaremos en unos setenta u ochenta mil. Vila-Matas vendía entre mil y tres mil y con *Bartleby* llegó a los veinte mil. Para nosotros si un libro vende más de diez mil ejemplares, resulta un gratificante mini *bestseller*, pero hay autores que han superado los doscientos o trescientos mil ejemplares, Baricco (*Seda*), Tabucchi (*Sostiene Pereira*),

Arundhati Roy (*El dios de las pequeñas cosas*). Creo que pronto *Los detectives salvajes* superará los cien mil.

5. *La política de autor, de acompañar a un escritor a lo largo de su carrera, tiene un riesgo para el editor independiente: cuando el autor pega el gran salto, conecta con los lectores y vende mucho, los grandes grupos lo tientan y se va.*

Ésa es una de las paradojas de la edición: un editor trabaja durante cinco, diez o veinte años y cuando el autor minoritario, finalmente, despegas, se convierte, invocando el título de la película de Buñuel, en el objeto de deseo de los grandes grupos. El premio para el editor puede ser que le arrebaten a ese autor con anticipos astronómicos, que no tienen nada que ver con las ventas sino con el deseo de un gran grupo de darse una pátina de calidad. Pero son gajes del oficio. En Anagrama ha habido algunos casos de autores cooptados por grandes grupos, como Tom Wolfe o Michel Houellebecq, pero también ha habido autores de grandes grupos que, advirtiendo la trayectoria de la editorial y el tipo de autores que publicamos, optaron por pasarse a Anagrama, como es el caso paradigmático de Ricardo Piglia.

6. *¿Cuál fue el que más le dolió que se fuera de la editorial?*

A ver, déjeme pensar..., quizá Tom Wolfe. Yo lo había publicado desde principios de los setenta. Le publiqué diez de doce libros bien difíciles de vender; desde un punto de vista sólo comercial no habría debido seguir publicándolo, pero me parecía un periodista excepcional. Lo había conocido personalmente y me mandaba cartas llenas de dibujos y muy cariñosas. Edité *La hoguera de las vanidades*, su primera novela, y fue su novela en traducción más vendida, mucho más en Italia que en Francia. Había preparado el terreno durante veinte años y se había generado un grupo no muy numeroso de lectores suyos, pero muy fans, que propiciaban el boca-oreja. Cambió de agente, necesitaba dinero y se subastó en la Feria de Fráncfort de 1989. Su nueva agente dijo que ni tenía título, ni una página escrita, ni sabía sobre qué escribiría, pero se puso a subasta y se llegaron a pagar quinientos mil dólares de la época. Yo estuve pujando un poco hasta trescientos mil dólares y finalmente me retiré. Y sí, me dolió. Pero luego, hablando con su editor americano, Roger Straus, me dijo que tuve suerte porque su tercera novela, *Soy Charlotte Simmons*, por la que se pagó un anticipo monstruoso, y con la que se pegaron una “hostia de campeonato”,

como decimos en España, fue un fracaso rotundo.

El desafío del original

7. Usted suele señalar que en las primeras páginas de un manuscrito se descubre si hay un escritor. Pero, por ejemplo, las primeras cincuenta páginas de Papá Goriot, de Balzac, son muy tediosas, plomizas y, sin embargo, es una gran obra. Con este criterio nunca se hubiera publicado esa novela de Balzac.

Podríamos decir que sólo hay una regla general, y es que no hay reglas generales. Recuerdo que publiqué una novela de un autor español cuyas cien primeras páginas eran como subir al Himalaya, pero cuando llegabas, te esperaban cuatrocientas páginas extraordinarias. Pero necesitabas subir con tanques de oxígeno para no asfixiarte en el trayecto (*risas*). Como era un autor al que ya conocía, al que había leído anteriormente, no me desanimé ante la costosa ascensión. Pero un autor desconocido, con un comienzo tan abrupto, queda fuera de la publicación. Tampoco hay tiempo material para leer todos los manuscritos que llegan a la editorial, entonces hay que adoptar un criterio con un grado de riesgo no muy alto, pero existente. El oficio de receptor de originales es de los más duros, porque para descubrir una perla hay mucha ganga alrededor. Aparte de algunos escritores amigos a los que tengo que leer aun para decirles que no, en general leo los originales de autores desconocidos que pasaron los filtros de los lectores de la editorial.

8. ¿Qué significa ser una editorial independiente y progresista?

Hay un método infalible y laborioso, que es la lectura atenta de su catálogo, aparte de lo que diga el editor sobre su editorial. Como decía Bob Dylan: “la respuesta está en el viento”, pues la respuesta de Anagrama está en el catálogo. La apuesta de la editorial en el ámbito literario es bastante clara, no sólo por lo que edita sino por lo que no edita. Ver a Dan Brown en Anagrama sería seguramente una inyección en la cuenta de resultados, pero un borrón en el catálogo.

Los cinco libros más significativos de Anagrama Conferencia en Princeton[*]

La invitación a elegir los cinco libros más significativos de una editorial, para el responsable de la misma, es un regalo bastante envenenado. Desde luego, encapsular treinta y nueve años de vida editorial y casi tres mil obras en cinco títulos no ha sido una tarea nada fácil para mí. Sin embargo, creo que, finalmente, la conjunción de los títulos y los autores elegidos conforman un perfil posible y también plausible de Anagrama. Están representadas sus colecciones fundamentales, se mencionan los premios de ensayo y novela de la editorial, los diversos énfasis en el ámbito del pensamiento, en la literatura traducida, en las narrativas hispánicas, la persistencia en la política de autor. No siempre los títulos elegidos son los que prefiero de estos autores, pero sí pienso que han sido especialmente relevantes para la editorial.

La selección es la siguiente:

Detalles de Hans Magnus Enzensberger

Lolita de Vladimir Nabokov

Brooklyn Follies de Paul Auster

El héroe de las mansardas de Mansard de Álvaro Pombo

Los detectives salvajes de Roberto Bolaño

Y si los cinco mosqueteros pueden ser seis, añadiría el siguiente:

Ébano de Ryszard Kapuściński

Detalles de Hans Magnus Enzensberger se publicó en la colección Argumentos en 1969, el primer año de la editorial. Después hemos ido publicando numerosas obras de este gran autor, un total de veinte, básicamente en el ámbito del ensayo pero también en ficción e incluso en géneros poco frecuentados por la editorial como la poesía y el teatro. En cuanto a la colección Argumentos, es la única de los inicios de la editorial que sigue en activo y acaba de alcanzar este mes de marzo el número 373. Los libros ensayísticos de Anagrama se fueron desplegando en la década de

los setenta en muchas otras colecciones, como Documentos, Cuadernos, Debates, Elementos críticos, Biblioteca de Antropología o Cinemateca Anagrama. Después se concentraron de nuevo en la veterana Argumentos, mientras que los textos periodísticos y los grandes reportajes se albergaron en Crónicas y los textos biográficos y autobiográficos en Biblioteca de la memoria.

El multifacético Enzensberger, además de escritor, ha sido editor de revistas como la peleona *Kursbuch* en los peleones sesenta y *Transatlantik* en los ochenta, y creador de una gran colección de libros que han ido apareciendo en varias editoriales, como Greno y después Eichborn, y donde, entre otros, publicó a Sebald, desde sus inicios, y a Ryszard Kapuściński.

En cuando a *Detalles*, es un deslumbrante ejemplo de cómo opera Enzensberger, de la variedad de sus intereses, de su militante independencia de criterio, de su humor corrosivo, de su desenvuelta incorrección, de su pertinente impertinencia, rasgos todos ellos que ha ido afilando, cómo no, a lo largo de los años.

En la contraportada de la primera edición figuraba:

En primer lugar, emprende la desmitificación de la “industria cultural”. Analiza “en detalle” la manipulación de las conciencias a escala industrial en la sociedad de consumo, desmonta minuciosamente los mecanismos de un gran periódico burgués, el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*; pretendidamente objetivo, estudia el fenómeno del libro de bolsillo. En la otra serie de ensayos, sobre poética, destaca el estudio de las delicadas relaciones entre poesía y política, ilustradas por el caso de Pablo Neruda de forma ejemplar.

Y también se alude al tema general subyacente en todos ellos: “La importancia del caso particular como revelador de la totalidad concreta de la vida social”. Unos *detalles*, estos de Enzensberger, que podríamos enlazar con los *detalles*, *benditos detalles*, de Vladimir Nabokov.

Y, como remate, Enzensberger, debido a sus conocimientos de español (ha traducido a García Lorca, Vallejo y Neruda, por ejemplo) y a lo mucho que le admirábamos, accedió a formar parte del jurado del Premio Anagrama de Ensayo desde su fundación y fue miembro de él en las primeras convocatorias, por lo que por ahí quedó también vinculado a esta aventura de crear un premio de ensayo, en un país más bien reacio a este tipo de iniciativas, que este año cumple treinta y seis convocatorias. Por cierto, el vivaracho Enzensberger tiene, más o menos, ochenta años. En el muy especial número 100 de la revista *Granta* figura una autoentrevista bonsái, en la que se pregunta: “Mr. Enzensberger, ¿por qué no es usted desdichado?” Y

se responde: “El tiempo que me queda es demasiado precioso para ello”. O sea, como me dijo hace poco en Berlín, en una charla en el Instituto Cervantes: “¿Aburrirme? ¡ Jamás!” Y como para rematarlo lanzó una de sus espectaculares risotadas.

Lolita de Vladimir Nabokov, uno de mis escritores favoritos, apareció en 1986 en una colección, Panorama de narrativas, que se inició en 1981 y que pretendía dar una visión, precisamente panorámica, de la más interesante literatura internacional contemporánea en diversos idiomas. Una colección que ha sido la más fundamental para la consolidación de Anagrama y que en abril de este año llegará a su número 700 con *Acción de Gracias* de Richard Ford.

En cuanto a *Lolita*, se inscribió en el lanzamiento de la Biblioteca Nabokov que preparé sigilosamente (para evitar intromisiones de mis queridos colegas) y en la que aparecieron quince títulos, con las obras más representativas del autor. Son bien conocidos los avatares de *Lolita*: desde su aparición en 1955 en París, en Olympia Press, una editorial con un conspicuo catálogo erótico y pornográfico, sus prohibiciones en Francia y Estados Unidos, etc., etc. Hasta que en 1958 pudo publicarse normalmente fue alabadísima desde sus inicios por Lionel Trilling y Graham Greene, entre otros grandes escritores, y además de ser un *bestseller* que garantizó la estabilidad financiera de su autor, se convirtió en un *longseller* internacional (y desde luego también en Anagrama) y alcanzó un estatus de una de las novelas mayores del siglo XX.

Entre los numerosísimos elogios que ha cosechado de los mejores escritores y críticos, elegiría, por razones obvias, uno del poeta W. H. Auden: “*Lolita* no es en absoluto pornográfica. Es un divertidísimo libro de anagramas”. Aunque también tiene su “punto” la de Alan Levy: “Mientras el siglo XX entra en sus años finales, la última carcajada puede ser la mejor de todas: la gran novela americana fue escrita por un ruso”.

Si me permiten una autocita, hace años confesé: “Todos los nabokovianos tienen una novela favorita entre las obras del maestro: la mía, quizá —porque ¿cómo traicionar a *Lolita*, “luz de mi vida, fuego de mis entrañas”?—, sería la deslumbrante y chifladísima *Pálido fuego*”.

Brooklyn Follies de Paul Auster, publicado en 2005 en Panorama de narrativas, aupado por el Premio Príncipe de Asturias de las Letras, que tuvo

una gran repercusión, supuso un salto cuantitativo en número de lectores de un autor ya muy leído. Fue algo así como el inicio de una cuarta etapa del escritor en nuestro país. Después de la publicación en España de sus primeras obras con muy escasa repercusión, en Anagrama iniciamos la publicación de este autor, en 1990, con una de sus mejores novelas, *El Palacio de la Luna*, que tuvo reseñas excelentes, y Auster hizo su primera visita. Después fuimos publicando sus obras posteriores y recuperando las anteriores, mientras iban creciendo sólida y algo sosegadamente su prestigio y sus lectores. Luego, tras varios años de dedicación al cine y obras más laterales (guiones, poemas, ensayos, compilaciones), empezó una gloriosa tercera etapa con *El libro de las ilusiones*, seguida por *La noche del oráculo*, aclamada por críticos y lectores. *Brooklyn Follies*, quizá su novela menos atormentada, más feliz, lo convirtió en uno de los autores más venerados en nuestro país en el ámbito de la *literary fiction*: un escritor “adictivo”, “de lectura hipnótica”, según se le ha calificado reiteradamente. Entre las innumerables reseñas escogería la que escribió Toby Lichting en *The Guardian*: “El poder del azar y las coincidencias, la incertidumbre de las identidades, los hijos perdidos y la búsqueda del padre: todos los temas de Auster reaparecen aquí y también reencontramos la excelencia de su escritura”.

Toda la obra de Auster se ha publicado en Anagrama, un total de veintiséis títulos, cuyo destino posterior es nuestra colección de bolsillo Compactos. Como es bien sabido, Paul Auster está considerado en Estados Unidos un escritor demasiado “europeo”, demasiado “intelectual”, y su popularidad es mucho mayor en Europa (al igual que le sucede a Woody Allen, una comparación obvia), en especial en Francia y quizá aún más, últimamente, en España.

El héroe de las mansardas de Mansard de Álvaro Pombo fue galardonada con nuestro premio de novela en su primera convocatoria, en 1983, e inició la colección Narrativas hispánicas (ahora con 433 títulos), una de las colecciones fundamentales de Anagrama, junto con las citadas Panorama de narrativas y Argumentos, así como la colección de bolsillo Compactos, en la que confluyen los más destacados títulos de la editorial.

La novela de Pombo, un autor casi desconocido, fue una grandísima sorpresa para nosotros, el jurado del premio, e inmediatamente después para la crítica. Cito de la contraportada que escribí en su día:

Una magnífica e insólita novela, escrita con un personalísimo manejo de la ironía y el humor, y una

combinación de lenguaje culto y cotidiano que sitúan a Álvaro Pombo —un francotirador, un *outsider*, una voz propia— en primera línea de la narrativa española contemporánea. El autor utiliza la elipsis, la narración periférica y, en ocasiones, los monólogos hiperrealistas en una novela donde afloran y se sugieren numerosos temas: el robo, el chantaje, la traición, las sexualidades “heterodoxas”, los ritos de paso.

Luego la obra de Pombo se ha ido desplegando en un buen número de obras (casi todas, catorce, en Anagrama), ha obtenido importantes galardones (Premio de la Crítica, Nacional de Narrativa, Fastenrath, Fundación Lara, Ciudad de Barcelona, etc.) y es miembro de la Real Academia Española, lo cual, inesperadamente, ya que su sociabilidad es problemática, le divierte mucho.

Hace un año me comunicó *motu proprio*, como un caballero santanderino (*manners matter*, las maneras cuentan, lo que no parece resultar tan obligatorio hoy en día), que pensaba presentarse al Premio Planeta, lo cual no ha afectado en absoluto nuestra gran amistad. Sólo le deseé que al menos lo ganara (como así fue), de modo que la jubilación fuera más holgada, y no le pasara como a Juan Benet, que se presentó a cara descubierta y quedó finalista.

A menudo he comentado la gran fortuna que ha sido para nuestro premio que se presentaran y ganaran en sus dos primeras convocatorias Álvaro Pombo y Sergio Pitol (con *El desfile del amor*), dos *Founding Fathers*, entonces escritores “ocultos” que décadas después figuran en lo más alto de las letras hispánicas.

Los detectives salvajes de Roberto Bolaño, *the last but not the least* precisamente, sino todo lo contrario, es el quinto libro seleccionado. Pocas experiencias son tan exaltantes para un editor como acompañar la carrera de un autor desde casi sus inicios hasta que se va convirtiendo en un auténtico clásico. Tal fue el caso de Roberto Bolaño, en muy pocos años, a partir de la publicación de su deslumbrante novela breve *Estrella distante*, en 1996, de los cuentos de *Llamadas telefónicas*, en 1997 y de *Los detectives salvajes*, su primer gran mamut, en 1998. Recuerdo perfectamente la tarde de un viernes en el que me entregó en la editorial el manuscrito de esta novela, de la que llevaba tiempo hablándome. La leí, en inmersión total y exclusiva, durante el fin de semana y quedé absolutamente deslumbrado, con la convicción de haber leído una obra maestra, ambiciosa y personalísima, de una riqueza y osadía impensables. Pienso, con total sinceridad, que reaccioné como un lector normal, sin mayor mérito. Hace un par de semanas Diana Athill (ex

editora de André Deutsch y memorialista fascinante) escribió en el *Sunday Times*: “La gente habla de cómo los editores *descubren* a los escritores, pero este verbo es muy exagerado [*overdramatic*]. Realmente, lo más que se puede decir de un editor es que *reconoce* a un autor. Eso, ciertamente, es lo que sucedió con André Deutsch y Naipaul”. No puedo estar más de acuerdo: tuve la oportunidad de *reconocer* a Bolaño. Y el posible mérito fue haber armado un dispositivo, es decir, un catálogo, con autores tan atractivos como para que un autor literariamente muy ambicioso como Roberto Bolaño quisiera formar parte del club.

En fin, apartando divagaciones, *Los detectives salvajes* ganó nuestro premio de novela y luego el Rómulo Gallegos, lo que supuso su consagración en España y en América Latina. Tanto esta novela como otros títulos suyos se han traducido en muchos países y el reconocimiento literario es total.

La obra de Bolaño se ha publicado incluso en el ámbito anglosajón, tan refractario a la *literary fiction* traducida. El primer título, *Estrella distante*, lo publicó en Londres Christopher MacLehose, entonces al frente de Harvill, mientras que en Estados Unidos la admirable pionera fue Barbara Epler, responsable de una editorial de tanto prestigio como New Directions. Desde el primer título las reseñas fueron excelentes; una de las más entusiastas fue la de Susan Sontag, que en su día tan activamente propulsó a Sebald, y que me comentó en Fráncfort y en Oviedo lo mucho que admiraba a Bolaño: prueba escrita de ello fue una oportuna *blurb* en la edición de *Distant Star*. Al morir Bolaño, decidimos que para *Los detectives salvajes* y *2666* debíamos intentar buscar una editorial que conjugara prestigio y mayor músculo empresarial, con la mente puesta en los hijos de Bolaño, por los que el autor tanto se había angustiado pensando en sus décadas de precariedad. Se me ocurrió de inmediato Jonathan Galassi, responsable de Farrar, Straus and Giroux. Como es bien sabido, los editores norteamericanos son reacios a leer en otras lenguas, pero sabía que Galassi podía leer en italiano. Le envié la traducción de Sellerio y, naturalmente, de inmediato *reconoció* a Bolaño y lo publicó el año pasado. No sólo vendió veinticinco mil ejemplares en pocos meses, según me dijo en la Feria de Fráncfort el pasado octubre, lo que para *literary fiction* traducida es algo así como un *bestseller* estrepitoso, sino que fue elegido entre los mejores libros del año en numerosas revistas y suplementos literarios, desde el *New York Times Book Review* o *Publishers Weekly* a *Playboy*. Mientras, New Directions ha ido publicando todas sus novelas cortas y sus colecciones de cuentos.

No puedo dejar de mencionar *2666*, su gran obra póstuma. Si *Los detectives salvajes* significó la explosión internacional de Bolaño, *2666* ha supuesto su confirmación inapelable. Acaba de publicarse la traducción francesa en Christian Bourgois y la crítica ha sido unánimemente entusiasta: sería difícil encontrar reseñas que no incluyan expresiones como *chef d'œuvre* y *roman total*. Y en una de las revistas más *trendy*, más alerta, *Technikart*, se afirma que *2666* está en sintonía con *La Divina Comedia* y *Tristram Shandy*.

Como última corroboración, citaré los resultados de una amplia encuesta de la revista colombiana *Semana*, efectuada en el IV Congreso Internacional de la Lengua Española. Entre las cien mejores novelas de los últimos veinticinco años figuraban (tras una de García Márquez y otra de Vargas Llosa) *Los detectives salvajes* en tercer lugar y *2666* en cuarto. Y con *Estrella distante* en el decimocuarto se acreditaba a Roberto Bolaño como el autor más votado.

Ha sido una papeleta difícil y dolorosa, en un catálogo con tantas obras excepcionales, limitarse sólo a cinco títulos: elegir es excluir, como es bien sabido, y la injusticia está al acecho, por no hablar de los egos no convocados. Pero si el cupo pudiera ampliarse a seis, pienso que esta casilla podría ser para Ryszard Kapuściński con *Ébano*. Aunque Kapuściński ya fuera un escritor de culto, con inmenso prestigio, “el mejor reportero del mundo”, como mantra que se iba repitiendo de país en país y de libro en libro, fue con *Ébano* cuando alcanzó un número mucho mayor de lectores, que tras descubrirlo buscaron sus libros anteriores y siguieron con los posteriores, publicados todos ellos en la colección *Crónicas*, de la que Kapuściński es el más firme puntal. Un año después de su muerte, en vez del consabido purgatorio, la obra de Kapuściński es más seguida que nunca, y se suceden los homenajes en España y en Grecia, en México y en Colombia, en revistas y en *blogs*.

Y dejo de mencionar, claro, a muchos autores valiosísimos, alguno de los cuales, obviamente, no me lo perdonará.

Homenaje Liber 2008

Discurso de agradecimiento[*]

Cuando recibí una carta de Jordi Úbeda, el presidente de la Federación de Gremios de Editores de España, comunicándome este premio, me llevé una inesperada alegría. Pienso que los galardones que más agradece un editor son, como en este caso, los de sus colegas, que conocen bien las dificultades para llevar adelante un proyecto editorial, y también los de los librereros, que son los aliados naturales de los editores y a la vez los notarios, día a día, que registran sus aciertos y errores, la fidelidad a una línea o, por el contrario, sus desvíos, cuando se echa mano de recursos facilones.

El Liber se fundó en 1983 y, contra algunos pronósticos, sigue en funcionamiento. Como es sabido, se rige por la alternancia anual entre Barcelona y Madrid, lo que *a priori* no parece positivo para su consolidación pero que fue pactado en su día por la, digamos, doble capitalidad de la industria cultural de nuestro país. Matizando para los no expertos, Barcelona es indudablemente la capital literaria de la edición en lengua española *urbi et orbi* (por no hablar de la pujante edición en catalán). Sin embargo, desde hace unas décadas, debido en gran parte al peso de la edición de libros de texto a cargo de editoriales madrileñas, se ha producido una suerte de empate cuantitativo y de ahí la doble capitalidad. Así al menos lo dicen las estadísticas. Mark Twain escribió en su día: “Hay tres clases de mentiras: la mentira, la maldita mentira y las estadísticas”. No afirmo, ni mucho menos, que los datos de nuestro querido Gremio sean malditas mentiras pero, en fin, son estadísticas y, como tales, sin duda mejorables.

Respecto al Homenaje Liber existe una regla no escrita que se cumple con suma frecuencia: cuando se da en Madrid lo recibe en general una institución, mientras que en Barcelona se premia a un editor o a alguna personalidad de gran relieve cultural.

Así, se han galardonado instituciones tan imponentes como la Real

Academia Española de la Lengua, la Residencia de Estudiantes, el Círculo de Bellas Artes o la Casa de América. En cuanto a personalidades, figura Federico Mayor Zaragoza, que fue director general de la unesco durante más de una década, o el editor Pere Vicens, maratonista en la presidencia de toda clase de gremios editoriales, entre ellos el de la Unión Internacional de Editores.

En cuanto a editores, figuran de forma destacada los constructores de imperios como, por citar algunos ejemplos, Joan Grijalbo, José Manuel Lara Hernández (*el viejo Lara*), cuya labor prosigue y expande otro José Manuel, su hijo; Germán Sánchez Ruipérez, creador de Anaya y ahora al frente de su muy activa Fundación; Francisco Pérez González, o sea Pancho, el eterno socio de Jesús de Polanco en Santillana y otras empresas, o Josep Lluís Monreal, el fundador de la trasoceánica Océano.

Pero también en alguna ocasión, en algún recodo, mis colegas se complacen en premiar a otro tipo de editores, más artesanos, que se sitúan más cerca de cada uno de los libros que publican. Armadores de catálogos, podríamos llamarlos, editores que aspiran a elaborar un catálogo riguroso, coherente y armonioso, de forma que los títulos se potencien unos a otros, que los autores consagrados amparen a las jóvenes promesas, los posibles clásicos del futuro, y protejan también a los escritores de difícil comercialidad pero culturalmente indispensables. Editores que persisten en la llamada política de autor y en publicar aquellos libros que consideran necesarios o que para ellos son inevitables.

A esta especie zoológica de la edición creo que pertenecemos, con mayor o menor acierto, pero con intensidad inequívoca, mi buena amiga Neus Espresate, catalano-mexicana o viceversa, al frente de la editorial Era, y por lo visto yo mismo. Y ahora que los grandes imperios en gran parte ya están formados y su futuro será persistir, fusionarse o acaso desintegrarse, confío en que tengan más oportunidades de ser galardonados los editores de nuestra cuerda, los armadores de catálogos.

Para terminar, en este Liber, cada vez más dinámico, en esta ocasión con Quebec como invitado de honor (y también como invitados especiales un grupito de editores británicos, en uno de esos empeños casi imposibles de vencer: la insularidad editorial del Reino Unido), pienso que una de las claves fundamentales para su consolidación ha sido su apertura a América Latina, las reiteradas invitaciones a editores, escritores y en especial importadores y libreros, que tan útiles han sido para anudar o reanudar relaciones. Y,

siguiendo con América Latina, hace pocas semanas se le concedió la medalla Sor Juana Inés de la Cruz al gran escritor mexicano Carlos Monsiváis, quien, en su discurso de agradecimiento, manifestó: “No hay nada que le guste a uno más que presenciar un acto de injusticia, y el de hoy es un acto de injusticia que agradezco, asumo, asimilo y demás verbos que corroboran la característica injusta de este reconocimiento”. Hago mías las palabras de mi querido Monsiváis y, por tanto, muchas gracias.

Títulos de autores latinoamericanos en Anagrama (1970-2008)

- 1970 Antonio Mercader y Jorge de Vera, *Los tupamaros* (Uruguay).
- 1971 José Lezama Lima, *Algunos tratados en La Habana* (Cuba).
- 1972 Ricardo Cano Gaviria, *El Buitre y el Ave Fénix. Conversaciones con Mario Vargas Llosa* (Colombia).
- José Donoso, *Historia personal del boom* (Chile).
- Ariel Dorfman, *Imaginación y violencia en América* (Argentina).
- Arthur Sandauer y Ricardo Cano Gaviria, *Sobre Gombrowicz* (Colombia).
- Interrogando a Lezama Lima* (Cuba).
- 1973 Rodolfo Stavenhagen (México), Ernesto Laclau (Chile), Ruy Mauro Marini (Chile), *Tres ensayos sobre América Latina*.
- 1975 Fidel Castro, *Imperialismo, Tercer Mundo y Revolución* (Cuba).
- Ernesto Che Guevara, *Pasajes de la guerra revolucionaria* (Argentina).
- , *El socialismo y el hombre en Cuba*.
- 1976 Harry Belevan, *Teoría de lo fantástico* (Perú).
- Fidel Castro (Cuba), Pierre Vilar, *Independencia y revolución en América Latina*.
- Fernando C. Césarman, *El ojo de Buñuel. Psicoanálisis desde una butaca* (México).
- Isabel Larguía (Argentina) y John Dumoulin, *Hacia una ciencia de la liberación de la mujer*.
- Oscar Masotta, *Ensayos lacanianos* (Argentina).

- Tiempo de Che. Primer ensayo de cronología* (Cuba).
- 1977 Alfredo Bryce Echenique, *A vuelo de buen cubero (y otras crónicas)* (Perú).
- 1978 Copi, *El baile de las locas* (Argentina).
———, *Las viejas travestís & El uruguayo*.
- 1980 Alejandro Rossi, *Manual del distraído* (México).
Copi, *La vida es un tango* (Argentina).
———, *Las viejas putas* (Argentina).
Fernando Gabeira, *¡A por otra, compañero!* (Brasil).
Juan García Ponce, *Desconsideraciones* (México).
———, *La errancia sin fin: Musil, Borges, Klossowski*.
Fernando Gabeira, *El crepúsculo del macho* (Brasil).
J. Rodolfo Wilcock, *La sinagoga de los iconoclastas* (Argentina).
- 1984 Raúl Núñez, *Sinatra. Novela urbana* (Argentina).
Sergio Pitol, *El desfile del amor* (México).
———, *Vals de Mefisto*.
Copi, *Virginia Woolf ataca de nuevo* (Argentina).
Edgardo Cozarinsky, *Vudú urbano* (Argentina).
Miguel Enesco, *Me llamaré Tadeusz Freyre* (Perú).
- 1985 Sergio Pitol, *Juegos florales* (México).
- 1986 Luisa Futoransky, *De Pe a Pa (o de Pekín a París)* (Argentina).
Raúl Núñez, *La rubia del bar* (Argentina).
Sergio Pitol, *El tañido de una flauta* (México).
Santiago Sylvester, *La prima carnal* (Argentina).
- 1987 José Bianco, *Las ratas & Sombras suele vestir* (Argentina).
Roberto Fernández Sastre, *La manipulación* (Uruguay).
Mayra Montero, *La trenza de la hermosa luna* (Cuba).
Evelio Rosero Diago, *Juliana los mira* (Colombia).
Alejandro Rossi, *El cielo de Sotero* (México).
- 1988 Alfredo Bryce Echenique, *Crónicas personales* (Perú).
Roberto Fernández Sastre, *El turismo infame* (Uruguay).
Enrique Lynch, *La lección de Sheherezade* (Argentina).

- Sergio Pitól, *Domar a la divina garza* (México).
- 1989 Copi, *La Internacional Argentina* (Argentina).
- 1990 Enrique Lynch, *El merodeador. Tentativas sobre filosofía y literatura* (Argentina).
- Federico Jeanmaire, *Miguel* (Argentina).
- Augusto Monterroso, *Movimiento perpetuo* (Guatemala-México).
- , *Obras completas (y otros cuentos)*.
- 1991 Ana Miranda, *Boca del Infierno* (Brasil).
- Augusto Monterroso, *Lo demás es silencio* (Guatemala-México).
- , *La Oveja negra y demás fábulas*.
- Sergio Pitól, *La vida conyugal* (México).
- 1992 Juan Forn (ed.), *Buenos Aires. Una antología de nueva ficción argentina* (Argentina).
- Sergio González Rodríguez, *El Centauro en el paisaje* (México).
- Augusto Monterroso, *Viaje al centro de la fábula* (Guatemala-México).
- 1993 Alfredo Bryce Echenique, *Permiso para vivir. Antimemorias* (Perú).
- Rodrigo Fresán, *Historia argentina* (Argentina).
- Gabriel García Márquez, *El coronel no tiene quien le escriba* (Colombia).
- Augusto Monterroso, *Los buscadores de oro* (Guatemala-México).
- Manuel Pereira, *Toilette* (Cuba).
- Juan Rulfo, *Pedro Páramo* (México).
- , *El Llano en llamas*.
- 1994 Eliseo Alberto, *La eternidad por fin comienza un lunes* (Cuba).
- Teresa Ruiz Rosas, *El copista* (Perú).
- 1995 Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz* (Perú).
- , *Un mundo para Julius*.
- , *No me esperen en abril*.

- , *La vida exagerada de Martín Romaña*.
- 1996 Roberto Bolaño, *Estrella distante* (Chile).
Jesús Díaz, *Las palabras perdidas* (Cuba).
———, *La piel y la máscara*.
Fernanda Farias de Albuquerque, *Princesa* (Brasil).
Augusto Monterroso, *La palabra mágica* (Guatemala-México).
Gabriel Zaid, *Los demasiados libros* (México).
- 1997 Jaime Bayly, *La noche es virgen* (Perú).
Roberto Bolaño, *Llamadas telefónicas* (Chile).
Alfredo Bryce Echenique, *Reo de nocturnidad* (Perú).
———, *Tantas veces Pedro*.
———, *La última mudanza de Felipe Carrillo*.
Fanny Buitrago, *Señora de la miel* (Colombia).
Jesús Díaz, *Las iniciales de la tierra* (Cuba).
Enrique Lynch, *Prosa y circunstancia* (Argentina).
Sergio Pitol, *El arte de la fuga* (México).
Alejandro Rossi, *La fábula de las regiones* (México).
- 1998 Roberto Bolaño, *Los detectives salvajes* (Chile).
Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan* (Perú).
Pedro Juan Gutiérrez, *Trilogía sucia de La Habana* (Cuba).
- 1999 Jaime Bayly, *Yo amo a mi mami* (Perú).
Roberto Bolaño, *Amuleto* (Chile).
———, *Monsieur Pain*.
Pedro Juan Gutiérrez, *El rey de La Habana* (Cuba).
Andrés Neuman, *Bariloche* (Argentina).
Sergio Pitol, *Tríptico del Carnaval* (México).
- 2000 Jaime Bayly, *Los amigos que perdí* (Perú).
Roberto Bolaño, *Nocturno de Chile* (Chile).
Pedro Juan Gutiérrez, *Animal tropical* (Cuba).
Pedro Lemebel, *Loco afán* (Chile).
Carlos Monsiváis, *Aires de familia. Cultura y sociedad en*

- América Latina* (México).
- Andrés Neuman, *El que espera* (Argentina).
- Ricardo Piglia, *Plata quemada* (Argentina).
- , *Formas breves*.
- Laura Restrepo, *La novia oscura* (Colombia).
- 2001 Jaime Baily, *Aquí no hay poesía* (Perú).
- Roger Bartra, *Cultura y melancolía. Las enfermedades del alma en la España del Siglo de Oro* (México).
- Roberto Bolaño, *Putas asesinas* (Chile).
- Nora Catelli, *Testimonios tangibles. Pasión y extinción de la lectura en la narrativa moderna* (Argentina).
- Pedro Juan Gutiérrez, *Anclado en tierra de nadie* (Cuba).
- Pedro Lemebel, *Tengo miedo torero* (Chile).
- Pedro Mairal, *Una noche con Sabrina Love* (Argentina).
- Ricardo Piglia, *Crítica y ficción* (Argentina).
- , *Respiración artificial* (Argentina).
- Sergio Pitol, *El viaje* (México).
- Laura Restrepo, *Leopardo al sol* (Colombia).
- Juan Villoro, *Efectos personales* (México).
- 2002 Tomás Abraham, *Situaciones postales* (Argentina).
- César Aira, *Varamo* (Argentina).
- Roberto Bolaño, *Amberes* (Chile).
- Alfredo Bryce Echenique, *A trancas y barrancas* (Perú).
- , *Crónicas perdidas*.
- Margo Glantz, *El rastro* (México).
- Sergio González Rodríguez, *Huesos en el desierto* (México).
- Pedro Juan Gutiérrez, *El insaciable hombre araña* (Cuba).
- , *Nada que hacer*.
- Ricardo Piglia, *Nombre falso* (Argentina).
- 2003 Roberto Bolaño, *El gaucho insufrible* (Chile).
- Pedro Juan Gutiérrez, *Carne de perro* (Cuba).

- , *Sabor a mí*.
- Andrés Neuman, *Una vez Argentina* (Argentina).
- Alan Pauls, *El pasado* (Argentina).
- Ricardo Piglia, *La ciudad ausente* (Argentina).
- Laura Restrepo, *La multitud errante* (Colombia).
- 2004 Mario Bellatin, *Flores* (México).
- Eduardo Berti, *Todos los Funes* (Argentina).
- Roberto Bolaño, *2666* (Chile).
- , *Entre paréntesis. Ensayos, artículos, discursos (1998-2003)*.
- Guillermo Fadanelli, *Compraré un rifle* (México).
- , *La otra cara de Rock Hudson*.
- Pedro Juan Gutiérrez, *Nuestro GG en La Habana* (Cuba).
- Eduardo Halfon, *El ángel literario* (Guatemala).
- Alan Pauls, *El factor Borges* (Argentina).
- Juan Villoro, *El testigo* (México).
- 2005 Mario Bellatin, *Lecciones para una liebre muerta* (México).
- Alfredo Bryce Echenique, *Permiso para sentir. Antimemorias II* (Perú).
- Alonso Cueto, *Grandes miradas* (Perú).
- , *La hora azul*.
- Álvaro Enrígue, *Hipotermia* (México).
- Margo Glantz, *Historia de una mujer que caminó por la vida con zapatos de diseñador* (México).
- Juan Guzmán Tapia, *En el borde del mundo. Memorias del juez que procesó a Pinochet* (Chile).
- Alan Pauls, *Wasabi* (Argentina).
- Ricardo Piglia, *El último lector* (Argentina).
- Sergio Pitol, *Los mejores cuentos* (México).
- Juan Villoro, *El disparo de argón* (México).
- 2006 Natalia Aguirre Zimerman, *300 días en Afganistán* (Colombia).
- Alberto Barrera Tyszka, *La enfermedad* (Venezuela).

- Mario Bellatin, *Damas chinas* (México).
- Teresa Dovalpage, *Muerte de un murciano en La Habana* (Cuba).
- Guillermo Fadanelli, *Educación a los topos* (México).
- Pedro Juan Gutiérrez, *El nido de la serpiente. Memorias del hijo del heladero* (Cuba).
- Guadalupe Nettel, *El huésped* (México).
- Ricardo Piglia, *La invasión* (Argentina).
- Rafael Rojas, *Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano* (Cuba).
- Graciela Speranza, *Fuera de campo. Literatura y arte argentinos después de Duchamp* (Argentina).
- Juan Villoro, *Dios es redondo* (México).
- Alejandro Zambra, *Bonsái* (Chile).
- 2007 Mario Bellatin, *El Gran Vidrio. Tres autobiografías* (México).
- Roberto Bolaño, *El secreto del mal* (Chile).
- , *La Universidad Desconocida*.
- Guillermo Fadanelli, *Malacara* (México).
- Martín Kohan, *Ciencias morales* (Argentina).
- Carlos Monsiváis, *Las alusiones perdidas* (México).
- Antonio Ortuño, *Recursos humanos* (México).
- Alan Pauls, *Historia del llanto* (Argentina).
- Ricardo Piglia, *Prisión perpetua* (Argentina).
- Sergio Pitlor, *Trilogía de la Memoria* (México).
- Antonio José Ponte, *La fiesta vigilada* (Cuba).
- José Manuel Prieto, *Rex* (Cuba).
- Alejandro Zambra, *La vida privada de los árboles* (Chile).
- 2008 Martín Caparrós, *A quien corresponda* (Argentina).
- Álvaro Enríquez, *Vidas perpendiculares* (México).
- Guillermo Fadanelli, *Lodo* (México).
- Patricio Fernández, *Los Nenes* (Chile).
- Gustavo Guerrero, *Historia de un encargo: "La catira" de*

Camilo José Cela. Literatura, ideología y diplomacia en tiempos de la Hispanidad (Venezuela).

Guadalupe Nettel, *Pétalos y otras historias incómodas* (México).

Daniel Sada, *Casi nunca* (México).

Iván Thays, *Un lugar llamado Oreja de Perro* (Perú).

Juan Villoro, *Los culpables* (México).

———, *De eso se trata. Ensayos literarios* (México).



Reconocimiento de la FIL a la Mejor Labor Editorial en el auditorio Juan Rulfo. J H acompañado de Enrique Folch, Sergio Pitol, Raúl Padilla López, Trinidad Padilla López, Daniel Divinsky y María Luisa Armendáriz (Guadalajara, 2002)

Con Sergio Pitol después de recibir el Premio Cervantes y sus editores alemanes Klaus y Susanne Wagenbach (Madrid, 2006)



Con Sergio Pitol después de la rueda de prensa de Los mejores cuentos (Barcelona, 2005)

© Lisbeth Salas

*JH, Sergio Pitol y
Lali Gubern en el
hotel Hilton
(Guadalajara,
2000)
© Daniel
Mordzinski*



*Con Eduardo
Rabassa y
Roberto Calasso,
de la editorial
Sexto Piso (FIL
Guadalajara,
2004)*

*En México, en el
Palacio de Bellas
Artes, con Luz del
Año, Mario
Bellatin,
Francisco
Goldman, José
Antonio Prieto y
su mujer (México,
D. F., 2002)*





*Con Carlos
Monsiváis en la
terrace del
Museo del
Estanquillo
(México D. F.,
2007)*

*En la
manifestación a
favor de López
Obrador, junto a
Sergio Pitol
(México D. F.,
julio de 2006)*



*Con Francisco
Goldman y
Margo Glantz en
el Palacio de
Bellas Artes
(México, D. F.,
2002)*



*Con Paola
Tinoco, jefa de
prensa de
Anagrama en
México, y José
Garza, impulsor
de la Cátedra
Anagrama en
Monterrey
(México D. F.,
2006)*



*Almorzando con
Guillermo
Fadanelli
(México D. F.,
2006)*



*Sergio González
Rodríguez,
Álvaro Enrique y
JH (FIL
Guadalajara,
2006)*





Federico Campbell, Lali Gubern, JH, Juan Villoro, Margarita Heredia, Paula López Caballero, Mario Bellatin, Sergio Pitol, Bárbara Jacobs, Tito Monterroso y Philippe Ollé-Laprune cenando después de la presentación de Opiniones mohicanas (México D. F., 2000)



Homenaje alternativo en La Mutualista; con Carlos Martínez Rentería (FIL Guadalajara, 2002)



Con Rodrigo Fresán, Mario Bellatin y Alan Pauls en el stand de Anagrama (FIL Guadalajara, diciembre de 2006)



Con Daniel Divinsky y Alberto Díaz en la presentación de El observatorio editorial (Buenos Aires, 2004)



Ricardo Piglia, JH y Alan Pauls después del acto de presentación de El observatorio editorial (Adriana Hidalgo Editora), en el Centro Cultural de España (Buenos Aires, 2004)



JH antes de recibir el Gran Premio Provincia de Buenos Aires en la Universidad de La Plata, junto al rector, Alan Pauls, Ricardo Piglia y Pacho O'Donnell (junio de 2007)



Con Alonso Cueto y su mujer, antes de entrar a almorzar a La Rosa Náutica (Lima, 2006)



JH en la Feria del Libro de Lima junto a Álvaro Lasso, editor de Para Roberto Bolaño en Estruendomudo (Lima, 2006)



Momentos antes de recibir el título de profesor honorario por la Universidad Diego Portales, junto a

Jovana Skármeta y Alejandro Zambra (Santiago de Chile, 2007)



Con Martín Kohan, ganador del Premio Herralde, y Antonio Ortuño, finalista, en la fiesta en Barcelona (2007) © Lisbeth Salas



*Con Martín Caparrós en el Hotel Condes de Barcelona, después de la rueda de prensa de A quien
corresponda (abril de 2008)*



*Después de la rueda de prensa de Pétalos de Guadalupe Nettel (Barcelona, febrero de 2008) ©
Lisbeth Salas*



Premio Heralde para Los detectives salvajes, de Roberto Bolaño, minutos antes de la conferencia de prensa (noviembre de 1998) © Julián Martín/EFE



Lali Gubern con Roberto Bolaño en la fiesta del Premio (1998) © Luis Sans

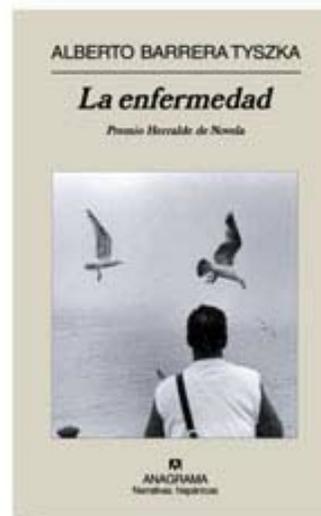
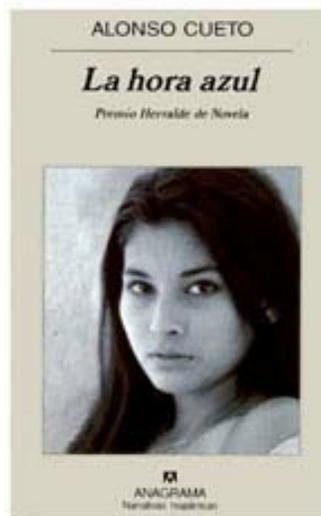
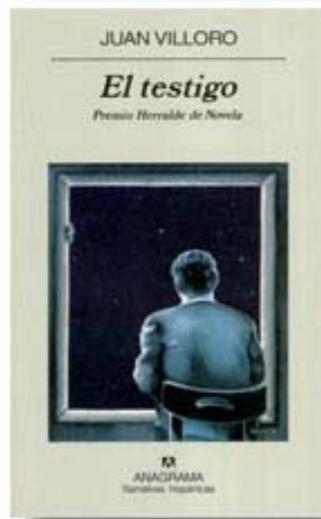
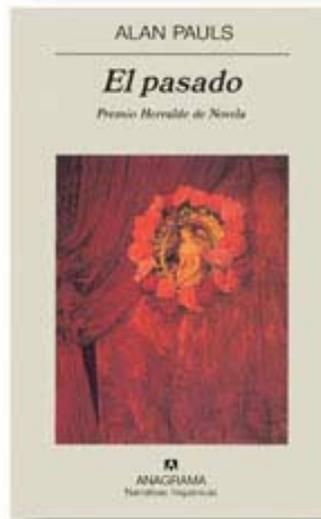
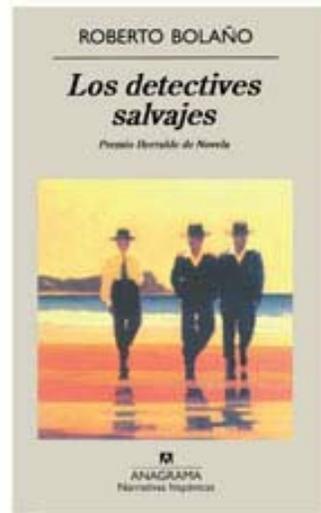
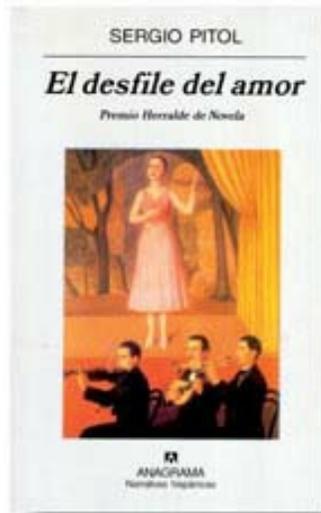


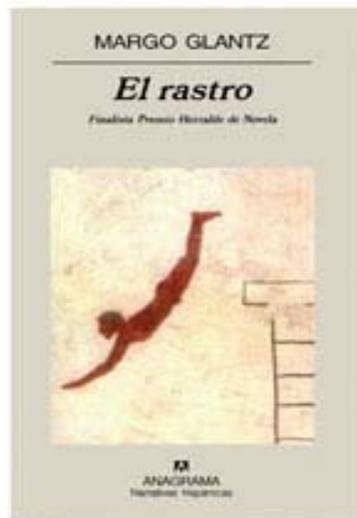
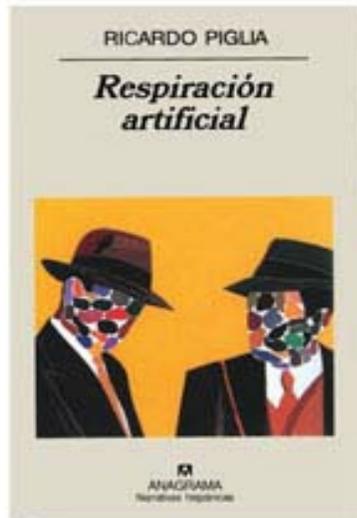
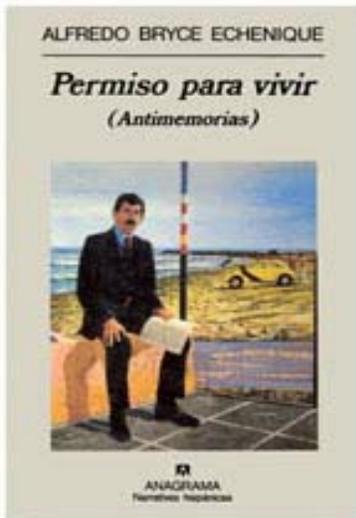
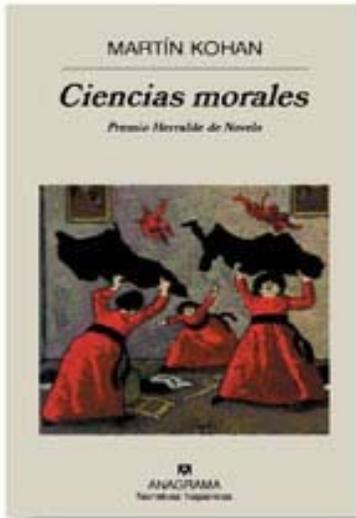
Con Roberto Bolaño y su traductor francés, Robert Amutio, en el stand de Christian Bourgois durante el Salon du Livre (París, 2003)



Con Christopher MacLehose, editor británico de Roberto Bolaño, Bolaño y Enrique Vila-Matas (Barcelona, abril de 2003)

Narrativas Hispánicas





ROBERTO BOLAÑO

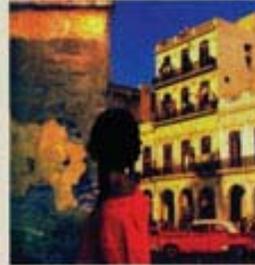
2666



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

PEDRO JUAN GUTIÉRREZ

*Trilogía sucia de
La Habana*



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

RICARDO FIGLIA

El último lector



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

MARTÍN CAPARRÓS

*A quien
corresponda*



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

RODRIGO FRESÁN

*Historia
argentina*



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

ANTONIO JOSÉ PONTE

La fiesta vigilada



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

GUILLERMO FADANELLI

Lodo



ANAGRAMA
Narrativa hispánica

MARIO BELLATIN

Damas chinas



ANAGRAMA
Narrativa hispánica

GUADALUPE NETTEL

El huésped



ANAGRAMA
Narrativa hispánica

ÁLVARO ENRIGUE

Hipotermia



ANAGRAMA
Narrativa hispánica

ALEJANDRO ZAMBRA

Bonsái



ANAGRAMA
Narrativa hispánica

MÁN THAYS

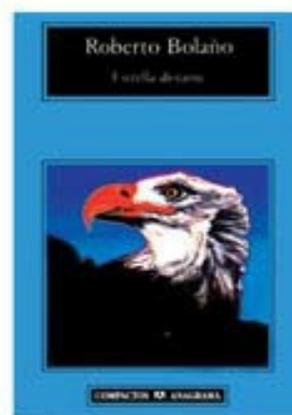
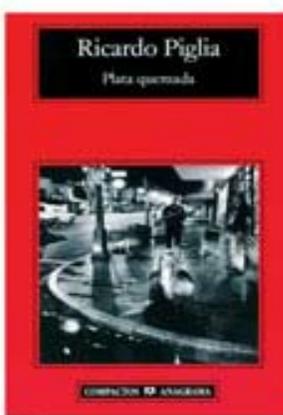
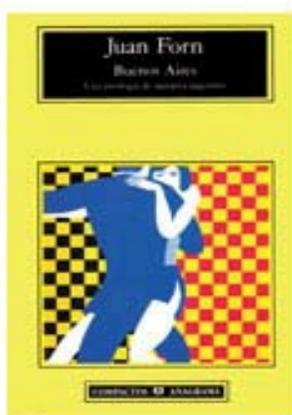
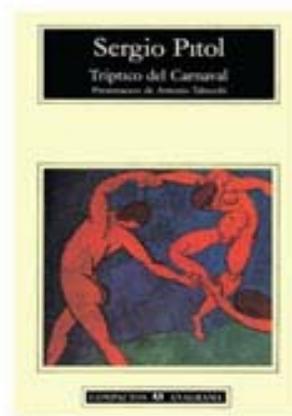
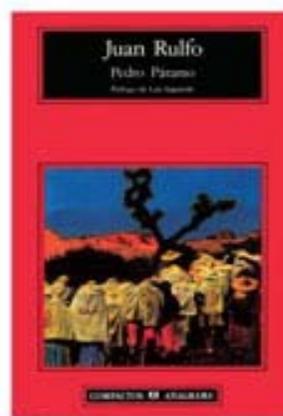
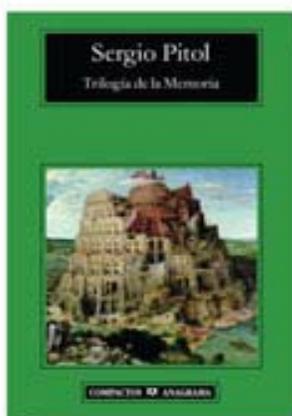
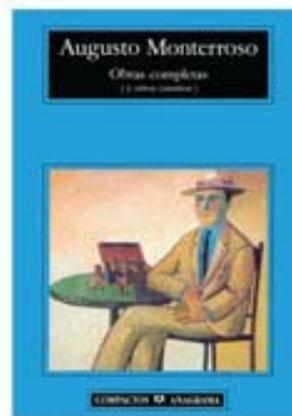
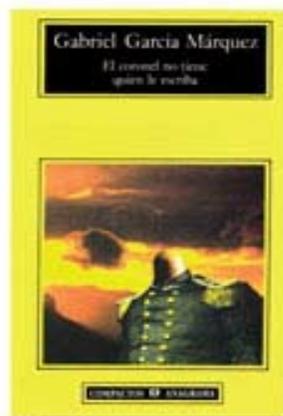
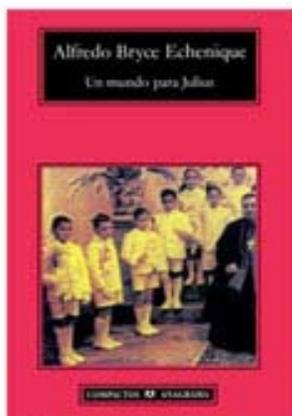
*Un lugar llamado
Oreja de Perro*

Fundación Premio Herralde de Novela

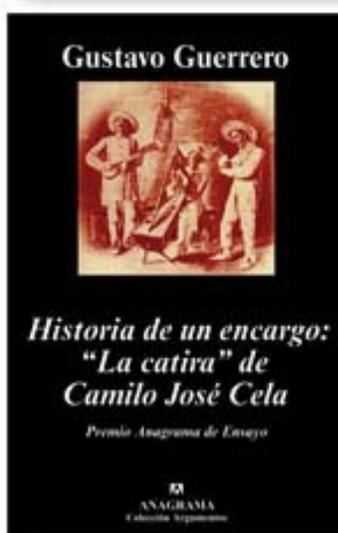
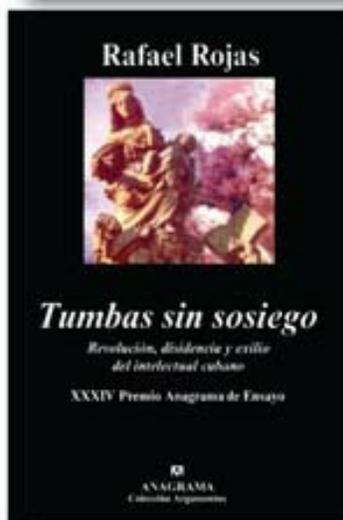
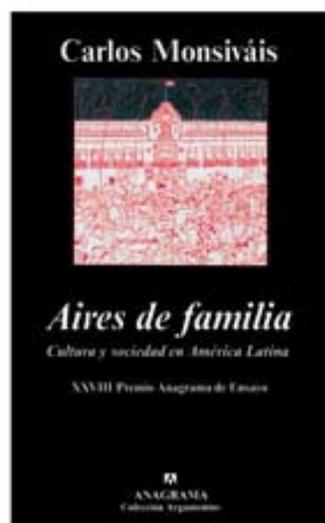


ANAGRAMA
Narrativa hispánica

Compactos



Argumentos



Crónicas

SERGIO GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Huesos en el desierto



• crónicas •
ANAGRAMA

SERGIO GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

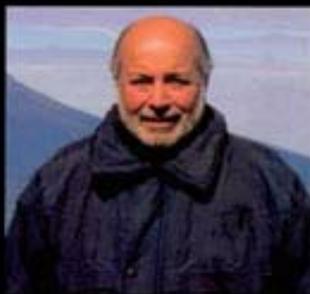
El hombre sin cabeza



• crónicas •
ANAGRAMA

JUAN GUZMÁN TAPIA

En el borde del mundo Memorias del juez que procesó a Pinochet



• crónicas •
ANAGRAMA

NATALIA AGUIRRE ZIMERMÁN

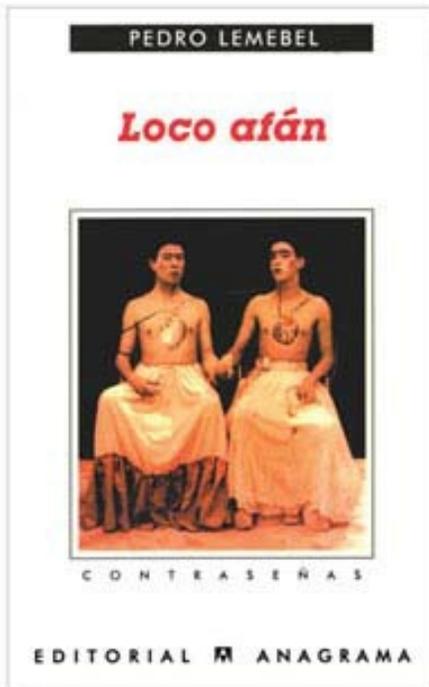
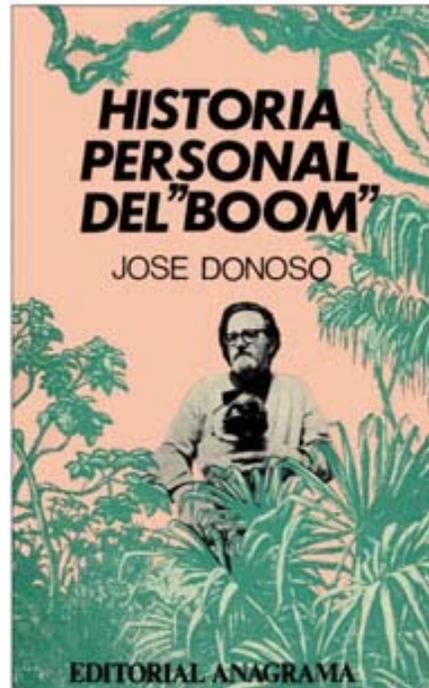
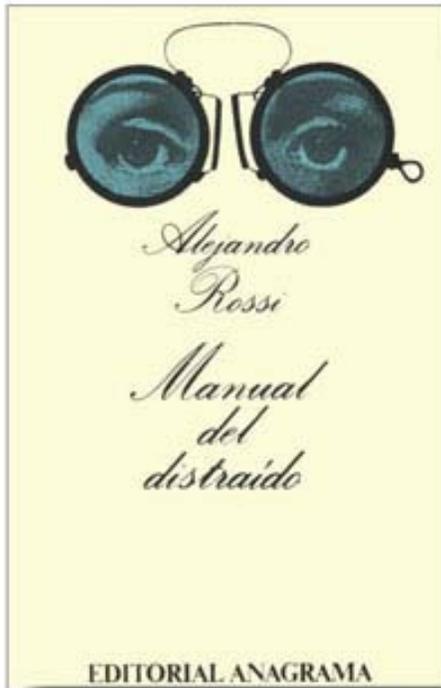
300 días en Afganistán

Prólogo de Andrés Hoyos



• crónicas •
ANAGRAMA

Misceláneas



[Mis viajes a México*] *La Vanguardia*, 17 de noviembre de 2004. Texto inédito en libro.

[Aterrizaje de Pitol en Barcelona en 1969*] Inauguración de la Biblioteca Sergio Pitol, Instituto Cervantes de Sofía, febrero de 2006. Texto inédito.

[Cinco encuentros con Sergio Pitol (1970-2006)*] Homenaje a Sergio Pitol, Coloquio Internacional Université Michel de Montaigne, Burdeos, 29 de mayo de 2008. Texto inédito.

[Busca y captura de Carlos Monsiváis*] Septiembre de 2000, *Letra Internacional*. Recopilado en *Opiniones mohicanas*, Aldus, México, 2000; Acantilado (edición ampliada), Barcelona, 2001.

[Alejandro Rossi, un bien escaso*] Octubre de 2000, *Lateral*. Recopilado en *Opiniones mohicanas*, Aldus, México, 2000; Acantilado (edición ampliada), Barcelona, 2001.

[Tito Monterroso, un autor para leer manos arriba*] Junio de 2000, *La Razón*. Recopilado en *Opiniones mohicanas*, Aldus, México, 2000; Acantilado (edición ampliada), Barcelona, 2001.

[Homenaje a García Ponce*] Noviembre de 2001, *Gaceta del Fondo de Cultura Económica*. Recopilado en *Flashes sobre escritores y otros textos editoriales*, Ediciones del Ermitaño, México, 2003.

[Rastros de Margo Glantz*] Presentación de *El rastro*, Feria Internacional del Libro de Guadalajara, 3 de diciembre de 2002. Recopilado en *Flashes sobre escritores y otros textos editoriales*, Ediciones del Ermitaño, México, 2003.

[Sergio González Rodríguez, reportero imparable*] Presentación de *Huesos en el desierto*, Feria Internacional del Libro de Guadalajara, 1º de diciembre de 2002. Publicada en *Flashes sobre escritores y otros textos editoriales*, Ediciones del Ermitaño, México, 2003.

[Juan Villoro, México-Barcelona-México-Barcelona-México, etcétera*] Mayo-junio de 2006, *Reverso*. Recopilado en *Por orden alfabético*, Anagrama, Barcelona,

2006.

[Mario *el Mutante*]*] *El Periódico*, 22 de noviembre de 2004. Texto inédito en libro.

[*Editar desde un Sexto Piso*]*] *Reforma*, septiembre de 2004. Texto inédito en libro.

[*La imprescindible Feria de Guadalajara*]*] *La Vanguardia*, Barcelona, 2 de noviembre de 2006. Texto inédito en libro.

[Premio Reconocimiento al Mérito Editorial Discurso de agradecimiento*] Auditorio Juan Rulfo, Feria Internacional de Guadalajara, 1º de diciembre de 2002. Publicado en *Flashes sobre escritores y otros textos editoriales*, Ediciones del Ermitaño, México, 2003.

[Feria de Guadalajara: homenaje alternativo Discurso de agradecimiento*] Cantina La Mutualista, Guadalajara, 2 de diciembre de 2002. Publicado en *Flashes sobre escritores y otros textos editoriales*, Ediciones del Ermitaño, México, 2003.

[Presentación de la edición mexicana de “Opiniones mohicanas”]*] Casa Refugio Citlaltépetl, México, D. F., diciembre de 2000. Texto inédito.

[1] En su presentación, Juan Villoro hizo alusión, en varias ocasiones, a mis aficiones hípicas de juventud.

[Cátedra Anagrama en la Universidad Autónoma de Nuevo León (Monterrey)*] Texto inédito.

[Argentina]

[Homenaje argentino*] Presentación de *El observatorio editorial*, publicado por Adriana Hidalgo, a cargo de Ricardo Piglia y Alan Pauls. Centro Cultural de España, Buenos Aires, 10 de agosto de 2004. Texto inédito.

[*Canutos con Copi*]*] Julio de 2000, *Avui*. Recopilado en *Opiniones mohicanas*, Aldus, México, 2000; Acantilado (edición ampliada), Barcelona, 2001.

[Presentación de Piglia en Barcelona*] Octubre de 2000. Publicada en *El observatorio editorial*, Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 2004.

[Presentación de “respiración artificial”†] 19 de marzo de 2001.

[A la espera‡] Abril de 2004.

[Rueda de prensa. Pauls galardonado, Neuman finalista: premio argentino*] Noviembre de 2003. Recopilado en *El observatorio editorial*, Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 2004.

[Presencia de “El pasado” †] Buenos Aires, 2004.

[Homenaje a Mario Muchnik*] Casa de América, Madrid, abril de 1988. Recopilado en *Opiniones mohicanas*, Aldus, México, 2000; Acantilado (edición ampliada), Barcelona, 2001.

[Paco Porrúa, agente secreto, gran editor*] Reconocimiento al Mérito Editorial a Francisco Porrúa. Feria Internacional de Guadalajara, noviembre de 2003. Publicado en *Por orden alfabético*, Anagrama, Barcelona, 2006.

[Presentación de “El observatorio editorial”*] Rueda de prensa en el hotel Condes de Barcelona, 12 de noviembre de 2004. Texto inédito.

[Sobre el oficio de editor*] 25 de junio de 2008, Colegio Nacional de La Plata, Argentina. Texto inédito.

[Chile]

[Discurso de agradecimiento por la nominación de profesor honorífico de la UDP*] Universidad Diego Portales, Santiago de Chile, 25 de julio de 2007. Texto inédito.

[Para Roberto Bolaño*] Homenaje a Roberto Bolaño en la Feria del Libro Chilena, 29 de octubre de 2003. Publicado por Sexto Piso (México), Acantilado (España), Adriana Hidalgo (Argentina), Catalonia (Chile), Alfa (Venezuela), Villegas (Colombia), Estruendomudo (Perú).

[Entrevista sobre Bolaño en “Clarín”†] Entrevista por Carlos Adrián Maslatón, *Clarín*, Argentina, 7 de agosto de 2006. Texto inédito en libro.

[Adiós a Bolaño‡] Texto leído en el funeral laico del tanatorio de Les Corts, Barcelona, el 16 de julio de 2003. Publicado en *La Vanguardia*, 17 de julio de 2003.

[Pedro Lemebel, Yegua del Apocalipsis*] Junio de 2000, *Avui*. Recopilado en *Opiniones mohicanas*, Aldus, México, 2000; Acantilado (edición ampliada), Barcelona, 2001.

[Apuntes viajeros*] Todos los textos de esta sección son inéditos, escritos expresamente para este libro.

[Textos complementarios]

[Paisaje de la edición en nuestros días*] Foro Internacional de Editores 2002. Feria de Guadalajara, México, 4 de diciembre de 2002. Recopilado en *Flashes sobre escritores y otros textos editoriales*, Ediciones del Ermitaño, México, 2003.

[El editor independiente ante los escritores y el mercado de América Latina*] Encuentro Internacional “Los editores independientes del mundo latino y la bibliodiversidad”, Feria Internacional del Libro de Guadalajara, 27 de noviembre de 2005. Texto inédito.

[Las leyes del libro contra el fanatismo del mercado*] XV Simposio Internacional, Fundación Luis Goytisolo, Puerto de Santa María, 22 de noviembre de 2006. Texto inédito.

[Entrevista para “Perfil”, por la publicación de “Por orden alfabético”*] *Perfil*, Argentina, 1º de octubre de 2006. Texto inédito en libro.

[1] Esta omisión fue reparada en el librito *Homenaje a Paul Auster* (Anagrama, 2006) que compilé y en el que figuran dos textos míos consagrados al autor.

[Entrevista para la revista “Grifo”*] Entrevista de Jaime Collyer, *Grifo*, diciembre de 2007, Chile. Texto inédito en libro.

[Entrevista para la revista “Archivos del Sur”*] *Archivos del Sur*, julio de 2008. Texto inédito en libro.

[Entrevista para “Página 12”*] *Página 12*, 8 de julio de 2008. Texto inédito en libro.

[Los cinco libros más significativos de Anagrama Conferencia en Princeton*] Simposio “Editores, editoriales, agentes y el mercado literario en Iberoamérica”, Princeton University, 28 de marzo de 2008. Texto inédito.

[Homenaje Liber 2008 Discurso de agradecimiento*] Ayuntamiento de Barcelona, 9 de

octubre de 2008. Texto inédito.

Los textos que aparecen en *El optimismo de la voluntad*, como en otros trabajos de Jorge Herralde, son memorias editoriales del catálogo de Anagrama; un *collage* de homenajes a autores y editores, además de notas sobre la experiencia de editar en el contexto de América Latina.

Herralde narra sus experiencias como alguien que ha hecho de la edición su vida. Amigo de escritores y crítico mordaz, cuenta de forma amena la historia oculta detrás de cada libro y el proceso en que un escritor llega a su encumbramiento, retratándolo en su cotidianeidad pero sin olvidar su genio creativo.

Así, todos los autores que se mencionan en este libro han sido invaluable para el enriquecimiento y conformación del catálogo de Anagrama. Algunos de ellos son Sergio Pitol, Carlos Monsiváis, Alejandro Rossi, Copi (“el argentino de París”, como Herralde lo llama), Ricardo Piglia, Roberto Bolaño, Alan Pauls, Juan Villoro y Pedro Lemebel. También figuran editores como Arnaldo Orfila, Mario Muchnik, Paco Porrúa, Neus Espresate o Daniel Divinsky.

“Juan Villoro en su generoso prólogo, marca de la casa, afirma que *El optimismo de la voluntad* es una carta de creencia hacia los autores latinoamericanos. En efecto, una creencia que ha desembocado en una certeza indudable.” (J. H.)